

3577

Vol. 2 Centro

Serie  
Testimonios

# Los Maestros y la Cultura Nacional

1920-1952

Vol. 2

Centro

1920 - 1952

Los Maestros y la Cultura Nacional



Museo Nacional de  
Culturas Populares

Dirección General de  
Culturas Populares

SEP

SEP



Dirección  
General de  
CULTURAS POPULARES

CENTRO DE INFORMACION Y DOCUMENTACION

RECIBIDO

AGO. 11 1997



# Los Maestros y la Cultura Nacional

1920-1952

Vol. 2

Centro

**SEP**

**Miguel González Avelar**  
Secretario de Educación Pública  
**Martín Reyes Vayssade**  
Subsecretario de Cultura  
**Leoncio Lara Sáenz**  
Oficial Mayor  
**Marta Turok**  
Directora General de Culturas Populares  
**Lourdes Arizpe**  
Directora del Museo Nacional de Culturas Populares  
**Ma. Esther Echeverría**  
Subdirectora del Museo Nacional de Culturas Populares

**Coordinación de investigación:** Engracia Loyo, Cecilia Greaves y  
Valentina Torres (El Colegio de México)

**Coordinación técnica:** Blanca Levy y Marina Stavenhagen

**Coordinación de difusión y publicación:** Lucina Jiménez y Ricardo Monroy

**Coordinación de edición:** Begoña Sánchez Venero

**Edición:** Cecilia Villanueva y Miguel Ángel Sánchez

**Apoyo editorial:** Ma. Elvira Rodríguez, Leticia Díaz, Evelín Ferrer, Miguel Ángel Rocha y Cristina Medina

**Dibujo portada:** Alfredo Monárrez (detalle del mural *La maestra rural* de Diego Rivera, ubicado en el edificio de la Secretaría de Educación Pública)

**Apoyo secretarial:** Laura Sánchez y Angeles Aquino

© 1987. Museo Nacional de Culturas Populares

Hidalgo 289, Coyoacán

04100 México, D.F.

© 1987. Dirección General de Culturas Populares

Av. Revolución 1877, 4o. piso

Col. Loreto y Campamento

01000 San Ángel, México, D.F.

ISBN 968-29-1367-5 (obra completa)

ISBN 968-29-1397-7 (volumen 2)

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso y hecho en México

**MUSEO DE CULTURAS**

**POPULARES - S. E. F.**

**BIBLIOTECA**



# Indice

Presentación	7
Prólogo	11
El maestro rural en las comunidades indígenas <i>Felipe Hernández Gómez</i>	19
Nura Mexe <i>Donaciano Serna Leal</i>	41
Cincuenta años después <i>Adela Huizar Curiel</i>	77
Vida y trabajo en la escuela rural <i>Juan Valdés Aguayo</i>	107
Recuerdos del 36 <i>María Guadalupe Pimentel</i>	131
Mi participación en la gesta educativa <i>José Sánchez Jiménez</i>	141
Relatos de una maestra rural <i>Catalina Ortiz Silva</i>	181
Apéndice	189

## Presentación

Los trabajos reunidos en estos volúmenes recuperan una experiencia entrañable de la historia del México contemporáneo, aquella que enraizó los logros del movimiento revolucionario en los pueblos y comunidades. Al narrar los maestros de escuela su hazaña educativa le otorgan vida perenne a lo que fue, en el ámbito de la nación posrevolucionaria, la diseminación de una conciencia laica racionalista y nacional, fundamento de toda nación soberana.

La convocatoria "Los Maestros y la Cultura Nacional, 1920-1952", a la que respondieron los maestros, decía:

*La Secretaría de Educación Pública quiere honrar el esfuerzo y la dedicación de quienes participaron en las escuelas rurales, en las casas del pueblo y escuelas de arte, y en las múltiples experiencias pedagógicas a través de las cuales se transmitieron valores cívicos, conocimientos, ciudadanía, arte y cultura. Son estas experiencias y testimonios, que viven todavía en la memoria de quienes participaron como maestros o como alumnos en esta gesta revolucionaria, los que deben ser conocidos y reconocidos por la sociedad mexicana actual.*

Con la generosidad que los caracteriza, los maestros respondieron a este llamado en un acto, nuevamente, de voluntad colectiva. Nos ofrecen en estos volúmenes, el recuento de sus memorias. Para todos los maestros y para todos los mexicanos, de ayer y del mañana, es éste un legado valiosísimo. Un legado que volvió realidad el artículo tercero constitucional, y que defenderán las nuevas generaciones por convicción propia y en recuerdo a la labor de aquellos primeros maestros.

En su mayoría, los relatos consignan las experiencias de los maestros en las comunidades rurales y en la construcción de las

instituciones educativas de las que hoy nos enorgullecemos. Algunos intercalan anécdotas, otros recapturan sus sueños y otros más recrean el dolor ocasionado por la incomprensión hacia su labor que a veces llegó a la cerrazón y al asesinato. Pero todos, hoy todavía, dan fe del entusiasmo y la entrega con que realizaron sus trabajos.

Lo que cuentan estas memorias constituye, además, una aportación importante para el enriquecimiento de la historia de la educación en México. Aparte su valor testimonial, los datos que consignan, llenan lagunas de nuestro conocimiento sobre el proceso de educación en diversos Estados, por ejemplo, en los del norte y del sureste.

Recuperar la historia de la formación del México contemporáneo, a través de la voz de sus protagonistas, se inscribe dentro del programa creado en el Museo Nacional de Culturas Populares, que cuenta ya con cuatro colecciones de relatos y testimonios publicados. Por ello, el MNCP propuso que se llevara a cabo el certamen de relatos sobre "Los Maestros y la Cultura Nacional".

A la respuesta de los maestros se sumó un esfuerzo de concertación institucional de la Secretaría de Educación Pública, en el que participaron diversas dependencias, quienes a través de diferentes medios de comunicación en los Estados, difundieron la convocatoria del certamen emitida por el C. Secretario de Educación Pública y la Dirección General de Culturas Populares. En respuesta se recibieron 124 trabajos de 29 Estados de la República.

La recepción y organización de los trabajos estuvo a cargo del Museo Nacional de Culturas Populares a través de la subdirectora Ma. Esther Echeverría, de Blanca Levy, Marina Stevenhagen y Laura Sánchez. Revisaron y ordenaron técnicamente los trabajos Engracia Loyo, Cecilia Greaves y Valentina Torres, investigadoras de El Colegio de México.

El jurado que otorgó los premios estuvo integrado por las siguientes instituciones: el Consejo Nacional Técnico de la Educación, representado por el Profr. Carlos Ruiz; la Academia Mexicana de la Educación, por el Profr. Ernesto Guajardo; la Dirección General de Culturas Populares, por la Mtra. Marta Turok, el Museo Nacional de Culturas Populares, por la Dra. Lourdes Arizpe; El Colegio de México, por la Mtra. Engracia Loyo; y el Departamento de Investigaciones Educativas del Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados del IPN, por la Mtra. Elsie Rockwell.

La publicación de los cinco volúmenes de esta obra fue posible gracias a los generosos apoyos de la Dirección General de

Publicaciones y Medios, de la Dirección General de Promoción Cultural, de la Dirección General de Bibliotecas, del Programa Cultural de las Fronteras, del Consejo Nacional de Fomento Educativo, de la Subsecretaría de Cultura y de la Oficina del C. Secretario de Educación Pública.

La coordinación de la edición estuvo a cargo de Begoña Sánchez, jefe del Departamento de Publicaciones del MNCP, de Cecilia Villanueva, Miguel Angel Sánchez, Ma. Elvira Rodríguez, Leticia Díaz, Evelín Ferrer, Miguel Angel Rocha, Cristina Medina y Angeles Aquino.

En la edición de los trabajos se ha respetado integralmente el texto de los maestros, en cuanto a sus conceptos, su lenguaje, y los nombres y fechas mencionadas.

Agradecemos a todos ellos, a los maestros y a las instituciones, haber hecho posible esta obra. En ella encontrarán las nuevas generaciones de mexicanos un recuerdo que conmueve, un ejemplo que alienta y una razón para seguir luchando.



## Prólogo

La singularidad que reviste la Escuela Rural Mexicana a partir de la década de los 20 del presente siglo, ha despertado por años el interés de investigadores nacionales y extranjeros y de ideólogos y autoridades educativas. Una vasta literatura da a conocer y pretende interpretar el proceso educativo de la etapa de la reconstrucción del país, después de 10 años de lucha armada. A partir de 1920 la educación nacional desempeñó un nuevo e importante papel en el proyecto del Estado emanado de la Revolución, que veía en ella la forma de hacer concesiones populares sin transformar el sistema. Con el establecimiento de una Secretaría de Educación Pública que tuvo por primera vez jurisdicción nacional, el gobierno federal asumió la responsabilidad de crear escuelas rurales en todo el país, complementando la acción de los gobiernos locales. En consecuencia, la escuela dejó de ser un privilegio de las élites urbanas.

Mucho se ha escrito sobre esta escuela a la que se le impuso la tarea de integrar a una población heterogénea y dispersa conformada en gran parte por un mosaico de etnias y culturas. En la búsqueda de una educación de carácter verdaderamente popular, se emplearon recursos que aún hoy nos sorprenden por ingeniosos e imaginativos. Las inquietudes latentes por años entre maestros y educadores cristalizaron en instituciones como las primeras escuelas del campo, las Casas del pueblo, verdaderos centros de desarrollo de la comunidad, y las Misiones Culturales, cuerpos docentes ambulantes que preparaban a los miles de maestros rurales empíricos y además llevaban a cabo una labor de extensión. Las Escuelas de Circuito, las Normales Rurales, las Centrales Agrícolas, las Regionales Campesinas, entre otras, fueron testimonio de



este anhelo. La historia de todas ellas ha sido escrita en repetidas ocasiones.

La obra del artífice de esta nueva escuela, el maestro rural, también ha sido apreciada en todo su valor. Su esfuerzo por llevar sus servicios hasta el más apartado rincón del país, su actuación como misionero, como promotor, como agitador social —labor, esta última, por la que no pocos de ellos perdieron la vida—, ha sido tema frecuente tanto en trabajos de investigación como en obras literarias.

Sin embargo, poco se ha escuchado la voz del protagonista mismo de toda esta gesta heroica, de aquellos jóvenes que con más vocación y entusiasmo que preparación, se enfrentaron a un medio desconocido y frecuentemente hostil. Los trabajos que integran el presente volumen tienen el mérito invaluable de ser testimonio de los herederos de aquellos primeros misioneros y maestros improvisados con los que Vasconcelos inició su cruzada educativa. Vivencias atesoradas por años salen por primera vez a la luz pública para enriquecer la historia de la educación en México y para dar una nueva perspectiva a los datos oficiales y a las interpretaciones de los estudiosos del tema. Son la presencia viva del maestro que nos entrega generosamente y con gran honestidad sus experiencias, temores e inquietudes. Temas poco conocidos hasta ahora, como la vida cotidiana de la escuela, los métodos más usuales, el quehacer diario de los maestros, los medios a que recurrían para facilitar el aprendizaje y para ganarse la confianza de la comunidad, las estrategias que empleaban para evitar la desertión, el relato de sus angustias, sus triunfos y fracasos adquieren una nueva dimensión en boca de los protagonistas.

Periodos confusos o insuficientemente estudiados como los años de la educación socialista, que con frecuencia ha sido satanizada o exageradamente ensalzada, pueden estudiarse bajo una nueva óptica, la de aquellos comprometidos o involucrados con ella. Con los testimonios de quienes estuvieron a favor o en contra de esta reforma educativa, muchos aspectos pueden ser esclarecidos.

El tener acceso a información de maestros de varios Estados de la República aporta una nueva perspectiva. El proceso educativo pierde su habitual enfoque monolítico y centralista para dar paso a una gama de semejanzas y diferencias entre una región y otra del país, y permite conocer las condiciones locales y la interrelación entre el gobierno del centro y las autoridades estatales. Asimismo nos demuestra que las directivas sobre educación eran una tarea conjunta de maestros y autoridades; los lineamientos oficiales eran con frecuencia alterados por el maestro para resolver sus

problemas cotidianos y estas modificaciones eran a menudo recuperadas e incorporadas a los programas de la Secretaría de Educación.

Si bien hay claras diferencias regionales, podemos encontrar un denominador común en todos los Estados del país, obstáculos que casi todos los maestros tuvieron que enfrentar y características en su tarea que se repiten una y otra vez hasta conformar un prototipo del maestro y de la escuela rural.

El maestro rural, generalmente un jovencito de escasa preparación, dejaba su seguridad familiar para desafiar el aislamiento y la soledad, la pobreza, cuando no la miseria y la indiferencia o incluso la enemistad de la comunidad a la que iba a servir. Tenía que enfrentar divisiones entre la población, costumbres ancestrales y hasta un idioma desconocido. En algunas regiones su labor fue obstaculizada por el cacique del lugar, el hacendado, el párroco y otras fuerzas conservadoras que se convirtieron en sus más encarnizados enemigos.

Sin más equipaje que su generosidad, sin más útiles que su inventiva, el maestro recorría largos caminos intransitables para llegar a su destino. Se alojaba en cualquier sitio y la mayoría de las veces vivía de la caridad ajena. Su salario raquítico e inseguro se complementaba con obsequios de la comunidad, y el cariño y apoyo que de ella recibía eran su mejor pago. Tras levantar la escuela, tenía que emprender una labor de convencimiento para atraer alumnos y emplear todo su ingenio para conservarlos. Su jornada de trabajo se prolongaba hasta bien entrada la noche y sus enseñanzas se extendían a niños y adultos por igual. El mismo creaba sus propios métodos pedagógicos y fabricaba su material con los productos naturales de la región. Sus innumerables tareas lo convertían en médico, veterinario, ingeniero, actor, músico y hasta consejero matrimonial. En palabras de uno de ellos, el maestro era "un todólogo".

Sin embargo, siempre encontraba tiempo para "ponerse al día" no sólo en lo académico sino en todo aquello de utilidad para el desarrollo de la comunidad. En sus días de asueto y en sus vacaciones asistía a los "institutos" o cursos de las Misiones Culturales, a los Centros de Cooperación Pedagógica o leía por su cuenta las obras y folletos editados por la Secretaría de Educación. Muchos maestros fraguados en la lucha cotidiana, obtuvieron el tan anhelado título después de 20 ó 30 años de incansable labor.

La escuela rural postergaba la enseñanza de la lecto-escritura ante necesidades más apremiantes de la comunidad como sus pésimas condiciones de higiene o su baja productividad. Sus tareas más importantes fueron ayudar a desterrar métodos de



producción rutinarios, adiestrar al campesino en el aprovechamiento racional de los recursos naturales y ser su aliado en su lucha por sus derechos.

Las escuelas rurales trataban de adaptarse a las costumbres de las comunidades, por lo que en muchas de ellas el calendario estaba determinado por las épocas de siembra o cosecha o por los días de mercado. En ocasiones se volvió un centro de trabajo y no faltaron maestros que exhortaban a sus alumnos a traer sus labores a clase: desgranar maíz, cardar la lana, tejer varilla o ixtle eran actividades que se realizaban durante las lecciones. Según maestros y alumnos, la escuela fue efectivamente el lugar de reunión y de esparcimiento de la comunidad, una verdadera Casa del Pueblo.

Los testimonios que a continuación presentamos reflejan estas constantes, pero además sus autores enfrentaron las condiciones propias de la región y sus circunstancias personales específicas. Los Estados del centro-norte del país, Zacatecas, Aguascalientes, Guanajuato, Querétaro e Hidalgo, además de padecer la imposición política del centro, conformaban en los años 20 una región fervorosamente católica, lo que los llevó a participar activamente en la rebelión cristera. Guanajuato y Zacatecas se levantaron en armas masivamente en 1927 y durante la década de los 30 y aun en los 40, los cristeros aún merodeaban por la región. Caudillos conservadores como Cedillo en el cercano San Luis Potosí y numerosos hacendados eran otras fuerzas que había que enfrentar.

Todos estos Estados presentan un cierto rezago educativo durante la época que nos ocupa, y que se hace más patente por el impulso vigoroso que se dio a la escuela entre sus prósperos vecinos del norte del país. Hidalgo y Querétaro estaban muy cerca del índice de analfabetismo más alto de la República, 79 por ciento; los dos rebasaban el 70 por ciento; Guanajuato les seguía con 69 por ciento.

Si bien hay aspectos comunes en los trabajos, también hay más diferencias de lo que cabe esperar en tan limitada zona geográfica. Esto es resultado, sin duda, de un medio heterogéneo y de una población integrada por grupos étnicos diversos y por clases sociales antagónicas.

El testimonio de Felipe Hernández Gómez, otomí, que trabajó como mozo, carpintero y vendedor de periódicos antes de cumplir su meta de ser maestro ejidal, nos da el criterio de alguien comprometido con la educación del indígena sobre un punto nodal en la historia de la educación mexicana: el método de castellанизación. Su relato nos muestra que en las escuelas rurales de los años 30, a pesar de las polémicas y debates en torno al problema,

no había un criterio definido ni un método establecido para este fin y el maestro empleaba el que podía. Hernández Gómez suplió su escasa preparación pedagógica con un gran amor por su trabajo y logró desarrollar un método propio para enseñar a leer y escribir a los niños otomíes, sustituyendo las ilustraciones del método onomatopéyico de Torres Quintero por objetos o sonidos conocidos en el medio.

El maestro Hernández está en contra de la edición de cartillas en otomí y de la enseñanza de la lectura y la escritura del "dialecto", política oficial durante la década de los 40, porque considera que con este sistema "la educación del indio otomí en lugar de superarse se está hundiendo más en la ignorancia, ya que se requiere que los jóvenes indígenas ingresen a escuelas superiores, a universidades, a politécnicos. ¿Cómo lograrlo con enseñanza en otomí?".

El maestro que trabajó en el Valle del Mezquital en medio de condiciones miserables, considera como su mayor logro el que sus alumnos hayan salido de las estrechas fronteras de su comunidad. "Mi escuela fue quizás una de las primeras en haber ido a México; constituyó un gran paso en el desarrollo social y cultural hasta para el mismo maestro de escuela."

El maestro Donaciano Serna Leal, también del Estado de Hidalgo, nos ofrece un testimonio muy diferente, la crónica de la escuela El Mexe hecha por un alumno. El Mexe nació en 1926 como Escuela Central Agrícola por el interés de Calles en la educación agropecuaria y para formar técnicos agrícolas vinculados con las condiciones locales. Según el maestro Leal la escuela "y sus hermanas, fueron producto de la Revolución que sensibilizó a los jóvenes para que estuvieran al servicio del pueblo".

El maestro nos trasmite el sentimiento de pérdida de los alumnos al fusionarse la Central Agrícola con las Normales Rurales y las Misiones Culturales para formar la Regional Campesina en 1932, pero reconoce que esta última era la institución más apropiada para formar maestros rurales.

La historia de El Mexe nos permite seguir paso a paso la vida cotidiana de una institución que no ha sido suficientemente apreciada y que refleja los cambios e inquietudes de la época en que la escuela buscaba estar aliada a las causas populares.

La maestra Adela Huizar Curiel de Zacatecas, a diferencia de una gran mayoría de maestros rurales, tiene una sólida preparación normalista, pero deja sus comodidades de la ciudad para ir a servir en una escuela ejidal. Su labor, como la de tantos otros, rebasó el límite del aula y el programa estrictamente escolar. A la vez que enseñaba a leer y escribir, organizaba campañas de hicie-



ne, construía fosas sépticas, aplicaba vacunas, y se mantenía en estrecho contacto con la comunidad. Su testimonio es un ejemplo vivo de servicio y de respuesta a las necesidades del medio.

También de Zacatecas, Juan Valdés Aguayo, se describe a sí mismo como "un joven que se dedicaba a confeccionar sombreros de palma, sin ninguna preparación pedagógica, sin experiencia y sin ninguna perspectiva". Llegó a la comunidad en que iba a trabajar "acompañado de su tío Julián, con grandes ilusiones, provisto de huaraches, pantalón de pechera, sombrero ancho, morral con tortillas, piezas de pan y unas naranjas". No obstante que comenzó a prestar sus servicios a fines de la década de los 40, enfrentó los mismos obstáculos que sus compañeros, 10 y 20 años antes. El maestro que sufrió el rechazo de una comunidad fanática que lo tildaba de "comunista", se lamenta de sus infructuosos esfuerzos por atraer alumnos a la escuela. "Todo había fracasado, no me quedaba más que recurrir a las autoridades para lograr que asistieran a clase." Suplió con buena voluntad su falta de preparación y confiesa que "realmente no supe cómo pude enseñar a leer y escribir, pero sentía una gran satisfacción que después de muchos esfuerzos, sobre todo míos, pudieron interpretar los signos escritos".

Los testimonios de los maestros de los Estados de Guanajuato, Querétaro y Aguascalientes son muy diferentes entre sí. A pesar de que los tres se vieron comprometidos con la escuela socialista, sus experiencias durante los turbulentos años del cardenismo son distintas.

Miles de maestros rurales que se aliaron al campesino y se convirtieron en defensores de la Reforma Agraria, incluso alentados por las mismas autoridades educativas aún antes del cardenismo, se ganaron con frecuencia la enemistad de la comunidad y de los representantes del poder. La maestra Guadalupe Pimentel, por ejemplo, tuvo que enfrentar la oposición a la escuela socialista y además, según su relato, "toda clase de mentiras e ideas malévolas sobre nuestra tarea". Entre sus recuerdos viven "la zozobra, la angustia y la incertidumbre de los maestros que servían en el Estado de Guanajuato y la lucha contra las fuerzas oscuras y retrógradas". La maestra concluye su apasionante testimonio sobre la lucha que libraron los maestros durante el cardenismo afirmando que "nadie sabe, nadie podrá saber nunca cuántas lágrimas, miedos, esfuerzos, costaron el poner las primeras piedras de la educación".

El maestro José Sánchez Jiménez de Aguascalientes, se inició en las escuelas portegilistas costeadas por la comunidad pero integradas a "un circuito" con una escuela central modelo a cargo de un maestro federal. Recuerda los años de Cárdenas como "la



época de mayor efervescencia en el país motivada por el rechazo a la educación socialista". Según su testimonio, "era la época de los maestros desorejados, en que el maestro rural dormía en la comunidad sin estar seguro de despertar con vida". Recuerda con tristeza que la educación socialista transformó a la comunidad en la que trabajaba, y que quería entrañablemente a su escuela. Nos cuenta cómo "las gentes se dividieron en dos grupos, los que disientían y los que apoyaban a la escuela, el profesor se vino abajo del pedestal y se le acusó de 'comunista'. Varios intentos de asesinato hicieron que los alumnos asistieran a clase llevando además de cuaderno y lápiz, un rifle y una canana repleta de balas".

Transformado en "misionero", en los años 40, el maestro Sánchez Jiménez nos demuestra —por medio de ingeniosas anécdotas— que las Misiones Culturales no obstante haber perdido su carácter distintivo de formadoras de maestros de su "época de oro", continuaban prestando un servicio invaluable a la comunidad. Los misioneros aun eran, en sus propias palabras, "trabajadores sociales de tiempo completo, polivalentes e intemporales, hechos de un material muy singular, tal vez cósmico". También testimonia que muchos años después del cardenismo persistió el temor a la escuela del gobierno considerada "comunista, atea y antirreligiosa". Las Misiones con frecuencia desempeñaban tareas que rebasaban sus funciones habituales, como dar instrucción a conscriptos, integrar a grupos étnicos diferentes o legalizar la unión libre de cientos de parejas.

El maestro constata también cómo se adaptaban a las necesidades de los trabajadores agrícolas que no podían asistir a clase en horarios normales. Describe el espectáculo conmovedor que fue ver "a 25 trabajadores con sus herramientas de labranza a un lado, dos hombres en cada pupitre y en medio una vela de cera que los alumbraba. Sus libros, cuadernos y lápices. Eran las tres de la mañana".

La maestra normalista Catalina Ortiz Silva, a diferencia de los maestros Pimentel y Sánchez Jiménez, conserva gratos recuerdos de los años de la educación socialista. Ella afirma haber disfrutado su trabajo en el pueblo otomí de Santa Ursula "en las goteras de la ciudad de Querétaro" y en el Ezequiel Montes, "un medio semi-urbano". "A mí me gustaba mucho la metodología de la educación socialista porque los maestros teníamos libertad de enseñanza. Mediante juegos, cantos y rondas el niño enriquecía su lenguaje y mejoraba su convivencia con los demás. Se trabajaba muy bonito con ese tipo de enseñanza."

Afirma también que la educación socialista "estuvo basada en un respeto a las cuestiones religiosas, era una educación activa,

laica, sin meternos en aspectos ideológicos particulares de ninguna naturaleza". A su manera de ver, los problemas surgieron porque "algunos maestros no la entendieron y se extralimitaban en sus ideas, creían que esa orientación consistía en hablar de Rusia, hablar del comunismo y no era eso, era cultivar la mentalidad del campesino, su igualdad con toda la gente del mundo". Para la maestra Ortiz, "el alma de la educación socialista fue levantar al campesino para que no se sintiera ajeno a nada, y eliminar sus complejos de inferioridad".

Estos y otros testimonios de maestros de varios Estados nos muestran que, en lo que respecta a la educación socialista, no hubo en el país un criterio uniforme ni en su interpretación ni en su aplicación.

La presente obra colectiva sin lugar a duda contribuirá, como desea el maestro Sánchez Jiménez, a que se conozca en detalle cómo eran los maestros rurales "que abrieron brecha para la educación de un pueblo", será un ejemplo para sus "compañeros maestros" y aportará más que "un grano de arena a la edificación del sistema educativo nacional".

*Engracia Loyo B.*

## El maestro rural en las comunidades indígenas

*Felipe Hernández Gómez*

Un día 11 de diciembre de 1916 como a las 10 horas, a mis pulmones entró aquella energía vital en el paupérrimo lugar llamado Santiago de Anaya (antes Tlachichilco), del Estado de Hidalgo. Mis padres son Sabino Hernández Angeles y Crispiniana Gómez Moreno, ambos de cuna sumamente humilde a la que sigo perteneciendo y me siento orgulloso. Además soy 100 por ciento de la nación otomí, que parece ser la más antigua de la mesa central de nuestra República. La lengua es algo similar al chino, y como no somos guerreros, siempre fuimos víctimas de otros pueblos. Así fue como poco a poco se diseminó a tierras inhóspitas, áridas donde la vida es sumamente difícil por carencia de vegetación y agua. La única vegetación se compone de mezquites, huizaches, cardones, nopales, magueyes, biznagas, etcétera.

A los siete años de edad mi padre fue asesinado, quedándonos en la orfandad yo y tres hermanas menores, Carmen, Aurelia y Lidia, la última recién nacida ocho días antes de la muerte de mi padre y que poco tiempo después falleció.

Sin recursos económicos de ninguna especie, mi madre luchó por cuidarnos, criándonos y poniéndonos en la escuela del pueblo. En aquel entonces un maestro atendía a todos los grupos, pues escasamente alcancé a cursar el quinto año de primaria, con un gran maestro, José Reyes Hernández, oriundo de Ixmiquilpan. Tiempo después nos encontramos como compañeros de trabajo, y le dio mucho gusto que uno de sus alumnos ya fuera maestro.

Empujado por la pobreza, dejé de estudiar y me fui a trabajar como mozo en la ciudad de Actopan, a 15 kilómetros de distancia al sur de mi pueblo. En una de las casas en que estuve, aparte de ser mozo, me daban periódico del día para vender al público.



En las tardes, al sobrarme tiempo, en la misma casa había una carpintería en la que ayudaba al maestro en lo que me ordenaba. Una de las veces que salí a vender el periódico, me encontré a la señora economista de la escuela normal establecida en el convento, y me dijo que si quería trabajar allí con ella como mozo. Claro, no esperé que me lo dijera dos veces, de inmediato le contesté que me hiciera el favor de permitirme a que terminara el mes y en seguida ya estaría a sus órdenes. Como a los ocho días entré a trabajar como mozo, con la mira de encontrar la oportunidad y colocarme en esa escuela normal, pero lamentablemente no tenía ningún documento relativo a lo que había estudiado. Una buena maestra de mi pueblo, María Luisa Islas, no sé cómo se enteró de mi intención, y mi sorpresa más grande fue haberme entregado un certificado de primaria en 1932, último año en que permaneció la escuela normal en el convento de Actopan. Para 1933 se trasladó a la Escuela Regional Campesina El Mexe.

Con mi certificado de estudios logré inscribirme cursando el grado complementario en la citada escuela, internado mixto, pues a pesar de tener alimentos, hospedaje y una parte de ropa, solamente aguanté un año. Al siguiente ya no pude regresar al estudio por haberme enfermado en las vacaciones un poco antes de iniciarse los estudios.

Poco tiempo después, al sentirme con ánimo de trabajar como jornalero, aprendí a manejar la yunta y arar la tierra. Ganaba 25 centavos por trabajar desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche, con el interés de que el dueño de la yunta me la prestara para trabajar mi parcelita, ya que el gremio ejidal me favoreció tomando en cuenta al antiguo revolucionario, que fue mi padre.

De seis a ocho de la mañana tenía que preparar la ración de la yunta, quemando cardón, nopal y pencas de maguey debidamente picadas, así como un buen manojo de zacate, y dárselo a los animales, reservando otro tanto para la tarde. Para ello, en parihuela tenía que cargar en mi propia espalda el cardón o nopal chamuscado, así como la penca, aproximadamente un kilómetro de distancia, haciendo en ocasiones dos o tres viajes hasta la casa del patrón donde se encontraban los animales.

De las ocho a las nueve me tocaba tomar mi ración de frijolitos, salsita y tortillitas, y al último el buen néctar del maguey, la bebida del indio otomí: pulque. De las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde iba a trabajar la tierra, barbechando cuando era época y surcando cuando se aproximaba el tiempo de sembrar. Después de las 18 horas tenía que dar de comer a la yunta y a las 20 horas cenar de nuevo frijolitos, tortillas, salsa y como complemento, el delicioso néctar del maguey.

A las nueve de la noche iba a dormir en mi colchón de piedra o de tierra y como almohadón una buena piedra o mezote. Después de aproximadamente un año, algunos de mis compañeros ejidatarios me invitaron para ir a trabajar a otro lugar un poco distante para ganar la suma de un peso al día por jornada de trabajo, cargando un chiquihuite de tierra. Recorría como 80 metros de distancia y hacía cien viajes durante la jornada para ser merecedor al salario de un peso al día, equivalente a un centavo por cada viaje de tierra, en un lugar llamado Paredes de la carretera México-Laredo, del poblado llamado Capulín (hoy Patria Nueva). En aquel lugar vivía una tía mía, Flora Hernández, quien me platicó que en Ixmiquilpan el inspector de la zona escolar daba trabajo de maestro rural presentando el certificado de estudios. De inmediato fui a la Escuela Regional Campesina donde había estudiado durante el año 1933. Presenté mi certificado al profesor Ernesto Porte Petit y de inmediato firmé mi nombramiento el 17 de mayo de 1935. Al mismo tiempo recibí del inspector el oficio de comisión para iniciar mi trabajo en el ejido Emilio Hernández del poblado de La Florida, Municipio de Cardonal, en la escuela de nueva creación que se fundó en aquel lugar.

Emilio Hernández fue asesinado el 2 de septiembre de 1928, hermano de mi padre, y los dos anduvieron con las fuerzas del general Villa, habiendo participado en los grandes combates de Celaya. Al recibir mi oficio de comisión, al siguiente día, me trasladé a la Presidencia Municipal de Cardonal. Me acompañó el esposo de mi tía, el señor Donaciano Camargo. Como tenía caballos, hicimos el viaje a caballo.

Al llegar con el señor presidente municipal esperamos un momento y en seguida nos atendió el señor Alfonso Ramírez, quien era el titular. Dio órdenes a su secretario para hacer el oficio de presentación ante el juez auxiliar del poblado La Florida, que ese año era el señor Rafael Martínez. Recibida la orden de manos del secretario, señor José Morales, nos despedimos de ellos anticipando las gracias y seguimos nuestro camino. Pero como ya era tarde optamos por quedarnos en Cardonal y al siguiente día emprendimos nuestra jornada hasta llegar al poblado de La Florida. Después de cuatro horas de camino para llegar al poblado de referencia y de localizar al señor Martínez, a quien tenía que presentarle la orden, le entregué el oficio del presidente municipal.

Enterado del contenido, le dio mucho gusto al saber que ya el pueblo tenía su maestro de escuela y de inmediato se puso a mis órdenes. Le comenté la necesidad de una reunión general de ejidatarios para iniciar a la mayor brevedad mi trabajo.

Al siguiente día se efectuó a las 10 de la mañana la reunión



que deseaba, con asistencia mayoritaria. El propio juez me presentó, y después planteó la necesidad de un local para salón de clases, que lamentablemente no había. Pero eso no fue obstáculo, un ejidatario prestó galantemente un buen jacal, otro unas tablas, improvisándose una especie de mesas y bancas alrededor del jacal para que los niños pudieran sentarse. En la reunión se nombró un comité de educación para colaborar con la buena marcha de la escuela, y el primer trabajo fue levantar el censo escolar. También se eligió un comité de obras materiales, para que, a la mayor brevedad se iniciara la construcción de un local adecuado para la escuela. También se eligieron los comités de salud, de festejos y hasta el comisario ejidal, ya que lamentablemente poco tiempo tenían de haber fallecido el presidente y el secretario de la mencionada corporación, pues entre ellos tenían problemas y para solucionarlos en una fiesta que hubo en el poblado de Daboxtha, se encontraron y allí lucieron sus pistolas y se mataron, de esa manera se hicieron justicia. Indudablemente, la falta de cultura los hizo enfrentarse, ya que jamás supieron lo que es un libro de lectura, ni pudieron aprender tantas cosas hermosas que hay en la vida.

A todos los comités que salieron electos en la reunión, se les hizo saber sus funciones dentro de la comunidad y trabajar para bien del pueblo, pero fundamentalmente para la escuela. Ellos, como ejidatarios, ya estaban disfrutando parte de los anhelos de la Revolución. La antigua hacienda que era de un solo dueño, y ahora la tierra, eran suyas gracias a los que ofrecieron su vida para bien de los humildes. Gracias a esa sagrada Revolución se fundaba en ese lugar tan lejano una escuela, el gran templo del saber, el templo de la cultura, para que de allí salieran hombres y mujeres útiles a la sociedad y a la propia familia, evitando de esa forma sucesos tan tristes como los que recientemente acontecieron, dos vidas truncadas, dos seres que hacen falta, sobre todo a sus hijos que quedaron tal vez sin sustento.

Al día siguiente de la reunión inicié la inscripción de niños en edad escolar. Conseguí 30 alumnos. Ya para finalizar la semana, les pedí a los niños y a los integrantes del comité de educación que para la siguiente semana, cada niño llevara lápiz y cuaderno, al mismo tiempo que el comité me llevara gises y un pizarrón, o de no conseguirlo, pintura negra y tablas para improvisarlo.

El ejido es grande como de tres o cuatro mil hectáreas; aparte de ser agrícola, tiene algo de ganadero. La escuela se ubicó más o menos en el centro del ejido; la mayor parte de los pocos hogares existentes estaban dispersos y lejanos; los niños que asistían a la escuela caminaban dos horas para llegar de su casa al plantel y vice-

versa, y para atravesar el ejido de un extremo a otro, correspondiente a sus límites, se hacía doble tiempo. Un poco hacia el norte del ejido, aún existe lo que fue la antigua hacienda —por cierto muy bonita construcción—, a pesar de lo destruída y quemada por los revolucionarios, todavía puede admirarse lo que fue su belleza, sobre todo del templo anexo, lamentablemente ya sin puerta, cuyo inmueble en múltiples ocasiones servía de corral para el ganado sobre todo al caer la lluvia.

Al jacal improvisado para trabajar fueron llegando niños y niñas; algunos con cuadernos y lápices, otros sin nada, uno que otro acompañado de sus padres hablando en otomí y una que otra palabra en forma muy deficiente de español. Al día siguiente el comité me entregó una caja de gises, pintura negra y unas tablas, improvisándose dos pizarrones. Pero aún faltaban libros de texto, sobre todo para enseñar las primeras letras, ya que por primera vez en la vida de los pequeñuelos tenían que aprender el sonido de las vocales del alfabeto, una por una y escribirla a medida que la pronunciaban. Me colocaba atrás de los niños que llevaban lápiz y cuaderno y que no podían dibujar la letra; así, y tomándolos de la mano derecha, empuñando el lápiz los hacía dibujar la letra hasta que por sí solos lograban hacerlo. Si no entendían el español, les hablaba en su lengua y en esa forma rápidamente asimilaban lo que les explicaba.

Para continuar fue urgente contar con libros de texto, como dije antes. Para mi buena suerte, nos visitó en el ejido un amigo mío y de los ejidatarios, el diputado y secretario general de la Liga de Comunidades Agrarias en el Estado, que en aquel entonces era el señor Estanislao Angeles. Al verme se sorprendió que yo estuviera por allí, sobre todo como maestro de la escuela. Enterado de la necesidad de libros para enseñar las primeras letras, me pidió que me diera una vuelta por su casa al término de ocho días para que me entregara unos libros. Al mismo tiempo, me preguntó cuáles eran necesarios y de qué autor; le pedí el libro primero del profesor Gregorio Torres Quintero. A los ocho años fui a su casa y me hizo entrega de 15 libros, unos cuantos cuadernos, lápices y una caja de gises.

En lo personal, agradecí infinitamente su generosidad, sobre todo el gran beneficio para los niños, ya que con esos libros se facilitaría el aprendizaje de la lectura y escritura, por ser un método que se adapta al medio a base de sonidos. Y si el maestro habla el dialecto otomí como los niños, se simplificaba aún más la enseñanza. Una vez que el maestro se ha hecho entender, el niño empieza a pronunciar el sonido. Por ejemplo, una vez aprendidas las cinco vocales se sigue con las consonantes. Pongamos por caso la



a. Les preguntaba si era letra o vocal y les decía que se le llama así a la pulga; para mejor interpretación dibujaba una pulga, en el caso de la *e*, *i*, *o* del método ya citado, son muy conocidos los ejemplos, el sordo es muy vulgar, el ratón también, el último un hombre deteniendo a un caballo o burro; en igual forma, es muy conocida dentro del medio indígena la *u*, se puede hacer un dibujo de una señora guisando y agregando sal a la comida, ya que con esa vocal se designa la sal en otomí. Así se puede continuar con las consonantes únicamente por su sonido, siguiendo el método citado.

Fue en esta forma como en tres o cuatro meses de trabajo, pude darme cuenta de que mis alumnos habían aprendido a leer y escribir, pues en esa época se tenía que hacer letra manuscrita, muy bonita por cierto, para el que tenía estilo o facilidad de hacerla.

Así, felizmente pasaron cerca de seis meses, aproximándose la clausura o fin de clases. En las mañanas, de nueve a cinco enseñando a los niños, y por la tarde de 18 a 20 horas, enseñándole a algunos adultos. Todo maestro en aquella época tenía que impartir clases nocturnas, por el mismo sueldo. Pocos adultos fueron, por lo diseminado y distante de las casas, pero fue para mí una gran satisfacción haber enseñado a leer y a escribir a cinco adultos.

Como ya dije, se acercaron las pruebas finales y aprobaron la totalidad de mis alumnos, de manera que para el siguiente año escolar tendría yo que atender dos grupos, primero y segundo grados. Se organizó el programa, desde luego con la presencia de todo el vecindario y la participación de los diferentes comités que funcionaban en torno a la escuela para colaborar con la misma. En ese tiempo regía el calendario escolar de febrero a noviembre y a mediados de este último mes se llevó a cabo el programa, con coros, recitaciones, pequeños bailables, carreras a pie y a caballo, etcétera. Por último, el informe de labores y para cerrar con broche de oro el Himno Agrarista cantado por todos los alumnos y adultos de la nocturna. Este acto se llevó a cabo en la construcción que más tarde sería salón de clases, ya que se había dado principio a la obra por el propio comité y los padres de familia.

Recibí, en lo personal, las felicitaciones de padres de familia, pidiéndome que el siguiente año escolar siguiera dando clases a sus hijos y que no los abandonara. Me despedí y les dije que hasta pronto. Recuerdo que al principio de diciembre de 1935 se llevó a cabo una gran concentración de maestros en la capital de la República y se organizó una gran manifestación ante Palacio Nacional, para pedir aumento de salario. Como maestro rural que

dependía de la Federación, yo ganaba 58 pesos mensuales. Al fin nos recibió el señor presidente de la República, el general Lázaro Cárdenas apareciendo en el balcón central. Dentro de su discurso dijo: "Es justa la petición que hacen ustedes, ya que constituyen el baluarte educativo del país. Son ustedes maestros viejos, pero de corazones jóvenes para el trabajo..."

Terminado el acto, todos los maestros regresamos a nuestros lugares de origen y los tres o cuatro maestros que éramos de Santiago de Anaya, nos organizamos para ir de excursión a un balneario natural llamado Tolantongo, como a 40 kilómetros de distancia de la tierra natal, haciéndose aproximadamente un día de camino a pie o a caballo. Se fijó el día de la salida con todos los preparativos correspondientes. Itacate para cuatro días, lámparas de mano, etcétera. Los que formamos la expedición, fuimos el finado Guadalupe Aldana Gómez y Benito Monter Angeles, también finado, el maestro Alvaro Hernández Mayorga, y yo. Como los cuatro teníamos bicicleta, optamos por llevarla a pesar del camino malo, ya que propiamente en aquel tiempo era camino de herradura, es decir para transitar animales. En partes montábamos las bicicletas y otras las cargabamos, pudiendo decirse que la mayoría del camino lo hicimos a pie.

Como seis kilómetros antes de llegar a Tolantongo, hay que bajar una cuesta. Como había una casita, dejamos recomendadas las bicicletas y bajamos la cuesta. Ya entrada la noche logramos llegar al balneario, que no conocíamos, sumamente cansados y agotados, pero muy animados para conocer el lugar y bañarnos. Desde luego, no faltó un nativo para guiarnos, nos bañamos todos hasta que se nos quitó el cansancio, pero el hambre no fue posible. Salimos del baño y cenamos, como era ya muy noche y no habiendo más que hacer, buscamos el lugar propio para descansar, dormimos y al siguiente día, amaneciendo ya estábamos bañándonos y contemplando la hermosura de aquel lugar. A mi juicio, muy personal, me pareció un vergel.

Describiré algo: hay una gruta, en la entrada se encuentra un árbol como de tres o cuatro metros de alto, y su tallo es como de 50 centímetros de grueso. La mayor parte del mismo se encuentra petrificado, es decir, cubierto del sarro del agua (sulfatos, nitratos, carbonatos). La entrada de la gruta es grande y mucho más el patio interior, protegido por un cielo de pura roca maciza; un poco más al centro, hacia adentro del propio cielo, un boquete colgante donde sale un fuerte chorro de agua, para darse masaje si el bañista lo desea y hacia el fondo del patio continúa la gruta, pero en forma ya reducida. De allí sale el río y empieza la obscuridad; más al fondo hace una curva, donde hay un gran remolino,



o sumidero de agua muy peligroso, pues allí han desaparecido algunos seres humanos que han intentado penetrar hacia el fondo. Por lo tanto está prohibido penetrar adonde se encuentra ese remolino.

Un poco hacia el norte y arriba de la gruta, se encuentra un túnel hecho por el hombre, seguramente por el antiguo hacendado, como de dos metros de ancho por dos y medio de alto, con profundidad aproximada de 80 metros hacia el cerro. En la entrada cae un chorrito muy pequeño de agua fría, pero hacia adentro es una regadera de agua caliente y vapor muy agradable —uno no quisiera salir—. Unos cuantos metros más arriba y fuera del túnel se encuentra una poza de agua como pileta, le llaman “el baño del licenciado”.

Actualmente transitan carros hasta el balneario y lo explotan los ejidatarios, ya que se ha convertido en un centro de turismo, pues en todo el año va mucha gente, sobre todo cuando hay vacaciones.

Los cuatro maestros que fuimos, pasamos tres días muy felices y contentos, y más todavía al ir a visitarnos uno que otro nativo que nos llevaba fruta, otros iban por platicar y nos preguntaban cómo hacer para que en esa comunidad un tanto apartada tuvieran maestro. Entonces, uno de nosotros preguntó qué tantos niños en edad escolar se reunirían, incluyendo a las niñas, y contestaron que sumarían entre 20 y 25 en total. Sugerimos a nuestros visitantes que levantaran un censo escolar, elevando una solicitud firmada por los vecinos ante el inspector escolar de la zona. Quizá por la lejanía del lugar se les concedería y si fuera posible que llevaran una copia a la Dirección de Educación en el Estado y que lo hicieran a la mayor brevedad para ver si era posible que los tomaran en cuenta en el presente ejercicio escolar.

Encantados y felices, permanecemos los tres días y al cuarto, muy temprano, decidimos regresar. Al despuntar el sol llegamos donde habíamos dejado las bicicletas, dimos las gracias y seguimos nuestro camino, porque se nos agotó el itacate. Al fin llegamos al pueblo y cada quien a su casita, cansados y hambreados, pero contentos de haber conocido tan bonito lugar. Poco tiempo después cada quien iría a su escuela o ante el inspector escolar, pues como no pedí cambio y sabiendo ya la fecha de inscripción, me presenté ante las autoridades para hacerles saber que enviaran a sus hijos para iniciar las inscripciones y muy pronto las clases. Convoqué a una reunión general de ejidatarios y proseguí con los trabajos proyectados, fundamentalmente el paredón que serviría para las clases, existiendo ya los cimientos. Después de la reunión los comités empezaron a trabajar. Poco tiempo después se acerca-



ba el Día de las Madres y había que hacer la fiesta y rendir fervoroso homenaje a la madre.

Los comités de educación y de festejos junto con la escuela nos pusimos a trabajar. Se llegó el día y optamos porque el programa se llevara a cabo en la antigua hacienda. Para ello se logró conseguir una buena orquesta, y se logró que cada niño o niña hiciera un obsequio sencillo y un ramito de flores, recitaciones, coros, etcétera. Una buena orquesta amenizó la fiesta; se efectuaron carreras de caballos, carreras de relevo, jaripeo y hasta fuegos artificiales. Por primera vez en la historia del poblado se rendía homenaje a las madrecitas; la totalidad de ellas se sintieron llenas de júbilo al recibir de sus hijos el gran cariño que debe darse al ser más querido de la tierra. Algunas lloraron de emoción y para su mayor satisfacción, la orquesta empezó a dedicarles danzones para animarlas a bailar con sus esposos. La alegría terminó hasta el amanecer, es decir, al siguiente día con el debido orden, ya que previamente se nombró la comisión al respecto. Se optó por hacer la fiesta en la hacienda, por si llovía, ya que existían algunos techos y templo anexo.

Cerca de tres meses después de la fiesta, el 6 de agosto, caminaba rumbo a mi escuela después de haber salido de la casa donde me hospedaba. Eran como las nueve horas y, con paso apresurado, como a 500 metros de la casa, sin fijarme, pisé algo como de hule. Me impresioné al ver una enorme culebra de cascabel que se arrastraba hacia una cerca de piedras.

Pensé que únicamente me había asustado, pero en seguida sentí que el pie izquierdo me ardía. Me empezó a doler y me levanté el pantalón; como a 10 centímetros del tobillo salía un pequeño hilito de sangre y en el pantalón tenía una pequeña mancha amarillenta con una incisión leve. Comprendí que el viborón me inyectó su veneno mortal y que más tarde, tal vez acabaría cortándome la existencia. Todavía me revestí de ánimo y seguí mi camino para la escuela para avisar a mis niños que no daría clases para que no perdieran tiempo y se pusieran a repasar lo escrito en el cuaderno, para no olvidar lo que habían aprendido, pues por razones de fuerza mayor tenía que abandonarlos por unos días.

Entre ellos surgió la duda del porqué me ausentaba, pero se dieron cuenta al notar que no podía caminar normalmente y algunos de ellos lloraron al saber lo sucedido. Les dije que no tuvieran cuidado, que la ciencia médica estaba avanzada para sanarme y que si algunos de ellos se pegaba al estudio tal vez llegaría a ser médico o quizá un Juárez o un Lázaro Cárdenas. Me despedí de ellos y emprendí mi camino y pasé por mi bicicleta a la casa donde me hospedaba, sin poderla usar ya que el camino no era

propio por tanta piedra y pendiente, solamente en muy pequeños tramos del camino. Como a la mitad sentí que el pie ya no tenía fuerzas para sostenerme, además de adormecido ya mi cuerpo sentía mucho frío; comprendí que el efecto del veneno me estaba dañando, pero hice lo imposible por seguir caminando y vencí la pendiente y pude en parte usar la bicicleta donde rodaba por sí sola ya que no podía hacer fuerza con el pie dañado. Con mucho trabajo llegué a casa, le conté a mi madre lo sucedido y seguí hasta llegar al poblado de Lagunilla para tomar el carro que en aquel entonces hacía servicio cada dos a tres horas para ir a Ixmiquilpan o a Pachuca. Para mi mala suerte llegué al poblado citado fuera de tiempo, pues el camión acababa de pasar. No hubo más que esperar; durante ese lapso más y más sentía frío, mis fuerzas se agotaban, al fin oí el ruido de un carro, era el de pasajeros; pedí la parada y con mucho trabajo subí y al fin llegué a Ixmiquilpan. Ya no pude bajar del autobús, toda la pierna inflamada casi inmóvil, mi cuerpo ardiendo de calentura, el ayudante y el chofer me hicieron el favor de ayudarme y casi arrastrándome me llevaron con el médico. Lamentablemente, el primero que vi no tuvo la medicina requerida, pero me dijo que fuera al centro médico. Llegué casi sin conocimiento quizá por el esfuerzo que hice por llegar. Por fin, a las seis de la tarde el doctor Francisco López me aplicó 10 centímetros cúbicos de suero anticrotálico y poco después, perdí el conocimiento. En esos momentos pasaba por allí el profesor Juan Negrete Fuentes, secretario general de la zona en aquel entonces y me reconoció. Cuando desperté ya me encontraba en la casa del profesor Negrete, no supe cómo llegué, pero en seguida me dijo lo que aconteció. Solamente recuerdo que en el trayecto para ir al centro médico se me nublaban los ojos y se oscurecía el mundo. Al sentir que se me agotaban las fuerzas, me sentaba en el suelo, descansaba dos o tres minutos y de nuevo mi vista medio la recobraba, igual que las fuerzas. Me levantaba y seguía, pero hubo momentos en que el mundo que yo veía era otro. Bien dicen los dichos: "Nunca temas el día que no has vivido", "Hierba mala nunca muere."

Esa noche no pude dormir, solamente recuerdo que veía cosas inexplicables. Al siguiente día el médico tenía que inyectarme otros 10 centímetros de suero y al tercer día otro tanto. La segunda noche ya empecé a dormir y la tercera me disminuyó la calentura, el peligro iba pasando. Al cuarto y quinto día ya no hubo necesidad de seguirme inyectando, ya me sentía mejorado. Entonces vino la reacción del suero, provocando urticaria que a los tres días desapareció, pero se me empezó a encoger el pie doblándose por la rodilla. Se me infectó el sitio donde me inyectó el vene-



no la víbora. La inyección, al parecer, seguía la trayectoria de una vena hacia la rodilla, pero al presionar daba salida al desecho (pus) que duró más o menos 30 días. Gracias a la ciencia me salvé y por eso todavía sigo viviendo y el doctor dijo que ya podía irme a casita, que lo demás eran consecuencias pasajeras. Tuve necesidad de andar con muletas, y como a los 30 días me sentí bien y me fui de nuevo a mi escuela para seguir trabajando.

Dos meses después se acercó la fecha de hacer pruebas finales. Con mis dos grupos, primero y segundo grados, organicé un pequeño programa con la participación de todos los padres de familia y vecinos del pueblo, en el paredón que se levantó y que improvisadamente se tapó como si fuera una enramada. Rendí mi informe de labores ante los asistentes, expresé mi agradecimiento a todos y sobre todo para los que en una forma directa colaboraron con la escuela. Me despedí de mis alumnos a quienes quise como hijos, a los papás como buenos amigos, al mismo tiempo suplicándoles que de vez en cuando les dijeran a sus hijos que no olvidaran lo que se les había enseñado en la escuela y que de cuando en cuando hicieran ejercicios de escritura y lectura. La comunidad era lejana e incomunicada en esa época.

Mis deseos fueron superarme intelectualmente y para ello era necesario cambiarme de ese lugar a otro más cercano a la zona, así que pedí mi cambio para poder estudiar en la Escuela Normal Socialista de Pachuca, en la que ya me encontraba inscrito. Pero nunca me imaginé que se fuera a estancar la educación en dicho lugar, pues lamentablemente pasaron varios años sin maestro, debido a la lejanía nadie quería ir o quizá por carencia de maestros; actualmente ya es de organización completa con varios maestros.

Recuerdo que en 1936 en Ixmiquilpan se efectuó un congreso indigenista en el Teatro Hidalgo, que se encuentra en un lado de la Presidencia Municipal. Participaron la totalidad de los pueblos del Valle del Mezquital, por medio de delegados, así como otras zonas del país. Vino el presidente de la República, general Lázara Cárdenas y las representantes de Secretarías; se presentaron diferentes ponencias, peticiones, etcétera, a efecto de dar solución a todos los problemas. Duró casi una semana el trabajo, y se estudiaron todas las peticiones, dándoles el trámite de acuerdo con la propia Secretaría a la que correspondía. Las que más destacaron fueron la de Educación y la de Agricultura. (Recursos Hidráulicos.)

En agricultura se hizo un túnel para desviar un río y convertir parte de Ixmiquilpan en zona de riego, ya en estos últimos años se logró regar una gran cantidad de tierras. Ojalá y se hayan

beneficiado mis hermanos indígenas, donde la miseria y el hambre imperan; mucha gente no tiene agua, visten andrajos, hasta que la ropa se les cae en pedazos, y de ribete padecen epidemias, enfermedades.

En el ramo educativo hubo algo sobresaliente que en la historia quedará para siempre como una huella imborrable del gran beneficio que tuvo la niñez en ese aspecto. En todas las escuelas existentes en el Valle a partir de 1937 se impartieron desayunos escolares a base de leche, arroz, pan, así como dotación de pocillos, platos, mesas, etcétera. A todos los niños y niñas que asistían a la escuela se les tomaba la medida para mandar hacer ropa, huarches y sombreros de palma. Qué hermoso ver una escuela con bastantes niños y niñas luciendo la indumentaria regional que en aquella época se usaba. Cada niño recibía ropa cuando menos dos veces al año a efecto de poderse cambiar.

Del ejido Emilio Hernández pasé a la comunidad del Espíritu, pero fue por corto tiempo, en vista de haber figurado en el sindicato como secretario de Estadística, Organización y Propaganda de mis compañeros maestros. En Espíritu permanecí como unos dos meses, allí me hice de amigos.

En uno de mis viajes a Ixmiquilpan, al finalizar la semana, en el camino me dio una sed espantosa. Al pasar por la comunidad de Nequetejé vi un jagüey, al acercarme creyendo que tenía agua para tomar, mi sorpresa fue grande; estaba seco, solamente se veía un pequeño charquito lleno de gusanos y el agua un tanto vercosa.

Era tanta mi sed que me acosté en el suelo, cerré los ojos y tomé el agua; al pasar por mi garganta sentía como granos de arena, quizá hayan sido sapos y renacuajos, lombrices, etcétera. De momento mitigué la sed que ya no podía soportar, al mismo tiempo temía alguna infección por haber ingerido esa agua putrefacta y pestilente llena de no sé qué clase de gusanos hayan sido, pero gracias a la suerte del indio otomí, no pasó nada, solamente me chupé tres limones llegando a Ixmiquilpan.

Del Espíritu, fui cambiado a la comunidad de Banganthó, como a seis kilómetros de Ixmiquilpan. De nueve a 14 horas trabajaba con mis alumnos y por la tarde atendía a los compañeros maestros en sus problemas, máxime que en ese año no hubo inspector escolar en todo lo que es el Valle del Mezquital, habiendo designado la Secretaría de Educación como su representante al profesor Arturo Oropeza, amigo personal del general Cárdenas. El se encargó de administrar las escuelas de todo el Valle del Mezquital, la dotación de raciones para los desayunos escolares consistente en azúcar, arroz, canela, pan; los útiles, mesas, pocillos, platos, cu-



charas, ropa, sombreros, huaraches, máquinas de coser y de peluquería, cuadernos y lápices. Básicamente los desayunos se preparaban con botes de leche condensada, haciendo atole con el arroz.

En cada escuela funcionaba un comité formado por padres de familia o madres para encargarse de preparar el atole y darlo a determinada hora a los escolares. Estas atenciones para el niño indígena únicamente fueron durante el periodo del general Cárdenas.

En las tardes, después de trabajar en mi escuela, me iba a Ixmiquilpan para atender problemas de los compañeros. El sindicato intervino en un grupo de maestros egresados de El Mexe para darles acomodo en escuelas de la zona, cuyos maestros fueron mis compañeros de grupo. Se les comisionó para diferentes escuelas de Santa María o Nicolás Flores, asignando como jefe del grupo al profesor Diego Zúñiga y al compañero José Trujillo, a efecto de estar al tanto de ellos así como para dar avisos de emergencia, ya fueran oficiales o sindicales. Así fue pasando el año y el día menos pensado me llegó a visitar el profesor Oropeza poco después de dar clases. Estaba jugando en la cancha con mis alumnos, el profesor iba con unos visitantes y sin darme cuenta tomaron una foto instantánea, donde salí retratado así como parte del jacal que era techo de dos aguas. Años más tarde salió en la portada de una revista llamada *Educación*, no recuerdo el número ni la fecha, pero decía: "Un maestro otomí jugando pelota".

En esa escuela trabajé en 1937 y allí también me hice de amigos, entre ellos don Otilio Serrano. En la actualidad Bangathó es un vergel por tener riego y hasta escuela secundaria y algo más como es la industria de mármol.

Contento y feliz pasé parte de 1937 en la comunidad. Pero mi deseo de continuar mis estudios me llevaron a la comunidad Julián Villagrán, comunidad netamente indígena y pegada a la carretera México-Laredo. Allí trabajé de 1938 a 1940 iniciando mis actividades en febrero, ya que durante diciembre y enero anteriores tuve que permanecer en la Escuela Normal Socialista de Pachuca.

Iniciadas mis actividades normales, en el mes de marzo se decretó la expropiación petrolera. A pesar de ser una comunidad muy pobre, se formó un comité para recabar fondos para el pago de la deuda y la totalidad de vecinos ejidatarios cooperaron, vendiendo la gallina, el chivo o el puerquito, algunos que no tenían daban lo de un día de trabajo, el caso es que nadie quedó sin cooperar. El comité fácilmente sensibilizó a la gente debido a la gran ayuda que el mismo gobierno estaba dando, como eran los desa-

yunos, ropa, huaraches, etcétera. En esa forma, todos ayudaron y con verdadero gusto.

Ya al estar trabajando normalmente en mi escuela, el profesor Oropeza me visitaba con frecuencia una o dos veces al mes, y principalmente cuando venía con personajes seguramente para mostrar la gran ayuda que el gobierno estaba proporcionando a los niños indígenas, pudiendo decirse que la educación sufrió un cambio para todos los niños que recibían desayuno. Niños que iban a la escuela, quizá sin alimento en el estómago, débiles, encenques, desnutridos, harapientos y enfermos debido a la miseria. Dos meses después de tomar un buen atole de leche con arroz y pan, las caritas tomaban un color más sonrosado, llenos de contento, de alegría y más todavía al estrenar ropa, huaraches y sombrero. Para ellos y sus padres, era un día de fiesta cambiar aquellos andrajos hechos garra que poco a poco caían en pedazos, cuyos cuerpos casi desnudos no podían ocultar la pobreza y la miseria que es triste comentar.

La educación sufrió cambio, porque un estómago con algo de alimento, permitía que el niño estudiara y asimilara la enseñanza, pues un niño hambriento y débil, únicamente se ponía a dormir en sus clases y perder tiempo. Una de las veces que pasó el profesor Oropeza a visitar la escuela, encontró a dos o tres señoras y les recomendó que procuraran lavar las ropas de sus hijos para que siempre anduvieran limpios. Ellas para no perder tiempo estaban hilando el ixtle o fibra del maguey para hacer ayates, raquítica industria que está por desaparecer por ser incosteable debido a la competencia de fibras sintéticas como es el plástico.

El maestro Oropeza oyó la recomendación que hice a las señoras. En ese momento tocaba ensayar un canto, así que le dije al maestro y a su acompañante que si gustaba oír cantar a los niños en otomí, y como siempre he sido aficionado a tocar la guitarra acompañé con guitarra a los niños, pero también cantaba en español y al maestro Oropeza le gustó mucho. Fue así como dijo que el maestro Felipe tenía un buen orfeón infantil otomí.

Algo sobresaliente vino a despertar al otomí y fundamentalmente a la niñez, al maestro mismo de la escuela y hasta a uno que otro adulto. El profesor Oropeza tuvo la maravillosa idea de entrevistar a directores de escuelas del Distrito Federal, con el apoyo del secretario de Educación y amigo personal del presidente de la República, ya la escuela que fuera, tenía las puertas abiertas, para tener intercambio de visitas con las escuelas del gran Valle del Mezquital. Claro que lo que a él le urgía era llevar del Valle a México, y así fue.

Mi escuela fue quizá una de las primeras en haber ido a Mé-



xico, constituyó un gran paso en el desarrollo social y cultural hasta para el mismo maestro de escuela. El profesor Oropeza tenía a su disposición un carro grande para el reparto de productos básicos para los desayunos de todas las escuelas y, al sobrarle cierto tiempo, aprovechaba para llevar y traer niños. A mi escuela le tocó visitar en el Distrito Federal al colegio Augusto César Sandino, eso fue lo que me comunicó el propio profesor Oropeza y me dijo que de un momento a otro nos llevaría tan pronto como nos entregara el vestuario de mis alumnos, con sus huaraches y sombreros correspondientes, a las niñas igualmente con la ropa respectiva. No tardó mucho y al fin recibí toda la ropa y en el momento de salir mis alumnos tenían que cambiarse, previo baño. Y partimos, uno que otro padre y madre de familia nos acompañó, desde luego, para conocer la ciudad de México; llegamos temprano a la escuela Augusto César Sandino y nos recibieron con mucha alegría y nos ofrecieron desayuno para todos. Después presenciábamos un bonito programa organizado por los alumnos y el personal docente. Al medio día cada alumno de la escuela visitada se llevó a comer a otro alumno visitante a su casa, con el compromiso de tenerlo presente a las dos horas. Cuando llegó la hora ya todos estaban reunidos. Por la tarde el maestro Oropeza nos llevó al Palacio de Bellas Artes para conocerlo y admirar su gran belleza. Como había función, el maestro tan bondadoso nos permitió ver la función de una bonita obra llamada *Rayando el Sol* en palcos especiales. ¡Qué butacas tan hermosas!, y allí estaban los otomíes como reyes, gozando como nunca jamás en la vida soñábamos. Allí estaba el gran artista Roberto Soto, brindando a los niños otomíes aquella bonita obra, indudablemente que también él quiso al indio, pero más el gran maestro Arturo Oropeza, un gran cariño, un gran amor para nosotros los indios, creo que no haya otro hombre con ese acto tan humano, lo que en lo personal considero como heroico.

Terminado el acto nos regresamos a la escuela; allí estaban el personal y cierto número de alumnos esperándonos para que cada quien se llevase a su compañero visitante a darle de cenar y hospedaje en su casa, con el compromiso de presentarlo al siguiente día después de haberle dado su desayuno. La directora, profesora Enriqueta, y sus maestros me llenaron de atenciones que jamás en mi vida había recibido, sobre todo de la maestra Amelia Machaén, a quien quise como a una hermana.

Al día siguiente, uno de los maestros me indicó que a petición de sus alumnos le hiciera el favor de dar una clase, claro que no podía negarme, pero no una clase, porque para esto solamente el maestro de ese grupo era el indicado, pues de mi parte única-



mente daría una plática de lo que era la vida en Valle del Mezquital, sus costumbres, sus tradiciones, su raquítica economía y su industria que actualmente está en decadencia, como es la fibra del maguey incluyendo el aguamiel. Mis alumnos poco a poco llegaron encantados y felices, al grado de que algunos ya no querían regresar a su tierra natal, ¿por qué?, porque aquel ambiente era diferente de donde habían nacido; olvidaron su lengua por momentos y se forzaron para hacerse entender mediante el español, para poder platicar y contestar las preguntas que fueran necesarias. Para ellos fue otro mundo muy superior, olvidando las tristezas y miserias, se desenvolvieron y educaron en varios aspectos, desterrando para siempre aquella sumisión, aquel letargo que tiene el indio por estar acomplejado como un ser inferior.

Tengo muy presente que la maestra Amelia, tan amable y fina, me hizo el honor de invitarme así como a cuatro de mis alumnos para abordar un coche y recorrer parte de la ciudad durante dos horas, pagando ella por su cuenta el tiempo. Tres días permanecimos en la escuela Augusto César Sandino, llenos de felicidad, alegría y mucha sabiduría. Habíamos conocido otras escuelas, el parque zoológico de Chapultepec, el Museo de Historia Natural, etcétera.

Al fin se acercó la hora de retornar a nuestro lugar de origen; nuestro carro estaba listo, nos despedimos de la directora Enriqueta Palacios y del personal así como de los alumnos, abordamos nuestro carro, algunos medio tristes, pero el profesor Oropeza nos consolaba y nos decía, "pronto regresarán de nuevo". Y así fue, varias veces tuvimos la dicha de tener ese gran intercambio entre 1938 y 1940.

Recuerdo que en una de tantas idas se concentraron varias escuelas del Valle del Mezquital, principalmente las que estaban cercanas a la carretera, a efecto de participar en un concurso de costura que se efectuó en la Secretaría de Educación. No recuerdo la fecha, parece haber sido un 12 de octubre, participaron las damas que habían aprendido a coser con la máquina que se les obsequió a las escuelas por conducto del profesor Oropeza. Después de ese acto nos concentramos en una escuela en la que estuvo la esposa del señor presidente; la señora Amalia Solórzano de Cárdenas convivió con los indígenas, inclusive allí comimos el itacate que llevábamos. Al día siguiente hubo publicaciones en los diferentes diarios, incluyendo fotografías donde aparecen muchas mujeres indígenas rodeando a la primera dama. En nombre de la región otomí se le hizo entrega de un pequeño presente, un fino ayate bordado, y saludos para su esposo a quien el Valle del Mezquital le agradecía la gran ayuda que estaba impartiendo en toda la zona. Se despidió y se retiró.

No recuerdo si en esa ocasión u otra de tantas que fuimos, el profesor Oropeza nos llevó a la estación de radio de la W, mis alumnos cantaron y destacó la señorita Consuelo Paulín originaria de Capula, joven y bonita, tuvo la suerte de quedarse contratada para cantar canciones en otomí en tan prestigiada estación. En todos estos acontecimientos, viajes, visitas de escuelas de la capital en diferentes rumbos, tuve la suerte con mis alumnos así como uno que otro vecino de la comunidad. Conocí lo que era la ciudad de México en aquel entonces, ya que en los tres años el profesor Oropeza nos llevó no menos de unas ocho a diez veces, tal vez porque mi escuela estaba a pie de carretera. Para mí, el profesor Oropeza era el redentor del indio otomí. Pero todo se acabó cuando terminó el régimen del general Lázaro Cárdenas, esos tiempos jamás volverán. Ese año 1940 vino a visitarnos la escuela Augusto César Sandino con 50 alumnos y el personal docente. Parece que fue el 21 de marzo de 1940. Para ello se reunieron los padres y madres de familia y desde luego mis alumnos para recibir a nuestros visitantes, desarrollando un sencillo programa conmemorando el natalicio del gran Benemérito de las Américas don Benito Juárez y también en honor a nuestros visitantes. Después del sencillo acto, los vecinos y todos los presentes, maestros y alumnos, escucharon con mucha atención las palabras que dirigió a todos la directora, principalmente a los vecinos, proponiendo que la escuela de Villagrán también llevara el mismo nombre de Augusto César Sandino, esbozando ampliamente la vida y obra del gran libertador. Los vecinos no tuvieron inconveniente y aceptaron con gusto. En seguida una madre de familia a nombre de la comunidad obsequió un ramo de flores a la directora, agradeciendo la visita. Acto seguido, en nombre de sus compañeros de México un maestro me hizo entrega de un bonito diccionario que sigo conservando como recuerdo cuya dedicatoria dice: "Con el más cariñoso recuerdo y el deseo de que sus nobles intenciones cristalicen, dedicamos éste, al maestro Felipe Hernández".

Maestros y alumnos de México nos invitaron a comer tacos, huevos, aguacates, etcétera, muy contentos y alegres pasamos el rato, pero ya se hacía tarde, se despidieron y se fueron hasta la capital. Aquel año parece haber sido de significación. Cuando se acercó el Día del Maestro, el maestro Oropeza tomó en cuenta esa fecha y dio una sorpresa; por otro lado y por conducto de sus dirigidos, los maestros hicieron saber al maestro Oropeza que el 15 de mayo se le rendiría un homenaje. Para ello se invitó a las autoridades locales y se designó para llevar a cabo el acto el Teatro Hidalgo de Ixmiquilpan, a un lado de la Presidencia Municipal.

Por fin llegó la fecha y hora indicadas y el maestro Oropeza



no llegaba, porque se encontraba enfermo, pero, como responsable de sus actos, se revistió de valor y ardiendo en calentura se levantó para estar presente en el programa que en su honor se llevó a cabo, organizado por maestros de la zona. Todos contentos y felices lo felicitamos, sin saber su sufrimiento. La sorpresa más grande que nos dio fue haber hecho entrega a cada uno de nosotros de un diploma de honor con motivo del Día del Maestro y firmado por el secretario de Educación licenciado Gonzalo Vázquez Vela. Qué acto tan valiente del profesor Oropeza, poniendo en peligro su propia vida para hacernos entrega de aquel testimonio de gran valor para mí en lo personal y que conservo como un recuerdo. El diploma dice:

La Secretaría de Educación Pública en vista de la cooperación entusiasta y desinteresada que el maestro Felipe Hernández ha prestado a la obra de reivindicación de los otomíes del Valle del Mezquital, ha tenido a bien expedirle el presente Diploma de Honor que en memoria de la institución del Día del Niño Indígena por acuerdo presidencial, se entrega hoy Día del Maestro.

Con esto quedó terminado el acto, ya que el maestro Oropeza sentía un terrible sufrimiento al estarse aguantando aquel malestar y fuerte temperatura. Poco tiempo después nos platicó, era tifoidea, que por buena suerte fue pasajera. El maestro fue muy bondadoso, amable y humano con todo mundo sobre todo con los humildes. Recuerdo que en 1939 me enfermé quedando recluido en mi casa sin medios económicos para curarme. Cuando el maestro Oropeza vino personalmente a Santiago de Anaya, me llevó hasta la ciudad de México para internarme en un centro de salud. Gracias a esa valiosa ayuda, me restablecí y a los 45 días estaba trabajando en mi comunidad.

Transcurrieron sin sentir tres años en la comunidad de Villagrán, donde existió una gran hacienda fraccionada por varias comunidades dotada como ejido, antiguamente se llamaba Hacienda de Ocotzha que en otomí quiere decir palo hueco o madera hueca. Cierta parte de sus tierras son de riego y una pequeña fracción corresponde a Villagrán para unos cuantos, pequeñas parcelas que no alcanzan a cubrir ni las necesidades primordiales de la familia, pero como son tierras de riego se produce maíz, frijol, trigo, avena, alfalfa, etcétera.

Me atrevo a pensar que la escuela o mejor dicho los alumnos, fueron los que más viajes hicieron a la ciudad de México y los que más aprovecharon, incluyéndome a mí en lo personal, el hecho de haber estado en palcos especiales en el Teatro de Bellas Artes y que el gran artista Roberto Soto haya brindado a los niños otomíes su bonita función. Esa fue la única escuela que tuvo esa



gran dicha de todas las existentes del Valle del Mezquital. Desde luego, gracias al profesor Arturo Oropeza, a quien siempre estimé con gran afecto y fuimos muy buenos amigos.

En 1941 pasé a la zona escolar de Actopan, siendo inspector el maestro Emiliano Pérez Rosas, quien me comisionó a la escuela del poblado de Guerrero y en 1942 a la comunidad de Palmar. Como son comunidades que corresponden a mi municipio, me sentía más obligado dar mejor rendimiento en mi trabajo, pero se acabaron las salidas a México y hasta los desayunos, vestuario y demás, porque el régimen fenecía y entraba otro. Por otra parte era muy poco lo que ganaba y preferí renunciar debido a que se me presentó la oportunidad de trabajar en otro ramo. En 1943 aprendí el trabajo de la farmacia manejando el mortero, para hacer cucharadas, polvos, cápsulas, unciones, pomadas, etcétera. Me fui para Morelos al Ingenio de Zacatepec en el servicio médico, ya como farmacéutico, pero tenía que hacer servicio en puestos periféricos, Tlaltizapán, Puente de Ixtla, Tlaquiltenango, Xochitepec, etcétera, donde también habían servicios médicos.

En 1945 me casé con la doctora Guadalupe Rojas, pero poco tiempo después surgieron problemas de trabajo y nos venimos a México. En 1946 puse una pequeña botica en el mismo Distrito Federal y la mala suerte me vino que enviudé. En 1950 me salí de México a mi tierra natal, aún teniendo conocidos y amigos que me ofrecían ayuda. Me decidí a dejar la capital para estar al lado de mi madre; totalmente derrotado y sin recursos económicos de ninguna especie, me vi en la necesidad de trabajar de nuevo en el magisterio durante 1951 y 1952 en mi antiguo Palmar. Toda la obra que había realizado el gran maestro Oropeza, se acabó; para mí solamente quedaba el recuerdo, ya nada de eso existía. Por el contrario, queriendo dar más importancia al indio otomí, quizá por querer conservar sus costumbres y tradiciones y no sé qué tantas cosas, a alguien se le ocurrió editar cartillas escritas en otomí para uso de las escuelas en la enseñanza de la lectura y escritura de la lengua, el caso es que cuando de nuevo trabajé en el magisterio, estaba en auge este sistema.

En mi concepto muy personal, la educación del indio en lugar de superarse se estaba hundiendo más en la ignorancia; la propia Secretaría de Educación erogó fuertes cantidades, posiblemente millones, para fundar institutos capacitando a maestros, seguramente para agregar signos y más signos para poder escribir el otomí y no solamente eso, creo que hay necesidad de vocales además de las que se usan en el español.

¿Para qué?, ya lo dije: seguramente para fomentar más la ignorancia y convertir al indio otomí en un ser inferior. Lastima el

alma ver a nuestros semejantes, que en lugar de elevarlos culturalmente los recriminen de esa manera. Lo más curioso es que los técnicos en la materia fuesen "gringos", un tal Sinclair tuvo tanto arraigo y confianza dentro de nuestro pueblo y en lo que más se interesó fue en editar *La Biblia* en nuestra lengua y no sé qué tantas cosas. ¿Por qué si Ixmiquilpan se hizo tierra de riego, no enseñar mejor a trabajar y cultivar la tierra para hacerla producir con la técnica que emplean los gringos y ganar dólares? ¿Por qué no, valiéndose de nuestra lengua, aconsejar al indio que no se dejara engañar por algún villillo, vendiendo su pequeña propiedad o fracción de tierra?

A mi juicio, fue un grave error implantar e imponer esta enseñanza única y exclusivamente en otomí prohibiendo el español; lo básico era castellanizar al indígena y al mismo tiempo enseñar la lectura y escritura del español. Pero, como ya dije, a base de sonidos, nunca de oración completa, ya que el aprendizaje era pasajero, pues al invertir las palabras de la misma oración el niño no podía comprenderlas. En cambio si se enseña por sonidos, la comprensión se facilita. El caso es que se gastaron miles y miles y quizá hasta millones en aquella época, hasta que hubo protestas de parte de los padres de familia de todas las comunidades del Valle del Mezquital. Fue así como desapareció este sistema, que a mi juicio vino a estancar el progreso cultural de mi raza.

En varias ocasiones fui invitado a participar en ese sistema, pero siempre me negué y dije que era un grave error. Como premio recibí una nota de demérito de la Secretaría de Educación, indudablemente por órdenes de una maestra llamada Angélica Castro, a quien jamás conocí, y que por mucho tiempo patrocinó y fomentó esta enseñanza. Me opuse a ella no por ir en contra de mi raza, al contrario, siempre he deseado que ésta salga de la ignorancia y que los otomíes lleguen a tener profesionistas. Pero para ello se requiere que los jóvenes indígenas ingresen a escuelas superiores, a universidades, politécnicos, tecnológicos, etcétera. ¿Cómo lograrlo con enseñanza otomí? Nunca jamás, porque sencillamente no hay escuelas superiores otomíes (actualmente ya hay muchas secundarias sobre todo técnicas agrícolas, una o dos en cada municipio y otras tantas telesecundarias, una que otra preparatoria en cada distrito, ojalá y pronto haya universidad también en cada distrito, pero no en otomí). Tal vez por conservar la lengua, si sea conveniente dar a conocer la lectura y su escritura; pero esto debe hacerse con personas de cultura media en adelante, a efecto de no tener cierta confusión con los signos y vocales adicionales que se requieren, que en un niño ofusca su mente.

Al estar trabajando en 1952 en la comunidad de Palmar, co-



nocí a una maestra, la hice mi novia y tuve la oportunidad de un nuevo trabajo. Dado el raquítrico sueldo, acepté y me fui a tierras lejanas, a Colima, como gerente de una línea de transportes de carga. Mi novia me siguió y nos unimos libremente en amasiato procreando tres hijos. Me relacioné con grandes comerciantes, grandes agricultores, me hicieron la distinción de pertenecer al Club Rotario, al Club de Cazadores Diana; mantuve buenas relaciones incluso en el propio gobierno del Estado con el general Jesús González Lugo, debido a la representación que tuve, pero el recuerdo de mi tierra me hizo venir a seguir conviviendo humildemente con los míos, ganándome la vida en el campo y con pequeño comercio. Estuve en Colima cinco años 1953 a 1958, para mí fue lo más elevado que alcancé en la vida, poco tiempo después, la maestra que tuve en amasiato volvió a trabajar, hubo malos entendidos y nos separamos.

Actualmente cuento con 70 años de edad, tengo cinco hijos, y mi actual esposa. Dos de mis hijas tienen sus respectivos bebés. Mi vida es pesada y aún sigo trabajando el campo como simple ejidatario. Los pocos años que trabajé como maestro, puse mi empeño en servir a mi raza, sobre todo a los niños, futuros ciudadanos de la patria. Me encariñé con todos mis alumnos, a muchos quise como hijos. Antiguamente, ser maestro era un alto honor, casi un apostolado. Cuando surgió la revolución cristera, sobre todo, muchos maestros ofrendaron su vida por cumplir su misión.

En la época actual, la situación ha cambiado; no todos los maestros son responsables, unos se ufanan por cumplir, otros ni trabajan y con doble plaza. Muchos son generales, pero no de batalla; lamentablemente la educación cada día es más deficiente en lugar de superarse, niños que terminan el sexto grado de primaria, muchos no saben leer y menos hacer cuentas, pasan a la secundaria y algo similar sucede. Claro, no todos los maestros son iguales, para los que son responsables, dedicados al trabajo, mis respetos, para los que cumplen fielmente su apostolado: honor y gloria para ellos.

Es urgente que la educación se supere día con día en todos niveles, desde la primaria hasta la profesional, para que nuestro México se levante, progrese y salga del atolladero. Necesitamos que todos trabajemos mucho, quizá algún día tengamos todo lo suficiente y no importemos granos, ni artículos de alimentación básica, que nos distingamos por nuestra honestidad, nuestro dinamismo y nuestro alto sentido de responsabilidad en el trabajo. Que la juventud se aleje del vicio, de la drogadicción, del pandillerismo, corrupción y otros tantos males que se estén presentando. Es doloroso oír que muchas escuelas superiores, en lugar de estudio,



solamente se oye de bandalismo, asaltos, robos, atracos, violaciones, asesinatos... ¿Dónde iremos a parar?, estamos viviendo en la era atómica, con viajes interplanetarios, ya con el uso de poderosos rayos laser y muchos secretos que por estrategia no se dan a conocer. Ojalá que la ciencia pronto descubra la forma de cómo acabar con la miseria, el hambre, que haya mucho trabajo para la gente desocupada, que se haga la voluntad del hombre de acuerdo con las necesidades de cada lugar o región, que los ríos subterráneos salgan a flote y corran sus aguas en las grandes superficies áridas, para que el campo se haga producir y engrandecer a nuestra querida patria, para que salga del endeudamiento y crisis que nos atormenta y mata a pausas. Que el indígena de todo nuestro México se eleve culturalmente y viva como ser humano.

## Nura Mexe

*Donaciano Serna Leal*

La actual Escuela Normal Rural de El Mexe, Hidalgo, es hija legítima de nuestro movimiento revolucionario. Sus maestros y alumnos han sustentado una ideología libertaria. Los profesores que de ella egresan han llevado a las aldeas, rancherías y pueblecitos en los que trabajan el mensaje del glorioso movimiento de 1910.

El origen de la Normal de El Mexe lo hallamos en escuelas anteriores que fundaran dos prominentes revolucionarios: el general Alvaro Obregón, presidente de la República de 1920 a 1924, quien creó las escuelas rurales y posteriormente las normales regionales, y el general Plutarco Elías Calles, su sucesor en el más alto puesto político del país (1924-1928), quien fundó en 1926 las primeras Escuelas Centrales Agrícolas.

Las dos primeras normales regionales o rurales que se fundaron en el país en 1923 fueron la de Tacámbaro, Michoacán, y la de Molango, Hidalgo. El secretario de Educación Pública era el licenciado y maestro José Vasconcelos.

Las dos primeras Escuelas Centrales Agrícolas que tuvo México fueron la de La Huerta, Michoacán, y la de El Mexe, Hidalgo, ambas fundadas a fines de 1926. Dependían de la Secretaría de Agricultura y Fomento, cuyo titular era el ingeniero Luis L. León.

Las normales regionales formaron profesores rurales, con planes de estudio breves; las centrales agrícolas forjaron peritos agropecuarios con planes de estudio de cinco semestres.

Ambas escuelas cumplieron con su misión y por varios años trabajaron separadamente. La Normal de Molango pasó en 1928 a la población de Actopan.

En 1932, por disposición presidencial, se fusionaron ambas instituciones y constituyeron la Escuela Regional Campesina de

El Mexe, que dependió de la Secretaría de Educación Pública. Su misión fue formar maestros-peritos agrícolas. Cumplió lealmente con su encomienda.

En 1941, por acuerdo de la SEP, las regionales campesinas pasaron a ser Escuelas Normales Rurales. Con esta denominación ha funcionado El Mexe hasta la fecha.

El Mexe ha sido una institución importante como Escuela Central Agrícola, Escuela Regional Campesina y Escuela Normal Rural. En este año cumple 60 años de fecunda existencia.

De ella han egresado aplicados alumnos que han servido posteriormente a la nación como peritos agrícolas, ingenieros agrónomos, maestros.

Otros muchachos, que por variadas razones no concluyeron sus estudios en El Mexe, asimilaron sus enseñanzas, recibieron su inspiración y ahora son médicos, contadores, comerciantes, distinguidos miembros del ejército, funcionarios... La cosecha ha sido buena.

## **El presidente Calles, fundador de las Escuelas Centrales Agrícolas**

El primer domingo de julio de 1924 se realizaron en el país las elecciones para presidente de la República. El candidato de más arraigo era el general Plutarco Elías Calles. Su triunfo fue rotundo.

Calles no fue hombre de grandes, fulgurantes hechos militares como Obregón, pero en lo ideológico lo superaba. A fin de prepararse mejor para el cargo que iba a tener, marchó el 19 de agosto rumbo a Europa y visitó Alemania, Francia, los Países Bajos, Inglaterra... De regreso se entrevistó con el presidente de los Estados Unidos, y llegó a la ciudad de México el 12 de noviembre.

El día 30 de noviembre, el señor general Plutarco Elías Calles protestó en el cargo de presidente de los Estados Unidos Mexicanos ante el Congreso de la Unión. El acto se realizó en el Estadio Nacional y fue presenciado por más de 40 mil personas.

El nuevo primer mandatario organizó su gobierno nombrando en los puestos públicos a hombres destacados. De inmediato se puso a trabajar intensamente. Por experiencia sabía que los años fecundos de gobierno son los primeros. En esto atinó, porque, en efecto, los mejores años de su mandato fueron 1925 y 1926. Durante éstos, realizó gran obra, ya material, ya espiritual. Citemos algunas muestras: fundación del Banco de México, iniciación de nuestra red de carreteras (la México-Veracruz, la México-Laredo, etcétera), construcción del tercer piso del Palacio



Nacional, fundación de la Comisión Nacional de Irrigación, inauguración de la Casa del Estudiante Indígena, construcción y puesta en marcha de las Escuelas Centrales Agrícolas.

En su juventud, Plutarco Elías Calles había vivido en estrecho contacto con los campesinos y sabía cuán importante era su labor productiva. Si a esos agricultores o a sus hijos se les cultivara enseñándoles las técnicas agropecuarias más avanzadas —pensó—, serían capaces de producir más y de elevar la vida de las comunidades del país.

No bastaba —se decía el presidente— que los campesinos supieran leer, escribir, hacer cuentas, conocer a su país; era necesario enseñarlos a trabajar, auxiliados por maquinaria que hiciera menos rudo su trabajo, e impartirles conocimientos que les permitieran tener cultivos altamente remunerados.

En Europa, durante su viaje, había observado que campesinos, ganaderos y granjeros vivían bien gracias a su tecnificado trabajo y al empleo de maquinaria en las tareas agropecuarias. ¿Por qué no darles a nuestros hombres del campo una vida mejor, sin que medie la explotación de unos sobre otros?

La educación agropecuaria ayudaría a salvar de la miseria a la clase proletaria. Había que fundar, desde luego, escuelas-granjas, a las que fueran los hijos de los trabajadores del campo. Por lo menos, una escuela por Estado. Los técnicos de la producción egresados de estas escuelas, salvarían a la nación del hambre.

El presidente platicó de su propósito con su secretario de Agricultura y Fomento, ingeniero Luis L. León. Este, a su vez, transmitió a su equipo el anhelo presidencial, que poco a poco fue tomando forma. Se reunieron peritos y educadores, en varias sesiones, hasta que se configuró una escuela, a la mexicana, que pretendía dar habitación, pan y preparación a los hijos del campo, futuros productores.

Al general Calles le gustó la interpretación de su pensamiento: se adquirirían, por la faz de la República, fincas agrícolas en producción; se diseñarían planos de construcción de escuelas que reunieran las condiciones necesarias para formar bien a los alumnos; se formularían planes y programas de estudios; se contrataría a los mejores agrónomos, técnicos pecuarios, veterinarios, especialistas en quesería, conservación de frutas y legumbres, sociólogos e ideólogos, que forjaran a los campesinos del futuro... Todo se previó. Luis L. León llegó a contar con un equipo formidable.

Calles estuvo cada día más entusiasmado. En las giras que hacía por los Estados estaba presente en su cerebro su gran idea. En ocasiones, personalmente seleccionaba los lugares donde se fincarían los edificios. En Durango le gustó la hacienda de Santa

Lucía; en Michoacán, le agradó la extensión y belleza de La Huerta: en Guanajuato, compró la hacienda de Roque...

En Hidalgo, el gobernador, coronel Matías Rodríguez, recibió el encargo presidencial de buscar y seleccionar una propiedad que reuniera los requisitos indispensables para transformarla en escuela-granja. Don Matías pensó de inmediato en su tierra, Tetepango, pero desechó la idea. Después seleccionó a la hacienda de Tlahuelilpan, mas le vio varios inconvenientes. Por fin halló una propiedad muy adecuada a lo que deseaba el general Calles y corrió a Palacio Nacional a comunicar el descubrimiento.

### Diálogo entre el presidente y el gobernador

El señor gobernador de Hidalgo llegó temprano a Palacio Nacional. Sabía que el presidente Calles era muy madrugador y despachaba desde la mañana. Habló, pues, con un amigo que trabajaba con el primer mandatario.

—¿Quiere hacerme el favor de anunciarme con el señor presidente?

—Pase usted. El general Calles está solo.

El coronel Rodríguez penetró al augustó recinto. Calles le tendió la mano efusivamente, y en seguida se dio este interesante diálogo:

—Buenos días, señor presidente.

—Buenos los tengas, Matías. ¿Atendiste mi encargo?

—Sí señor.

—Si traes malas noticias, ni me las comuniques.

—Al contrario, son buenas señor. He hallado el lugar adecuado para la escuela. Es una hacienda del Valle del Mezquital.

—¿De quién es? ¿Cómo es? ¿Dónde está ubicada?

—Pertenece al licenciado José Luis Requena. La administra un hijo suyo, el ingeniero Manuel Requena. Tiene una superficie de 1500 hectáreas de tierra cerril y 550 hectáreas de riego. El casco de la hacienda está viejo y queda abajo del canal del desagüe del Valle de México. Está en el Municipio de Actopan, cerca del poblado de Tepatepec.

—Muy bien, muy bien, ¿y qué has hecho?

El ladino gobernador contestó:

—Señor presidente, he enviado a los señores Requena dos emisarios. Al principio pusieron dificultades para vender el predio. Después se mostraron dispuestos a realizar la operación si se les paga con dinero contante y sonante.



—Bien Matías. Eres listo. No me has dicho cómo se llama la hacienda.

—Discúlpeme, señor. Su nombre es San Antonio, El Mexe.

—¿Y qué quiere decir Mexe?

—En otomí, *araña*. La gente de la región dice *Ra Mexe*, o *Nura Mexe*, o sea, la araña, o lugar donde hay muchas arañas capulinas.

—Pues con todo y capulinas, la compraremos si nos conviene.

—¿No quiere visitarla señor presidente?

—Tengo ocupado todo septiembre. Sería en los primeros días de octubre. Te avisaré.

—Lo que usted ordene, señor presidente.

—Bien. ¿No traes otros asuntos?

—Por el momento no —dijo con sinceridad el coronel Rodríguez.

—Puedes irte. Hoy mismo diré al ingeniero que Hidalgo tiene tierra donde edificar su escuela-granja.

Se despidieron como buenos amigos.

Por demás está decir que el señor secretario de Agricultura recibió con júbilo la nueva que le diera el presidente. Activo como era, movió a sus colaboradores para que se trasladaran a El Mexe, examinaran cuidadosamente la hacienda, evaluaran su producción, y convinieran con los propietarios sobre el precio de la propiedad. ¿Visitaron la hacienda de incógnito el propio presidente y su secretario de Agricultura? Esta pregunta surge porque el día 4 de octubre de 1925, en que el presidente Calles visitó a El Mexe para conocerlo, ya estaba comprada la hacienda por el propio gobierno.

Lo anterior lo afirmo, con base en un telegrama que existe y leí en el Archivo General de la Nación, y dice:

Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

México, D.F., 2 de octubre de 1925.

Señor Presidente de la República

Dirección de Bienes Nacionales. Núm. 1718. Tengo la satisfacción comunicar a usted que esta tarde quedó firmada escritura definitiva adquisición hacienda El Mexe, Hgo., del señor licenciado José Luis Requena, en los términos de su superior acuerdo relativo. Dirección Bienes Nacionales comisionó ingeniero Paulino Tapia para recibir del propietario la mencionada finca y entregarla, previas formalidades correspondientes, a la persona designada por usted para administrarla. Salúdolo respetuosamente. El subsecretario de Hacienda O. Dubois.



El presidente contestó lacónicamente:

Señor ingeniero Dubois: enterado suyo ayer, Dirección Bienes Nacionales, No. 1718, informándome haber quedado firmada escritura definitiva adquisición hacienda El Mexe. Afectuosamente. Presidente de la República, P.E. Calles.

Sin embargo, es muy interesante hablar de la visita que el presidente Calles, el secretario de Agricultura, los funcionarios federales, el gobernador del Estado, los diputados y colaboradores, hicieron a la hacienda de San Antonio El Mexe, el 4 de octubre de 1925.

### Primera visita oficial del presidente Calles a San Antonio, El Mexe

El periódico *Excelsior* del 4 de octubre de 1925 informó a sus lectores:

Anoche llegó a Tetepango el general Calles. El pueblo le hizo una entusiasta recepción al llegar a esa población hidalguense. Hoy visitará el primer magistrado la hacienda de San Antonio El Mexe y anexos.

El primer párrafo de la información periodística dice:

A las cinco de la tarde de ayer salió de esta capital el señor presidente de la República, quien se dirige al Estado de Hidalgo para visitar la hacienda de San Antonio El Mexe y anexos, que el gobierno adquirió en 130 mil pesos para fundar en ella una escuela central de agricultura para campesinos de la región.

En Tetepango lo recibieron el gobernador Rodríguez y las autoridades municipales. El general Calles descansó en su propio carro de ferrocarril algunas horas. Se levantó animoso a las siete de la mañana; desayunó rápidamente con su comitiva, luego aborizó un coche alto y, en compañía del señor gobernador y sendas comitivas, emprendió la caminata hacia El Mexe. Por los lugares donde pasó —Tlahuelilpan, Tlaxcoapan, Mixquiahuala, La Venta, Tepatepec—, grupos de campesinos formando valla lo recibieron con vitores.

Llegó a la hacienda de San Antonio El Mexe siendo recibido por el ingeniero Manuel Requena. Se le invitó a pasar al interior de la propiedad, en donde multitud de trabajadores lo saludaron y aclamaron.

En un espacioso local, sobre una mesa de regulares dimensiones, estaban los planos de la hacienda. El presidente, el secretario de Agricultura y otros funcionarios los examinaron, compro-

bando lo amplio de la finca. El general Calles hizo varias preguntas al ingeniero Requena y pidió recorrer la propiedad.

El jefe del Ejecutivo Federal y su comitiva, así como el gobernador Rodríguez y acompañantes examinaron la propiedad, observaron las dependencias, visitaron el campo que estaba bien cultivado.

“Después de varias horas de recorrido — escribe un testigo— el general Calles fue a descansar brevemente y reanudó su conversación con el ingeniero Requena, con un francés y varios cultivadores japoneses de la finca.” Opinó sobre la necesidad de introducir en la propiedad cultivos más rendidores y de fomentar la ganadería en la región por ser más lucrativa.

A las 13 horas, junto al jagüey de la hacienda, se sirvió la comida a base de platillos mexicanos. Acompañaron al presidente en la mesa de honor el gobernador Matías Rodríguez, algunos secretarios de Estado y funcionarios federales, diputados locales, el general Pedro Gabay, jefe de la zona militar, el ingeniero Manuel Requena, el ingeniero Policarpo Garza, ejecutivos de las minas de Real del Monte y Pachuca, el licenciado Rogelio Meraz Rivera y campesinos de la región.

Hablaron en el ágape el secretario de Agricultura, ingeniero Luis León y el secretario de Industria y Comercio, Luis N. Morones. Ambos pidieron a los campesinos que tuvieran fe en el porvenir del país y en el gobierno, y que apoyaran sin reservas a la Revolución.

Al terminar la comida, el presidente Calles designó al coahuilense, ingeniero Policarpo Garza, para que recibiera la hacienda y se encargara de los trabajos de construcción de los edificios de lo que sería una gran escuela de agricultura para los hijos de campesinos. Fue el primer nombramiento que se expidió en El Mexe.

Todo estaba preparado para que desde el día siguiente, 5 de octubre, se iniciaran los trabajos de limpia de terreno, demolición del viejo casco de la hacienda, nivelaciones de los sitios donde deberían estar situados los edificios y anexos, trazo de construcciones obedeciendo a un plano que ya se tenía, acopio de materiales, excavación de cimientos, etcétera. El trabajo debería ser muy intenso, porque la escuela se inauguraría el año siguiente. Una semana después se tuvieron más de 500 trabajadores, entre los que se contaban competentes albañiles provenientes de Tetepango.

Después del banquete, el señor presidente y su comitiva, el señor gobernador y sus acompañantes se despidieron del exdueño de la hacienda y regresaron a Tetepango. En ese lugar el general Calles hizo a la prensa nacional las siguientes declaraciones:



“La hacienda de San Antonio El Mexe cuenta con excelentes condiciones para establecer en ella una escuela-granja. El gobierno ha adquirido la propiedad en la cantidad de 130 mil pesos.

“Centuplicaremos nuestros esfuerzos para que en el menor tiempo posible se construyan los edificios y anexos que reclama una institución de tal naturaleza.

“El Banco de Crédito Agrícola ampliará sus operaciones con los campesinos del Valle del Mezquital.

“Mi gobierno realizará una extensa propaganda para enseñar a los campesinos el cultivo de productos de mayor rendimiento que el maíz y el frijol. También se incrementará la ganadería.

“Se construirán en esta región pequeñas carreteras, que se conecten con las nacionales.

“El establecimiento de la escuela-granja abrirá al Estado de Hidalgo una franca era de progreso y civilización, y a las clases trabajadoras un vasto campo de mejoramiento social e intelectual al amparo del gobierno laborista.”

Los secretarios de Agricultura e Industria y Comercio también hicieron declaraciones en apoyo a la política presidencial.

Por su parte, el coronel Rodríguez, gobernador del Estado, dijo:

“Estimo que la visita del señor general Calles al Estado es un acontecimiento nacional, pues ha podido darse cuenta de los problemas importantes que deben resolverse y no sólo atañen a esta entidad, sino a toda la República. La apertura de la escuela-granja constituirá un triunfo del pueblo hidalguense.”

De Tetepango, el general Calles regresó a la capital de la República, y el gobernador a la ciudad de Pachuca.

## Construcción del edificio y los anexos

La Dirección de Obras y Construcciones Escolares de Enseñanza Agropecuaria, de la Secretaría de Agricultura y Fomento (a cargo del arquitecto Guillermo Zárraga), preparó modelos de planos de escuelas-granjas próximas a construirse en el país. Así los ingenieros y arquitectos, los maestros de obras, albañiles y peones, no perderían tiempo, sino que adaptarían tales planos a la topografía y condiciones de la región. Esta es la razón del notable parecido, en cuanto a edificios, de las escuelas de agricultura de La Huerta, Michoacán, El Mexe, Hidalgo, y Roque, Guanajuato.

El arquitecto Zárraga armó su campamento en la exhacienda de El Mexe, a fin de ayudar al ingeniero Policarpo Garza a la

rápida construcción de los edificios. Sin embargo, no abandonó su cargo en México, donde sus colaboradores vigilaban las construcciones que se ejecutaban en otros lugares del país.

El casco de la hacienda fue demolido, lo mismo que algunos anexos, pero se conservaron otros a fin de no abatir la producción, ni mandar a sus casas a los campesinos. Para la construcción del edificio principal se seleccionó un lugar situado cien metros arriba del Gran Canal. Hacia abajo, obedeciendo al plano, se localizaron lugares donde edificar el establo, silo, anexo veterinario, macheros, porquerizas, curtiduría, almacenes, depósito de maquinaria agrícola, talleres, lechería o quesería, local de industrias rurales, planta avícola, planta apícola, casas de maestros, etcétera.

El edificio principal —un enorme cuadrado de cerca de cien metros por lado, con extenso jardín interior— contendría: dirección, secretaría, casa del director, aulas, casas de algunos profesores, local para biblioteca, dormitorios para los alumnos, sanitarios, local para la contaduría, amplio comedor que se utilizaría también como auditorio, lavandería, panadería, almacén de la cooperativa de alimentación, cocina, local para la caldera, etcétera. Atrás y separados del edificio por una calle, estaban planeados la alberca y los baños.

Hacia atrás de esta construcción había tierras estériles para la agricultura que pertenecían a la escuela, y formaban parte del cerro de El Mexe, y abajo del Gran Canal se extendían las tierras de riego, muy productivas, que llegaban hasta cerca de San Juan Tapa, Tepatepec y El Nueve. Separado del edificio principal y a su izquierda, estaría el pequeño local donde se atendían a los alumnos enfermos.

Un ejército formado por ingenieros civiles, arquitectos, maestros de obras, albañiles, peones, proveedores de materiales, trabajó intensamente en la construcción de este centro del saber. Los jefes de ese ejército de trabajadores eran Zárraga y Garza. De vez en cuando, el presidente se escapaba del Palacio Nacional y venía a contemplar la obra, alentando, estimulando, exigiendo a los constructores más esfuerzo, mayor empeño.

—Puedo decir a ustedes —nos expresó cierto día el ingeniero León— que el presidente Calles fue el principal supervisor de la obra. Varias veces nos trasladamos a El Mexe sin darlo a conocer a la prensa.

—Trabajen muchachos, bien y rápidamente. No reparen en gastos. La obra se inaugurará a mediados del año próximo.

Nada escapaba a la atención presidencial. El gobierno fue adquiriendo muebles, maquinaria, animales, elementos, con los que habría de habilitar a las escuelas-granja. También se preocu-



pó porque, simultáneamente a la construcción del edificio, se fueran plantando árboles frutales.

Con el mayor cuidado se seleccionó al personal docente, administrativo y de talleres, así como al de cocina.

Quienes hemos estado en El Mexe, como alumnos o profesores, nos admiramos de que en un año se construyera ese excelente conjunto de edificios. Con técnicas "antiguas" para los ingenieros civiles y arquitectos de hoy, con albañiles rústicos y pocos proveedores de materiales, se levantó rápidamente esa unidad escolar, que en el transcurso de los años ha dado albergue a miles de alumnos.

El presidente Plutarco Elías Calles, el ingeniero Luis L. León, secretario de Agricultura y Fomento, el ingeniero Ignacio Figueroa, director general de Agricultura y Ganadería, el arquitecto Guillermo Zárraga, el ingeniero Policarpo Garza y cuantos intervinieron en la construcción de El Mexe merecen el reconocimiento y la gratitud de cuantos hemos pasado por esta noble institución, que nos abrió amplias perspectivas para nuestra vida.

Calles y L. León nada dejaron al azar. Comisionaron en septiembre de 1926 a un cuerpo de inspectores para que recorrieran las comunidades rurales hidalgenses, se pusieran en contacto con padres y maestros y seleccionaran a los mejores alumnos para que fueran becados y acudieran a la escuela, próxima a inaugurarse. Deberían estar en ella a más tardar el 13 ó 14 de noviembre.

La Secretaría de Agricultura, por medio de sus agentes, invitó a campesinos de otros Estados para que enviaran a sus hijos a la nueva institución. Varios acudieron al llamado.

Aquí salta una interrogación: ¿por qué se excluyó de la invitación a los jóvenes campesinos de la sierra alta de Hidalgo (Tianguistengo, Xochicoatlán, Molango, Lolotla, Calnali, Tlanchinol...) y de la Huasteca? La noticia de la apertura de una escuela de agricultura y ganadería llegó hasta Zacualtipán (hubo un alumno al que apodaban el zacualtipano). El joven Galdino Mercado, tianguistenguense, acudió a la escuela en 1930 porque tuvo noticias de ella en México.

Es posible que la causa de lo anterior haya sido la terrible incomunicación existente. El servicio postal era deficiente, no había telégrafos en la sierra y menos teléfonos. Raras eran las personas que recibían los periódicos, que llegaban con una semana de retraso; la radio estaba en su período experimental; no existían carreteras ni vías férreas, la gente recorría su región por caminos reales o veredas (que se cubrían de yerba en los periodos de lluvias), a caballo o a pie.

## Nace la Escuela Central Agrícola Hidalgo

Apenas iniciado el nuevo día —2:30 horas del 15 de noviembre de 1926— el tren presidencial hizo alto en la estación de Tetepango. El general Calles, su invitado especial, el general Obregón, y su comitiva esperaron el amanecer en los carros de ferrocarril. Muy temprano —a las 7:35 horas— emprendieron en automóviles el camino hacia El Mexe, acompañados del señor gobernador Matías Rodríguez y funcionarios locales.

En esta ocasión, la comitiva había aumentado en relación con la del año anterior. La formaban altos funcionarios federales y locales. Entre los primeros se contaban los señores ingeniero Luis L. León, secretario de Agricultura; general Joaquín Amaro, secretario de Guerra y Marina; doctor José Manuel Puig Casauranc, secretario de Educación Pública; coronel Adalberto Tejeda, secretario de Gobernación; señor Luis N. Morones, secretario de Industria y Comercio; ingeniero Alberto J. Pani, secretario de Hacienda y Crédito Público; el jefe del Estado Mayor Presidencial; los gobernadores de Chihuahua, México y Yucatán, señores coronel Jesús M. Almeida, Manuel Riva Palacio y doctor Alvaro de la Torre Díaz, respectivamente; comisiones de las Cámaras de Diputados y Senadores; representantes del Banco de Crédito Agrícola y del Departamento de Estadística Nacional; los delegados del Estado de Chihuahua y el presidente municipal de aquella ciudad, licenciado J. Socorro García; delegados obreros europeos; la señorita licenciada Esperanza Velázquez Bringas, jefa de Bibliotecas de la SEP; los generales Palomera López y Gómez Velasco, y varios militares y civiles más.

La comitiva del gobernador Rodríguez la formaban el licenciado Carlos Castelán Melo, secretario general de gobierno; la diputación local hidalguense representada por los señores licenciados Javier Rojo Gómez, Juan Manuel Delgado, don Anastasio Hernández y don Lauro Albuquerque; el señor Fausto Trejo, presidente municipal de Pachuca; el senador José Rivera; el licenciado Carlos Sánchez Mejorada, apoderado de las compañías mineras; el licenciado Roberto Hope, corresponsal del Banco de México en la entidad y otras personalidades más.

Las dos comitivas se unieron en Tetepango, dirigiéndose hacia la nueva escuela. El recibimiento que hicieron los campesinos de los pueblos por donde pasaban, sobrepasó en entusiasmo al del año anterior. Cada comunidad trataba de lucirse mediante arreglos florales, leyendas alusivas a la Revolución y a su abanderado. Atronaban en el espacio multitud de cohetes y cohetones que ser-



vían para prevenir a los campesinos de las poblaciones siguientes de la proximidad de los visitantes.

La comitiva aumentó con los grupos campesinos que se sumaban a ella. Al mismo tiempo, de otros lugares del Estado convergían a la escuela docenas de carros de redilas que conducían contingentes campiranos invitados al acto de inauguración. De Pachuca, de Tulancingo, de Actopan, de Ixmiquilpan, de Huichapan y Zimapán acudieron cientos de personas a presenciar la inauguración de la Escuela Técnica Agropecuaria.

Cerca de las nueve de la mañana, el presidente Calles y acompañantes llegaron a El Mexe. El impacto que las nuevas construcciones produjeron en los visitantes lo reflejan algunas reseñas periodísticas:

El plantel, desde muy lejos, lo contemplamos blanco y risueño, como recostado en el regazo del valle. Conforme nos aproximábamos, iban surgiendo con más claridad y detalle todos sus rasgos y poco a poco se distinguieron sus dependencias, dándonos la sensación de amplitud y colocación en que fueron construidas. Pero bajo aquel aspecto, resaltaba poderosamente el núcleo campesino que se había congregado en la escuela y sus inmediaciones.

Las cinco bien trazadas calzadas que convergen a ella, estaban totalmente ocupadas por las 52 agrupaciones agrarias que acudieron a la inauguración y por los alumnos de dos escuelas rurales creadas con los fondos de los propios ejidatarios. Todos aquellos hombres portaban banderolas y estandartes y no menos de mil de ellos iban montados.

Estos contingentes campesinos, recibieron con vivas entusiastas al señor presidente y a sus acompañantes, en tanto que la banda de música del Estado —portando uniforme charro— ejecutaba emotivas composiciones.

El presidente Calles y el general Obregón, así como don Matías Rodríguez y su comitiva, descendieron de sus coches e iniciaron el recorrido por el edificio principal, visitando a continuación el establo, el silo, las zahurdas, los macheros, los depósitos de herramientas y maquinaria agrícola, las trojes, los talleres, los gallineros y la planta apícola, así como el campo destinado a hortalizas y frutales. En seguida regresaron al edificio central para presenciar el programa de inauguración.

El estrado oficial se instaló en la plataforma que queda al entrar a la escuela por la puerta principal y que está en alto, gracias a dos pequeñas escalinatas por las que se sube a la escuela. El presidente Calles ocupó el centro del estrado; a su derecha se sentó el general Obregón y a su izquierda, Tejeda; en la misma primera fila, estuvo el gobernador de Hidalgo, otros secretarios de Estado y demás gobernadores.

Principió el acto con un desfile de las 52 cooperativas agrícolas entre las que destacaban las de Tlamaco, Doxey, Santiago, Cuauhtepac, Pachuquilla, Los Reyes, Santa Catarina, Nativitas, Tepatepec, Mixquiahuala, Apulco, Ferrería, Apasco, Ajacuba, San Antonio Cuauhtepac, Lagunilla, Progreso, Chilcuautla, San Miguel de las Piedras, San Pedro, Zempoala, Huichapan, San Francisco, Tepeji del Río.

Maravilloso desfile. Campesinos a caballo o a pie vitoreaban a la Revolución, al señor presidente, al general Alvaro Obregón y al gobernador Matías Rodríguez.

A continuación, el director general de Agricultura y Ganadería, ingeniero Ignacio L. Figueroa, rindió su extenso informe, en el que hizo historia de la vida del campesino durante el porfiriato, y de cómo la Revolución victoriosa y en manos de hábiles gobernantes hacen bien a los campesinos, les proporciona tierras, les concede créditos y educa técnicamente a los jóvenes del agro. Finalizó con estas palabras:

“Ojalá que el gobierno de la República siga fundando escuelas agrícolas donde enseñar el amor a la tierra basado en el respeto a las instituciones.”

El campesino Gonzalo Tello conmovió con su sencillez al auditorio. Expresó al señor presidente y acompañantes que los hombres de campo estimaban lo que los gobernantes habían hecho por ellos: darles tierras, volverlos libres, dignificarlos.

“Cuando cosechamos la simiente —expresó— todo es nuestro. Ya no lo compartimos con el patrón. Damos el pan a los hijos con la frente levantada. Ha desaparecido la humillación y el servilismo a los señores.

“Señor presidente, si algún día nos quisieran quitar nuestro patrimonio y nuestras escuelas, con el brazo, el corazón y nuestra vida los defenderemos.”

El secretario de Agricultura manifestó que los reaccionarios desdeñan los actos progresistas del gobierno, como es la fundación de escuelas agrícolas. Afirmó que los enemigos del régimen no comprenden la obra de estas escuelas. Sus críticas se han estrellado ante ese paladín de la Revolución que es Alvaro Obregón y esa roca de carácter que es Plutarco Elías Calles, y reparten hojitas invitando a un ridículo boicot contra las instituciones. El gobierno les responde erigiendo escuelas centrales agrícolas en el corazón de la patria.

“Podrán venir accidentes en esta lucha; tal vez lleguemos a la tragedia; pero ustedes compañeros campesinos deben saber que la Revolución no está vinculada a los hombres sino a los principios.



“Es a ustedes, compañeros, a quienes toca cuidar, defender y guardar los frutos que la Revolución les ha dado.”

A los nuevos alumnos del plantel dijo:

“Ustedes serán los portaestandartes de la educación agraria, los difusores de ella en el seno de las congregaciones, para que la labor no resulte utilitariamente egoísta.

“Jóvenes de la Escuela Central Agrícola Hidalgo, cuando esta generación de revolucionarios os pase la tea, sostenedla muy alto con tal que alumbre e ilumine, sostenedla, sostenedla, ¡que no importa que os arda la mano!”

En seguida, el señor presidente, puesto de pie —lo propio hicieron los presentes— con voz firme, recia, dijo:

“Hoy 15 de noviembre de 1926, declaro solemnemente inaugurada la Escuela Central Agrícola Hidalgo.”

Con paso firme se dirigió a la explanada y a los acordes del Himno Nacional, izó la bandera en el asta de hierro que se yergue frente al plantel. Fue un acto solemne e impresionante.

A las 13:30 horas se sirvió un banquete en el comedor de la escuela y por la tarde hubo jaripeo en los terrenos de la propia institución. Poco después, el jefe del Ejecutivo Federal, el general Obregón y el gobernador Rodríguez, regresaron a Tetépango. Parte de su comitiva se quedó en El Mexe, donde se realizó un animado baile. A las 10 de la noche tomaron el tren, que los condujo a la capital de la República.

## Director y maestros fundadores

Como director de la Escuela Central Agrícola de Hidalgo fue designado el ingeniero coahuilense Policarpo Garza. Por su estatura le decían “El Pequeño” o el “Chilpayate”, mas por su grandeza profesional y humana nos lo imaginamos como un gigante.

El ingeniero Policarpo Garza fue el encargado de los bienes que constituían la hacienda de El Mexe cuando el gobierno la adquirió. Posteriormente, en unión con el ingeniero Zárraga, dirigió los trabajos de construcción del edificio central y anexos. ¿Quién más indicado para regir los destinos de la naciente escuela? Su designación como director fue un acto de justicia. Lo que hizo posteriormente, lo confirmó como hábil administrador y jefe de la institución. “Fue un gran maestro”, dicen sus alumnos.

Un hecho que ayudó considerablemente a realizar la alta misión de Garza, fue la selección previa que se había hecho de los alumnos. Algunos, como es natural, fallaron, pero la mayoría res-

pondió positivamente durante sus años de escolaridad y después... en la vida.

Otro factor que elevó en calidad la escuela, fue su personal docente, técnico, administrativo y de servicios. La escuela tuvo profesores de calidad: Lucas Ortiz, Miguel Leal, Jorge Bucher, licenciado José de la Luz Treviño, Jesús Ahumada, Antonio Lomelí, Ernesto González Aldana, J. Antonio Plasencia, José Alarcón González, Anatolio Bautista, Augusto Pérez Toro...

Las actividades hortícolas estaban a cargo del ingeniero Humberto Salazar; las de lechería y apicultura las controlaba el ingeniero Pablo Aragón Leyva; las de veterinaria las atendía el doctor José Hidalgo y Vallejo, y las agrícolas, los agrónomos Gonzalo Vela, Guillermo Hidalgo, Juan Serrano, Cirilo Celis, Raciél Mora, Antonio Mendoza Lomelí, Gudelio J. Leal, Joaquín Mondragón, Ramiro Temblador, Joaquín Mier, Alejandro Kuhne, Samuel Azuela, J. Concepción Michel, J. Jesús Ahumada, Eutimio López y Fernando González. El médico que atendía a los alumnos era el señor J. Dolores Barba, de Tepatepec.

Director, profesores, ingenieros, agrónomos, veterinarios, maestros y ayudantes del taller, encargados de la ropería y la alimentación, unidos por un ideal común, dieron lo mejor de sí para que la Central Agrícola se superara cada día y preparara a los mejores alumnos del país.

El más justiciero homenaje que han recibido las personas anteriormente citadas proviene de sus propios alumnos, muchos de los cuales han estudiado carreras en Chapingo y en la Universidad Nacional, y dicen: "¡Qué grandes maestros tuvimos en El Mexe!"

Durante seis años la vida de la escuela transcurrió normalmente. El director Garza trabajaba armónicamente con maestros y alumnos, y sus relaciones con las comunidades de la región eran inmejorables.

Hubo, sí, un movimiento de huelga que la Secretaría de Agricultura se apresuró a atender: los muchachos solicitaban el aumento de su pensión alimenticia, el mejoramiento de los dormitorios, calzado y vestuario y enriquecimiento de la biblioteca.

Hecho digno de mencionar es la miniolimpiada realizada en 1929, a la que concurrieron equipos deportivos de todas las centrales agrícolas del país. El Mexe obtuvo varios trofeos.

En 1930 fue removido de la dirección de la escuela el ingeniero Policarpo Garza y lo sustituyeron sucesivamente el ingeniero y coronel Onésimo Ramírez, el ingeniero Alejandro Kini y el profesor Luis Lomelí.

Constructor del conjunto de edificios de El Mexe y compe-



tente director de la Escuela Central Agrícola, el ingeniero Garza merece la gratitud de cuantos en esa institución encontramos pan, saber, formación ideológica.

La escuela continuó su vida normal. Los campesinos la querían. Todos la consideraban sólida, incommovible.

## Cosas del gobierno y de la política

De repente, a mediados de 1932, se esparció un rumor: "¡Se va a clausurar esta Central Agrícola!" "¡Nuestra escuela va a desaparecer!" El rumor corrió como un reguero de pólvora. Director, encargados de los sectores agrícola y pecuario, maestros, se preguntaron: "¿Qué errores hemos cometido? ¿En qué hemos fallado al gobierno? Todos los días trabajamos con tesón. Los alumnos responden con estudio y trabajo. Los exalumnos se distinguen en las comunidades como peritos agrícolas y los que se van a Chapingo, son alumnos aplicados."

Los rostros de los mexicanos se ensombrecieron. Nadie admitió que esa escuela, que caminaba normalmente, que cada día se superaba, fuera a desaparecer. "¡Cosas de la política!", dijo alguien.

A mediados de enero de 1932, el presidente Ortiz Rubio había organizado su gabinete: en la Secretaría de Agricultura, designó como titular al señor Francisco S. Elías y en la de Educación Pública, al licenciado Narciso Bassols.

Bassols era una persona muy inteligente y de sólida preparación profesional. Desde un principio, sostuvo que todas las áreas referentes a la educación impartida por el Estado (primaria, secundaria, normal y las de obreros y campesinos), deberían ser dirigidas y controladas por una sola secretaría: Educación Pública. Con gran astucia convenció a su colega en el gabinete, titular de Agricultura, de que no se opusiera al pase de las centrales agrícolas a Educación Pública. Por otro lado, habló con el presidente Ortiz Rubio exponiéndole su idea; la encontró lógica el primer mandatario del país.

Así pues, se hicieron los preparativos, para pasar a las centrales al control de Educación Pública. Pero algunos indiscretos propagaron la noticia, que, volando, volando, llegó a las propias escuelas como un rumor.

El 1 de septiembre de 1932, el ingeniero Pascual Ortiz Rubio rindió su segundo informe presidencial y el día dos, sorpresivamente, renunció a la presidencia de la República. La

Cámara de Diputados y la de Senadores aceptaron la renuncia, y eligieron como presidente constitucional sustituto, al general Abelardo L. Rodríguez.

El nuevo mandatario formó su gabinete, pero confirmó en sus puestos a dos secretarios de Ortiz Rubio: a Elías en Agricultura y a Bassols en Educación Pública.

El licenciado Bassols, sin haber investigado exhaustivamente cómo trabajaban las escuelas centrales agrícolas y basado fundamentalmente en su lógica, convenció fácilmente al novel presidente para que acordara el traslado de esas instituciones a Educación Pública. El decreto del 1 de octubre de 1932 les dio el tiro de gracia (¿o de desgracia?).

¿Y don Plutarco? ¿Qué hizo para evitar el desmembramiento de las centrales agrícolas de la Secretaría de Agricultura? ¡Nada! Hijas suyas, el hombre fuerte no movió un dedo para evitar su desaparición. ¡Secretos de la política! Años después trató de justificarse ante los ingenieros Luis L. León y Marte R. Gómez:

“En la clausura de las centrales agrícolas no intervine. Esperé y confié en que sus hijos, los agrónomos y peritos egresados de ellas se opusieran vigorosamente a su pase de Agricultura a Educación. Pero no lo hicieron.”

Las Escuelas Centrales Agrícolas no desaparecieron de inmediato ni todas a la vez. Había que sensibilizar y preparar al personal de ellas y al alumnado, para que absorbieran el golpe sin grandes manifestaciones de descontento. A muchos mexicanos se les prometió pasarlos a Chapingo y otras escuelas de agricultura. A otros se les ofreció trabajo.

## De Escuela Central Agrícola a Escuela Regional Campesina

A fines de enero y principios de febrero de 1933, reingresaron a la Escuela Normal de Actopan los alumnos que habían disfrutado de sus vacaciones. La institución se regía por el calendario tipo A.

Varios normalistas venían de la Huasteca hidalguense, otros de la sierra y los demás del occidente, centro, sur y oriente del Estado.

La información que les dieron pareció increíble:

—Esta normal se pasará de inmediato a El Mexe.

—¿Y los centralistas? ¡No son tontos para abandonar así como así a su escuela!

—Aunque no quieran, tienen que acatar las órdenes de la su-



perioridad. No se opondrán a la orden del presidente Rodríguez.

Como indicamos antes, Bassols había sido confirmado en el puesto de secretario de Educación por don Abelardo, a quien informó sobre el estado material, administrativo y pedagógico que guardaba el sistema de normales rurales. Muy pocas de éstas tenían todos los elementos; la mayoría estaban ubicadas en locales inadecuados y con improvisados anexos. La de Actopan se hallaba en el viejo exconvento y carecía de tierras para las prácticas agrícolas.

El secretario de Educación pensó que al pasar las centrales agrícolas de la Secretaría de Agricultura a la suya, habría que aprovecharlas tal y como estaban. Pediría pues, a su colega, el secretario Elías, que le dejara al personal docente, al administrativo, al de campo, de talleres y hasta al de cocina. No trataba de destruir la obra del general Calles, sino aprovecharla bien para la formación de los futuros maestros del campo.

Para demostrar que no tenía el propósito de enfrentar a la SEP contra la Secretaría de Agricultura, concibió la idea de formar maestros-peritos agropecuarios, quienes al egresar de sus escuelas no sólo enseñaran a los niños del campo el alfabeto y las cuatro operaciones aritméticas, sino los elementos indispensables de agricultura, horticultura, fruticultura, ganadería, avicultura, apicultura, industrias rurales, talleres y mecánica agrícola.

La escuela rural resultaría beneficiada de esta conjunción entre la central agrícola y la normal rural, ya que los maestros se convertirían en propagadores de las nuevas técnicas de la producción entre los campesinos.

La nueva escuela, a la que acudirían los futuros maestros a partir de 1933, ya no sería normal rural, sino Escuela Regional Campesina. Sus alumnos aprovecharían las experiencias del personal de las centrales, y les darían la conveniente aplicación pedagógica.

Al general Calles debe haberle gustado este planteamiento, pues había sido en su juventud maestro de comunidades rurales, interesado en elevar el nivel de vida de los habitantes. Tal vez por esto no se opuso a los planes del hábil secretario.

Con la celeridad que el caso requería, el secretario Bassols integró una comisión de notables profesionistas y pedagogos que habían tomado parte en la creación de las centrales agrícolas y les expuso su idea. Además, los invitó a colaborar con él en la confección del reglamento, planes y programas de estudio de las nuevas escuelas. Este trabajo se hizo sobre la marcha.

A su vez, la Secretaría de Agricultura fue haciendo el desalojo de los centralistas de El Mexe, colocando a los de los últimos se-

mestres en otras centrales (no todas desaparecieron al mismo tiempo) o en escuelas que a ellos convenían. Esta es la razón por la que hay alumnos excentralistas que son contadores, veterinarios, militares, abogados, etcétera.

### Una carta que nos da luz...

En una carta que tuvo a bien enviarme el señor ingeniero Manuel Meza Andraca, el 6 de enero de 1977, se vierten informes y conceptos interesantes acerca de este periodo de transición de las centrales agrícolas a regionales campesinas. Copio parte de ella.

Como usted sabe, las Escuelas Centrales Agrícolas fueron incorporadas a la Secretaría de Educación Pública en el año de 1932, cuando el licenciado Narciso Bassols era el secretario de la misma. Habiéndome designado jefe del Departamento de Enseñanza Agrícola y Normal Rural de la propia Secretaría, fui el encargado de recibir de la Secretaría de Agricultura y Fomento las Escuelas Centrales Agrícolas, que habían sido establecidas en El Mexe, Hidalgo, en la Huerta, Michoacán, en Santa Lucía, Durango, en Salaices, Chihuahua y en Champusco, Puebla.

El interés y decisión del licenciado Bassols se fundaba en la necesidad de que la Secretaría de Educación abarcara todos los tipos de enseñanza y educación, principalmente la destinada a la población escolar del campo y, por otra parte, para conjugar el fusiónamiento de las Escuelas Centrales Agrícolas con las Escuelas Normales Rurales, que tenían la función de formar maestros para el medio rural del país y, por lo tanto, preparar maestros que como dijo Moisés Sáenz, *trabajaran en escuelas del campo para hombres del campo y sobre cosas del campo*.

Estas Escuelas Normales Rurales habían sido establecidas por la Secretaría de Educación en diferentes lugares del país y todas funcionaban de manera precaria, sin elementos indispensables para preparar a los maestros que requería el país. Como las Escuelas Centrales Agrícolas sí contaban con mejores elementos, pero lamentablemente a cargo de la Secretaría de Agricultura y Fomento habían sido desatendidas y funcionaban en condiciones de desastre, se decidió encomendarlas a la Secretaría de Educación, donde yo las recibí para organizar con ellas y las normales rurales, lo que nombré Escuelas Regionales Campesinas.

Las Escuelas Regionales Campesinas, como su nombre lo indica, deberían establecerse en cada una de las regiones agrícolas del país, para dedicarse a educar a los hijos de los campesinos de la misma región y formar maestros rurales, de acuerdo con los ideales y propósitos de la normal rural.

Cada Escuela Regional Campesina debería recibir en su seno, exclusivamente, a los hijos de los campesinos de la región correspondiente para completar su educación primaria e impartir la educación agrícola elemental requerida por las condiciones de cada región agrícola y, por otra parte, formar maestros rurales que tuvieran conocimientos elementales y completos sobre agricultura regional, para merecer el nombre que llevaban y ser eficaces colaboradores de promoción agrícola.



Al formarse el primer Plan Sexenal del gobierno que correspondía ejercer al general Lázaro Cárdenas, proyectamos con la fusión de las Escuelas Normales Rurales y las Centrales Agrícolas, iniciar el programa con la organización de la Escuela Regional Campesina de El Mexe y la de La Huerta, solamente dos, pues cerca de ellas funcionaban normales rurales. En la formulación del Plan Sexenal, en el que yo intervine personalmente, se estableció que durante el gobierno del general Lázaro Cárdenas, se fundarían cuatro escuelas en cada año, para dotarlas de todos los elementos que requerían, teniendo en cuenta las posibilidades económicas del gobierno federal.

Pero no solamente la Escuela Regional Campesina debería ser un centro de educación elemental, sino también un centro eficaz de promoción agrícola en la región correspondiente, que sería delimitada y por completo estudiada para conocer los problemas agrícolas de la misma, jerarquizándolos por su importancia y tratar de irlos resolviendo uno por uno, hasta lograr en el futuro la transformación de la estructura agrícola y el progreso técnico. Para el efecto, cada Escuela Regional Campesina contaría con un instituto de investigación agrícola y otro de promoción, que tendría funciones semejantes a las Misiones Culturales viajeras que funcionaban dentro de la Secretaría de Educación. Este instituto de promoción agrícola debería trabajar de modo permanente y no temporalmente como las Misiones Culturales, que sólo trabajaban un mes en cada uno de los lugares donde se establecían.

La función y propósito de las Escuelas Regionales Campesinas, como su nombre lo indica, tendía a darle al país lo que hasta ese entonces había hecho falta y todavía al presente, cuando no se cuenta con instituciones educativas que México requiere para transformar no sólo la técnica agrícola, sino la mentalidad de los campesinos. Es verdad que la Secretaría de Educación en los últimos años ha establecido centenares de escuelas, unas secundarias agrícolas y otras tecnológicas; se han construido modernos edificios pero ninguna de ellas cumple su función principal y primordial de atender las necesidades primarias de la agricultura del país.

Esta carta es muy valiosa y contiene importantes juicios críticos sobre la educación agrícola actual.

Las dos primeras Escuelas Regionales Campesinas se establecieron en 1933. En 1934, se transformaron en regionales campesinas las normales de Tamatán, Tamaulipas, Tenería, México. Ayotzinapa, Guerrero, y Bimbaletes, Zacatecas.

A fines de 1934, el Departamento de Enseñanza Agrícola y Normal Rural estaba constituido por seis Escuelas Normales Rurales, cinco Escuelas Centrales Agrícolas y seis Escuelas Regionales Campesinas, más 16 Misiones Culturales fijadas en las escuelas anteriores.

El jefe del Departamento de Enseñanza Agrícola y Normal Rural era el ingeniero guerrerense, Manuel Meza Andraca.

## La marcha hacia El Mexe

A fines de febrero de 1933, el maestro don Luis G. Ramírez, director de la Normal Rural de Actopan, dijo a los alumnos:

—Muchachos, preparen sus cosas. Nos vamos a El Mexe.

—¿Para qué ese cambio? Estamos bien aquí.

—Son órdenes de la SEP. Tenemos que cumplirlas.

Por demás está decir que los normalistas ya se habían informado con los habitantes de Actopan y los pueblos aledaños, de cómo era El Mexe y, francamente, en cuanto a construcción, lo miraron superior al refugio que tenían en el convento.

Los varones normalistas convencieron a sus compañeras, que eran las más renuentes, y todos, en camión de redilas y en un pequeño autobús, marcharon a la que sería su nueva escuela. Iban contentos. ¡Oh, hermosa juventud!

Después de una hora de caminar por una polvorienta brecha, que en su mayor parte corría cerca del canal del desagüe, llegaron a su destino. Admiró a los alumnos normalistas lo amplio y sólido del edificio principal, en cuyo frontispicio se leía:

ESCUELA CENTRAL AGRÍCOLA HIDALGO  
MCMXXVI

Fueron recibidos por el director de la central, así como por algunos profesores y alumnos, que eran 71. En sencilla ceremonia recibió la escuela el maestro Ramírez, quien indicó que, por acuerdo de las Secretarías de Agricultura y Educación Pública, los alumnos de la central que allí estaban cursarían el segundo año agrícola, marchando a otras escuelas al año siguiente. También se indicó que la mayor parte del personal docente y los sectores agrícola, ganadero, industrial y de talleres, continuarían en sus funciones.

Así pues, los normalistas resintieron el cambio favorablemente y poco a poco se adaptaron a su nueva situación. Para los centralistas, las transformaciones fueron mínimas, aunque no dejaron de ver a sus compañeros de reojo. No dejó de haber algunos problemillas personales, entre los mexicanos y los actopenses.

“En una ocasión —cuenta Abel Ramírez Acosta—, normalistas y centralistas estuvieron a punto de enfrentarse en Tepatepec, poblado próximo a El Mexe. Pero no llegó la sangre al río. Fueron factor de paz las alumnas normalistas quienes, mujeres al fin, se hicieron simpáticas a los broncos alumnos de la central, entre los que descollaban Felipe Torres, Raúl Garnier, José y Ar-



mando Robles Erazo, Antonio Acevedo, Galdino Mercado y Juan Campos. El más inteligente de todos —según Abel— era muy sociable, dicharachero y consumado guitarrista; se llamaba Elías Armando Ferrer, El Palillo.

El Mexe inició la segunda etapa de su vida. Su sistema fue coeducativo, lo que representaba una novedad para los centralistas. El trabajo y el estudio terminaron con la animosidad y todos fueron buenos amigos.

Los normalistas que pasaron de Actopan a El Mexe fueron 16 hombres y 16 mujeres, a saber: Caya Dimma Castillo, María Concepción García Sarmiento, Enriqueta Hernández, Edmunda Espinosa, Clemencia Espinosa, Isaura González, Alicia González, Clementina Cerezo, Rosaura Sierra, Juana Nava, Agripina Salvador, Alfreda Badillo V., Enriqueta León, María Concepción Partido, María Cruz García, Alicia Arellano; Manuel Sánchez Vite, Abel Ramírez Acosta, Francisco Chávez Ortiz, Rito Vargas Hernández, Jocundo Cortés García, Carlos Guzmán Velasco, Humberto Cuevas Villegas, Juan Salcedo Rivera, Waldo Lechuga, Federico Bautista Vite, Fidel Bautista Vite, Cirilo Bautista, Adán Vite, Julio Pérez, Goltrán Amador y Rubén Labastida.

Poco después, de varias comunidades y aun de otros Estados, llegaron aspirantes al magisterio. Con los que tenían la preparación de sexto año, se formó el primer año agrícola; con los que tenían cuarto o quinto, se formó un año llamado complementario, cuya finalidad era nivelar los conocimientos de los alumnos que en el próximo año escolar estarían en primero.

Los alumnos provenientes de la normal de Actopan habían cursado ya su primer año agrícola y su primero de normal, faltándoles el segundo agrícola y el segundo de normal. De modo que en ese año de 1933 cursaron con los centralistas el segundo agrícola industrial, que comprendía las asignaturas siguientes: lengua nacional, aritmética y geometría, contabilidad, ciencias naturales, agricultura elemental, industrias rurales, oficios rurales, mecánica aplicada, ciencias sociales, economía y legislación rurales, economía doméstica y educación física.

Al terminar los estudios de segundo año agrícola, en 1933, los alumnos centralistas abandonaron El Mexe y se fueron a otras escuelas centrales que aún funcionaban, a Chapingo o trabajaron como peritos agrícolas.

Los alumnos venidos de Actopan, cursarían el siguiente año de normal, con lo que terminarían los estudios de su carrera.

A mediados de 1933, llegó a la dirección de la Regional Campesina, el profesor Manuel Velázquez Andrade.

El maestro Velázquez Andrade había nacido en Colima en

1877. Era un hombre de vasta cultura; se especializó en gimnasia en la ciudad de México, en Boston, en Suecia y en Francia. Posteriormente regresó al país y fue inspector de Educación Física en el Distrito Federal. Luchó en las filas revolucionarias dentro del constitucionalismo. Fue periodista y escritor. Contribuyó a la fundación de la Confederación Nacional Campesina. Cuando estuvo en El Mexe, escribió para la revista *Maestro Rural*, sus famosos Cuadros Vivos en los que retrató el paisaje y narró la vida de los otomíes del Valle del Mezquital. Escribió en muchas publicaciones y fue autor de libros que como "Fermín", orientaron a la niñez y a la juventud; murió en la ciudad de México en 1952. Quienes fuimos sus alumnos tenemos una gran deuda con él.

En el año de 1933 los técnicos de la SEP realizaron un intenso trabajo para formular los planes y programas de estudios de las regionales campesinas recién fundadas. Con estos planes y programas se registrarían los alumnos que ingresaran a la escuela al año siguiente.

A fines de ese mismo año, los alumnos marcharon a sus lugares de origen, de vacaciones. Contaban a sus familiares cómo era su nueva escuela, sus maestros, sus actividades tan variadas, sus compañeros, los locales que habitaban. La nueva palabra Mexe, corriendo de boca en boca, se repitió cientos de veces, como nunca cuando fue central agrícola. Toda la gente pensó en enviar a sus muchachos a esa escuela en la que se daba educación, se preparaba para una profesión, y se concedían becas.

Mi madre, mujer enérgica, sabia y buena, me dijo lacónicamente: "Como has concluido el sexto año, te irás a El Mexe".

Su decisión me dio confianza en mi persona. Iría a El Mexe. Mi destino sería el magisterio.

### Cuando llegamos a la regional campesina

Primeros días de febrero de 1934. Un grupo formado por siete adolescentes, acaudillados por el señor Eucario Hernández, salimos muy de mañana de Molango, Hidalgo. Eramos: Isaac, (hijo del señor don Eucario), Vicenta, Sabino, Margarito, Emelio, Baltasar y Donaciano. Marchábamos a pie, por caminos y veredas serranas, llenos de alegría y optimismo. Nos habían informado que aquella escuela a la que íbamos, era muy buena.

Después de siete horas, llegamos a Zacualtipán, en donde tomaríamos un vehículo que nos conduciría a Pachuca, la capital



del Estado. Descansamos un rato en las bancas de la plaza principal. Comimos en una fonda y, al salir de ella, vimos que ya había llegado la camioneta guayín. Nos subimos a ella con otros dos pasajeros y nos dirigimos a la capital. Después de seis horas de caminata —la carretera era una brecha difícil de transitar— llegamos a Pachuca y, como era tarde, buscamos alojamiento. Al otro día, fuimos con nuestro guía a la Liga de Comunidades Agrarias para que nos dieran una recomendación para el director de El Mexe. Obtuvimos el valioso documento y marchamos hacia Actopan, y de esta población en otro destartalado camión de pasajeros, nos dirigimos a El Mexe. No estaba lejos, llegamos a esa escuela pasadas las seis de la tarde.

¡Qué grande impresión tuvimos al contemplar el edificio principal, y sus bien cuidados jardines interiores! Pero nadita nos gustó el nauseabundo hedor del canal del desagüe situado frente a él!

Preguntamos por los alumnos "paisanos" que estaban inscritos en un grupo superior. Y poco a poco los fuimos localizando, o nos fueron encontrando: Abel, Manuel, Caya, Conchita, Fidel... Les dio gusto vernos allí. Saludaron a don Eucario y a cada uno de nosotros. Y nos empezaron a ilustrar:

—Este edificio en que estamos es el principal. Vamos a recorrerlo, para que lo conozcan y no se vayan a perder. Aquí en el frente están la dirección, la secretaría, la contaduría, dos aulas, algunos locales donde viven los maestros; la parte superior, está destinada a vivienda del director. Pero vengan, vengan...— Recorrimos, guidados por ellos, el edificio.

—En este local está la biblioteca, aquí duermen las alumnas, ésta es la casa de las maestras Lozano y Padilla, que las cuidan; allí al frente están los dormitorios de los alumnos; acá queda el comedor, allá la cocina, acullá la despensa o cooperativa de alimentación; allí está la lavandería, la planchaduría, allá la caldera y hasta atrás del edificio quedan la alberca y los baños. En eso tocó una campana. Están llamando a cenar. Vénganse.

—Pero —terció don Eucario— ¿si nos rechazan Abelito?

—Es costumbre de esta escuela, dar de comer en estos días a papás que traen a sus muchachos a inscribir.

Entramos al amplio comedor. Nos sentamos junto a Abel en una de las largas mesas y nos dieron de merendar café con leche, un bolillo, frijoles y dos tortillas.

Pasamos la noche en la escuela. Manuel nos prometió enseñarnos al otro día los anexos.

Despertamos. Amaneció. Nos aseamos en los lavabos colectivos y nos dedicamos a conocer el establo, el silo, los macheros, las

porquerizas, los depósitos de herramientas y maquinaria agrícola, las hortalizas, las plantas avícola, apícola, horticola y algunos cultivos de maíz, trigo, frijol...

—Aquí no sólo se viene a estudiar en las clases y en los libros, sino a trabajar en el campo, en los talleres, en la industria, en la crianza y cuidado de animales. ¡Duras son las tareas!

Lo dicho no nos desanimó. Pensamos: "Si otros pueden con esto, ¿por qué nosotros no vamos a ser capaces de realizar cuanto nos manden?"

Desayunamos en el comedor. A eso de las 10 de la mañana, pasamos a ver al director a su oficina. Era un chaparrito que se llamaba Manuel Velázquez Andrade. Su energía imponía respeto. Uno a uno pasamos ante su presencia. Miró nuestros papeles, nos hizo varias preguntas y nos dijo:

—Muchachos, esta escuela es de trabajo. Aquí los alumnos aprenden trabajando todos los días. Sólo descansan los domingos. Y si tienen comisión de comedor o requieren atención, sus cooperativas agrícolas y pecuarias laboran aún los días de asueto.

—Señor —dijo don Eucario— estos jovencitos están dispuestos a ceñirse a la disciplina de la escuela, a regirse por el plan de estudios y a lo que usted disponga. A nombre de sus padres y mío, respondo por ellos, pues están acostumbrados al trabajo rudo.

El maestro Velázquez Andrade, ordenó a su secretario:

—Inscriba usted a estos muchachos.

Así lo hizo el maestro Juan Carlos Hidalgo. Nos dijo:

—Su dormitorio será el A de los nuevos. Vayan con aquel señor —dijo y nos señaló a una persona que estaba frente a su oficina— para que les dé su cama, colchón, sábanas, cobija, y les ayude a instalarse. Los uniformes se los daremos la próxima semana.

El mismo día tuvimos cama. Don Eucario se quedó con nosotros. Al otro día se despidió, llevándoles buenas nuevas a nuestros padres.

En el dormitorio de recién ingresados había como 80 jóvenes. Los viejos alumnos nos habían amenazado con raparnos, pero no lo hicieron temerosos del número.

Nuestro grupo se subdividió en dos, llamados complementarios A y B. Eramos 120. Este grupo se fue reduciendo paulatinamente hasta 52, que fueron los que concluyeron la carrera en 1937.



## Actividades en la escuela

La Escuela Regional Campesina de El Mexe fue una de las mejores del país. Las tierras de riego de la exhacienda no se abandonaron, sino que fueron utilizadas para que sirvieran de laboratorio agrícola, hortícola, frutícola, a los jóvenes alumnos, quienes también dedicaban su tiempo a conocimientos de ganadería. La escuela poseía, además, talleres de carpintería, mecánica automotriz y electricidad, en los cuales se enseñaban a los alumnos los oficios correspondientes.

Para el desarrollo de todas estas actividades y las pedagógicas propiamente dichas, se había dividido el trabajo en sectores, al frente de los cuales estaba un experto; del sector pedagógico, encargábase un excelente profesor; del agrícola, un agrónomo; del ganadero, un especialista en cuestiones pecuarias; del sector industrial, un perito hábil y dinámico, etcétera. El Mexe era una escuela del trabajo, de la producción, para los alumnos que aprendían a trabajar como campesinos y maestros.

El toque de levante se daba a las 5:45; ocho minutos después se oía el segundo y dos minutos antes de las 6 a.m. se daba el último. Alumnos y alumnas corríamos desde nuestros respectivos dormitorios a formarnos frente al edificio donde nos esperaban, lista en mano, los ingenieros Mora, Albarrán, De los Reyes, Higuera, y algunos profesores. Nos pasaban lista, y nos señalaban las comisiones que deberíamos desempeñar inmediatamente y por dos horas. A la mayoría nos mandaban a asear el comedor, los dormitorios, jardines, pasillos, aulas, etcétera. Otros marchaban a lavar el establo, a atender a los animales enfermos, a traer leña (que se compraba a los vecinos de poblados próximos) para alimentar la caldera.

Cuando terminábamos nuestra comisión, nos íbamos a asear; si teníamos que servir a nuestros compañeros en el comedor, nos apresurábamos, porque pronto se dejaría oír el tintineo de la campana tocando a desayuno. Durante éste se guardaba la compostura debida, pues lo hacíamos en unión de las alumnas; aunque no faltaba quien hiciese alguna graciosa maldad, como tirar de lo alto una tortilla que iba a caer sobre algún compañero.

Después del desayuno, los alumnos de los grupos de complementario o primer año agrícola desempeñaban las comisiones que señalaban las listas que había en un tablero cercano a la dirección: unos marchaban a agricultura con tal ingeniero; otros a ganadería con el perito; varios se presentaban al taller de carpintería con el maestro Severiano Avilés; otros más a mecánica automotriz con

De la Paz; otros a herrería con los expertos técnicos Amador y Reyes Percástegui. También eran atendidas por los alumnos, diariamente, la conejera y las granjas avícola y apícola. Otros iban a lechería donde aprendían a hacer quesos o a pequeñas industrias.

Las alumnas tomaban parte en varias de estas actividades, pero preferían las de economía doméstica, lavandería y planchaduría.

Puede pensarse que esta vida estudiantil, repetida todos los días, daría lugar a cansancio, aburrimiento y malestar. No era así, por virtud de los equilibrados planes de estudio y programas, y la habilidad de los profesores al aplicarlos, se nos motivaba para que aprendiésemos cosas nuevas que nos serían útiles en las comunidades donde trabajaríamos posteriormente. Los maestros introducían actividades especiales a fin de que los alumnos adquiriesen otros elementos de la cultura: danza, orfeones, artes plásticas, conferencias de orientación revolucionaria, deportes. Algunos domingos se realizaban breves tardeadas en las que maestros y maestras estaban pendientes del comportamiento del alumnado. También se hacían visitas semanarias a las comunidades de la región y de vez en cuando se acudía a otras escuelas hermanas.

Como vemos, la vida de la Escuela Regional Campesina era interesante y no muy rígida. Cuando notábamos que alguno de nuestros compañeros era problema, le hablábamos, lo tratábamos, nos preocupábamos de su caso a fin de que se enderezara. Logramos algunos triunfos.

En honor a la verdad, hay que reconocer que varios alumnos y alumnas no resistían el programa intenso de actividades y emigraban de nuestro Mexe. A otros no les agradaba el sabor del agua del Canal de Requena, que corre medio kilómetro arriba de la escuela y conduce agua blanca; a otros les chocaba el nauseabundo olor del Gran Canal y más tener que manejar sus aguas al regar los cultivos.

Conforme avanzaba el tiempo, nos quedamos en la escuela los aguantadores, los necesitados, los que le habíamos tomado cariño al trabajo y al estudio. El personal de la escuela —docente, administrativo, de campo, de talleres— nos brindaba su confianza por nuestro comportamiento y nos mandaba con menos aspereza.

Los planes y programas de estudio y de trabajo se fueron modificando según las experiencias que se obtenían. La fórmula del maestro Sáenz continuaba vigente: *escuelas para formar maestros del campo expertos en problemas del campo y para trabajar con los campesinos.*



## Planes de estudio de la regional

Los planes y programas de estudio formulados en 1933 por la SEP para las regionales campesinas recogieron las experiencias de las instituciones escolares que les habían dado origen: normales y centrales agrícolas. Fueron bien confeccionados y estuvieron en vigor de 1934 a 1939, pues a partir del año siguiente la carrera comprendía un año más.

Como a la regional llegaban alumnos provenientes del medio campesino, en el cual solamente se estudiaba hasta el cuarto año de primaria, hubo necesidad de establecer, antes de la carrera, un curso complementario cuyo propósito era nivelar a estos alumnos. Después de cursarlo y aprobar, los alumnos ingresaban al primer año agrícola.

Hubo ocasiones en que llegaban a la escuela muchos alumnos de cuarto y quinto años y muy pocos de sexto. Entonces se obligaba a éstos a cursar el complementario, ya que no era práctico formar un primer año agrícola con 10 ó 12 alumnos. Tal fue nuestro caso.

En el primer año de la carrera se cursaban lengua nacional, aritmética y geometría, ciencias naturales, agricultura elemental, industrias rurales, oficios rurales, ciencias sociales, dibujo, canto y música, educación física, economía doméstica, contabilidad, economía y legislación rurales, mecánica experimental e higiene y enfermería.

En el segundo año se impartían lengua nacional, aritmética y geometría, contabilidad, ciencias naturales, agricultura elemental, industrias rurales, oficios rurales, mecánica aplicada, ciencias sociales, economía y legislación rurales, dibujo y artes plásticas, canto y música, educación física, higiene y economía doméstica, construcciones rurales y aprovechamiento y conservación de las riquezas naturales.

En el tercer año, se estudiaban curso superior de lengua nacional, ciencias naturales, preparación y organización del material didáctico, psicología educativa, principios de educación rural, estudio y mejoramiento de la vida rural, canto y música, educación física, agricultura elemental, industrias rurales, oficios rurales, puericultura y economía doméstica.

Estas asignaturas tenían aplicación práctica en la carrera. Algunas como canto y música, educación física, puericultura e higiene, oficios e industrias rurales, permitían a los alumnos relacionarse con los campesinos de la región, la cual no resintió tanto la desaparición de la Escuela Central Agrícola.

El plan de estudios anterior tuvo vigencia de 1934 a 1939. En el año siguiente se impuso otro plan de cuatro años, ajustándose a él los alumnos que habían ingresado a la escuela de 1937 en adelante. Tal fue el caso del alumno Leocadio Fuentes y su generación que egresaron hasta 1941.

En el lapso de 1933 a 1942 los directores de la escuela fueron los siguientes:

1933, profesor Luis G. Ramírez.

1933-1934, profesor Manuel Velázquez Andrade.

1935-1936, ingeniero Leonel Lemus.

1937-1939, profesor Marciano Z. Martínez.

1940-1941, profesora María Guadalupe C. de Zavaleta.

1941-1942, profesor Jesús Castro Agúndez.

Por El Mexe han pasado muchos profesores de gran relieve. El temor de omitir el nombre de algunos nos impide colocar aquí los de quienes recordamos. Cada generación de alumnos lleva en su mente y en su corazón el nombre de sus excelentes mentores mexicanos.

### **Inquietud entre el estudiantado de la regional**

Desde fines del gobierno del general Lázaro Cárdenas (1940) hubo personas que pensaron liquidar la Escuela Regional Campesina. No les parecían sus planes y programas ni su funcionamiento, creían —tal vez de buena fe— que la formación del alumno era muy pobre.

Incrustados estos individuos en lugares estratégicos de la SEP, empezaron a trabajar a la sombra, y luego lo hicieron abiertamente. Los problemas políticos de ese año tenían ocupados en otras cosas a los funcionarios cardenistas, a los dirigentes grandes o menores del PRM. Había pues que trabajar para que las regionales sufrieran una radical transformación. Había que llamar a hombres clave para convencerlos de la necesidad que había de transformar el sistema.

El maestro Celedonio Serrano Martínez, director de Regionales Campesinas y después supervisor de las mismas, me comentó:

“En 1940, siendo director de la Escuela Regional Campesina establecida en Telooloapan, Guerrero, fui invitado para asistir a una junta de directores de escuelas regionales, que se realizó ese



mismo año en la ciudad de México. En dicha reunión se habló de la necesidad de unificar los planes de estudio de la carrera de maestros; quien destacó en esa asamblea fue el profesor Juan B. Salazar, director de la Normal de Maestros, hombre preparado y de oratoria convincente. En esa junta se sostuvo:

a) Que todos los estudiantes normalistas del país tenían derecho a recibir los mismos conocimientos, la misma preparación, que los alumnos de la Nacional de Maestros.

b) La diferencia de plan y programas de estudio de las normales regionales campesinas y las normales urbanas representaban una discriminación para los muchachos del campo.

c) El maestro del campo debería salir tan bien preparado como el de la ciudad.

d) Podrían incluirse en los planes de estudio materiales agrícolas, para normalistas del campo y de la ciudad.

e) Había que dar oportunidad de acomodo en el medio citadino a los alumnos de las regionales campesinas y viceversa.

“La oposición en esa junta estuvo representada por los maestros Rafael Ramírez y Raúl Isidoro Burgos, quienes propugnaron por la supervivencia de las regionales campesinas, corrigiendo la sofística exposición de Salazar.

“La defensa en favor de las regionales por estos dos notables profesores no fue tomada en cuenta porque la “línea” estaba dada. Para justificar más su postura, para vigorizarla, los enemigos de las regionales campesinas dijeron que los alumnos de éstas mucho tenían que ver en el cambio. Los trabajos de campo, de granja, de taller, les parecen muy pesados. Están a disgusto porque no se les dan facilidades para terminar su carrera en las normales urbanas. Se les condena a ser permanentemente maestros de medios campesinos.”

Maestros actuales, que estuvieron como alumnos en la época de transición entre la regional campesina y la normal rural, sostienen que la regional era la institución más apropiada para la formación de maestros rurales. Y agregan que si se hubiese modificado un poco el plan y programas de estudios, si se hubiese dado una mayor elasticidad a las disposiciones de la SEP, que nos prohibían ir a estudiar a la Nacional de Maestros, no hubiesen desaparecido estas importantes escuelas.

El primero de diciembre de 1940 protestó como presidente de la República el general Avila Camacho. Designó como secretario de Educación al licenciado Luis Sánchez Pontón, quien de inmediato nombró a sus más cercanos colaboradores. Junto a éstos se colaron los enemigos de la Escuela Regional Campesina.

Al regresar los alumnos de El Mexe de sus vacaciones de fin

de año, en enero de 1941, se les dijo de sopetón que las regionales sufrirían una honda reorganización. La escuela de El Mexe ya no sería regional campesina ni tendría sistema coeducativo y corría el riesgo de no ser institución formadora de profesores.

Ante este peligro los alumnos rápidamente se movilaron. Movieron a la FECSM pidieron ayuda a la Confederación de Jóvenes Mexicanos, y acudieron a otras fuerzas revolucionarias.

En el libro, *La obra educativa del sexenio 1940-46* se lee:

“Al principiar el año de 1941, las 35 Escuelas Regionales Campesinas fueron objeto de una total reorganización: de ellas, 26 pasaron al Departamento de Estudios Pedagógicos y se transformaron en Escuelas Normales Rurales; las nueve restantes se convirtieron en Escuelas Prácticas de Agricultura y continuaron bajo la dirección del Departamento de Enseñanza Agrícola.”

Lo dicho en el párrafo anterior prueba que el gobierno de Avila Camacho no hizo caso de las advertencias técnicas de notables educadores, ni de las organizaciones de los alumnos. Abusó de su fuerza y partió al sistema. En la misma *Memoria*, informa:

“En el lapso de 1941 a 1946 ha disminuido el número de escuelas a 18 y son:

“Para señoritas: Galeana, Nuevo León; Ricardo Flores Magón, Chihuahua; El Camichín, Jalisco; Huetamo, Michoacán; Cañada Honda, Aguascalientes; Xochiapulco, Puebla; Huamantla, Tlaxcala; Palmira, Morelos y Tamazulapan, Oaxaca.

“Para varones: El Mexe, Hidalgo; Tenería, México; Colonia Matías Ramos, Zacatecas; Salaices, Chihuahua; Tamatán, Tamaulipas; Ayotzinapa, Guerrero; Comitancillo, Oaxaca; Jalisco, Nayarit y Hecelchacán, Campeche.”<sup>1</sup>

Esta reestructuración trajo consigo cambios. El Mexe continuó siendo escuela formadora de profesores varones. Las muchachas tuvieron que marchar hacia Soltepec, Tlaxcala (de donde se pasaron a Huamantla), y los varones vinieron a El Mexe.

Esto ocurrió en 1941. Se continuaba estudiando con el plan de cuatro años. Mas en 1943 se anunció un nuevo plan para los que ingresaron ese año, que era de seis años. La primera parte de este plan comprendía la enseñanza secundaria.

## 1941-1945 años de transición

La ruptura del sistema de Escuelas Regionales Campesinas, trans-

<sup>1</sup> *La obra educativa del sexenio 1940-1946*, págs. 209 y 210.



formando unas en Escuelas Prácticas de Agricultura y a otras en Escuelas Normales Rurales, la separación de los alumnos por sexos y varias disposiciones no bien dictadas, dieron lugar en El Mexe a cierto descontento contra la Secretaría de Educación Pública.

Las actividades agropecuarias decayeron y la disciplina sufrió mengua. Los alumnos, sin el freno que representaban sus compañeras, se volvieron hoscos y agresivos. Maestros y personal —aun los mismos muchachos— sufrieron en estos años de transición.

La Escuela Normal de El Mexe —y todo el sistema— continuó con los planes y programas de estudio de 1940. En 1943 —calendario tipo A— entró en vigor el plan de estudios de seis años.

Fue una suerte que en esos años la escuela contara con dos buenos directores: la maestra María Guadalupe Ceniceros de Zavaleta y el maestro Jesús Castro Agúndez. Su gran calidad humana, su excelente preparación profesional, su experiencia y su sincero afecto por los alumnos, hizo llevadera la vida de éstos. Muchos profesores que estudiaron en El Mexe en aquellos años recuerdan con gratitud a Chucho Castro y a la maestra Zavaleta. Ambos han fallecido, pero su recuerdo vivirá en nosotros.

A los alumnos que ingresaron en 1943, les tocó iniciar el plan de seis años (tres de secundaria y tres de profesional), por lo que terminaron en 1948. El Mexe no tuvo egresados en 1946 y 1947.

En las décadas de los 40 y los 50 pocas escuelas contaban con educación primaria completa. Como el interés de la Secretaría de Educación fue que los alumnos de la normal provinieran del medio campesino, estableció en los propios edificios de sus escuelas los cursos de quinto y sexto años de primaria, que sustituyeron al llamado hasta entonces complementario. A esto se debió que buen número de alumnos permanecieran en El Mexe siete u ocho años.

Los directores de la normal en esos años de transición fueron los dos ya citados, a quienes sustituyeron sucesivamente los maestros Santos G. Galicia y Juan Pacheco Torres.

Un hecho importante ocurrido en 1943 debe destacarse: el del nombre de la escuela. Dirección, Sociedad de Alumnos y personal docente, juzgaron que era necesario que la institución llevara el nombre de un héroe, de una fecha histórica, de un político, de un maestro. Después de una encuesta, decidieron que se llamara Profesor Luis Villarreal, nombre con el que se le denomina hasta la fecha.

## ¿Quién era don Luis Villarreal?

Don Luis Villarreal fue un notable maestro mexicano. Nació en Ciudad Zuazua, Nuevo León, en 1893. Se tituló como profesor en Monterrey en 1914. Resultó ser un excelente profesor. Conociendo sus dotes, el gobernador de Sonora, general Plutarco Elías Calles, lo invitó a colaborar con él en el ramo educativo. Desempeñó el cargo de director de la Escuela de Artes y Oficios, en Hermosillo en 1916. Realizó una relevante labor.

Posteriormente, cuando don Plutarco estuvo frente a los destinos de México, la Secretaría de Educación Pública lo incorporó al cuerpo de colaboradores de confianza: fue jefe del Departamento de Cultura Indígena y de Escuelas Normales Rurales. De entonces dató su amistad con los maestros Rafael Ramírez y Enrique Corona Morfín.

En 1935-36 desempeñó en la SEP el cargo de jefe del Departamento de Enseñanza Agrícola y Normal Rural, puesto que desempeñó con eficiencia por el conocimiento que tenía de las regionales campesinas en cuanto a sus problemas, su personal, su funcionamiento. También laboró en Misiones Culturales.

Don Luis era de estatura alta, de regular complexión, andar pausado sin ser lento, color blanco, frente amplia y despejada, cejas pobladas, ojos negros, nariz regular y algo respingada, debajo de la cual lucía unos bien cuidados bigotes; su boca gruesa denotaba bondad, y su recio mentón firmeza en las decisiones. Casi siempre vestía traje oscuro.

Era el tipo de educador que señalan los tratados de pedagogía: noble, generoso, comprensivo, conocedor del alma infantil y juvenil, a las cuales sabía formar con tino. Estas cualidades le sirvieron mucho cuando dirigió el Departamento de Enseñanza Agrícola y Normal Rural, donde se distinguió por su sabiduría, su trato amable con los maestros y alumnos, la firmeza de sus decisiones nacidas de una larga meditación y encaminadas al buen funcionamiento del sistema a su cuidado.

Escribió varios libros, el más conocido fue el de *Apuntes de geografía humana*, que alcanzó más de 15 ediciones.

Sobre sus relaciones con El Mexe se conjetura que fue nombrado por el presidente Calles para que ayudara al ingeniero Policarpo Garza a organizar en 1926 la Escuela Central Agrícola. De lo que sí estoy seguro es que visitó nuestra escuela dos o tres veces, siendo jefe del Departamento.

En un sencillo acto se impuso su nombre a la escuela. Algunos profesores que en aquel entonces eran alumnos mexanos, me



han informado que asistieron a la ceremonia el propio don Luis, el director Santos G. Galicia, maestros y alumnos. Se cantó el corrido al maestro Villarreal.

Murió este mismo año. La generación 1941-44, tomó su nombre.

## La disciplina escolar

La disciplina escolar es difícil de manejar en los internados de adolescentes y jóvenes provenientes de varios grupos sociales

1926-1932. En la Central Agrícola de El Mexe la disciplina fue enérgica y casi cuartelaria al principio. Se pensó que los hijos de los campesinos eran bisoños soldados que tenían que obedecer las órdenes tronantes de sus jefes. No obstante que los maestros abogaron por una disciplina en consonancia con la edad y la formación del alumnado, predominó el criterio de que había que formar a los muchachos como aptos soldados para la batalla de la producción. Este fue uno de los motivos de que hubiese numerosas deserciones. No todos se acostumbraron a las rudas y pesadas labores del agro y a las difíciles de tipo intelectual.

En la etapa de la Escuela Regional Campesina (1933-1941), gracias a los maestros la disciplina fue menos ruda e impositiva; se tomó en cuenta la opinión de los alumnos. Sin embargo todavía quedaban residuos de la rigidez del periodo precedente. Tuvieron que pasar por la dirección de la escuela los maestros Marciano Z. Martínez, Ma. Guadalupe Ceniceros de Zavaleta y Jesús Castro Agúndez, para que se generara el autogobierno.

Finalmente, en la tercera etapa, la de la normal rural (de 1942 en adelante), han existido tiempos de calma, de trabajo y de estudio en los que la escuela ha realizado un trabajo positivo y notable. Epocas en las que la Sociedad de Alumnos se ha insubordinado a sus autoridades inmediatas, validos de su fuerza numérica, habiendo tomado decisiones y ejecutado acciones que han perjudicado a la larga a los mismos alumnos y al buen nombre de la institución.

Empero, los alumnos no tienen toda la responsabilidad. Reconocemos que ha habido algunos directores de carácter débil y dados a ausentarse de la escuela; divisiones entre el personal docente; falta de entereza de éste ante el poderío estudiantil; poco apoyo de la Dirección General de Educación Normal a directores y maestros y demasiada tolerancia y atención a los líderes estudiantiles. Por fortuna los periodos de calma, de paz constructiva,

de trabajo fecundo, han predominado en la mayor parte de la vida de la escuela.

Debemos aceptar que los alumnos egresados de la normal rural, convertidos en profesores, han realizado en sus comunidades trabajo constructivo, honrando a la escuela que los formó y les dio un título.

### La sociedad de alumnos

1927. Tímidamente organizaron los centralistas su Sociedad de Alumnos. Hijos de campesinos, acostumbrados a obedecer, no dieron al principio gran importancia a su organización estudiantil. Mas poco a poco fueron cobrando conciencia de su valor. Así, cuando los improvisados dirigentes gestionaban y obtenían de la Secretaría de Agricultura dotaciones de camas, colchones, sábanas y colchas, overoles, ropa interior, zapatos y huaraches, etcétera, se dieron cuenta de su valía.

En 1929 anunciaron un movimiento de huelga por solidaridad con la Central Agrícola de Roque Guanajuato, a la que Agricultura no dotaba de elementos de comedor y dormitorio indispensables. No hubo huelga porque la Secretaría satisfizo las peticiones del alumnado.

En 1934, siendo la Escuela Regional Campesina, la Sociedad de Alumnos tenía su lema: *Educación, emancipación y justicia*. Estaba bien organizada y sus líderes eran atendidos por el director y autoridades superiores.

En 1935, la Sociedad de Alumnos envió a los alumnos Antonio Montes de Oca y Alvaro Zúñiga a Roque a un congreso de las Escuelas Regionales Campesinas. En éste se constituyó la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México (FECSM). Durante unos meses de 1936, por maniobras del director de la escuela y de su jefe del sector agrícola, desapareció la Sociedad de Alumnos, pero se luchó por su reinstalación y, ya con el poder en la mano, los alumnos capitaneados por sus dirigentes Peña Bautista, Cruz Velasco y Serna, declararon una huelga pidiendo la salida del director. Este movimiento recibió el respaldo de los alumnos de todas las regionales, reunidas en Tenerife. El presidente Cárdenas atendió la demanda estudiantil y hubo cambio de director y personal docente en 1937.

En el largo periodo en que El Mexe ha sido escuela normal, han existido grandes movimientos de parte de los alumnos en apoyo de sus intereses específicos, por solidaridad con otras sociedades



de escuelas hermanas, en pugnas intergremiales internas, o en favor de los movimientos de los campesinos de la región. También se han dado lapsos —cortos por cierto—, en que el poder mayor lo han tenido los alumnos. Mas todo ha vuelto a la normalidad gracias a la presencia de enviados de la SEP; el trabajo asiduo de directores competentes y laboriosos, de maestros responsables en su labor y de un alumnado empeñado en estudiar bien para cumplir las consignas de la Revolución.

## Cincuenta años después

*Adela Huizar Curiel*

En cierto municipio de la República Mexicana vivía la señorita A con su madre. Formaban parte de una familia numerosa.

El padre murió de una enfermedad rara. Asimismo murieron dos varoncitos, uno de un año de edad y otro de tres.

Otros dos hermanos de A trabajaban en Petróleos Mexicanos: uno de peón —ya que no había hecho estudios avanzados— y otro de mecanógrafo empleado en oficina. Dos hermanas de A se habían casado, una con un campesino y la otra con un comerciante.

A tenía 16 años. Había estudiado la educación primaria y la secundaria. Sin que A supiera, un obrero de Petróleos Mexicanos habló con su madre; deseaba casarse con A.

La madre no mencionó el asunto. Llamó a su hija y le habló de la manera siguiente:

—Hija mía, ¿qué has pensado? Ya terminaste la educación secundaria. Podrías solicitar empleo en alguna casa comercial o seguir estudiando.

—Madre mía, prefiero seguir estudiando. Aquí hay una escuela normal para maestros de educación primaria; cobran 25 pesos de colegiatura cada mes. La inscripción cuesta 10 pesos. Algunas de mis compañeras piensan estudiar allí; pero a mí me gustaría estudiar en la capital del Estado o en México, en la Escuela Nacional de Maestros.

—¡Muy buena idea! Pero los cambios originan muchos gastos. Tengo algo de los ahorros que dejó tu padre. También cobré la póliza de defunción. Tus hermanos perciben un sueldo de seis pesos diarios cada uno; pero como ya son casados, es muy poco lo que nos pueden dar.



—Hagamos un esfuerzo, madre mía, pues mis inquietudes son muchas y no deseo estar inactiva.

—Tienes razón. Avisaré a tus hermanos respecto de esta decisión nuestra. Algunos muebles y enseres los dejaremos en las casas de tus hermanos. Empacaremos lo indispensable y nos trasladaremos a México, Distrito Federal. Allí rentaremos un departamento y me dedicaré al comercio mientras terminas tus estudios. Después, Dios dirá.

—¡Qué rápido pensaste todo! ¡Me parece bien! ¡Manos a la obra!

Los hermanos y hermanas de A, al conocer los planes que tenían ella y su madre, trataron de disuadirlas, quitarles de la cabeza esas ideas para que siguieran en aquel lugar.

Decían a la madre: "No se vayan. Allá van a sufrir en tierra ajena. Al rato se le casa la muchacha y va a quedar lejos de nosotros. Allá todo es más caro. ¿Qué pasará si se enferman?"

Madre e hija estaban decididas y llevaron a cabo su plan. Organizaron todo como lo habían pensado y por ferrocarril se trasladaron a México.

Llegaron a un hotel. Después fueron a buscar un departamento. En céntrica vecindad contrataron una vivienda con dos piezas, cocina y baño. Les iban a cobrar 15 pesos mensuales por el arrendamiento. Se instalaron, luego avisaron a sus familiares a fin de establecer comunicación.

A debía acudir a la escuela normal para presentar la prueba de admisión. La acompañó su madre. Tenían que preguntar, cuál calle, cuál tranvía, cuál parada, etcétera. Presentó la prueba. Era de conocimientos generales con sección psicológica y vocacional. ¿Cómo saldría? ¿La aceptarían?

A esto siguió un periodo de incertidumbre. A se envolvió en un mutismo desconcertante. Su madre trataba de sacarle con tirabuzón las palabras. Apenas contestaba. Eran legítimos sus deseos, no tenían límite sus aspiraciones; pero había visto que había miles de aspirantes procedentes de toda la República. Escogerían a los mejor preparados, a quienes tuvieran vocación.

"¡Qué escuela tan grande! ¿Me quedaré?", cavilaba para sus adentros la señorita A.

Llegó el día de las inscripciones. En los tableros del edificio se exhibían las listas. Los interesados —a veces acompañados por sus padres— con avidez buscaban sus nombres. Debían leer todo. Los bajos de estatura se paraban en bancos, algunos en hombros de sus compañeros. Empezaban los problemas; momentos tristes para unos y alegres para otros. Cierta joven no encontró su nombre en las listas. Su padre le dijo: "¡A labrar la tierra, hijo mío!

Tus manos de señorita se encallecerán y serán como las del obrero. No hay remedio". Cierta aspirante se desmayó por el mismo percalce.

El corazón de A se apresuraba en su sístole-diástole. ¡Allí estaba su nombre, no había duda! Madre e hija lloraban de alegría. Ahora a inscribirse. La maestra en cierne firmaba su compromiso de cumplimiento, responsabilidad, patriotismo...

Ser alumna de la Escuela Nacional de Maestros era un triunfo; oportunidad, desafío, temeridad.

Tres años de fuertes luchas; a veces penurias y muchos desvelos. Los grupos no eran numerosos; pero las tareas onerosas. Tanto éstas como los planes de trabajo para las prácticas docentes, se revisaban dos veces: una para marcar errores, otra para comprobar la obediencia de los alumnos, quienes meticulosamente pasaban en limpio los planes, tareas, apuntes.

"Las sentencias latinas se contradicen", pensaba A. *Omnia vincit labor. Corpus labore firmatur. Ars longa, vitta brevis.* "Me aferro a la última —decía— porque si trabajo mucho, viviré poco."

Sin embargo, cuando los equipos iban a cumplir con las prácticas pedagógicas, los estudiantes se entregaban enteros al trabajo, ya que aparte de la labor que les habían encomendado, impartían educación física a los alumnos, decoraban salones, pintaban frisos, construían teatros al aire libre, aún se desempeñaban como locutores, siempre con grandes inquietudes de superación; sus horas libres las pasaban en las bibliotecas. Por más que los libros eran baratos, no podía un estudiante comprar enciclopedias.

En tiempos del presidente Abelardo Rodríguez, el salario mínimo de un trabajador era de cuatro pesos; por ejemplo, una colección llamada *El tesoro de la juventud* valía 65, y las máquinas de escribir 125. Pocos estudiantes podían adquirir esos artículos.

Por su parte, A compró una máquina de escribir de marca *Oliver*. Según el avance de la tecnología, esas máquinas ya estaban pasando de moda, o sea de actualidad, porque otros sistemas mejores, las desplazaban.

A hacía sus trabajos a máquina. Cuando organizaban debates en la clase de filosofía, ella llevaba los argumentos escritos a máquina.

Allí disertaban sobre distintos temas y sorpresivamente repartían premios a los mejores argumentos. Ella participaba y a veces ganaba un segundo o tercer lugar.

Debates sobre historia de México. ¿Por qué tenía más razón un partido político que otro? ¿De dónde provenía el PNR? ¿Del



partido liberal o del conservador? ¿Por qué en el tiempo del presidente Lázaro Cárdenas, dieron facilidades al Partido Comunista? ¿Por qué proliferaron las células comunistas y por fin vinieron a menos? ¿Por qué todavía tiene adeptos Darwin con su teoría de la evolución, si él se retractó antes de morir? Si el esqueleto del simio de Java era reconstruido, ¿por qué dicen que perteneció a un solo cuadrumano?

“A leer mucho —les decía su maestro— para que nadie los sorprenda. Ustedes deben conocer las fuentes de información, y en cualquier momento disiparán sus dudas.”

Las técnicas, los métodos, la didáctica, el autodidactismo, etcétera. Los grandes pedagogos: Froebel, Pestalozzi, Spencer, Rousseau, Kant, Justo Sierra, Torres Quintero.

Un periodo de estudios de tres años parecía interminable, pero ya tocaba a su fin. Era como el despertar de un sueño.

### Tesis y exámenes recepcionales

Hacer una tesis es escribir un libro; es demostrar en distintas formas lo que se propone el sustentante en el tema.

Al escoger el tema, A pensaba en algo que no fuera tan complicado como las preguntas capciosas del maestro en filosofía.

Estudios, prácticas, investigaciones; en resumen, su experiencia la guiaba hacia el logro de una escuela modelo. Los planteles que había visitado, en los cuales había practicado, siempre tenían carencias. Aunque pareciera utópico, pensó en demostrar las bondades de una escuela primaria modelo. Así fue la tesis: *La escuela primaria modelo*.

Una serie de consultas se sucedieron como resultado de dicha decisión. A expuso su plan a los maestros asesores de tesis; lo hizo ante médicos escolares, organizadores sociales, veterinarios, psicólogos, arquitectos, etcétera.

Todos admiraban las ideas de A, pero le hacían entender los obstáculos que encontraría quien tratara de construir y equipar una escuela modelo. Ella presentaba en la tesis, con lujo de detalles, una gran escuela instalada en un poblado semiurbano, con todos sus anexos: dirección, aulas, biblioteca, clínica médica escolar, clínica de la conducta, laboratorios; talleres para hombres: encuadernación, electricidad, pequeñas industrias, peluquería; para mujeres: salas de máquinas de coser, de cocina, cuidado personal. Sala de juguetes y artículos deportivos, canchas de juego para pelota de canasta, pelota de bateo. Gallinero, conejera, apiario, vivero de flores y árboles, hortaliza, los patios

de recreo, los gabinetes de aseo, el salón de espectáculos con su proyector de películas.

La escuela de los sueños de A tendría varios mimeógrafos para preparar todos los materiales escolares; elaborarían los periódicos murales, los boletines escolares, de allí saldrían las noticias, los modelos de uniformes escolares, trajes deportivos. Saldrían a plantar árboles los futuros alumnos; habría concursos de conocimientos científicos; de las prendas mejor elaboradas; las flores mejor cultivadas; las legumbres cosechadas.

Dulces sueños de A. Soñaba despierta y sus ideas no le cabían en la cabeza: pugnaban por salir, por hacerse realidad. Ya no batallaría más con aquel mimeógrafo que ella misma había hecho en una caja de lámina, con la grenetina en hojas.

Los asesores dijeron: " A, ¿ya pensó en los millones que se gastarían para la consecución de su proyecto? ¿Quién lo va a financiar? "

Ella sabía que no podría hacerlo por su cuenta; pero lo presentaría como un reto para el gobierno o los grandes consorcios o empresas pudientes.

Por fin quedó terminada la tesis. Contenía muchas descripciones, planos, dibujos, clases de materiales. No se hicieron maquetas, pues resultaban demasiado costosas. No se daban listas de precios. Estos siempre cambiaban. Los programas de trabajo son siempre interminables: las secretarías de gobierno los elaboran y los establecimientos cumplen lo mejor que pueden. Ciertamente llevar a cabo el proyecto era una tarea de titanes. Cuando los asesores aceptaron la tesis, discutieron el pro y el contra; luego dieron las recomendaciones: tal vez sería mejor hacer una distribución de salas en varias escuelas, no todo en un edificio. Una escuela tendría museo; otra, acuario; otra, sala de espectáculos; otra, talleres; otra, todas las canchas; otra, viveros; otra, gallineros y conejeras, y así sucesivamente.

Habría intercambio de visitas a bibliotecas y demás centros de cultura y no habría el problema de atender un centro gigantesco, tal vez dirigido también por un selecto grupo de peritos.

Aceptado esto por la sustentante, con las correcciones y recomendaciones, ya se estaba fijando fecha para el examen recepcional.

Constaría éste de un interrogatorio verbal u oral y una clase modelo — ante el jurado calificador — a un grupo de niños de educación primaria.

El o los temas del interrogatorio, A no los conocía. Debía preparar el tema y el material para la clase práctica. Fijaron la fecha y le avisaron que sería un grupo de tercer grado de educa-



ción primaria. De ese modo decidió respecto del tema: primeras nociones de fracciones comunes.

Preparó juegos de atención, motivaciones, material colectivo, material individual. Habría objetos naturales, tales como frutas, que a la hora de la clase se iban a seccionar. También iban a llevar dibujos.

Llegó el día y la hora del examen. No estaba nerviosa la sustentante A, había estudiado mucho. En una sala, después de los saludos, se inició el interrogatorio. Este fue formal, muy bien intencionado, con algunas disgresiones a guisa de aclaraciones. Trataron de técnica, programas, horarios, disciplina escolar, castigos, ética profesional, documentación, cooperativas, relaciones humanas... En otra sala se llevó a cabo la clase práctica.

Cuando el jurado y la señorita A estuvieron al frente, pasó la fila de alumnos. Saludaron y la señorita empezó a conducir el grupo. Ella disponía de 40 a 50 minutos. El jurado admiró el juego de atención, la motivación, el desarrollo atinado y la conclusión.

Terminada la clase, salió el grupo, siempre conducido por la sustentante. Esta también salió para permitir la deliberación de los miembros del jurado. Media hora de espera fue mucho para A, pensaba que el jurado se había retirado. Por fin la llamaron y emitieron el ansiado veredicto: aprobada por unanimidad.

El salón de exámenes recepcionales tenía un lugar para los espectadores del público, padres de familia y compañeros de la sustentante.

Al escuchar el veredicto y las felicitaciones del jurado, los espectadores aplaudieron y dieron las gracias; se levantaron de los asientos y hubo abrazos y regalos consistentes en libros y arreglos florales.

Terminado el trabajo del jurado, éste se retiró. Seguía el trabajo del secretario y ayudantes. Tenían que hacer el acta del examen, escribirla en un libro y anexar el certificado de estudios.

Días después le entregarían las copias ya firmadas. A mandaría hacer el título siguiendo las instrucciones reglamentarias. Tardarían en devolverlo autorizado con las firmas del ministro de Educación y del director de la Escuela Nacional de Maestros.

Cuando tuvo todos los documentos en sus manos, la embargó una alegría indescriptible que sólo comprenden quienes han vivido momentos similares.

"Ha sido un triunfo", decía la madre de A.

## En busca de empleo

Tocaba a su fin el periodo vacacional. Algunos compañeros de A no habían presentado sus exámenes recepcionales y esperaban el inicio de cursos para solicitarlos; otros apenas iban a elaborar las tesis.

De momento la comisión no tenía informes sobre el reparto de plazas. Inexplicablemente, respetaban un escalafón de promedios definitivos de calificación para proponer a los aspirantes para plazas de maestros de educación primaria en el Distrito Federal.

Se dice inexplicablemente porque algunos egresados de la normal, aun con bajos promedios, lograban obtener una plaza. Algunos trabajarían en el Distrito Federal, otros en la provincia y otros —los menos afortunados o de promedios de seis y siete— quedarían en espera.

De cualquier manera, esperaban el inicio del año escolar, el reporte de las autoridades educativas sobre el número de plazas disponibles y el reporte de las escuelas acerca del personal faltante. Unos tres o cuatro meses tendrían que esperar.

Iban los aspirantes o las comisiones a pedir audiencia en el Departamento de Escuelas Primarias en el Distrito Federal, en Primarias Foráneas, en Rurales, Normales Rurales o Enseñanza Agrícola.

No había vacantes en capitales de Estado, sólo había plazas de nueva creación para ejidos en medios rurales del agro mexicano.

—¿Te gustaría regresar a tu lugar de origen? —preguntaba la madre de A.

—En lugares cercanos o lejanos, estoy dispuesta a servir. La patria necesita maestros decididos, entusiastas, guías idóneos de la niñez y la juventud —decía A.

Un día se reunieron los aspirantes compañeros de A, allí en la normal, para esperar noticias. En el curso de la mañana colocaron un anuncio que decía: "Quienes deseen obtener una plaza de maestro rural A con sueldo de 60 pesos mensuales en escuelas rurales de los ejidos, sírvanse pasar a firmar nombramiento al Departamento de Educación Primaria Rural, SEP."

Surgieron luego las discrepancias. Unos se animaban, otros se desanimaban. Analizaban el pro y el contra de la proposición.

—Allá en el campo no hay agua entubada.

—Nosotros la mandaremos entubar.

—Dormiremos en el suelo.



—Haremos camas.

—No hay muebles en las escuelas.

—A lo mejor ni salones.

—No te fijas, a eso vamos, a construir salones, a hacer muebles, pizarrones, sembrar más árboles, qué sé yo cuántas cosas más haremos.

—Andale A, tú que tienes grandes proyectos para el funcionamiento de una escuela modelo. ¿No fue ése el plan de tu tesis?

—Es cierto —decía A—, pero no dispongo de dinero ni tengo idea de encontrar personas pudientes económicamente, quienes patrocinen la realización del plan.

—De las estaciones de ferrocarril se camina a pie para llegar a las escuelas, digo, al lugar destinado a escuela.

—Es buena proposición para un varón; se trata de vivir muchas aventuras, caminar a pie o en burro, trabajar de sol a sol y no poder ahorrar nada.

—Sería difícil para una dama joven.

—¡No se pongan pesimistas! Primero dijeron que tienen mucho amor a la patria y que desean servir a dónde sea, incondicionalmente.

—Ya veré a la señorita A cuando se olvide de sus zapatos de tacón alto, se ajuste sus huaraches y tome el cántaro de barro para ir a acarrear agua.

—Me ayudarán mis alumnos. En el campo hay amor, hay cortesía.

Así surgían distintas opiniones. A comunicó todo a su madre.

—¿Nos atreveremos a ir al campo, madre mía? ¿Cuáles serían los inconvenientes? Trabajaremos un año y nos ascenderán.

—Hija mía, por mi parte no hay inconveniente. Pagaremos renta adelantada; no entregaremos el departamento. Así, cuando vengamos a México, tendremos dónde llegar. No te preocupes más. Ve a firmar el nombramiento sin tardanza.

—Gracias, madre mía —dijo A—. Si me acompañas, no tendré ningún temor.

Así, A firmó el nombramiento. Con dos boletos de ferrocarril, se trasladaron al ejido X en el centro de la República Mexicana.

El inspector escolar federal de la zona correspondiente extendería las órdenes de presentación. Llevaron el equipo indispensable, lo más ligero que fue posible, sin olvidar aquella máquina de escribir marca *Oliver*, y la caja de lámina que servía de copiadador portátil una vez que se calentaba la grenetina a "baño maría" para llenarla. Llevaba A la tinta especial, plumas, manguillos y

cinta para la máquina. El Departamento de Bibliotecas, ubicado entonces en el edificio de la SEP, a cada nuevo maestro le entregaba un pequeño lote de libros.

El caserío del ejido X estaba ubicado en una ladera, a 200 metros del río y a otros 200 de la vía del ferrocarril. Si pitaba el tren, era señal de que iba a hacer parada y toda la gente corría a ver quién llegaba. Allí bajaron A y su madre. Rápidamente bajaron el equipaje; la caja que contenía la máquina de escribir no cayó bien y rodó por la ladera. Si hubiera sido de plástico no hubiera quedado ni el recuerdo, pero el material era fuerte y no sufrió daño alguno.

Empezaron las preguntas:

—¿Usted es la maestra que nos prometieron?

—Sí señores, a sus órdenes.

—Le presentamos al comisario del ejido.

—Bienvenidas, señoritas. Pasen ustedes. Vamos a comer.

—Allá está la escuela en medio del caserío. ¿La ven? Está pintada, digamos encalada; toda blanca. Luego iremos para que la conozcan.

—Sí señor, como usted diga.

El corazón de A se hacía más pequeño al ver el panorama. Pensaba en las conversaciones que había tenido con el inspector. Tenía que conocer el local de la escuela, celebrar junta de padres de familia, conocer el ambiente, los medios de vida, levantar el censo escolar, enviar a la Inspección Escolar la lista mínima de útiles: libros de los padres, de firmas de visitantes, de actas, de registro general de inscripción. Además, tenía que conseguir cajas de gises, tela apizarrada, pliegos de cartoncillo. Además, allí no había dónde comprar, así que A envió la lista al inspector en una caja por tren.

Fueron a ver la escuela. Esta constaba de un salón de 10 por 15 metros con una sola puerta, sin ventanas, ni muebles, ni anexo alguno.

—¿Está bonita la escuela, verdad señorita?

—Sí señor —contestaba A, toda descorazonada.

—La hicimos entre todos, fíjese usted. Hicimos los adobes; los dejamos secar; fuimos a la calera y trajimos cal; cortamos las viguetas en el monte; también cortamos las tabletas que van en las vigas; la puerta la hizo un vecino que sabe un poco de carpintería. ¡Mire qué bonita vista tiene! Tras esa loma sale el sol; a izquierda y derecha del caserío están los barbechos. ¡Vea qué siembras tenemos! Ha sido un año bueno y habrá buenas cosechas de maíz, trigo, frijol, habas, arvejones, papa.

—Gracias por sus atenciones —dijo A—. Luego informaré



al inspector. Le pido un favor comisario, cite a los padres de familia para una junta. Allí les diremos que una comisión me acompañará a visitar las casas y levantar el censo. También les diré que se necesita colocar una cerca alrededor del salón, a una distancia de 10 metros del muro. Se formarán esos patios, se limpiarán de yerba y piedras, y se aplanarán. También se abrirán cuatro ventanas, dos al oriente y dos al poniente.

—Con gusto, señorita —dijo el comisario del ejido X.

De eso modo, al día siguiente se llevó a cabo la junta. El comisario presentó a la maestra y a su madre. La maestra dijo que como la escuela era de nueva creación, era necesario levantar el censo de la población escolar, de seis a 15 años, de ambos sexos. Esa era la orden del inspector. A los mayorcitos con conocimientos avanzados, se les prepararía en tiempo extra, a fin de que presentaran exámenes de sexto grado a título de suficiencia y se inscribirían más tarde en normales rurales, en escuelas regionales campesinas o secundarias del magisterio. Los exámenes serían en las cabeceras de zona. Estuvieron de acuerdo y se llevó a cabo el censo.

Terminado el censo, se registraron 80 alumnos entre los seis y 15 años de edad, más unos oyentes de cinco años de edad, cuyos padres suplicaban que se les atendiera.

Mientras hacían bancas, cada alumno llevaría un banco o silla. Iban a mandar hacer una mesa de 3 por 1.5 metros que se colocaría en el centro del salón. Posteriormente se daría a conocer el diagrama de la organización.

## Organización

El inspector escolar federal envió a vuelta de correo y por tren, lo que la maestra había solicitado, aumentando algunos libros, cuadernos, lápices, plumas, tinteros, pizarras, pizarrones y cuatro metros de tela apizarrada; unos metros para medir y un juego de geometría, sin faltar una bandera nacional.

La maestra usó un metro y una escuadra y, con ayuda de varios jabones, marcaron el lugar en donde se iban a abrir las ventanas. También colocaron los pizarrones, uno en cada pared, usando tachuela larga y pedazos de papel.

La maestra citó a la gente para que fuera a inscribir a los niños. Desde ese día llevaría cada quien su silla con su nombre. Así lo hicieron. Las sillas eran rústicas. Los padres las hacían; cortaban palos en el monte, sacaban ixtle de los magüeyes, luego torcían el ixtle para formar mecates de varios tipos: unos muy delgados y otros más gruesos. Algunos pintaban los mecates con anilinas de

colores, y ya que formaban la silla, le entretejían el asiento con mecate de ixtle.

El día de la inscripción se tardaron toda la mañana. La maestra dio varias indicaciones. Alguien regaló un pedazo de riel; lo iban a tocar mientras compraban una campana, para llamar diariamente a los alumnos.

Al inscribirse, la maestra se dio cuenta de que había alumnos —unos cinco o seis— que habían estudiado el cuarto grado de educación primaria en otros pueblos. Tenían boleta de ese grado; habían iniciado el cuarto y no lo habían terminado. Había otros 15 alumnos que sabían leer. Los demás no tenían experiencia ni conocimiento escolar alguno.

Con los 60 analfabetas formó dos grupos: frente a un muro los de cinco a siete años, frente a otro muro, los de ocho a 10. Los 15 que sabían leer los iba a situar frente al tercer muro; los cinco que tenían comprobantes de estudios, frente al cuarto muro.

Le llevaron la mesa y la colocó en el centro. Todos se formaron y asignó los lugares debidamente.

Habría comisiones de aseo que se cambiarían cada semana. La comisión debía barrer el salón y los patios, diariamente. También revisaría el aseo personal.

Una comisión de biblioteca se encargaría de conservar en orden los libros disponibles. Copiarían cuentos y trozos selectos que prestaría la maestra, a fin de proporcionar material de lectura.

La maestra iba a trabajar con cuatro grupos de acuerdo con planos previamente elaborados, materiales y distribución de tiempo; mientras unos leían, otros escribían o dibujaban; todos requerían mucha atención y trabajo, pero más los analfabetas. En forma rotativa los iba a atender a todos.

Los alumnos iban a traer materiales naturales: piedrecitas del río bien lavadas, huesos de chabacano, colorines, una clase de frijol llamado *patol*, semillas de higuera. Llevarían manojos de varitas de jaral, que era una yerba que crecía a la orilla del río; también llevarían flores silvestres, mirasoles, aceitillas, zempalúchil, indias, etcétera.

La maestra elaboraría tarjeteros, carteles, cartelones, rollos a manera de pergaminos antiguos, un franelógrafo y un hectógrafo de mano.

Los niños que tenían boletas de cuarto grado recibirían sus clases conforme al programa de quinto, pero también ayudarían a la maestra a mantener el orden y la disciplina; le ayudarían a revisar trabajos, previo entrenamiento, a tomar lecturas individuales, a pasar lista, etcétera.

Los horarios de clase en el año de 1935, para las escuelas pri-



marías rurales de la República Mexicana, eran de las ocho a las 12 y de las 15 a las 17 horas, de lunes a viernes. Las madres harían bolsas de telas nuevas o usadas para que los niños guardaran cuadernos, lápices y otros materiales.

Todos quedaron de acuerdo y al siguiente día se tuvo la inauguración.

Habían acordado en la junta con la maestra, el comisario y los padres de familia, que la escuela llevaría el nombre de Jesús González Ortega.

El festival de inauguración fue en la tarde de aquel día escogido. En la mañana, la maestra y los alumnos acomodaron las sillas en el patio del frente de la escuela. La maestra les presentó la bandera mexicana y les enseñó una estrofa y el coro del Himno Nacional; también les enseñó a hacer el saludo a la bandera y a recitar el voto.

Los alumnos con boleta del cuarto grado, establecieron el voto en un cartelón grande, lo mismo que el Himno. No habían practicado como escolta de la bandera y cuando fueron a cantar el Himno, sostenían la bandera en la puerta de la escuela. Todos leían el voto y los encargados guardaban la bandera. Después continuó el programa. Este se desarrolló de la manera siguiente: cantar el Himno Nacional, saludar a la bandera; decir el voto: "Prometo fidelidad a la bandera mexicana, porque representa a la patria independiente que nos mantiene unidos en la libertad y la justicia." Palabras de la maestra:

"Señores padres de familia, estimados niños, señor comisario, señor secretario de la Inspección Escolar Federal.

"Es un honor presentarme ante ustedes y ponerme a sus órdenes, al inaugurar esta escuela y disponerme a iniciar las labores de este año escolar.

"Este debe ser un centro de trabajo, en donde haya cooperación y constancia. Con la ayuda de todos ustedes, lograremos los objetivos. Saludo a todos con estas palabras: manos a la obra."

Palabras del maestro secretario de la Inspección Escolar:

"Señor comisario, señores padres de familia, niños.

"El inspector escolar federal envía a ustedes muchos saludos por mi conducto.

"Ustedes solicitaron una maestra y ya se las concedieron. Ustedes construyeron un salón. Ahora faltan los anexos. Nunca debemos pensar que ya terminamos una obra porque, viéndolo bien, apenas la estamos empezando. Así iremos aumentando lo que falta, de acuerdo con las necesidades y la iniciativa de todos.

"El gobierno de la República que preside el general Lázaro Cárdenas, se esfuerza en crear escuelas en cada pueblo, rancho o

ejido, por pequeños que sean y así lo expresa en el Plan Sexenal. Ya se cumplen los planes, gracias a que vivimos en un país libre y soberano e independiente. El Himno Nacional nos invita a la lucha en bien de la patria, con lo que tengamos en las manos, unos sembrando la tierra, otros cuidando los animales; otros enseñando a los niños; unos mejorando máquinas; otros curando enfermos. Todos debemos trabajar. Saludo a todos. Como dijo la maestra: manos a la obra.”

Palabras del comisario:

“Señor secretario de la Inspección Escolar Federal, señores padres de familia y sus hijos, maestra.

“Damos las gracias a todos por su asistencia. A la maestra, porque desde que llegó ha trabajado sin descanso. Al señor secretario de la Inspección por sus palabras de aliento. Al gobierno de la República Mexicana agradecemos porque atendió nuestra solicitud. Cuenten con nuestra cooperación para todo lo que se ofrezca.

“Por último, como comisario del ejido, tengo el honor de declarar inaugurada la escuela Jesús González Ortega y asimismo iniciados los cursos. Gracias.”

### Habitación de la maestra

En un gesto filantrópico, un campesino “rico”, o sea con mayores posibilidades que otros, facilitó un cuarto y una cocina para habitación de la maestra y su madre.

Alguien envió una cama de tablas y banquillos; alguien más proporcionó el colchón. Las damas campesinas, a petición de la maestra, llevaron cajas vacías para jabón, que eran de madera. Con ellas formaron sillas, alacena, ropero y librero. Se propusieron hacer en la misma forma una alacena y un librero para la escuela. Iban a acojinar los muebles con borra y a forrarlos con telas de algodón que en ese tiempo eran baratas, a 25 centavos el metro.

No todo fue regalo. A y su madre compraron cubetas de lámina, jarros, ollas y cazuelas de barro. En la cocina había un brasero en un apoyo de adobe. Allí encendían carbón o leña, mientras en su domicilio en México tenían estufa de tractolina.

Compraban 10 centavos de tortillas diariamente; 10 centavos de pan, que daban tres piezas por cinco; tres huevos por cinco, leche a 15 centavos el litro; carne a 50 el kilogramo, cuando alguien mataba algún puerco o res. Allí no había rastro, es decir, no había un lugar destinado a la matanza técnica de animales.



Había un depósito de productos de primera necesidad, que en realidad no era tienda, no había papelería, ni librería, ni zapatería. Para la compra de telas y otros iban a distintos lugares.

## Incidente

Allí no había fosas sépticas; evacuaban al aire libre, en los corrales del ganado mayor, que se comunicaban con las pocilgas de los cerdos y los gallineros. Niños y adultos hacían sus necesidades entre los animales. Los escolares pedían permiso "para ir al corral".

Poco a poco progresaba la escuela y se notaba un despertar general.

En la mente de la maestra, o sea en sus planes, estaba la excavación para la fosa séptica. Cuando terminaban una cosa, hacían otra.

Ya habían cercado la escuela y aplanado los patios. A la entrada del predio hicieron un hoyo para colocar las tinajas del agua con sus tapas y sus jarros. Por comisiones iban al manantial por el agua para tomar.

Había macetas de barro con plantas y flores: había malvenes, belenes, mastuerzos, alhelies, etcétera. Dichas macetas se regaban con agua del río.

Ya planeaban la forma de construir el teatro al aire libre.

Un día se oyeron agudos llantos de mujeres y ayes de garganta masculina, porque un cerdo verraco, queriendo comer el excremento, comió también las partes íntimas de un hombre cuya muerte fue instantánea, previa hemorragia incontenible.

Con dificultad logró la maestra que los alumnos permanecieran en la escuela. Todos querían investigar la causa de los llantos. Se trataba del tío de uno de los alumnos. El duelo fue general.

Decía la maestra al comisario: "Hay que construir fosas sépticas a la brevedad posible: dos para la escuela y una en cada casa, ya que no se trata de un lujo, sino de una necesidad."

Así lo hicieron; por faenas, los varones cavaron las fosas en la parte sur de la escuela; cubrieron la tierra con cal; hicieron los cuartitos de adobe con sus techitos; los asientos de madera, con un círculo perforado en el centro del tablero.

En lo que se refiere a una fosa en cada casa, se logró en un 30 por ciento la aceptación y realización, pues como es bien sabido no se convence fácilmente a un campesino, la mayoría está conforme con su modo de vida.

## Problema

Muy entusiasmadas estaban las madres con las pláticas domingueras de la maestra. Dichas pláticas versaban sobre distintos temas. A veces llevaban retazos de telas y la maestra sugería lo que debían hacer: prendas de vestir masculinas, femeninas, servilletas, manteles, bolsas, alfileros, cojines, portapeines, portalibros, cubreasientos, sobrecamas de pedazos, tapetes. Las reuniones eran en el salón de la escuela. Le llevaban "fruta de horno" que eran unas galletas de harina de maíz con leche, queso, piloncillo y canela.

La maestra les decía: "Vamos a coleccionar recetas de cocina y muestras de tejidos y bordados." De estas reuniones surgió la idea de alfabetizar a los varones. En ese lugar había más analfabetas del sexo masculino que en otros poblados.

El comisario estaba contento con la gran actividad que había, y a su mente también acudían muchas ideas. Los domingos, mientras las madres tejían o bordaban, la maestra impartía sus interesantes pláticas. Se estaban entusiasmando mucho por aumentar el número de cerdos, pollos y gallinas en sus casas.

Durante el verano sucedió algo doloroso. Una epidemia azotó la región y murieron todas las aves de corral. La gente se lamentaba y lloraba.

Un sábado por la mañana la maestra A y su madre abordaron el ferrocarril y se trasladaron a la cabecera del municipio para entrevistarse con un médico veterinario. Allí le expusieron el problema de la enfermedad que produjo la mortandad de las aves de corral. El veterinario estuvo dispuesto a trasladarse al ejido a fin de dar las instrucciones necesarias. Compró unas cajas de pollitas sexadas y el alimento, las documentó en las oficinas del ferrocarril. Así se trasladaron al ejido él, la maestra y la madre de ésta. El veterinario se hospedó en casa del comisario. El domingo estuvo listo para la conferencia y dar instrucciones necesarias para prevenir las enfermedades en los animales. Repartió unos sobres con polvos que debían disolver en las pilas donde bebían los animales. Asimismo regaló las pollas sexadas y el alimento.

De ese modo renació el interés y desapareció el desaliento.

"Nos hubiéramos comido las gallinas. Ahora tenemos que empezar de nueva cuenta", decían algunos.

## Campana de higiene

En la junta de padres de familia se acordó llevar a cabo varias ac-



tividades en bien de la niñez y la comunidad en general, ya que el ejido, por estar alejado de los centros urbanos y semiurbanos, carecía de los servicios de salud más indispensables.

Las actividades fueron como sigue:

1. Solicitar la visita de dos o tres enfermeras para la vacunación antivariolosa de toda la población infantil.

2. Solicitar folletos explicativos sobre la prevención de enfermedades.

3. Solicitar una dotación de cepillos y pasta dental.

4. Comprar dos kilogramos de vaselina simple y suficientes polvos "juanes" (precipitado rojo).

5. Cada quien se proveería de jabón, al gusto.

6. Promover la costumbre del baño y cambio de ropa, cuando menos dos veces por semana, pues en los climas fríos, los habitantes de los ranchos se bañan una vez por semana.

7. Cuando deja de llover, quedan llenos de agua los charcos profundos de los ríos. Hacer conciencia para evitar la contaminación del agua. Que no se metieran a los pozos ni enjuagaran allí la ropa, sino que sacaran el agua con cubetas o botes para el aseo personal y lavado de la ropa.

8. Las familias debían preocuparse por el corte de pelo de los hijos varones. Si no podían pagar un peluquero profesional, contratarían un práctico empírico o lo harían los padres.

9. Revisar el corte de uñas en manos y pies de los escolares. Hombres y mujeres usaban huaraches, solamente la maestra y su madre usaban zapatos y medias.

10. Usar pañuelo para el aseo de la nariz. No limpiarse la nariz con la manga de la camisa. Niñas: no limpiarse la nariz con el delantal o la falda.

11. Pláticas a padres de familia, alumnos y niñas púberes para que cosieran lienzos o pañuelos de telas nuevas o usadas, para sus necesidades mensuales.

El comisario llevó a unas damas, parientes suyos del ejido. Fueron a caballo a otro pueblo y entrevistaron al delegado de salubridad. Consiguieron que las enfermeras fueran a vacunar. Consiguieron pasta, cepillos para dientes y alguna propaganda para ilustrar las pláticas.

También compraron la vaselina y los polvos "juanes".

Se logró la cooperación de todo el ejido. Aunque algunas ancianitas les decían que no se vacunaran, de todos modos se vacunaron.

Dieron dos semanas de plazo a fin de que los padres limpiaran la cabeza a sus hijos, pues muchos de ellos tenían piojos.

En la escuela, la maestra pidió que cada alumno llevara tres hojas secas de mazorca de maíz; que llevaran todos, además, una

vara fresca de jaral, que es una planta verde la cual crece a la orilla de arroyos o ríos. Todos llevaron las hojas. Allí la maestra sirvió a cada alumno una cucharada de vaselina simple; después una dosis del precipitado rojo. Con un pedazo de la vara de jaral revolviéron bien los dos productos, formando así una pomada roja. Todos doblaron las hojas según las instrucciones de la maestra, como si fuera un tamal; con una tira de la misma hoja, amarraron bien el tamal de pomada. Así la llevaron a sus casas. El que no la necesitara, la iba a regalar a quien la ocupara.

Cada niño, niña o adulto que tuviera piojos, se iba a untar la pomada en toda la cabeza: cuero cabelludo y cabellos largos o cortos. Este procedimiento se haría antes de acostarse.

Después tenían que envolverse la cabeza con un lienzo o toalla. A la mañana siguiente, lavarse la cabeza con agua y jabón; bañarse todo el cuerpo; peinarse con un peine cerrado; sacudir con escobeta los cabellos largos; tratar de ir quitando poco a poco las liendres, que son los huevos de los piojos. Las liendres son opacas y secas; pero se tienen que quitar porque dan mal aspecto a la persona. Están unidas al cabello y cuando éste está limpio, se facilita más para quitarlas.

Los padres, principalmente las madres, se dieron cuenta de que con aquella pomada se habían muerto los piojos y el siguiente paso era quitar las liendres. Todos limpiaban la cabeza a sus hijos.

Había una muchacha huérfana. Ella se aplicó la pomada y los piojos murieron. Cuando se cepillaba caían los piojos muertos, como arenillas; pero nadie quería quitarle las liendres. Entonces le dijo a la maestra que nadie quería quitarle las liendres, y la maestra se las quitó. Todos los días, después de las clases, dedicaba una hora a limpiarle la cabeza a la huerfanita; luego se lavaba bien las manos y se desinfectaba con alcohol. Todos comentaron sobre aquella acción como algo insólito.

La maestra dio explicaciones sobre el uso correcto del cepillo y la pasta dentífrica. Repartió cepillos y pastas. Contestó preguntas y ayudó a resolver problemas. La campaña tuvo éxito.

## **Alfabetización de adultos**

La Escuela Rural Mexicana siempre ha servido de punto de contacto para el inicio de múltiples actividades.

Los habitantes de los ranchos y ejidos, cuando observan la buena voluntad de los líderes políticos o de parte de los maestros, cooperan ampliamente, pero cuando se les engaña vuelven a su estado de apatía, con una indiferencia irremediable.



La maestra observaba cómo los campesinos llegaban de las labores del campo; comían, se tapaban con su tilma y se sentaban en la testera de sus casas. La maestra tenía un programa y un plan de trabajo que ocupaba la mayor parte del tiempo. Ella sabía que no permanecería allí, sino por un periodo lectivo de 10 meses. Con esta idea y sin pensar en la economía del ser, trabajaba de sol a sol y aun bien entrada la noche. De este modo, decidió trabajar dos horas más diariamente para alfabetizar adultos. El horario sería de ocho a 12, de 15 a 17 y de 17 a 19 horas de lunes a viernes.

Dos horas diarias dedicó a la alfabetización de adultos, hombres y mujeres, de distintas edades. Los mayores eran comunicativos; los más jóvenes se cohibían. Todos luchaban por superarse y hacer bien las cosas.

Eran sólo cuatro mujeres y seis hombres. Otros iban de visita pero no querían estudiar.

No todo el tiempo se dedicaban a leer, escribir, contar y hacer problemas y dibujos. Uno de los varones tocaba la guitarra mientras los demás cantaban canciones rancheras, junto con la maestra. Ella les narraba episodios de la historia de México, lo cual les gustaba y escuchaban atentamente. El conjunto cantaba a dos voces y en los festivales se presentaban en público.

Aprendieron a leer cinco hombres y cuatro mujeres, ya que uno de los varones, el más joven, quien se conservaba soltero, de un momento a otro enfermó y murió. Al principio lo llevaron a otro pueblo y lo recetó un doctor. Después tomó las infusiones de yerbas naturales que le mandó una curandera, pero no se curó.

Era un joven bien parecido que vivía con una familia campesina, nadie sabía si tenía padres o hermanos. Era muy aplicado, siempre llegaba temprano, usaba ropa limpia que él mismo lavaba y huaraches nuevos. La gente decía que aquel joven pretendía a la maestra de la escuela, pero nunca se comprobó nada y todo terminó en falso rumor.

## Fiestas rancheras

En las cabeceras de municipios donde había plazas de toros, organizaban la fiesta llamada "Toros de cochino". Esta consistía en que un hombre se colocaba un caparazón de maguey con una cornamenta de toro, y otro lo toreaba. Resultaba más peligroso que la fiesta de toros tradicional por ser el perseguidor un hombre.

El rodeo consistía en colear y derribar toros: un hombre a caballo perseguía al toro, se agachaba, lo tomaba de la cola y lo derribaba al suelo.

Esto era un juego para hombres, pero las mujeres gozaban viendo el espectáculo.

El jaripeo consistía en jinetear un becerro bruto; le amarraban un fuerte lazo y de allí se detenía el hombre que lo montaba hasta que lo tiraba al suelo.

En el ejido no había un lugar apropiado para estos juegos varoniles que de hecho son peligrosos, ya que cuando se realizan —todavía en la actualidad—, resultan personas accidentadas.

Cuando en otros municipios había ese tipo de fiestas, muchas familias del ejido cerraban sus casas y se iban, unos a pie, otros a caballo o en burro. Allí se daban cita comerciantes ambulantes que llevaban distintas mercancías incluyendo bebidas alcohólicas.

La maestra A y su madre, nunca iban a esas fiestas. Con argumentos de trabajo esquivaban las invitaciones.

A veces los toros o los caballos se metían entre la gente y pisaban, corneaban y asustaban. Eso no era todo, porque también había pleitos en las fiestas. Los hombres, cuando tomaban licores, se disputaban el amor de las damas; reñían por los daños que les causaban a los animales de su propiedad. Cuando en el rodeo había algún toro "desjarretado", con seguridad había pleito, cuyo resultado era: hombres heridos o muertos.

Una vez que iba a haber rodeo en un pueblo cercano, la gente insistió mucho en que la maestra A y su madre fueran: las llevarían a caballo, les darían la comida, las sentarían en la sombra, etcétera.

Daban todas las facilidades pero ellas no fueron. Resultó un día terrible, porque los hombres tomaron demasiado y, ya borrachos, no podían acompañar a las familias para que regresaran a sus casas. Al campesino que les prestaba la casa a la maestra A y a su madre, lo mataron. Mientras un compadre le servía una copa de licor, otro le ofrecía un cigarro, y otros, por la espalda, lo apuñalaron.

Como el ejido X era el paso para otros ranchos, toda la noche pasaban corriendo a caballo, en burro o a pie, las personas. Se oía mucho ruido: unos gritaban, otros tocaban guitarras y otros disparaban pistolas al aire o contra los muros de las casas. Las familias sufrieron, ya que tuvieron que regresar jalando a los borrachos, batallando con los animales y cargando a los niños dormidos.

Quienes narraron los hechos a la maestra A y su madre, decían: "¡Qué bueno que no fueron a la fiesta, porque hubo muchos pleitos!" El campesino matador huyó. Quedaron las familias desamparadas: una con su muerto, para velarlo y enterrarlo, la otra familia sin protección y con el peso de la tristeza y el odio de todos.



## Fiestas escolares

Las fiestas escolares eran muy divertidas, propias para familias. Consistían en presentar cantos, juegos, declamaciones y bailes sencillos. Cuando en las juntas de los padres de familia con la maestra A, acordaban organizar una fiesta, todos cooperaban. No se permitiría que entraran a la escuela los vendedores de ninguna clase de mercancía.

Los estudiantes participarían en el festival y después cenarían en sus casas.

Celebraban principalmente las fiestas patrias. Hacían sus banderas, desfilaban por la orilla del río y entre las casas; al llegar a la escuela, jugaban, cantaban y bailaban. Unas señoritas del ejido ayudaban a la maestra a ensayar los bailables, tales como el Jarabe Tapatio, la Danza de los Viejitos, La Cucaracha, Los Palomos, La Tortuga, etcétera.

El deleite de las madres era ver a los pequeños cuando ponían en práctica la destreza en el desarrollo de juegos y competencias.

Los juegos eran: carreras en sacos, donde el triunfador recibía un premio, ya fuera un cuaderno, lápiz o goma. Para las niñas, el juego de la Zorra y la Gallina.

Se formaban unas 16 niñas de cuatro en cuatro. Entre las filas había dos niñas; una perseguía, como la zorra, otra se defendía corriendo, como la gallina. Cada vez que la maestra decía "¡Cambio!" daban el flanco las filas de niñas; así libraban a la "gallina" de ser atrapada por la "zorra".

El juego del Coyote y el Conejo, se desarrollaba en la misma forma, pero con varoncitos. Allí se notaban más astucia y movimiento. Cantaban coros y canciones todos los niños, dirigidos por la maestra A. Las mejores voces se organizaban en duetos, cuartetos, quintetos. Eran los alumnos más desenvueltos, es decir, más sociables, quienes de ese modo deleitaban al público.

Los días de campo consistían en excursiones a dos o tres kilómetros de distancia. La maestra A, su madre, los alumnos de la escuela y otras personas, hombres y mujeres, se trasladaban a pie. Se ubicaban bajo la sombra de los árboles, a la orilla del río y junto a los barbechos.

Allí comían todos juntos. Llevaban queso, leche, jocoque (leche cortada), moles, ejotes tiernos guisados, tortillas de maíz, fruta de horno... Un día antes de la excursión, los hombres hacían hoyos en la tierra; dentro de los hoyos prendían fuego con bastante leña seca. Cuando el horno se calentaba al rojo vivo, allí echaban los elotes con todo y hojas. En otro hoyo echaban calabazas. A éstas les hacían una incisión y les introducían piloncillo. El

día de la excursión destapaban los hornos que habían cubierto bien con ramas y barro. Cuando quedaban cocidos los elotes y las calabazas, era un gusto muy especial comer aquellos productos, fruto del trabajo y la dedicación.

### ¡A cobrar los sueldos!

Llegó un aviso y la maestra A debía trasladarse un sábado a cobrar su sueldo. A los empleados federales les pagaban en las Oficinas Federales de Hacienda. La que correspondía al ejido quedaba lejos de la estación del ferrocarril.

De ese modo, la maestra A y su madre se trasladarían a caballo. Un padre de familia llevó cuatro caballos: uno para él, otro para su hija, otro para la maestra y otro para la madre de ésta. Los caballos se acostumbran a que los monten las mujeres, después de que los hombres los amansan.

Así avanzaron la mañana de un sábado durante tres horas, de oriente a poniente, por aquellos caminos vecinales, a veces esquivando el roce de las ramas de los huizaches o los mezquites. Por fin llegaron, cobraron e hicieron algunas compras. Como las invitaban —a la maestra y a su madre— para que pasaran el domingo en aquel pueblo, para que la señorita conociera la escuela de allí. Le decían al señor campesino que las dejara allí y regresara por ellas al día siguiente.

¡Cómo les simpatizaba la señorita maestra! Dos empleados de la Oficina Federal de Hacienda pidieron permiso para acompañarlas a hacer las compras. El campesino dueño de los caballos les preguntó si decidían quedarse o regresar. No podían quedarse y debían regresar, fue la respuesta categórica y definitiva. Se despidieron de los empleados. En la fonda comieron un refrigerio y en el mesón montaron para regresar al ejido antes de que oscureciera.

En las actividades de los maestros y de cualquier clase de empleados o trabajadores, no faltan las notas discordantes que entre las horas tranquilas y felices intercalan momentos trágicos de angustia y desesperación.

Cuando iban de regreso, de poniente a oriente, con el fuerte sol a sus espaldas, avanzaban aparentemente seguros, pero en un vericuelo del camino se levantó intempestivamente una parvada grande. El caballo que montaba la madre de la maestra iba adelante de todos y fue el primero en dar el flanco hacia la derecha, fuera del camino; con brincos inició la huida, derribando a la señora hasta el suelo. Tan tranquila llevaba la rienda suavemente,



tal como le había indicado el campesino, pero en el momento difícil no supo controlar a la bestia y cayó. Todos se detuvieron, bajaron de los caballos, levantaron a la señora y la hicieron caminar. Aparentemente no tenía nada. El campesino se ocupó de reunir a las bestias que se habían dispersado entre la maleza. La señora se quejaba de una dolencia en un hombro, misma que aumentaba con el movimiento. Montaron todos y prosiguieron la marcha. Mientras, la maestra pensaba para sus adentros: "¿Qué haré?" Al llegar al ejido, pronto se propagó la noticia y menudearon los consejos: deseaban sobar, querían jalar el brazo de la enferma. El hombro estaba hinchado y la zona afectada se ponía de un color gris oscuro. La maestra A decidió llevar a su madre a consulta con un doctor.

Al siguiente día abordaron el tren y llegaron a otra cabecera de municipio. Allí el doctor mandó que tomaran radiografías de la zona afectada en el cuerpo de la señora; luego pasaron a consulta y, con la placa a la vista, les dijo: "Vean ustedes, está fracturada la clavícula y es necesario hacer una operación para unir el hueso roto y sujetarlo con una placa metálica". Operaron a la señora y permaneció tres días en cama. Después se necesitaba la rehabilitación.

En esa cabecera de municipio tenía su oficina el inspector escolar federal y hubo oportunidad de que la maestra A consiguiera un permiso para faltar a sus labores y atender a su madre. Esta se sintió mejor pronto, con nuevas fuerzas, y regresaron ambas a la escuela. El doctor le recomendó que nadie la abrazara y mantuviera el brazo colgado con una pañoleta mientras sanaba bien la herida, serían unos 40 días. Las medicinas ayudaban a calmar las dolencias y con valor afrontaron la situación.

Durante aquel año hubo otros accidentes en aquel ejido, lo cual es triste mencionar, pero esto pasó: a un señor le cayó un rayo cuando andaba escardando la milpa; a un niño lo corneó un toro, y a otro le picó una víbora. En una casa se metió una zorra; la madre de dos niños pequeños temía que la zorra se los comiera, así que le aventó palos, piedras, cosas, hasta que unos caminantes oyeron los gritos, fueron en auxilio, amarraron a la zorra y pasaron de casa en casa a recoger la cooperación. Increíble, ¿verdad? Pero así fue. Después vendieron la zorra en el zoológico de la capital del Estado.

### Cambio de situación

Estaba por terminar el año escolar cuando recibió un oficio la ma-

estra A. Al terminar el curso lectivo debía incorporarse a una de las Misiones Culturales como maestra de español.

En ese tiempo las Misiones Culturales actualizaban a los maestros rurales que carecían de título.

Cuando las autoridades educativas identificaban a algún maestro titulado, lo proponían para dicho trabajo.

Un maestro de Misión Cultural percibía un sueldo mensual de 260 pesos, pero primeramente debía ocupar una plaza de maestro de grupo normalista A en el Distrito Federal, cuyo sueldo era de 180. Así aceptó el cambio la maestra A con el sueldo de 180 y posteriormente le asignaron la plaza de 260.

La maestra organizó el festival de clausura de cursos. Rindió los informes estadísticos de los cuatro grupos. Cinco alumnos del ejido hicieron prueba en una escuela del ejército, con el fin de estudiar el sexto grado de educación primaria. 15 niños recibieron boleta de segundo grado y pasaron a tercero. 40 niños aprendieron a leer, escribir y contar lo programado para el primer grado, con pase al segundo. De los adultos, nueve aprendieron a leer, escribir y contar y uno murió. Los niños más pequeños no llenaron los requisitos de promoción, por lo cual repetirían el primer grado de educación primaria. Estos fueron 20.

Envío los informes al inspector, en los aspectos técnico, material y social. A vuelta de correo recibió del funcionario el acuse de recibo y la felicitación correspondiente. No iba a gozar de vacaciones y debía trasladarse a la brevedad posible.

Los cursos de perfeccionamiento del magisterio rural federal se organizaban para dos meses de trabajo, aprovechando las vacaciones de los maestros, quienes de ese modo pagarían poco a poco las materias correspondientes al curso de maestros en las escuelas normales rurales o regionales campesinas.

Había dos tipos de calendarios escolares en la República Mexicana en el tiempo de estos relatos, a partir de 1935. De ese modo, mientras las escuelas de unos Estados estaban en clases, las de otros tenían vacaciones.

Las Misiones Culturales con todo su personal, cuando terminaban los cursos en un Estado de la República, se iban a otro.

Las Misiones Culturales contaban con maestros de materias académicas, de artes plásticas, música y pequeñas industrias. Contaban con doctor, enfermera y organizadora o sea, trabajadora social.

Los problemas de los maestros fueron en tiempos pasados y siguen siendo en la actualidad:

1. El traslado, así en la ciudad como en el campo.
2. La baja remuneración.



3. La falta de vivienda por lo elevado de las rentas en comparación con el sueldo.

4. Los dialectos en las zonas indígenas.

5. Las divisiones en el gremio magisterial, ya que el enemigo del hombre es el hombre.

6. Las zonas insalubres.

7. La lucha contra las fuerzas oscuras.

Los institutos de las Misiones Culturales se desarrollaban en las escuelas primarias, en normales rurales, regionales campesinas o internados indígenas.

El personal de la Misión en turno se ubicaba por sexos en los salones de los establecimientos oficiales o bien en hoteles o casas particulares. Cada misionero —así les decían— llevaba consigo una cama de lona que se podía doblar y guardar en una bolsa. En las noches la desdoblaba y en las mañanas la guardaba. Cuando trabajaban en climas calientes no soportaban el calor en el interior de los edificios escolares, preferían instalar tiendas de campaña y protegerse de los zancudos con pabellones de “manta de cielo”.

Los “misioneros maestros”, impartían sus clases en las aulas o al aire libre y, una vez cumplido el horario, como labor social debían alfabetizar a jóvenes conscriptos y campesinos, entre hombres y mujeres. Este trabajo daba mejores resultados con los conscriptos, ya que los campesinos no querían abandonar su trabajo: mientras desgranaban el maíz, se les presentaba el material, o mientras les daban de comer poco a poco a los puercos.

Los maestros llevaban materiales visuales. Por las noches se exhibían películas —ya que disponían de una planta eléctrica portátil, el proyector y las películas— sobre saneamiento del ambiente, prevención de enfermedades y para exaltar el fervor cívico de amor a la patria y respeto hacia los símbolos.

Todo esto causaba satisfacción a los maestros. Pero lo que causaba sufrimiento físico a señoritas y maestros ciudadanos eran las obligaciones que debían cumplir en pueblos cuyo acceso era a través de escarpadas montañas. Usaban botas para desafiar a la maleza, pero por falta de costumbre les sangraban los pies. Eso le pasó a la maestra A. Su madre en esas circunstancias no podía acompañarla. Al llegar a las altas mesetas se admiraban de que hubiera fruta esparcida en el suelo bajo los naranjos y limoneros. ¡Qué hermosos papayos con sus frutos alternos! En los climas fríos obsequiaban a los visitantes bebidas calientes. En estos lugares de las Huastecas, Paquetzén, Tampamolón, etcétera, la delicia eran los tarros de jugos de frutas naturales y los platos de frutas frescas.

Cuando terminaban los cursos con los maestros rurales, los maestros misioneros se concentraban en las normales rurales o regionales campesinas. Allí trabajaban impartiendo clases a los alumnos regulares, esperando el siguiente periodo vacacional para servir en otros lugares.

La vida de maestros y alumnos de las normales rurales y regionales campesinas era de mucha actividad. Con buena distribución de tiempo, los alumnos atendían sus clases, cuidaban los animales, regaban las hortalizas, cortaban la alfalfa... Los alumnos hacían el pan: las alumnas, las tortillas y la comida; los maestros alfabetizaban en la comunidad, organizaban bibliotecas, festivales, concursos cívicos y literarios.

La comida era muy barata: cada maestro pagaba un peso diario por las tres comidas.

La maestra A trabajaba en la Escuela Regional Campesina de Río Verde, San Luis Potosí, cuando el presidente Cárdenas promulgó el decreto para la expropiación petrolera.

Dijo el director: "El maestro que haga una composición con el tema de este acontecimiento, lo enviaremos a México, Distrito Federal, ya que el 18 de marzo de 1938 va a haber un desfile cívico nacional en apoyo a la decisión presidencial."

Varios maestros escribieron buenos versos y prosas; pero más les gustó lo que escribió la maestra A:

#### Corrido del petróleo

El día 18 de marzo  
algo notable pasó,  
cuando don Lázaro Cárdenas  
el petróleo expropió.

Fue el año de 38  
y nunca lo olvidaré  
porque es de veras un hecho  
muy digno de admiración.

El pueblo estuvo presente  
en esta gran ocasión  
cuando ese gran presidente  
dignificó la nación.

Hubo crítica extranjera  
e inquietud en la nación;  
pero con voz plañidera  
triunfó la revolución.

Amigos, tengan presente,  
no se les vaya a olvidar



que es un hecho trascendente,  
digno de mi general.

El petróleo es mexicano,  
las refinerías, también  
y México es soberano  
desde que se dio esa ley.

¡Viva México!, gritemos  
enarbolando el pendón  
y a Cárdenas recordemos,  
porque nos dio una lección.

De justicia y patriotismo,  
de valor y gran lealtad,  
un ejemplo de civismo  
a toda la humanidad.

De ese modo se trasladó la maestra A, a la ciudad de México y participó en el desfile, que fue todo un acontecimiento.

Las bandas de música y las de guerra marcaban el paso de los maestros de toda la República, que llenaron las calles de la ciudad. Los empezaron a retratar o a filmar desde el Monumento a la Revolución hasta el Zócalo, donde aclamaban al presidente Cárdenas y a sus compañeros de otros países, entre ellos Fulgencio Batista, entonces presidente de la hermana República de Cuba.

Después siguieron los festejos, las concentraciones, en el Teatro Hidalgo (ya desaparecido) y en el Palacio de Bellas Artes, donde halagó el oído de los maestros con su voz extraordinaria el joven cantante mexicano Jorge Negrete.

La discrepancia de la velada en el Palacio de Bellas Artes, en esa temporada, fue la irrupción de una banda de ladrones, quienes sembraron el pánico y ocasionaron el desorden, cuando empezaron a arrebatarse abrigos, sombreros, bolsas de mano, portafolios, guantes y hasta zapatos. La policía no dispuso de elementos suficientes para detener a los ladrones.

La maestra A, regresó a su escuela, junto con su madre,

Continuó trabajando en ese tipo de escuelas durante un año más. Después, al organizarse la Escuela Normal Superior de México, solicitó su ingreso definitivo a las Escuelas Primarias del Distrito Federal, a fin de estudiar en la naciente institución para maestra de lengua y literatura y poder servir en educación secundaria, a la vez que en la primaria.

## Nuevos triunfos

Para la maestra A, cada curso concluido, cada trabajo realizado constituía un triunfo.

Cuando llegó al Sistema Urbano de Educación Primaria en el Distrito Federal, lo hizo con paso firme y el corazón lleno de optimismo y esperanza. Muy merecido tenía el cambio y, como opinó cierto inspector, "la experiencia se hace ciencia".

Sin embargo, el panorama del trabajo en varios aspectos no era muy halagador: como apenas ingresaba al Distrito Federal, tenía menos derechos que otros maestros y debía trabajar en la periferia de la ciudad. Por tanto, seguía el problema del traslado; debía salir de su domicilio con dos horas de anticipación para llegar a tiempo al lugar de su adscripción. Ya no sufriría por montar en una bestia, pero viajaría de pie en un camión atiborrado, lleno de humo y olores diversos de cigarro, sudor, etcétera.

"Los gajes del destino", dicen algunos. Es cierto que cualquier tipo de trabajador soporta situaciones distintas.

En esos años de 1945 a 1955 no había suficientes escuelas, motivo por el cual los grupos asignados a los maestros eran numerosísimos. La maestra A llegó a atender 75 alumnos de tercer grado en 1952.

Era una labor exhaustiva la que desarrollaba, como galopina de cocina de la primera década del siglo.

La única ventaja era en el Distrito Federal, la atención de alumnos por turnos, modalidad que pronto se adoptó en toda la República debido al crecimiento de la población escolar. Esta situación cambió cuando aumentó el número de escuelas, ya que las autoridades educativas ordenaron que cada maestro atendiera únicamente de 40 a 45 alumnos.

Cuando la maestra A llegó a ser directora puso en juego la ecuanimidad, el compañerismo y la comprensión. El líder no debe decir "hagan" sino "hagamos".

Le gustaba convivir con los maestros. Solamente se sustraía cuando la llamaban para expresar felicitaciones, bienvenidas o peticiones ante altos funcionarios.

Aceptaba a la genta tal como era; después de una misión cumplida, no faltaban los estímulos. No practicó la crítica destructiva ni corrigió los errores de los subordinados en público, sino en las reuniones específicas del personal.

Siempre se fijó más en lo positivo con miras a enmendar lo negativo. No faltaron la gratitud ni los elogios para los fieles servidores.

La maestra A, durante su ejercicio profesional, recibió muchas felicitaciones que conserva con cariño.



Cuando terminó su preparación en la Escuela Normal Superior, atendió grupos de educación secundaria, o media sin retirarse de la escuela primaria, ya que el sueldo de una plaza no basta para satisfacer, aunque sea modestamente, las necesidades de una familia. Los maestros que tienen una sola plaza solicitan interinatos para procurarse mejores entradas y completar su presupuesto.

En el sistema de educación media —considera la maestra A— hay problemas debidos a que unas escuelas trabajan por áreas y otras por asignaturas.

La experiencia enseña que es mejor el sistema de enseñanza-aprendizaje por asignaturas. Allí no hay anarquía, sino control disciplinario.

En el sistema por asignaturas el maestro se especializa en una y obtiene buenos resultados.

Al contrario, el maestro que atiende grupos de alumnos por áreas de estudio, si no es un sabio que domine el amplio campo de la ciencia, sin duda fracasará.

Esta última opinión puede ganar adeptos y ser útil a través del tiempo y la experiencia, con resultados concretos.

## Retiro

Cuando se trabaja muchos años con celeridad, sirviendo cada día para el engrandecimiento de la patria, sin escatimar esfuerzos ni aportaciones de ninguna especie, llega el momento del deterioro físico y el retiro del servicio docente se hace necesario, aunque doloroso, muy triste.

Eso pasó a la maestra A, escritora de cuentos, novelas, editoriales, prosas, poesías, etcétera, quien todavía sigue de cerca —por medio de las noticias— los vaivenes de la educación.

Considera que son triunfos la reforma al artículo 3 constitucional; la ley de escalafón del magisterio; la de pensiones civiles de retiro; la publicación del libro de texto gratuito, entre otros muchos beneficios.

Los problemas del magisterio continúan así en la ciudad como en el campo: el traslado, la vivienda, la baja remuneración, el idioma y las divisiones gremiales.

No hay poder terrenal suficiente para acallar los impulsos negativos de las fuerzas oscuras del país, que bajo la sombra del anonimato, buscan, proponen el retroceso, desconociendo los logros de quienes dirigen y coordinan atinadamente los destinos de

la educación. Es un gran error de esas fuerzas retrógradas el hecho de que pidan la supresión del libro de texto gratuito, pues desean lucrar cambiando fondo y forma en detrimento de la idiosincrasia mexicana.

No faltarán valientes defensores, quienes asidos de la ley, logren conservar siempre vigentes las conquistas de la Revolución para provecho de todos los mexicanos.



# Vida y trabajo en la escuela rural

*Juan Valdés Aguayo*

## Llegada a la comunidad

Para llegar a Los Cardos había que hacer un viaje de 40 kilómetros a pie o a caballo desde la cabecera municipal, que es Nochistlán, Zacatecas. Cuando por primera vez me trasladé a ese lugar sentí una infinita ansiedad, era mi primera escuela y no sabía qué iba a hacer durante esta temporada en que me tocó iniciar mis actividades a principios del mes de septiembre. Salí, lo recuerdo, a las cuatro horas, acompañado de mi tío Julián, con grandes ilusiones, provisto de huaraches, pantalón de pechera, sombrero ancho, morral con tortillas, piezas de pan y unas naranjas.

Todo era novedad, pasé por la Villita, pueblecito a unos cuatro kilómetros de Nochistlán y comenzó un poco más allá la ascensión a la Cuesta de las Minas que tantas veces había de pasar a partir de ese primero de septiembre. Subimos la parte alta del cerro del Peñol entre gigantescos árboles a los que llaman "palo colorado"; aunque había tramos del camino un poco lodosos, no me importaba aquello, sólo me preocupaba qué iba a hacer frente a los niños aquel joven que apenas hacía unos días se dedicaba a confeccionar sombreros de palma, sin ninguna preparación pedagógica, sin experiencia y sin ninguna perspectiva, puesto que todo pensó ser, menos profesor. Seguí mi camino y atravesé el Plan del Zauz, subí la Cuesta de las Lajas y por fin la Mesa de la Providencia que se alargaba interminablemente en aquella llanada de tierra roja cubierta de milpas y girasoles. Al fin, allá al fondo un pueblecito todo cubierto de lodo colorado: Tlachichila. Antes de llegar comimos o almorzamos, no sé por qué, creo que a pesar de las horas de ayuno no tenía hambre; pedimos informes y nos orientaron para salir a Los Cardos, eran según decían dos horas más, así que ya no hubo grandes barrancos ni cerros, sólo un llano

con un declive ligero, pasamos Las Cruces y finalmente empezamos a bajar hacia Los Cardos, mis ojos trataron de abarcar todo en una mirada, allá en el fondo de una cañada aparecían unas casas sobre unas tierras áridas rodeadas de montes. Era ya casi el anochecer, mi corazón se ensombreció cuando al llegar a la llamada escuela ésta era una casa de adobes con muchas rendijas que pretendían ser ventanas y una puerta. Esta era mi escuela, dándome la bienvenida y yo, ¿qué le ofrecía?, nada, cansancio, improvisación y desaliento. En ese momento me hice la promesa de salir de aquel lugar para luchar por mí, creo que esa noche con el cansancio y la tristeza no pensé en los demás, sólo en mí. Al día siguiente me dejó mi tío y con él se fue el último contacto con los míos y con lo que sentía que formaba parte de mí ser: mi pueblo. Sin embargo, haciendo de tripas corazón formulé mentalmente mi plan de trabajo: visitar a la autoridad y organizar una reunión con todos los vecinos para avisarles cuál era mi objetivo y dar principio a la inscripción de los niños.

Se hizo la cita para la reunión que se efectuó por la noche y aquel salón se llenó de gente, hombres y mujeres. No recuerdo qué les dije, tal vez los invité a la escuela o quizás sólo dije incoherencias. Al final de la reunión algunas de las mujeres me preguntaron que si en la escuela enseñaría a rezar, a lo que respondí que no era posible, pues tenía una vaga idea de que la escuela era laica. Aunque no era muy claro dije que no, a mi negativa hice un ofrecimiento de que si me conseguían un lugar para reunir a los niños fuera de la escuela y horas disponibles para ello, les enseñaría algo de lo que había aprendido en el seminario. Sé que no convencí a nadie, creo que ni a mí mismo y quedó sellada mi suerte, desde el día siguiente sólo asistieron a clases los hijos del comisario municipal, los de don Florentino y de don Anastacio y otros cuantos más. El resto, alrededor de unos 60, pasaban todos los días muy temprano a la escuela de Las Cruces que atendían unas monjitas, porque mi escuela, según la gente, era "la escuela del diablo"

## Los Cardos

Corría el año de 1950, contaba con unos cuantos meses de haber recibido mi plaza de base de maestro rural, cuando me envió el profesor Bernardo Sevilla Curiel a desempeñar mis labores a un poblado que se encuentra al norte del Municipio de Nochistlán, al que se llama Los Cardos. Era apenas un adolescente y sentí una gran responsabilidad, mas al darme cuenta de las condiciones en



que recibí mi escuela a la que se puso por nombre José Clemente Orozco: le faltaban ventanas, pintura, pizarrón, mobiliario para los alumnos en fin, casi todo. Después de vencer una serie de situaciones conflictivas, pude por fin organizar, a sugerencia de algunos vecinos, una kermes o jamaica para obtener fondos y con ellos mejorar la escuela.

Se iniciaron las actividades del acto cerca de las 21 horas y era muy poca la gente que concurría; sin embargo ya muy "entrada" la noche aquello se compuso un poco y, al son de la música, los antojitos y la presencia de muchachas bonitas del poblado que se dedicaban a cantar y a vender flores, se alegró la jamaica.

Como mi falta de experiencia era notoria, estaba muy alerta de que todo saliera lo mejor posible y recomendé a las autoridades que no vendieran bebidas embriagantes porque sabía de malos antecedentes de alguna gente que asistía a la fiesta. No obstante mi recomendación, resultó que Nicolás Murillo, hombre irascible y de muy malos antecedentes, y era la autoridad municipal en aquella época, se encargó de vender lo que yo tantas veces había prohibido. Le supliqué a través del presidente de la Sociedad de Padres de Familia, don Miguel González, que suspendiera la venta de tan nociva bebida, pero hizo caso omiso de lo que en repetidas ocasiones y a través de diferentes personas le pedí.

Las horas habían transcurrido y las familias empezaban a retirarse, el frío empezaba a calar. Además sabían de lo temible que era Nicolás, máxime que no sólo vendía el aguardiente sino que lo absorbía como esponja. Temeroso aunque decidido, debido a las recomendaciones y consejos de algunos vecinos, que seguramente tenían rencillas con el comisario municipal y que le temían, me acerqué a él para pedirle personalmente que se retirara con su mercancía, ya que no era conveniente que como autoridad hiciera eso; le vi brillar sus ojos siniestramente y con una sonrisa maliciosa me invitó a que dialogáramos un poco dentro del salón, a lo que más a fuerza que de ganas accedí penetrando a mi pobre escuela. En el momento de iniciar la conversación pude ver que sus facciones se descompusieron y al leve resplandor de las luces del patio que penetraban a través de las ventanas percibí sus ojos inyectados, su aliento alcohólico y la actitud agresiva. Me echó en cara que él era la máxima autoridad y que yo, profesorcillo, no tenía por qué darle ninguna orden. Débilmente le hice algunas consideraciones a las que respondió con injurias y desenfundando su pistola me apuntó al pecho. Sintiendo escalofrío por todo mi cuerpo, oí que decía: "Mira profesorcito aquí te va a llevar..." Eso fue lo último que escuché, sentí que se abría la puerta y entró una avalancha de gente, alguien me gritó que escapara, lo que no era muy

necesario que me recomendaran y salí por una de las ventanas todavía sin terminar, corrí rápidamente y sin saber cómo llegué hasta mi modesto cuartito hecho de adobe y me atranqué a piedra y lodo pensando que de un momento a otro llegarían a matarme. Pasaron los minutos, entre la algazara y confusión que escuchaba pude percibir gritos, quejas y tiros. Permanecí arrinconado en espera lo peor. Pasaron no sé cuantas horas, tal vez dos o tres que a mí me parecieron siglos, cuando oí unos golpes en la puerta. Mi corazón dio un vuelco y sentí llegada mi última hora, pensé que después de no sé qué sucesos ahora me tocaba a mí; volví a escuchar otros golpes en la puerta y alguien que me llamaba: "Profesor, profesor". Tomando fuerzas me acerqué hasta la puerta y pregunté quién era. "Abrame, soy Antonio, ya todo pasó. Abra la puerta." No sé, tal vez mi imprudencia me hizo abrirle y pude ver a un hombre embozado que me decía:

"Soy Antonio, ya dominamos a Nicolás y a sus hombres los desarmamos y no pasó nada, vengo a preguntarle si quiere que lo matemos". Aquello me dejó sin aliento y sólo pude balbucir que no, que lo dejaran, me ofreció una pistola para defenderme, la que yo rechacé y antes de volver a cerrar nuevamente la puerta me dijo: "No tenga pendiente estamos vigilando su casa, duerma tranquilo, ya va a amanecer".

Al siguiente día aquel hombre que provocó el incidente fue a pedirme disculpas, aunque jamás me confié y sólo esperé la primera oportunidad para cambiarme de ese rancho a otro.

## La bruja

"Créame profesor —me decía don Teodoro Saldívar, hombre bueno y noble pero lleno de prejuicios—, esa mujer es mala, es una bruja", y para corroborar su dicho afirmaba que él mismo había sido víctima de sus brujerías.

Era don Teodoro un hombre de unos 55 años, delgado y alto, de grandes ojos verdes, muy respetado en la región. Ese año fungía como comisario municipal y con él tuve relaciones muy estrechas debido a su nombramiento. Al verme tan joven, seguramente pensó que era su deber prevenirme. Se hablaba de don Teodoro siempre con respeto y hasta con veneración y yo mismo no resistía el influjo de su personalidad. El contaba sus hazañas durante ciertos acontecimientos revolucionarios en los que acompañó a su padre Mateo Saldívar y otros cabecillas, así pues que había un gran respeto por él. Sin embargo, como todas las gentes sencillas del campo, era muy dado a la superstición y me hablaba



de doña Fernanda casi en secreto, como si tuviera miedo de que lo escuchara. Contaba que había sido casado en primeras nupcias con una hija de aquélla con la que procreó varios hijos, ya todos ellos mayores, sólo había una pequeña de unos 12 años que era mi alumna. De su segundo matrimonio había varios niños pequeños y alguno recién nacido.

“Figúrese que yo mismo —me decía— cuando estuve recién casado por segunda ocasión sufrí las consecuencias de esa señora. Figúrese que durante muchos meses sufrí una transformación total, ya no era hombre, me convirtió en mujer”, y bajaba más la voz. Había yo escuchado muchas versiones de aquellas buenas gentes que durante las noches de velada contaban las cosas más increíbles de mujeres que tenían pacto con Satanás y aseguraban que en las noches lóbregas se convertían en bolas de fuego que se entretenían en saltar de una barranca a otra. Yo escuchaba y mi ignorancia hacía que tuviera temor de las consejas de aquellas gentes que juraban que era muy cierto. Era tal la creencia que tenían sobre las brujerías que ya se habían cometido crímenes con mujeres a las que atribuían poderes maléficos. Así conocí a un joven, magnífico deportista que siempre iba acompañado de un descomunal puñal. Era muy estimado y todos le llamaban Jesús. Alguna vez le pregunté por qué siempre estaba desconfiado; él me contestaba con evasivas, hasta que casi en secreto me contó que había dado muerte a una bruja que había hechizado a su mujer, la que por obras del maleficio había muerto y en venganza una noche la asesinó, no sin antes haber tenido que tirar su puñal al viento figurando una cruz antes de que pudiera hundirlo en aquella mujer. Al decirlo se transformaba y temblaba como si estuviera repitiendo el macabro acto. Más que respeto sentí lástima por él, que a su edad era ya un perseguido por la justicia debido a la ignorancia y a la superstición. Pero volvamos a nuestro relato de la temible bruja, en las noches en que en mi modesta cama recordaba las historias de aquellas gentes me sentía sobrecogido de terror.

Pensé que era conveniente organizar un pequeño festival con motivo del Día de las Madres; preparé a los niños para cantar *Las Mañanitas* y algunos bailables y recitaciones, y el 10 de mayo, muy temprano, acompañado de todos mis alumnos, inicié el recorrido por las casas del pueblo. Sin ninguna distinción cantamos en todas las puertas de los jacales, en algunos nos recibían con dulces, galletas y café.

En una de aquellas casas que jamás me había fijado, al entrar *Las Mañanitas*, algunos niños me preguntaron si también allí íbamos a llegar. Sin hacer mucho caso de sus palabras hicimos alto y cantamos, al terminar salió una viejecita con cara de bondad y

a todos nos obsequió con dulces, pan y café y a mí en especial me regaló un queso, llenándome de bendiciones. Aquello fue el principio de una amistad que, no obstante nuestra gran diferencia de edad, se tornó cordial. Las gentes del poblado no decían nada, muchas veces cuando iba a comer llegaba el "regalito" de la buena señora, casi siempre consistente en algún platillo que iba a enriquecer mi frugal comida, que las más de las veces consistía en unas cuantas tortillas y frijoles de la olla. Tomaba lo que aquella buena mujer me mandaba sin ninguna repugnancia y menos aún con desconfianza; alguna vez don Teodoro se atrevió a preguntarme:

—¿No tiene miedo de que lo embrujen?

—¿Quién? —pregunté yo intrigado.

—La señora que le manda bocadillos es mi primera suegra.

Me espanté tanto que en ese momento se me atragantaron todos los bocadillos que me había comido; sin embargo pensé que no tenía por qué temerle porque jamás le había hecho ningún mal y seguí recibiendo los obsequios de vez en cuando, no sin cierta desconfianza, pero el hambre de un adolescente creo que es más fuerte que su razón, máxime que mis frijoles y tortillas no eran muy suculentos, aunque me quitaban el hambre. En alguna ocasión en que fui a visitar a la amable viejecita me confió que la acusaban de bruja, pero que ella era una pobre mujer olvidada por sus yernos, aunque no por sus nietos, que la adoraban.

—¿De veras es usted hechicera? —y riéndome le decía que no me fuera a hacer daño.

—No profesor, si yo fuera bruja sería la única persona a la que no hechizaría —y reímos de buena gana de nuestras palabras.

Nuestra amistad siguió con el respeto del joven profesor y la viejecita llena de bondad que siempre me llenaba de bendiciones y nos colmaba de atención, flores y confeti cuando llegábamos a cantar *Las Mañanitas*.

## La organización del grupo

Una vez más insisto en mi falta de preparación para desempeñar el trabajo como profesor de primaria, por ello la martillante preocupación para enfrentarme a las responsabilidades que me esperaban. Intuitivamente suponía que la tarea de un profesor rural no consistía solamente en atender las actividades docentes, tenía una vaga idea de que la tarea debía extenderse a toda la población.

El nivel medio de preparación del campesino era sumamente bajo en 1949. Aún se hablaba de la campaña de alfabetización



conocida por los campesinos como escuela nocturna. Durante aquellos años considero que en Los Cardos apenas sabía leer un 25 por ciento de los habitantes, es decir unos 125 campesinos del total de 500. Casi todos ellos presionados por la necesidad habían ido como "braceros" a EUA, máxima aspiración de todos, lo que les había dado extraordinarias experiencias y traían consigo el deseo de mejorar en todo sentido. Sentían también que sus visitas a ese país les creaban desarraigo de sus costumbres y tradiciones, podía verse que casi todos los que habían ido contratados a EUA venían a su tierra trayendo pistolas, radios, implementos y ropa de buena calidad, además de dinero que habían ganado con mucho trabajo y que comparativamente con el salario que aquí se les pagaba y el tipo de cambio de la moneda americana (8.60 pesos) era realmente una diferencia extraordinaria. Muchos de ellos jamás habían tenido la oportunidad de tener tanto dinero en sus manos. Además, la perspectiva de retornar al "Coloso del Norte" hacía que muy poco durara lo que habían ganado; lo gastaban en fiestas, armas, caballos y constantes borracheras en las que relucían las armas y los tiros al aire. Muy pocos fueron los que aprovecharon estas oportunidades para comprar ganado, tierra o alguna propiedad que garantizara el porvenir de su familia.

Cuando el dinero se agotaba recurrían al usurero que les proporcionaba dinero a interés leonino o enajenando lo que habían adquirido. Fueron estos asquerosos individuos los que se enriquecieron con la miseria de estas gentes, amasándose fortunas fabulosas, personas sin escrúpulos como Pancho Bola, el "Burro de Oro", los Puga, los Martínez y otros muchos que usufructuaron la miseria de los ilusos que creyeron que los EUA serían siempre un filón a su alcance.

La inquietud por organizar en forma adecuada el grupo que atendía, se fundaba en que me había dado cuenta de que en aquella escuela unitaria asistían desde alumnos que apenas habían pasado los seis años, incluyendo a un débil mental (Mateo), hasta jóvenes de ambos sexos en edad de contraer matrimonio. Aquello me dio siempre dolores de cabeza, y debo aclarar que aunque guardaba mi distancia con todos mis alumnos no dejaba de ser joven de escasos 18 años y algunos de mis alumnos me aventaban en edad y estatura. Había entre las alumnas señoritas muy bonitas que no dejaban de mirarme y al hacerlo se cuchicheaban con su compañera de banca. Pude por fortuna darme cuenta de que además de la edad tan diferente de mis alumnos, tenían intereses distintos, esto lo notaba en todos sus actos, juegos, grupos, etcétera. Pensé utilizar un recurso que sin saberlo me llevaba a la enseñanza mutua, aprovechando a los que más sabían para asesorar a los

otros, pero veamos esto despacio.

Al inicio del día de labores formaba a los alumnos por estaturas en dos grupos, uno de hombres y otro de mujeres. Procuraba que se introdujesen en el aula en primer término las mujeres y a continuación los hombres, esto me permitía evitar coqueteos entre los mayores que no dejaban de hacerse "ojitos" o enviarse cartas que muchas veces intercepté. A las señoritas las coloqué en las últimas bancas del salón, a continuación los niños, comenzando por los mayores hasta poder tener a los pequeños, hombres y mujeres cerca de mí. Dado el problema que presentaban los prejuicios de los padres, era muy cuidadoso en el trato con todos; revisaba primero a los alumnos que tenían más problema en el aprendizaje por darles atención preferente. Con éstos iba hasta su pupitre cuando era necesario y con los mayores, hombres y mujeres, los invitaba a trasladarse a mi mesa de trabajo para atenderlos frente a todo el grupo. Aproveché a todos aquellos que por su edad y conocimiento superaban a otros, lo que me dio buenos resultados y mientras dejaba trabajo a los más pequeños, me dedicaba a los mayores. Las materias que debían impartirse eran: lengua nacional, aritmética y geometría, ciencias naturales, historia, civismo, dibujo, canto, ejercicio físico y premilitar, trabajos manuales y economía doméstica. Mis libros de consulta fueron los que podía conseguir en el mercado. Realmente no supe nunca cómo pude enseñar a leer y escribir, pero sentía una gran satisfacción cuando después de muchos esfuerzos mis alumnos podían interpretar los signos escritos.

Seguía los patrones del método onomatopéyico, con sus clásicos pasos. Siguiéndolos estrictamente se llegaba a resultados satisfactorios en un lapso de seis meses, pero si se combinaban con otros ejercicios como identificación de dibujos, palabras y análisis de sus componentes, el periodo de aprendizaje de la lectura y escritura se acortaba sensiblemente.

Jamás me expliqué cómo elaboraban sus conocimientos los alumnos, sólo veía que aprendían y no podía creerlo. Es más, aún no acepto que alguna vez pudiera enseñar algo a mis alumnos; fueron ellos los que en su esfuerzo lograron el conocimiento, yo sólo fui un instrumento para ir colocando estímulos y sugerencias.

El horario de trabajo era de nueve a 12 horas por la mañana y de 15 a 17 por la tarde. En la primera sesión procuraba tratar todo lo relativo a las materias fundamentales y por la tarde, en forma alterna a geografía, historia, civismo y el resto de materias.

Por la mañana se les daban 30 minutos de descanso de 10:30 a 11 horas, lapso que ocupaba en observar a los alumnos y en tomar parte en sus juegos. Jugaba a la roña, a los encantados, al bu-



ro o a las canicas; era muy popular entre mis alumnos y fue esta mi mejor y más rica oportunidad de conocerlos. Pude darme cuenta de sus tendencias, sus caracteres, sus aficiones, sus odios y sus frustraciones. Me fascinaba conversar con los niños más pequeños; son tan auténticos, tan francos que en ellos encontré fuente de inspiración y enseñanzas insuperables. Pienso que si alguna vez decidí dedicarme a otras actividades, cuando sentí el calor de los niños, cuando conocí de cerca sus inquietudes y sufrimientos, su franqueza, su dulzura, su tristeza, bendije el momento que me llevó a ser profesor rural.

Al término de mis labores con los niños esperaba a los adultos que asistían desde las 20 hasta las 22 horas. Esto también me ponía nervioso porque los adultos (siempre hombres) preguntaban muchas cosas, lo que no hacían los niños, y sobre todo les interesaban las "cuentas", es decir las mecanizaciones; no les importaban las definiciones, iban directamente a lo que deseaban. Creo que mi falta de capacidad hacía que los grupos fueran reducidos, pues si bien iniciaban muchos, 50 o 60, a los pocos meses de trabajo sólo quedaban cinco o seis, sobre todo cuando llegaba la época de emigrar como braceros en febrero y marzo, para retornar nuevamente en octubre o noviembre.

Mi experiencia acumulada en aquellos años ha sido invaluable; hoy puedo entender lo que no pude de mis grupos en esa época, pero me pregunto: ¿tendrán los mismos intereses los alumnos de hace 25 años que los de ahora? No sé, pero eso me convence cada día más de que nunca he tenido madera de profesor, aunque si volviera a nacer no vacilaría en escoger nuevamente esta hermosa actividad.

### **La cooperación de don Justo**

En las comunidades existen siempre personas muy bien dispuestas a colaborar con cualquier obra de beneficio colectivo; por fortuna éstas son muy numerosas, todo depende de que quien solicite la colaboración sepa interesarlos adecuadamente explicando con precisión el objetivo del trabajo. Pero además de este grupo progresista que siempre hay en cualquier comunidad, existe otro, pequeño y opuesto a toda obra por noble que sea; cualquier procedimiento que se utilice choca con ellos.

Mi escuela, Los Cardos, se encontraba en deficientes condiciones materiales, sin muebles, sin ventanas, sin pizarrón, etcétera, y por lo tanto una de mis tareas era ir a equipando y acondi-

cionando para poder dar servicio más eficiente. Hice ver esto a los padres de familia y ellos estuvieron de acuerdo en colaborar; se asignaron una cooperación de 20 pesos cada uno para iniciar lo más indispensable; pero luego surgió la iniciativa de que esta cuota tendrían que aportarla todos los vecinos y la asamblea estuvo de acuerdo. Por mi inexperiencia no hice ninguna observación cuando me pidieron que acompañara al tesorero del comité un sábado a visitar a varios vecinos que consideraban morosos.

No tuve ningún inconveniente y el fin de semana acompañé al comisionado. Visitamos a varias personas y todas ellas aportaron lo asignado. Finalmente el tesorero me indicó que habríamos de subir a la parte más alta de la sierra para visitar a varias personas, con lo que estuve de acuerdo. En todas las visitas realizadas fui yo el que habló y explicó el motivo de la visita. Llegamos pues al Cerro del Chiquihuitillo y visitamos a Ramón, que era uno de los vecinos morosos siendo además pariente del tesorero, razón por la cual este último no quiso solicitárselo personalmente. Lo hice yo y el hombre accedió, si no de muy buen grado, por lo menos no se opuso. Don Vidal, que así se llamaba el tesorero, me dijo después de visitar dos o tres casas más: "Nos falta ver a don Justo, ¿cree conveniente que vayamos?". Le dije que deberíamos ir para terminar de visitarlos ya que éste era uno de los últimos. Taimadamente calló y me dijo: "bueno pues iremos a ver a don Justo al Alto de la Palmita".

Llegamos a la casa de esta persona y nos informaron que se encontraba en el campo cuidando la "era". Nos trasladamos ambos al lugar y efectivamente lo encontramos en su trabajo a la orilla de su siembra. Esto sucedía en el mes de enero y por lo frío de la región la cosecha del maíz se hacía hasta este mes porque hasta entonces maduraba el grano. Don Justo se encontraba precisamente en el montón de maíz y haba que había cosechado, seguramente esperando la oportunidad de que los vecinos le ayudaran a transportar su cosecha. El hombre tendría unos 45 o 50 años, era de mediana estatura, de grandes bigotes y mirar agresivo; era casi del color de la tierra colorada de su barbecho. Expliqué el motivo de nuestra visita y me escuchó con atención mirándome en forma fulminante; al final de mis palabras me dijo que no podía colaborar porque sus hijos no concurrían a la escuela de Los Cardos sino que ellos estaban inscritos en la escuela católica de Las Cruces y que por lo tanto no daba ninguna aportación. Insistí haciéndole saber que como ciudadano estaba moralmente obligado a participar; además me habían informado que sus hijos no concurrían a ninguna escuela. Allí fue lo difícil porque don Justo, subiendo la voz, se negó a participar y no sólo esto, sino que retrocediendo



lentamente se acercó al rifle que tenía entre las mazorcas y, a medida que le hablaba, su color se iba tornando más encendido y sus ojos parecían fulminarme. Sin embargo no me arredré y en la misma dirección que él caminaba rumbo a su arma, caminaba yo para evitar que pudiera tener la oportunidad de agredirnos; hizo además de tomar su arma, no obstante, la firmeza de mi convicción y la actitud agresiva que también había tomado el tesorero hicieron que don Justo se calmara y que extrajera de un pañuelo rojo que traía en sus ropas la cuota de 20 pesos que nos entregó y que significaba uno de mis primeros triunfos, sin saberlo. El hombre con su mirada feroz quería destruirnos, sus palabras sin ofendernos eran duras pero hicimos caso omiso de ello y anotamos en el libro de la tesorería el nombre don Justo Robles con su aportación de 20 pesos. Nos despedimos amablemente de él pero ya no nos contestó y nos dio la espalda mascullando maldiciones que no entendimos, pero que sospechábamos. Nos alejamos de don Justo y por el camino mi tartamudo tesorero me dijo: "Ese don Justo jamás había cooperado con la escuela, yo creía que no iba a dar nada, pero usted lo convenció". Creía que nos iba a dar de balazos pero no fue así y soltó una sonora carcajada que yo festejé sin saber que imprudentemente estuve a punto de ser asesinado por 20 pesos.

El resto de vecinos aportó lo que les asignaron y pude iniciar el acondicionamiento de la escuela y no volví jamás ni a pasar frente a la casa de don Justo.

## El cura Chabelo

En la cercana población de Tlachichila había un cura muy respetado en toda la región, tenía fama de santo y su palabra era ley para todos. Tronaba en el púlpito todos los domingos en contra de las escuelas de gobierno, a las que tildaba de comunistas y a todos los profesores que en ellas trabajaban los señalaba como agentes y embajadores de Satanás, de allí el nombre que algunas mujeres le habían dado a mi escuela: "Escuela del Diablo". El cura había logrado establecer varias escuelas particulares atendidas por religiosas; por tanto, nuestra presencia molestaba sus fines. Visitaba periódicamente este cura todas las rancherías que pertenecían a su parroquia. Aun cuando Los Cardos no contaba con una capilla, también era motivo de su visita, que realizaba cada mes con motivo de los primeros viernes. Mi escuela, como ya lo expliqué, seguía casi vacía y las gentes influidas por el cura veían

en mí a su peor enemigo. Por aquellos tiempos se iniciaron los llamados desayunos escolares que prohibió de inmediato el cura porque argumentaba que con ello se les daba de comer el comunismo a los pequeños. Pensaba yo que con la poca asistencia de los niños a clase pudiera ser destituido de mi trabajo y buscaba una fórmula para lograr aumentar la inscripción y decidí hacerlo aprovechando al cura.

Una mañana, antes del amanecer, cuando las gentes estaban pasando hacia la huerta de don Pascual, que era el lugar donde celebraba el cura sus actos religiosos, me decidí a seguir el camino de aquellas buenas gentes para asistir yo también a los actos religiosos, para que vieses que no era yo ateo como se me acusaba. Llegué al lugar y encontré a mucha gente ya reunida y a un gran número de personas que, de hinojos, se acercaban al cura con quien hablaban en secreto y después de escucharlos entrecerrando los ojos, se dirigía a ellos con solemne tono admonitorio y terminaba por impartirles la bendición. En la parte más estratégica estaba preparada una mesa cubierta con blancos manteles, flores y unos cirios encendidos; esperé pacientemente a que terminara de confesar para seguir el plan que me había trazado. En tanto, el asombro era mayúsculo, a mí alrededor me miraban más que con curiosidad, con desconfianza aquellas buenas mujeres tan influidas por el cura.

Me entretuve observando a mi personaje, era un hombre relativamente joven de unos 40 años, alto, muy delgado, su rostro muy bien afeitado mostraba sus pómulos un poco salientes; sus ojos, que casi no alzaba, eran expresivos; el corte de su pelo blanco era corto, casi a rape y su color de la cara era bronceado. Podía notarse en él una gran lucha interna, no obstante su aparente tranquilidad. Su sotana estaba llena de parches, sus zapatos estropeados y sus manos huesudas caían a lo largo de sus muslos y se movían nerviosamente al escuchar a los penitentes. Era lo que podía observar en aquella persona que tanto poder ejercía sobre las gentes y que era el culpable de que mi escuela estuviera casi sin alumnos. Terminó finalmente de confesar, se acercó a la mesa ya preparada para la ceremonia religiosa y seguí mi plan. Cuando vi que no había nadie que lo ayudara, vi la oportunidad y, ni tardo ni perezoso, a grandes pasos me acerqué a él y con solemnidad comencé por ofrecerle las prendas con que había de vestirse para iniciar la ceremonia; él me miró desconfiado pero no dijo nada. Cuando terminó de colocarse su vestidura sacerdotal, le pregunté si me permitía ayudarlo y me contestó que sí. Comenzó la ceremonia, todo era hablado en latín y yo, echando mano a mi aprendizaje de seminarista procuré contestarle en el idioma oficial de la



iglesia, me imagino el asombro de las gentes, pero no volví la cara para verlos, sino que seguí respetuosamente en mi oficio ayudando al cura. Terminamos la ceremonia y nuevamente ayudé al religioso a despojarse de la vestidura utilizada para el acto teniendo cuidado de doblarla cuidadosamente, según la costumbre. Cuando hube terminado me postré a sus plantas frente a toda la gente y humildemente pedí su bendición, me bendijo y al terminar me preguntó: "¿Dónde aprendiste a ayudar a la misa?" Lacónicamente le constesté que en el seminario y me retiré respetuosamente. Al pretenderirme un señor muy amable me invitó a desayunar con el cura; argumentando tener que retirarme para atender la escuela, me alejé.

Esperé la reacción de la gente y ésta no se hizo esperar; al día siguiente empezaron a llegar nuevos alumnos hasta tener mi escuela completamente llena. La escuela de Las Cruces tuvo que reducir su personal porque los niños de Los Cardos, todos asistían a mi escuela.

Isabel Miramontes que así se llamaba el cura de mi historia había cambiado para mí. En su sermón dominical dijo a sus feligreses que la única escuela digna de confianza era la mía porque quien la atendía según su afirmación era cristiano. Nos hicimos amigos y cada vez que podía repetía la escena de ayudarlo a la misa y acompañaba al cura Chabelo a tomar su desayuno con don Pascual. Allí me confió estar inconforme con su comisión y pretender ir a evangelizar a pueblos no cristianos. Yo lo escuchaba atento y respetuoso naciendo entre nosotros una sincera estimación.

Pasaron los años; yo me fui de Los Cardos y Chabelo desapareció de la región. Alguna vez que por razones de trabajo visité la capital de mi Estado, frente a la señorial Catedral de Zacatecas vi a Chabelo con su raída sotana caminando lentamente llevando trabajosamente una lata. Lo reconocí y me acerqué a saludarlo y a ofrecerle ayuda, se le iluminó su rostro y no sin mucho insistir me permitió ayudarlo. La carga pesaba demasiado y al poco andar, nos sentamos a un costado de Catedral y, después de las acostumbradas palabras de amistad, me confió que gracias a la influencia de un amigo que tenía una importante jerarquía en el sacerdocio, había logrado ir a evangelizar a los gentiles. Le habían comisionado a la Sierra Madre a cristianizar a los huicholes.

—Éstos— me dijo —son algo especial, cuando van a las ceremonias religiosas se ponen a beber y a fumar en el recinto y cuando se cansan se acuestan en el suelo de la capilla hecha de zacate. No sé cómo entenderme con ellos, no hablo su lengua y poco puedo ayudarlos. Cuando llega el tiempo de su siembra todos ellos se van con sus familias y antes de irse queman la iglesia. Yo tengo

que regresarme a Zacatecas en donde permanezco ayudando en lo que puedo hasta que ellos vuelven de sus retiros voluntarios para empezar nuevamente a construir su iglesia y seguir su vida de temporada de sequía. Intrigado le pregunté:

“¿Padre, qué lleva en esta lata?”. Me contestó que eran unas tunitas que le llevaba a su amigo el obispo. Le ayudé a llevar hasta la puerta del obispado su regalo, que por fortuna no estaba lejos, me despedí de él y jamás volví a saber de mi amigo el padre Chabelo a quien aproveché maliciosamente para llevar alumnos a la escuela de Los Cardos.

### Cómo nivelar el patio de una escuela

Los Cardos, mi primer comunidad, no fue la excepción, cuando se trataba de realizar un trabajo en beneficio de la localidad, sobre todo en aquella época en que casi no tenía alumnos en la escuela porque se consideraba del “diablo”, mi escuela tan desprotegida, tan humilde, construida sobre un terreno de cantera. No había quedado su patio muy bien nivelado, por ello me propuse emparejarlo, lo que hice del conocimiento de las autoridades.

Pasaban los días y nadie venía a trabajar; un tanto desconsolado volví a dialogar con el comisario municipal, pero la respuesta fue la misma. Finalmente le pedí a uno de los pocos vecinos que enviaba a su niño a la escuela que me prestara su zapapico, una barra y una pala, a lo que accedió. Así pues, al día siguiente muy temprano me levanté y empecé mi trabajo; el primer golpe dado sobre la cantera me hizo arrepentir porque mis manos me dolieron profundamente, pero ni modo, había que continuar. Seguí golpeando y apenas si lograba sacar algunas astillas de aquella roca que me parecía de acero, mis manos se enrojecieron primero y después se ampollaron; me dolieron terriblemente pero no podía dar marcha atrás.

La escuela estaba en un lugar muy visible para todas las casas de la población y estoy seguro que desde el primer golpe del zapapico todos se dieron cuenta de lo que trataba de hacer; sin embargo nadie me ayudó. Al día siguiente otra vez, golpe tras golpe y apenas si salían algunas pequeñas rajadas de cantera; mis manos no sólo habían sufrido las ampollas sino que ante mi insistencia por golpear sin ninguna técnica se me habían despellejado y se llenaban de sangre. Sin embargo, no podía retroceder; seguí y disimuladamente veía a todos lados pero nadie venía a



ayudarme, yo miraba lo que había logrado hacer en dos días y eso me hacía ver más grande el patio. Aquello era una tarea imposible, pero el propósito estaba hecho, así que seguí. Todas las mañanas, durante una semana, los vecinos y autoridades pasaban y me veían aparentemente indiferentes y yo seguía y seguía. Pasadas dos semanas, yo no había avanzado casi nada, eso creía, pero a la tercer semana, al comenzar mi martirio, se acercó uno de los vecinos más viejecitos de la localidad, don Anastacio.

—Buenos días profesor, ¿ya mero?

Levanté la cara y pude observar que traía consigo otro zapapico; se unió a mi trabajo. Al siguiente día llegó otro vecino más, luego otros y después muchos. Veía con alegría cómo aquellos hombres golpeaban la cantera que a mí me parecía tan dura y en donde apenas si lograba introducir unos cuantos milímetros mi pico, ellos lograban sacar unas astillas formidables, gigantescas, casi me avergonzaba de lo que había logrado en dos largas semanas. Trabajamos otra semana más y al término de ella el patio de la escuela estaba completamente nivelado, parecía imposible.

Pienso que cuando uno desea algo, hay que luchar y trabajar por ello y poco a poco se logrará ablandar la roca y ganarse adeptos, pero si queremos que todo nos lo resuelvan los demás, jamás iremos a ningún lado. Aquellos golpes tan débiles de mi zapapico sonaron fuerte en el corazón de los campesinos de Los Cardos y gracias a ello pude conseguir lo que me había propuesto para la Escuela Rural Federal José Clemente Orozco, de Los Cardos.

### **Mateo, el débil mental**

Era hijo de don Florentino, el presidente del comité de padres de familia. Tendría unos 10 años y era un niño cuyas características físicas semejaban a las de uno normal; su estatura, su pronunciación y en general el desarrollo físico era similar al de todos sus compañeros de la misma edad; sólo podía notarse alguna diferencia en sus ojos, que eran demasiado grandes y en la secuencia y aplicación de su lenguaje. Don Florentino intentó ponerlo varias veces en la escuela y a pesar de que traté de enseñarle lo mejor posible, no hubo resultados satisfactorios. Las expresiones de Mateo muchas veces causaban carcajadas a quienes lo escuchaban, tal parecía que deliberadamente usaba este lenguaje.

Mateo me hizo pensar muchas veces que es necesario saber cómo enseñar a seres como él, ya que en las comunidades existen muchos niños con este y otro tipo de problemas que el profesor no

está preparado para afrontar. Mateo para mí fue el estímulo más directo para buscar, a como diera lugar, una preparación más adecuada para ayudarlo a él y a otros muchos y no solamente a reírme de sus simplezas. El maestro rural debe entender estos problemas con la claridad necesaria y encauzar estos casos a una rehabilitación adecuada si requieren atención especial, para que sean reincorporados al seno de la familia como seres que tendrán siempre un trato especial. El profesor rural debe distinguir el desarrollo mental del niño atípico para no incurrir en frustraciones graves para la familia, porque el nivel de inteligencia es muy importante ya que hay débiles mentales profundos por los que actualmente nada podemos hacer. Gracias, Mateo, porque me hiciste ver lo inútil de mis conocimientos ante un problema psicológico como el tuyo y me obligaste a investigar, a estudiar y a superarme; ojalá que con mi ignorancia no te haya hecho mucho daño.

### La despedida de Herminio

Habían transcurrido dos años desde que por primera vez llegué a Los Cardos. Cuántas cosas pasaron, cuánto me enseñaron y cuánto también quise a aquellas buenas personas. Aprovechando la amistad del nuevo inspector Baldomero Toro Luna, pedí y logré que se me cambiara; sentí una profunda tristeza pero tenía la ilusión de estar un poco más cerca de la cabecera de zona y además éste era mi primer año de estudio en el Instituto de Capacitación del Magisterio. Ahora que lo pensaba más, me daba cuenta que aquellos dos años se fueron muy rápidamente, casi no me había dado cuenta de ello y tenía que despedirme.

Un día del mes de septiembre me presenté a Los Cardos a recoger mis modestas pertenencias. Al comenzar a bajar la pequeña cuesta que me llevaría a la escuela, pude ver que en el patio de la misma había varios niños, alguien dio la voz y del interior de los salones salió mucha gente; llegué hasta el punto donde me esperaba aquel grupo que estaba formado por las autoridades, el profesor que había ido a sustituirme, los padres de familia y varios niños. Todos me inquirían el motivo de mi cambio y yo abrumado por la tristeza, sólo balbuceaba incoherencias y sinrazones. Entre el grupo de personas saqué mis cosas, unos cuantos libros, algunos trastos, unas tablas con unos bancos de madera, que constituían mi único patrimonio. Me apresuré a retirarme después de cargar dos jumentos que me habían facilitado en la comunidad donde prestaría mis servicios; todo era tristeza, quería gritar y mi voz se



ahogaba en la garganta, mis ojos se encontraban húmedos y casi no veía. Haciendo un esfuerzo supremo, grité "¡Arre!" a mis asnos cargados, cuando un pequeño niño, delgado, moreno, de grandes ojos se arrojó a mí y cogiéndome las piernas me gritaba desesperado: "¡No te vayas profesor, no te vayas!", y su grito desgarraba mi alma. Cómo iba a pensar que aquel niño, el más travieso, a quien más veces había reprendido y castigado, el terrible Herminio Vargas, ahora preso de tristeza mojaba mis ropas con sus lágrimas; pensé en renunciar a mi partida. Se me sobrecogió el ánimo y sólo pensé en desaparecer de aquel lugar para desahogar mi pesar.

No sé quién separaría a Herminio de mí, sólo sé que apresuré el paso y sin volver la cara para nada, me fui por el camino tan conocido y tantas veces transitado, para no volver jamás a mis queridos Cardos.

### **Mi cambio**

Bueno, después de la estrujante despedida de Herminio, enderecé mi rumbo al Cerro del Peñol. Seguía a los animales que, aún cargados, pretendían separarse del camino para mordisquear las hierbas o las milpas de las sementeras y las tablas. Los bancos mal atados por mí cada vez que trotaban los asnos se zafaban y con gran trabajo volvía a colocarlos para que a poco caminar sucediera lo mismo.

Eran aproximadamente las cuatro de la tarde; haciendo mis cálculos pensé que llegaría en unas cuatro horas. "¡Arre!", apuraba a los borricos y caminaba apresurado entre un mar de verdura y flores de pericón y girasoles de múltiples colores. "¡Arre burrito!", y miraba entre tanto el cielo azul en cuyo lejano horizonte comenzaba a dibujarse una pequeña nubecilla.

Entretenido con el acomodo de las tablas y el arreo de los pollinos no me di cuenta que la pequeña nubecilla se había convertido en un gran nubarrón que tapaba el sol; avanzaba a mi encuentro entre relámpagos y estruendo, de los rayos que cruzaban el horizonte como culebras de fuego iracundas. Comenzó a soplar el viento con furia terrible y gruesas gotas cayeron una tras otra hasta convertirse en un diluvio. Aquello era tremendo, el viento barría todo, los relámpagos cegaban y la lluvia caía como catarata en mi sombrero ancho. Bajo el ala pretendía ver, pero era imposible, el camino no lo percibía, a los asnos tampoco, y recordaba la carga que a momentos se caía. Avanzando con dificultad alcancé a asir con mis manos una de las tablas, me supuse que allí esta-

ba el jumento y lo seguí. “¡Arre burrito!”, le decía quedamente; mis quijadas se habían trabado y el agua, aunque ya había amainado me había entumecido. Mis dientes castañeaban y todo mi cuerpo temblaba de frío. No sé cuanto tiempo pasó, aquella obscuridad completa sólo se rompía cuando algún relámpago cruzaba el horizonte. Tenía la seguridad de que alguno de los animales se había perdido, creo que yo también lo estaba. Seguí paciente-mente asido de la tabla en el lento paso del borrico; temía por uno de los animales que me habían facilitado, no me importaban las numerosas caídas que sufrí y el frío que ahora padecía; lo resbaloso de mis huaraches me impedía caminar con firmeza. Ahora eran unas cuantas gotas, pero seguramente estaba perdido; por más esfuerzos que hacía no distinguía ninguna señal conocida. Cuántas horas pasaron, no lo sé, pero cuando estaba a punto de caer de cansancio y de frío escuché el ladrido de unos perros; me acerqué más al asno para animarlo y seguir adelante aunque creo que en ese momento era yo el que más necesitaba de ánimo. Caminamos otro poco más y escuché voces, ví luces y alguien me dijo: “Ya estábamos con pendiente profesor, porque uno de los burros ya hace mucho que llegó y temíamos que le hubiera pasado algo con esta tempestad”.

No dije nada porque no podía; descargaron los animales que por instinto llegaron hasta la casa de su dueño don Martiniano, a mí me dieron un poco de café caliente y envuelto en unas mantas dormí como jamás había dormido.

### La escuela de las agujas

Sucedía esto allá por el año de 1951, era esta escuela la segunda que en forma oficial atendía; había logrado un acercamiento a la cabecera municipal muy considerable.

Llegué lleno de entusiasmo a mi escuela situada al norte del municipio, a unos 20 kilómetros de distancia. Aquella comunidad era muy especial debido a que toda ella estaba diseminada en unos nueve kilómetros cuadrados. Eran pequeñas casas o jacales que habían sido construidos cerca de sus tierras de labranza que por regla general pertenecían a un propietario y ellos sólo eran medieros. La escuela estaba situada en el centro geográfico de aquella ranchería; estaba rodeada de árboles gigantescos y completamente aislada del resto de las viviendas, la más cercana se encontraba a un kilómetro. Al ver por primera vez mi nueva escuela sentí una impresión muy desoladora ante aquel edificio tan aisla-



do y descuidado, totalmente hecho de adobe de tierra roja, igual a los que predominan en todo el lugar. Sus paredes estaban desnudas por dentro y por fuera; circulada de piedras y sin puerta en la entrada del patio, un saloncito con no más de seis metros de largo por cinco de ancho y tres de alto, con su piso empedrado, dos ventanillas que daban la impresión de una cárcel más que de escuela. No había muebles, sólo unos cuantos bancos de madera y su pizarrón ¡Dios, qué pizarrón!, no tenía más de un metro cuadrado y hecho girones. No me explico cómo podía trabajarse en él. Se sentía además frío y era obscuro su interior, jamás me imaginé cómo pudo un maestro trabajar durante 10 años en estas condiciones. ¿Y la higiene, y la técnica y la pedagogía y la experiencia? No, no era posible aquello, se me encogió el ánimo y me propuse hacer algo por aquello que se decía escuela rural, y a la que pomposamente se le había puesto Genaro Cobina, el autor de la *Marcha de Zacatecas*. El resto era pavoroso: un cuarto también de adobe pegado al "salón" y una pequeña cocina sin puerta, era todo. Sucio, descuidado, sin libros, sin muebles, ¡Dios mío! ¿qué podía hacer?

Llamé a las autoridades, pero no fueron. Fui a buscarlas y entonces me dijeron, con algunas reticencias, que llevaríamos a cabo una reunión con todos los padres de familia. Pedí al comisario municipal que fuera tan amable de avisar a todos la fecha de reunión y que podían pasar desde luego los padres a inscribir a sus hijos para iniciar las actividades escolares, me indicó que así lo haría.

Me dediqué a esperar a los alumnos, pero con gran tristeza comprobé que no asistían. Esto me desconcertó y nuevamente insistí ante las autoridades, ya que habían transcurrido ocho días y nadie había ido a la escuela. Aquello era insólito. A la semana siguiente por fin se pudo llevar a cabo la reunión con los vecinos de la localidad. Les hice ver mis inquietudes, así como la situación deplorable de la escuela; se nombró el nuevo comité de padres de familia e hicimos planes para hacer algunas reparaciones a la escuela y reunir fondos para ello. Pero en lo que más insistí fue en la asistencia inmediata de los niños. Todos (unos 20 padres de familia) dijeron que sí. A todo ello, había observado a mis nuevos vecinos y pude darme cuenta que casi todo lo que había tratado no era de su agrado, sobre todo lo relativo a la asistencia de los niños.

"El profesor anterior no era tan exigente como usted", me dijeron. Hice ver lo mejor que pude la conveniencia de la inscripción de los alumnos, pero eso no los convenció y más que ganarlos para la causa, los había perdido, mejor dicho, ni siquiera había posibilidades de hacerlos consentir en lograr algo positivo para la comunidad.

Transcurrieron los días y empezaron a enviar niños pequeños de seis y siete años; el resto no aparecía por ninguna parte y había visto en los cuadros de calificaciones que se había impartido cursos hasta el cuarto grado. Mi grupo estaba formado por unos 15 niños de la edad ya señalada, aquello era desesperante: los padres habían inscrito a sus hijos, pero a los mayores de ocho años no. Por tanto, decidí realizar una campaña de convencimiento: llamé nuevamente a reunión y no se presentó nadie; hablé con las autoridades, pero era imposible.

¿Qué podía hacer ante aquello? Informé al inspector de la zona y él me dijo lo que debía hacer. Sin embargo, todo se estrelló ante la realidad.

Algo más, mis alumnos sólo asistían por las mañanas y por las tardes estaba completamente solo. No era extraño que después de ocultarse el sol se escucharan los aullidos de los coyotes en el patio de la escuela o en los alrededores. Como anéctoda curiosa diré que en el salón de clases en una ocasión atrapamos a un conejo que se había metido por las rendijas de la puerta y en otra ocasión matamos a una víbora de cascabel que seguramente encontró cómodo refugio en aquel lugar tan solitario. Aquello era mi nuevo destino y yo estaba imposibilitado para hacer algo, todo había fracasado, no me quedaba más que recurrir a autoridades de mayor jerarquía para lograr que asistieran los niños a clases.

### El ofrecimiento del prestamista

Seguramente, cansados los vecinos de mi insistencia para que enviaran a todos sus hijos a la escuela se pusieron en contacto con la persona que consideraron más influyente para que hablara conmigo. Ese era don Luis Muñoz, hombre importante en la región debido a que se dedicaba a prestarles dinero a cambio de la garantía de sus cosechas, sus casas o sus tierras. Era un hombre de mediana edad, de ojos muy inquietos y de hablar pausado.

Una tarde al ponerse el sol se acercó hasta mi escuela; me sentía yo tan incómodo por todo lo que había pasado, que cuando escuchaba ruidos extraños me sobresaltaba. Esa tarde ni fue la excepción sino que me sentí atemorizado cuando escuché pisadas de bestia y más tarde que alguien me hablaba por mi nombre. Extrañado y nervioso respondí y me asomé para ver quién me llamaba. Con una sonrisa se acercó a mí y comenzó la conversación un tanto vaga sobre el tiempo, la cosecha, los animales y finalmente caímos en los problemas de la escuela.



—Mire profesor, no se preocupe por ello, nosotros teníamos muy buena amistad con el profesor que nos abandonó, él era muy comprensivo y nosotros con él, así que nada le cuesta ser como el maestro anterior, por lo pronto yo le ofrezco que cuando necesite dinero, yo se lo presto porque le tengo confianza. Solamente me firma un papelito y sanseacabó.

Yo lo dejé continuar asombrado de lo que me ofrecía como chantaje para no exigirles que mandaran a sus hijos a la escuela y lo alenté a continuar.

—Mire profesor, nosotros sabemos que usted tiene necesidad de quedarse algunos días en el pueblo; nosotros no diremos nada; es más si tiene necesidad de más tiempo, eso no debe preocuparlo, quédese, que si acaso llegara a venir alguna autoridad a buscarlo, nosotros diremos que acaba de salir o que está cumpliendo alguna comisión.

Ahora lo comprendía todo, mi antecesor estuvo en complicidad con ellos durante 10 años para que los niños no fueran a la escuela. Mi ira estalló. Le dije que le agradecía su generosa oferta, pero que en ese momento no necesitaba dinero y que si en alguna ocasión pudiera requerir algún tiempo para arreglo de asuntos particulares, que me dirigiría a mi autoridad superior para solicitarlo. Aquel hombre se retiró rápidamente de mi presencia comprendiendo que me había molestado y jamás volvió a pararse en mi escuela. Aquello me dejó intrigado y pensativo y comencé a indagar la conducta de mi antecesor y supe cosas verdaderamente bochornosas, tales como el que sólo trabajaba de martes a jueves cuando iba, pero que había meses completos que no lo hacía y que su horario de trabajo era de nueve a 12 del día y por las tardes jamás había clases. Además, en innumerables ocasiones al llegar los niños les dejaba tareas para que las hicieran mientras él se ausentaba. Esto era frecuente y les ordenaba que si terminaban sus trabajos y calculaban que era hora de salir y él no regresaba, que se fueran y solamente emparejaran las puertas del salón. Este era el fantasma al que tenía que enfrentarme ahora, un fantasma que por 10 años había engañado a la comunidad, robado al pueblo y dejado sin amparo a los niños de Las Agujas.

¿Qué hacer ante todo eso?, ¿huir o aceptar el ofrecimiento del agiotista y dedicarme también a engañar a todos? No era posible, no me explico cómo alguien pudo hacer tanto daño a un pueblo y encima se lo agradecen, porque a ese grado habían llegado aquellas personas. Mi antecesor era un buen maestro, según el decir del vulgo y yo no podía nada ante su figura siniestra y dañina.

## La invitación a la escuela

Me armé de valor y dije todo lo que pasaba al inspector de la zona, un hombre extraordinario y gran maestro preocupado por todo lo que significara educación. El me alentó a seguir adelante y, no obstante que le pedí que me llevara a otro lugar, me sugirió que hablara con el presidente municipal para que me diera una orden para el comisario municipal, lo que hice sin pensarlo mucho.

El presidente fue muy comprensivo y me dio una orden estricta para que todo aquel padre de familia que teniendo niños en edad escolar (seis a 14 años) y no los enviara a la escuela, fuera remitido a la cabecera municipal para sancionarlo. Con la orden en la bolsa me presenté ante el comisario don Martiniano, hombre bueno y uno de mis pocos amigos. Me dio su apoyo y ofreció que al día siguiente iría a darles a conocer esta orden a los vecinos. A todo esto, le dije que quería acompañarlo a cada uno de los hogares de los padres morosos para tratar de convencerlos; estuvo de acuerdo y al día siguiente muy temprano llegué a su casa. Tenía preparadas unas cabalgaduras y en ellas nos dimos a la tarea de visitar casa por casa toda la comunidad. En todas ellas nos recibían más o menos bien, pero no dejaba de notarse la inconformidad que sentían. Sin embargo todos me prometieron mandar al día siguiente a sus hijos.

Llegamos a una casa en donde sabíamos que habríamos de encontrar mayor resistencia porque tal parecía que era esta persona la que influía sobre las otras. Nos acercamos a la casa, llamamos y salió un hombre entrado en años, de muy mala cara y que nos contestó casi a gritos. Primero habló la autoridad, pero para todo tenía salida, luego hablé yo:

—Señor Villalobos, venimos a invitarlo a que mande a sus hijos a la escuela ya que están en edad escolar.

—Mire maestrillo, mis hijos no van porque sé que usted les exige que vayan "curros" y yo no tengo con qué comprarles corbata y zapatos.

Vi que todo aquello se debía a que todos los días revisaba el aseo de los niños y que les pedía que se arreglaran lo mejor que pudieran. Sonreí y le dije que lo único que pedía a los niños era que fueran aseados, pero que nunca les pedí que fueran elegantes.

—Pues mis hijos son pobres y no pueden cumplir con ello —continuó.

—Señor —le repliqué— cuánto cuesta el agua y el jabón que es lo único que pido.

—Bueno, pues si es así tal vez asistan.



Vi que comenzaba a ceder, presioné aún más y le pedí que se definiera y a cada nueva intervención veía que se iban debilitando sus argumentos hasta que logré sacarle el acuerdo de que asistirían sus hijos. Antes de retirarnos le supliqué al comisario leerle la orden que tenía y la cual no había yo querido que le diera a conocer. Nos alejamos dándole la espalda y casi escuchábamos las maldiciones que mascullaba.

—Vámonos aprisa, profesor —me dijo el comisario—, no sea que nos vaya a dar un balazo por la espalda, lo dejamos muy enojado.

Yo reí ruidosamente y aunque pesaba aquella advertencia de mi buen amigo el comisario, sentí aquello como un buen triunfo en mi incipiente carrera. Desde el día siguiente, mi escuela se llenó de alumnos y sentí por primera vez que vale la pena arriesgarse un poco con tal de hacer una buena acción en bien de los demás aunque en ello nos juguemos nuestra propia seguridad.

## José y Tirso

En los viajes para trasladarme a Los Cardos, desde dos años antes, era obligado el paso por la Cuesta de la Lajas, pequeña pendiente de no más de un kilómetro, y cuyo nombre obedecía a la gran cantidad de piedras planas llamadas "lajas" que abundan en todo ese terreno. A media cuesta había unos jacalitos distantes del camino unos 200 metros. Desde las primeras ocasiones que pasé, siempre veía a un hombre de unos 60 años acompañado de dos niños con sendos canastos en su espalda, los niños tendrían aproximadamente ocho y 10 años, respectivamente. Sus ropas eran muy humildes y llenas de remiendos, siempre los veía recoger algo del suelo y echarlo a su canasto. De tanto pasar por ahí se me fueron haciendo familiares sus figuras. En un principio sólo los saludaba, después me acercaba hacia ellos y trababa conversación con el anciano, un hombre vigoroso a pesar de su edad, con ojos muy vivos y un gran bigote casi totalmente blanco. Platicábamos brevemente de temas sin importancia y, después de un apretón de manos y de darles algunas frutas o panes a los niños proseguía mi camino.

Los problemas causados por la nueva adscripción y heredados de 10 años de inactividad me preocupaban y hacía todo lo posible por superarlos. Un día alrededor de las seis de la mañana alguien tocó a mi puerta; me sorprendí ya que nunca llegaban alumnos antes de las ocho. Acostumbraba levantarme temprano

y encendiendo un quinqué iniciaba mis estudios de las obras que me habían recomendado los maestros, ya que como señalé, había iniciado mi preparación. Abrí pues y los rayos del sol pegaron de frente en mi cara deslumbrándome y un tanto encandilado no pude reconocer a quienes me llamaban. Me saludaron, contesté, y cuál no sería mi asombro al reconocer a mi anciano amigo de la Cuesta de las Lajas, acompañado de sus dos hijos. Me dijo: "Supe que estabas aquí y te traje a Tirso y José para que les enseñes a leer y a escribir. Te he traído también este regalito", y me alargó una pequeña bolsa repleta de blancas y bien desarrolladas mazorcas de maíz. Le dí las gracias y ofrecí hacer todo lo que pudiera para que aquellos niños aprendieran. Fueron desde ese momento motivo especial de mi atención y ellos, por su parte, fueron los más puntuales, llegaban siempre a las seis de la mañana, pese a que su casa estaba a un mínimo de dos horas, y fueron aplicados a más no poder. Jamás faltaron, hicieron siempre sus tareas y era para mí un estímulo permanente su presencia. En unos cuantos meses aprendieron ambos a leer, escribir y algo de números.

Un día no volvieron más y me sorprendí dada su puntualidad y su empeño. Nadie supo darme razón de ellos y me preocupé bastante; así que indagué su paradero y finalmente supe la causa de su desertión: su padre había muerto y ellos no volvieron, no pudieron ir más a la escuela. Evoco este recuerdo y rindo a aquel campesino un homenaje de admiración y de respeto por el sacrificio de enviarme a sus hijos todas las madrugadas para que aprendieran algo en la escuela.



## Recuerdos del 36

*María Guadalupe Pimentel*

Aquí, una tarde de septiembre, medio siglo me separa de los recuerdos de aquellos días en que la educación en México empezaba a tomar forma. Bueno, en realidad el boceto de lo que sería un día lejano la educación en mi patria.

Este ha sido un año muy llovedor aquí, en Guanajuato, y eso me recuerda los viajes que hacía allá por los años 30, por las rancherías del norte de este Estado, en las que a caballo y entre lodazales empecé a llevar el alfabeto a nuestros pueblos. Recorrí a pie, en carretela, burro, caballo y hasta en un fortingo, propiedad de un comerciante llamado Chon Correa, cientos de kilómetros llevando conmigo a mis cuatro hijos, dos hombres y dos mujercitas, en mi tarea de profesora rural del artículo 123. ¿Por qué del artículo 123? Pues verán ustedes, yo pienso que como ese artículo en nuestra Constitución habla del derecho que tenemos los mexicanos al trabajo, pues el gobierno debe de haber creado este tipo de escuelas para las trabajadoras y sus hijos.

Bien, como decía, transité con toda la familia a cuestras, pues enviudé muy joven, y eso me obligó a enfrentarme al trabajo de la enseñanza rural de golpe y porrazo. Mis estudios de educación normal se vieron truncados por la ilusión del matrimonio, y luego vino la pérdida de mi esposo, que nos dejó en completa orfandad.

El tiempo de lluvias hacía bajar torrentes de agua por las laderas, allá por Jaboncillos, un pequeño poblado situado en una montaña pelona en la que la "escuela" no era más que una enramada que los campesinos habían improvisado en cuatro horcones de pirul. Allí, bajo aquella sombra, nos reuníamos con unos 10 ó 15 niños, que venían caminando desde lejos para empezar el aprendizaje de las primeras letras.

Los niños eran muy huraños al principio, pero pasadas las

primeras semanas se sentían a gusto y trabajaban con entusiasmo. Aquellas escuelas, como es fácil entender, no se parecen en nada a las de ahora. Bueno sí, se parecen en que los niños siguen siendo hermosos y atentos, y el maestro sigue trabajando con lo que puede.

Las clases tenían una secuencia muy irregular, tanto por falta de formación profesional y experiencia, como porque los alumnos y el pueblo en general no tenían idea de lo que era una escuela, cómo trabajaba y hasta para qué servía. Había mucha, muchísima, ignorancia en ese entonces y no sólo en los ranchos, sino hasta en las ciudades, lo que hizo prosperar toda clase de mentiras e ideas fanáticas y malévolas sobre nuestra tarea. Se decía que con la educación socialista nosotros les quitábamos los hijos a los padres para entregarlos al gobierno de la ciudad de México, el cual se los llevaba al ejército o a Rusia. Uno de los grandes miedos de aquel pueblo inocente, víctima de su ignorancia y de las maledicencias, era el que hiciéramos a sus hijos ateos, que les quitáramos a Dios, y así sucesivamente. Los intereses retardatarios del feudalismo imperante en el campo y la Iglesia reaccionaria, hicieron crecer en el campesino aquel movimiento que se conoció como "la cristiada".

Esta enfermedad social llenó de zozobra nuestras acciones de lucha contra el analfabetismo y el atraso cultural imperantes, pues la sentencia de muerte gravitaba en contra de los "profes", que no hacíamos otra cosa que cumplir con nuestra obligación laboral.

Muchas son las anécdotas que se pueden contar, muchos los instantes en que vi en peligro mi vida y la de mis hijos, muchas las amenazas y los sinsabores que esta tarea me deparó, pero también me dio la gran satisfacción de participar en el esfuerzo de romper las cadenas que ataban a mi país con el atraso, mismas que aún quedan, pero que, en aquel momento, eran innumerables y muy poderosas, pues existían muchos intereses por los que se mantenía en la oscuridad a nuestro pueblo.

La lucha fue cruel, a varios compañeros les costó la vida o la integridad física, y a todos nos sumergió en la angustia, en la inseguridad de sabernos con el alma en un hilo. Fueron los años que vivimos bajo amenaza.

El gobierno del general Cárdenas había herido al hacendado, al capitalista y al cura, que deseaban contener el avance de la historia, al igual que ahora lo intentan de nuevo. El campo del centro del país se incendió: Jalisco, Michoacán, Guanajuato, Puebla, Querétaro, etcétera, eran nidos de reaccionarios y sacristanes que azuzaban la ignorancia contra la luz del alfabeto.

En San Luis Potosí, un cacique, el general Cedillo, se levan-



tó en armas. La lucha fue corta, pero el precio para el pueblo muy alto. Estando yo trabajando en los límites de este Estado y Guanajuato, allá en San Luis Potosí de la Paz, me tocó ver en ese risueño pueblecito, de unos cinco mil habitantes, el macabro espectáculo de los colgados en los árboles municipales de su jardín principal, y esta vista terrorífica también la tenían los escolares que, al salir de su plantel, tropezaban con el colgadero o la exhibición de los muertos en el patio del Palacio Municipal.

Los habitantes de estos lugares nos habíamos acostumbrado a vivir en una continua alarma y toda clase de ruidos nos hacía sobresaltar. El paso de una carreta, un caballo o una detonación anónima nos sacaba de nuestras tareas o incluso de la cama, para correr a buscar refugio o dedicarnos a orar.

En cierta ocasión llegó un circo, un circo paupérrimo, de ésos que sólo llevan unos caballos y perros que no pueden disimular el hambre a pesar de las orladas gualdrapas y oropeles. En fin, el circo daba dos funciones y la última daba término a eso de las ocho de la noche. Hay que recordar, que si ahora algunas calles del Distrito Federal nos parecen oscuras, las de San Luis de la Paz eran una boca de lobo, en esa época, pues la iluminación se reducía a un pequeño sector. Una noche la función se vio disuelta con gran pánico, al darse cuenta el público de que los cristeros habían prendido fuego a la carpa. El desorden y algunos disparos dieron a ese suceso un aspecto dramático y sólo al día siguiente se supo algo definido.

En efecto, los facciosos habían entrado al pueblo, hasta el centro; el destacamento de federales no pudo darse cuenta a tiempo por ser de noche y por haber un buen número de asistentes a la función. Es seguro que los bandidos entraron al circo con el resto del público y prendieron fuego a la carpa desde ahí. Al salir debieron disparar para aumentar la confusión y el miedo, y los soldados no pudieron hacer fuego contra ellos por haber una gran masa en fuga, lo que impidió que hubiera una matanza.

Estos hechos, si no diarios, sí eran frecuentes. A cualquier hora, hacían que los cursos fueran irregulares y muy elementales.

En el campo la escuela iba desde un cuarto pequeño, obscuro y sin ventilación, hasta el tener al grupo a los cuatro vientos, bajo un árbol o una enramada. Pero no todo era este angustioso trajín, también teníamos fiestas escolares, trabajo en el huerto escolar y algunos paseos cortos a lugares bien conocidos y con la cercanía de los labradores, que desde luego trataban de proteger a sus críos.

En San Antonio, un rancho entre Pozos y San José Iturbide, tuvimos una escuela muy arreglada con un huerto de flores. Allí

hasta nos tomamos una foto. Los cantos y los juegos eran por demás ingenuos —Cri-Cri apenas estaba empezando. Por otro lado, en los ranchos nadie conocía la radio y si en San Luis la gente del pueblo decía que “detrás de aquel chupiro (la pequeña luz del cuadrante) el aparato tiene una gente chiquita” y que ésta era la que hablaba y hacía ruido. Imagínese usted lo diabólico que parecería en el campo. ¡Como para morir apedreado por brujo!

En la hacienda de Santa Ana de los Lobos, que ya era una congregación de importancia, se nos entregó un casco de casa, seguramente una tienda quemada durante la Revolución. Sólo constaba de dos habitaciones y una funcionaba como salón de clases y dormitorio, y la otra como cocina y comedor. También allí nos bañábamos calentando agua en un bote alcoholero sobre un bracerito de carbón. En ese tiempo se daban dos turnos de clases que iban de nueve a 12 de la mañana y de tres a cinco de la tarde al mismo grupo. También teníamos la escuela nocturna, a la que asistían los labriegos adultos. Sólo iban los hombres, y era enterredor ver aquellas manos morenas, fuertes y muy toscas, como engarrotadas, tomar el lápiz y escribir con letra desigual y apenas legible: “Mi mamá me ama”. La luz de la vela de parafina apenas iluminaba sus rostros de piedra, sin sombrero, camisa y calzón de manta pringoso de mugre y lodo. Respetuosísimos, serios y casi inmutables. Pasado el tiempo podían leer frases pequeñas y fáciles que repetían temerosos. Habían entrado en un mundo mágico en que unas cuantas rayas encerraban el pensamiento propio y el ajeno.

Los sábados que llegaban los comerciantes había puestos de pan y dulces, de telas, velas, y hasta peinetas y moños para el pelo. Las noches se veían iluminadas por las lámparas de gasolina, lujo que nos daba importancia, y como a esas horas los labriegos ya estaban de regreso en su jacal, pues podían salir de compras con su esposa y chamacos. Todo era barato, pero casi no había dinero, aquellos pesos de plata 0.720 sólo los muy ricos los tenían, por lo que había trueque de huevos, gallinas, guajolotes y hasta cerdos, que hacían el papel de dinero. Los saludos de siempre, los caprichos de los niños, el asombro de la luz, todo ello prestaba al momento la presencia de una fiesta que, por rara, disfrutábamos todos los miembros de aquella sociedad pobre.

Los grupos escolares eran mixtos, de ahí el cuento de la educación sexual. Las malas voces decían que allí, en la escuela, se enseñaba a tener relaciones sexuales y en el aula las clases eran prácticas, mayor era la desgracia si había un profesor con la “señorita maestra”.

Cuando el tiempo de aguas los campos florecían y las tierras cultivadas se llenaban de promesas. Si el tiempo era seco venía el



hambre, la pobreza se recrudecía, los niños y sus padres no comíamos más que nopales, quelites o, si acaso, verdolagas, a veces ni con sal. No salía humo de los fogones; las piedras, los *tenamaxtles* permanecían fríos, y el comal y el metate guardados. El hambre en el campo es terrible. En aquel tiempo, las tierras carecían de un sistema de riego adecuado, por lo que casi la totalidad eran de temporal y, desde luego, éstas "perteneían" a los medieros, o sea que el patrón les entregaba estas parcelas para su explotación bajo la condición de la entrega de la mitad del producto final. Al patrón no le iba mal, pues tenía derecho a muchas mitades y en cambio el peón sólo a una.

Además, el mediero siempre tenía deudas con la casa de la hacienda, deudas de semillas para sembrar y para comer cuando le escaseaban; de aperos de labranza y de rentas de animales, etcétera. Además, tenían la obligación de entregar el diezmo a la iglesia, o sea, el 10 por ciento de sus beneficios y las primicias o primeros frutos de plantas y animales. Bien se ve que a esta pobreza le quedaba como perspectiva final la miseria.

Luchar contra la ignorancia era duro, muy duro, pero la lucha contra la mala fe y la explotación era cosa de titanes. Los pequeños asistían a la escuela mal comidos (como sus padres), mal vestidos, llevaban en su mayoría, harapos sucios y mal olientes. La higiene más elemental era totalmente desconocida, y en un tiempo nos proveyeron de vacunas contra la viruela, que aprendimos previamente a aplicar. Esto provocó nuevas versiones acerca de nuestras malignas intenciones, puesto que al rasguñar los bracitos de los alumnos les introducíamos malos espíritus y en la primera experiencia, las madres les limpiaron la linfa. ¡Así fue la lucha!

Los útiles nos los proporcionaban en la inspección de la zona, y sólo por ser gratuitos eran de una calidad casi nula. Pero así y todo pudimos continuar usando aún las anticuadas y antihigiénicas pizarras. Los pequeños las limpiaban con saliva y por nada en el mundo cambiaban de costumbres.

Los libros, cuando los hubo, eran verdaderas barajas, casi todos muy obsoletos en el sistema de enseñanza y hasta hubo que utilizar el *silabario de San Miguel*. En esta empresa no se podía poner uno sus moños. Enseñar a leer y a escribir era la primera meta, después venían las operaciones aritméticas fundamentales y así se iba avanzando muy poco a poco.

*Poco a poco* era el nombre de un texto de lectura que por aquel entonces había. Era obligación del patrón de la hacienda proveer estos textos a la escuela, y es seguro que la última vez que lo había hecho fue al empezar el gobierno de Porfirio Díaz.

La Secretaría de Educación Pública nos envió algunos libros que me entregaron en una caja de madera cerrada con clavos, que yo me llevé a la hacienda sin abrirla siquiera. Al llegar, cuál no sería mi sorpresa al encontrarme parte, o quizás toda —no lo sé—, la colección de libros que editó don José Vasconcelos durante su gestión en Educación Pública. Ya podrán imaginar cuál pudo ser la ayuda que me prestaron en aquel medio rústico la presencia de Dante, Platón, Tagore. Sólo mi hijo mayor, con 10 años de edad entonces, se convirtió, gracias a ellos, en un vicioso de la lectura.

El dueño de la hacienda, don Manuel Yzita y Septién —así de importante—, un hombre de tradición terrateniente con propiedades en los Estados de Guanajuato y Querétaro, a quien habían dado estudios en Roma y con inclinaciones marcadamente religiosas. Los campesinos ponían sus manos como estribos para que montara en su caballo, no sin antes saludarle con el sombrero en las manos y besando la blanquísima mano del amo en señal de respeto y sumisión. Don Manuel, o mejor dicho “el niño Manuelito” para la peonada, no veía la menor contradicción entre su profundo espíritu cristiano, y estos actos de servilismo fuera de época.

Este amo, don Manuel, fue padrino de primera comunión de mi hijo mayor, y esto hizo que las relaciones entre la escuela y el patrón fueran buenas y hasta nos diera su protección, gracias a la cual no fuimos víctimas de los cristeros, ni aun cuando en una ocasión nos apresaron, como sucedió cuando íbamos en el fortingo del comerciante don Chon Correa rumbo a San Luis —este don Chon era un mercader que “hacía plaza” en Santa Ana y tenía el puesto de mayor importancia; más tarde fue muerto por las fuerzas federales por ser traficante y espía de los facciosos.

Ir a San Luis era toda una odisea por aquellos caminos de Dios, hechos de polvo finísimo en tiempo de secas o de barrizales en las lluvias, sin mencionar que en tramos había que bajarse del vehículo para que éste pudiera avanzar por el accidentado terreno. La pasión de don Manuel eran los carruajes antiguos, los perros y los caballos. Así, contaba la hacienda con un buen número de cocheras, en donde, se guardaba toda clase de carruajes, carrozas, volandas, cabriolas, etcétera, en magnífico estado de conservación, de ahí que se nos prestara un carricoche viejo para ir al pueblo de tiempo en tiempo.

En la casa de la hacienda circulaba la servidumbre con un aire conventual, que bien convenía al carácter del amo, y una jauría de perros Gran Danés cercaba al señor. Para su alimentación se mataba especialmente una res; los caballos comían avena con huevo y leche. Así pues, los ‘animalitos’ del amo comían 100



veces mejor que cualquier otro ciudadano del lugar. Ni hablar de las comodidades y el lujo de la casa grande, que contaba con salón fumador anexo a su sala de billar. Las paredes ostentaban el adorno de cuadros con grabados de equitación o vistas de ciudades europeas, y los pasillos del patio principal tenían estatuas de bronce tamaño natural. Los pilares que enmarcaban la puerta principal de la hacienda, estaban rematados por dos toros de tamaño natural metálicos y en actitudes muy plásticas.

Así, en contraste doloroso existían las viviendas de los peones, medieros o como se les llamara, que eran jacales de zacate o de pencas de maguey, en los que todo era útil para todo y el lugar servía para cualesquiera de los usos domésticos imaginables o posibles. Así era cocina por los fogones, recámara por los petates, sala por los bancos de tres patas, pequeños muebles de mezquite. Este ambiente servía para nacer, para amar y para morir, para sufrir siempre. Ahumados, pestilentes, oscuros, con pisos de tierra apisonada y llenos de chamacos panzones por los bichos intestinales, a quienes, allá en eso ranchos se les llamaba "éticos", los jacales también servían para guardar animales domésticos.

Los niños, cuando más, tenían dos mudas de ropa, que poco a poco se fue tomando la costumbre de lava con frecuencia, al igual que la de sus padres. Los mayores contaban con ropa para asistir a la misa (cuando había) e ir al tianguis o al mercado del pueblo, para lo cual se organizaban verdaderas caravanas de romeros, que podrán ser coloridas y hasta bellas para los folkloristas, pero que encierran un sentido de pobreza terrible. Al entrar al pueblo se hacía un alto para que las mujeres se pusieran sus zapatos de charol, unos zapatos de castigo, pues por estar acostumbradas a caminar descalzas, las pobres caminaban por las empedradas de San Luis como 'pollos espinados'. Los hombres se ponían sus pantalones de mezcilla pues había pena de cárcel para el que no lo hiciera así.

Asistí a dos trabajos de las Misiones Culturales, el primero en San José Iturbide y el segundo en San Felipe Torres Mochas. Ambas fueron experiencias de gran importancia, y desde luego un gran esfuerzo del gobierno de la República por poner, en lo posible, al día en las técnicas y la información sobre la enseñanza a aquella tribu de improvisados, que éramos la mayor parte los profesores rurales federales de aquellos tiempos, pioneros en el estirón cultural de los años 30, en que todos los caminos eran de ruptura, eran caminos que empiezan de cero.

En San Felipe fuimos sitiados por los cristeros y de verdad fue un sitio con todas las de la ley. Nos encerramos en un cerco de fusiles que sólo después de una semana y algo más, fue roto por

los soldados de nuestro glorioso ejército nacional, y que ya a esas alturas empezábamos a tener el hambre y la sed en nuestra contra. No quisieron pensar lo que hubiera ocurrido si llegan a tomar la plaza.

En San Luis ya habían dado muestras de su sadismo estas fieras fanáticas. Engañados o no, luchadores por su fe o no, eran bestiales en su proceder. Un buen día salió un grupo de prostitutas con sus hijos de paseo al campo, y allá, en la fiesta, fueron sorprendidos todos y masacrados. Los sobrevivientes regresaron a la ciudad conducidos por los soldados sobre angarillas y sus cadáveres —mutilados y dantescoamente burlados por estos enfermos—, incluían hasta el cuerpo del perro. Los seres humanos y el perro traían unas "carrilleras" de espinas de maguey, amén de los sexos masculinos de los niños en las bocas de las mujeres.

En San José no hubo incidentes, y fuera de que a mi hijo mayor se le metieron en el pelo, indomable entonces, las abejas que defendían su panal de los pelotazos del niño, nada pasó, y sólo nos encontramos con el horrible espectáculo de los compañeros denarizados, desorejados, o sin planta del pie, que habían sufrido el ataque de aquellos felones, que se cebaban en víctimas armadas con un lápiz o un libro, frente a sus fusiles y caballos.

La lucha fue desigual, pero fue nuestra la victoria. Hoy México, mi patria, está cruzada por caminos de pavimento y veloces vehículos los usan; la patria ya no tiene pueblos alumbrados con velas o aparatos de petróleo, ya quedan pocos analfabetos, ya existe el teléfono como uso ordinario —por aquel entonces muy pocos lo podían usar—, hay aviones, escuelas, miles y miles de escuelas. Existe la radio, ahora tan popular, las televisiones, las bicicletas han desplazado al burro, y en fin, hay un progreso que apenas algunos soñaron en ese tiempo.

Se han ido aquellas zozobras gracias al cielo, los nubarrones son otros y también los superaremos.

Aquellos días amargos del principio, en que el pedazo de tela ahulada del pizarrón tenía que sujetarse al muro de adobes —cuando ya lo hubo— con espinas de maguey, por no haber clavos, ya pasaron. Esa noche negra de amenazas sotaneriles se ha ido esfumando. Los días de compartir los frijoles sin sal ni tortillas ya se han ido, y espero que sea para siempre.

Uno de aquellos Sábados de Gloria, quizá por la vieja costumbre, oímos "abrir la Gloria" y a nadie en la hacienda le extrañó la cohertería. Debe haber sido el cansancio de tener los nervios tensos como cuerdas de violín. Pero a nadie le dio aquel ruido mala espina, y aquella "esquitera", había sido una batalla. El saldo: el guía muerto. Venía en ramas que lo hacían parecer estar jugando. Recostado en aquel plano inclinado que jalaba su caballo en-



tre las ramas de pirul, parecía una imagen sagrada, como aquellas que en las peregrinaciones sacaban a pasear por los sembradíos para pedir la gracia de la lluvia, solicitar que no se sobrepasara ésta. Los niños revolotearon tras el cadáver que iba rumbo a la casa de la hacienda, donde estaba el cuartel, y después al irse dando cuenta del drama, se iban caminando serios, callados tras aquella procesión funeraria que de algún modo se había vuelto cotidiana, y que sólo por tratarse de un día de fiesta habíamos olvidado.

“¡Qué viva Cristo Rey... y echen pa cá ese buey!” “¡Qué viva la Virgen Santa.. y echen pa cá esa pieza de manta!”, gritaban aquellas chusmas armadas que sembraron la destrucción y el crimen por aquellos lugares. La educación laica estaba satanizada. El diablo llegaba en forma de organizaciones agrarias y obreras; los maestros, y creo que todos los trabajadores al servicio del Estado, tuvimos nuestros carnets del Partido Comunista, con una hoz y un martillo estampado en su portada roja, de un rojo de sangre. Todos fuimos pues, comunistas por decreto, ya que creo que ninguno o muy pocos sabían lo que aquello significaba.

Vinieron los cambios que hicieron al México moderno, al nuevo México: la expropiación petrolera, el reparto ejidal, la creación de cooperativas en la ciudad y en el campo, todo parecía apuntar a una nueva sociedad. Una sociedad de los pobres, una sociedad de justicia para los explotados, y el cambio se hizo...

Hoy nadie creería que los caminos de la patria fueron tan escabrosos e inseguros; pero así es todo, el principio es motivo de un gran esfuerzo doloroso y sobrehumano. Yo sólo aspiro a que las nuevas gentes sepan que aquí estamos como ayer, los pocos que quedamos, y que a pesar de tener los huesos viejos, el pulso tembloroso y la vista demasiado corta, tenemos aún la decisión firme, el espíritu templado en aquellos avatares, y bien dispuesto para hacer el esfuerzo que nos exija la nueva patria. No es tarde. Nunca lo es para servirla.

Esto ha sido un diálogo más con el recuerdo, con aquellos días de esfuerzo y lucha denodada en que se debatía el futuro frente al repugnante monstruo reaccionario y retrógrado. Nuestro trabajo fue intenso y de algún modo fructífero. Sólo quiero dejar un humilde testimonio, sin ambiciones de lauros ni trofeos, de lo que fueron aquellas acciones tan desnudas de poses heroicas, tan humanas y hasta cotidianas en que nos desenvolvíamos los “maestritos” rurales federales del artículo 123. Nadie sabe, nadie sabrá cuántos cayeron ante la ciega acción latrofaciosa. Nadie sabe, nadie podrá saber nunca, cuántas lágrimas, miedos, trabajos, esfuerzos costaron el poner las primeras piedras de la educación en el México posrevolucionario.

Vaya, pues, este memorial como homenaje a los compañeros caídos en esa lucha tan fructífera y que entonces parecía vana. Vaya para todos los que con 30 pesos al mes que se nos pagaban, vivíamos aquellos días de goces risueños y hasta infantiles, y también de repudio a aquellas negruras de sotanas y lutos de hermanas de María. No hay palabras para hablar de esos comienzos. Esto sólo es un gesto de miedo, de impotencia para expresar aquellos hechos.

En los años 50 obtuve el tan aplazado título de maestra a través de los cursos de regularización; lo obtuve cuando ya los hechos me habían hecho profesora ante grupos de niños y adultos obreros, campesinos, mineros, en fin, los hombres de ayer y hoy. Me recibí después de que lo habían hecho mis cuatro hijos.



## Mi participación en la gesta educativa

*José Sánchez Jiménez*

Y se lanzó la bola

*Error absurdo.* El 1 de septiembre de 1931 el profesor se presentó a desempeñar sus funciones como maestro rural de circuito en la ranchería de Charco Azul, Municipio de Asientos, Estado de Aguascalientes.

Charco Azul era una pequeña comunidad de población muy reducida que, tal vez por eso, mantenía fuerte cohesión de grupo. Tenía muchos deseos de progreso y bienestar, y quería entrañablemente a su humilde y rústica escuelita y, desde luego, a su profesor.

Enclavadas en la falda de una elevación del terreno, apenas unas 20 casitas formaban una sola calle. Entre ellas estaba la escuela, improvisada en un cuarto de adobe de dos y medio metros de frente por cuatro de fondo. Más allá, la casa del profesor, también de adobe pero más pequeña que la escuela, con puerta de tablas viejas y piso de tierra. Adentro había un viejo catre con un raído colchón encima y nada más de ropa de cama.

Como en casi todos los ejidos, la Secretaría de la Defensa Nacional mantenía en Charco Azul a un grupo de campesinos armados a los que se designaba Defensa Rural y cuya misión era defender al ejido de las agresiones de sus enemigos. Integraban la Defensa Rural un comandante, un subcomandante y nueve rurales o soldados.

Era comandante de la Defensa Rural de Charco Azul el señor Julio Macías, y subcomandante su primo, Bartolo Macías.

Bartolo era totalmente analfabeto e ignorante y, por lo tanto, muy sugestionable. Irascible, agresivo y antisocial, mantenía atemorizada a la comunidad con el mito, urdido por él mismo, de que era un consumado "matón".

Comenzaba el mes de septiembre. Los habitantes de Charco

Azul recibieron con júbilo a su maestro y desde ese preciso momento lo colmaron de todo género de atenciones.

Para el profesor fue fácil promover y lograr que Charco Azul viviera su mejor época de progreso socioeducativo. Durante dos años y medio hizo participar a toda la comunidad en actividades culturales. Llenó la escuela de niños en edad escolar y aun menor; a los jóvenes los organizó en equipos deportivos y atléticos, y llevó a cabo muchas exhibiciones y encuentros formales. A hombres y mujeres de edad madura los hizo asistir diariamente a la "nocturna" para que aprendieran a leer, escribir y hacer algunas operaciones aritméticas. Hizo convivir más y mejor a las familias, organizando horas sociales.

Ir a la "nocturna", como ellos decían, eran momento gratos, no de martirio. A las clases de la nocturna asistían, entre otras muchas personas, casi todos los de la Defensa Rural.

El profesor era, a la vez que maestro, consejero voluntario de las autoridades y de los hombres y mujeres con problemas. Era el licenciado que defendía las causas nobles y justas; el médico que curaba lo mismo el cuerpo que el alma; el juez que impartía justicia; el sacerdote que rezaba el rosario con la ayuda de algún libro que se le prestaba por allí. También era el ingeniero que deslindaba terrenos y aconsejaba técnicas agropecuarias avanzadas; era, incluso, el secretario de todo enamorado, el alcahuete de los muchachos. Escribía la carta amorosa de *él* para *ella*, lo mismo que contestaba la no menos amorosa misiva de *ella* para *él*. El profesor todo lo sabía, todo lo podía, todo lo hacía; era un todólogo.

En sus años de estudiante, por simple gusto, el profesor recibió algunas clases de florete, y ahora que era el maestro de Charco Azul corría la fama por toda la región de que sabía esgrima, lo que despertó el interés del nefasto Bartolo Macías. Dada su característica de "buscabullas", quería adornarse y aprender ciertas habilidades que hicieran crecer más su prestigio, lo que nunca pudo lograr por sus antecedentes. Pero el profesor nunca accedió a enseñarle nada de florete o de sable.

El trato siempre amable del profesor, dado por igual a chicos y grandes, hombres y mujeres, logró ganarse el cariño del pueblo y pronto se volvió un prototipo, un ídolo al que colocó en pedestal especial.

La educación en el pequeñísimo Charco Azul "caminaba sobre ruedas". Pero un día, un "envenenado de la mente", visitante en la población, trajo la novedad de que el gobierno del general Cárdenas implantaba la escuela socialista y agregó una serie de aberraciones tan estúpidas, que verdaderamente azoraban a la gente de Charco Azul. Decía que los profesores iban a mandar a



los niños a México, y que de allí el gobierno los enviaría a Rusia para matarlos y con ellos hacer jabón y otros productos.

Era el tercer año de grata convivencia y firmes pasos hacia el progreso de la comunidad. Pero se interpuso una mente criminal, muy conocida por cierto, y el pueblo reaccionó esta vez desfavorablemente contra la escuela y su maestro. Envenenado de la conciencia, el pueblo empezó a dudar de su ídolo. La gente se dividió en dos grupos: los que disentían y los que apoyaban a la escuela. El profesor se vino abajo del pedestal; se le acusó de comunista, enemigo de Dios, de la religión y de la Iglesia.

Entonces, Bartolo, el ignorante subcomandante de la Defensa Rural, aquél que no pudo conseguir que el profesor le enseñara a esquivar y asestar golpes con sable o machete, sintió llegado el momento de su venganza y, aprovechando la eferescencia del país, con el pretexto de la escuela socialista, urdió la venganza a su manera: asesinato.

Escudado en las horas de una noche de plenilunio, con el rifle que el gobierno le confió para defender el ejido, fue a la casa del profesor; sabía exactamente el lugar donde dormía y, cuando llegó allí, tras la puerta cerrada, disparó la carga del rifle. Pero las balas hicieron impacto en la cama vacía, porque el profesor disfrutaba de una boda en la vecina hacienda de Cruz de Lobato.

Una vez consumada la fechoría, el frustrado asesino, quizá midiendo su responsabilidad, huyó del rancho y prometió pronto volver por la cabeza del comandante de la Defensa Rural, su primo Julio, que se declaró en favor de la escuela y del profesor. Y se lanzó a la bola, se unió a una gavilla de asaltantes que merodeaba por los alrededores, robando y asesinando personas importantes e indefensas.

Y desde esa fecha, previendo que pudieran cumplirse las amenazas del tal Bartolo, los alumnos y el maestro de la nocturna de Charco Azul asistieron a clases llevando, además de libro, cuaderno y lápiz, un rifle y unas cananas repletas de balas.

A Bartolo jamás se le volvió a ver. Luego se dijo que fue acbillado por las balas del gobierno en un enfrentamiento con las tropas regulares que se destacaron en su persecución.

Conocida esta situación en la Dirección de Educación Federal del Estado, tal vez para evitar una verdadera tragedia, se dispuso el cambio del profesor a la Escuela Rural Federal de Caldera, donde fue a dar fin a las labores del ciclo escolar.

## Los mismos de siempre

*Octubre trágico.* Al iniciarse las labores del periodo lectivo 1935-1936, el profesor fue comisionado como ayudante a la escuela rural de San Francisco de los Romo, municipio de la capital, con el profesor Belisario Munive como director y una maestra más como ayudante.

San Francisco de los Romo era y sigue siendo una comunidad semiurbana de población muy numerosa y fervorosamente católica. Era uno de los lugares "problema" en los que las actividades educativas no prosperaban en aquellos años.

El quehacer educativo iba de mal en peor en esa población exageradamente conservadora debido al reciente aviso oficial de que la educación se declaraba "socialista". Los niños dejaron de asistir a la escuela y la población, en su totalidad, le mostraba su repudio en cada una de las manifestaciones. Había hostilidad hacia los maestros y la escuela.

En septiembre de 1935, cuando se iniciaron los trabajos, los maestros, que ya sentían en carne propia las dificultades que provocó el problema, decidieron buscar, hasta encontrar, las estrategias adecuadas para enfrentar la situación.

¿En quién apoyarse para lograr un avance siquiera mínimo? La autoridad municipal estaba abiertamente en contra del funcionamiento de la escuela socialista; las autoridades agrarias, por su "parentesco con el gobierno", estaban totalmente minimizadas; a la iglesia era imposible plantearle el problema. La población, toda, deseaba arrojar de su seno a maestros y escuela.

La estrategia adoptada señalaba dos caminos: el sector ejidal, como beneficiario reciente de la dotación de tierra, y el juvenil, por su empuje, amor a los deportes y nuevos criterios.

Para los ejidatarios se abrió la escuela nocturna. Se emprendió intensa campaña para sensibilizarlos y hacerlos asistir a clases. Se logró una reducida inscripción; pero, aún así, fue un triunfo dentro del asfixiante ambiente antigubernista.

Con la juventud, se organizaron varios equipos deportivos, principalmente de beisbol.

La escuela no tenía edificio propio; se había improvisado en una bodega ubicada en la esquina de calles céntricas. El salón era bastante desproporcionado: de cuatro metros de frente por 25 de fondo. La puerta estaba en el frente y había cuatro ventanas rústicas en el costado que daba a la calle. Todo el mobiliario eran unos desvencijados pupitres y un librero de madera en estado de deterioro muy avanzado. Nada más que le diera apariencia de institución educativa.



En la esquina contigua se levantaba la iglesia católica, contrastando en todo con la miserable escuela. Extensos y floridos jardines circundaban un edificio gigantesco, con una enorme puerta de dos hojas en el frente, y en los costados grandes ventanales de vistosos vidrios multicolores. Adentro todo era magnificencia. Profusión de adornos dorados; numerosas y cómodas bancas para asiento de los asistentes.

Esas dos esquinas y sus respectivos edificios fueron el marco físico en que sucedieron acontecimientos muy significativos.

Pues bien, allí se instalaron aquellos maestros rurales dispuestos a desempeñar sus funciones de la mejor manera.

Era la época de mayor efervescencia en el país, motivada por el rechazo a la educación socialista pregonada por el gobierno. Era la época de los maestros "desorejados" y de las maestras "mancilladas, ultrajadas y cercenadas de los senos". Época en que el maestro rural dormía en la comunidad sin estar seguro de despertar con vida. Era la época en que los asesinatos de maestros rurales se sucedían en cadena. Y ahí estaban los maestros, sabiéndolo y esperándolo todo.

En cada entidad federativa aparecía un cabecilla. Aguascalientes tuvo el suyo (azote de los maestros). Zacatecas, Jalisco, Guanajuato, también. Muchos pueblos tuvieron tan degradante "privilegio".

Conforme con la estrategia señalada con anterioridad, desde su llegada a San Francisco, el profesor, experto en las manifestaciones atléticas y deportivas —fue campeón estatal en carreras de 100 metros planos y salto de longitud—, hizo hasta lo imposible por ganarse a la juventud, porque sabía que si lo lograba sería fácil la conquista de la población entera.

Después de un mes de labor constante con un grupo de jóvenes, se integró un flamante equipo de beisbol y un magnífico campo de entrenamiento limpio de maleza, nivelado, rastreado y pintado debidamente. Se había ganado una batalla, aún no la guerra.

En la escuela nocturna se inscribió un pequeño grupo de ejidatarios con los que se estuvo trabajando normalmente.

Todos los días, cuando la clase terminaba, se recomendaba a los alumnos que guardaran sus cuadernos y sus lápices, y que descansaran un poco mientras enfriaban su vista. Ellos lo hacían, sacaban un cigarrillo, lo encendían y fumaban mientras comentaban los sucesos del día. Luego, pausadamente, iban abandonando el salón para retirarse a sus casas.

Un día de la última semana de octubre de 1935, la escuela se abrió para los ejidatarios. Asistieron en menor número que de

costumbre. Cuando se anunció la terminación de la clase, los ejidatarios, visiblemente nerviosos, se apresuraron a guardar sus útiles sin enfriar la vista, sin fumar el cigarrillo ni comentar las novedades del día; salieron con premura y se alejaron del salón. Eran las diez de la noche. La actitud de los campesinos causó extrañeza a los dos maestros que los atendían.

—Ya que los señores se fueron tan de prisa, vamos haciendo las estadísticas del mes —dijo el director a su ayudante.

—Sí, profesor, sólo déjeme venir de afuera. Voy a hacer una necesidad, la más elemental.

El profesor salió a la calle, atisbó para cerciorarse de que no había persona alguna a lo largo de ambas calles y sólo advirtió que del entreabierto portón de la iglesia salía un rayo de luz que a medias iluminaba un tramo de calle. Por lo demás, la noche era totalmente oscura y el silencio profundo; no se advertía la presencia de un solo ser humano. Dio vuelta a la esquina e hizo su necesidad.

Mientras tanto, el director de la escuela sacó del librero su máquina de escribir, colocó el papel y se dispuso a trabajar.

El profesor regresó al salón. Apenas había penetrado unos cuantos metros, cuando intempestivamente irrumpió en aquel callejón sin salida una muchedumbre como de 50 ó 60 individuos, en su mayoría mujeres, armados con piedras, palos y machetes.

La forma atropellada en que entraron y los gritos insultantes que proferían, hicieron del lugar un auténtico manicomio. Aullaban los más soeces improperios, los insultos más graves. Vociferación inaudita.

“Queremos que se larguen mucho a la...” “Encueren a su... madre, comunistas...”

Y uniendo la acción a la palabra, se precipitaron hacia los indefensos profesores que no les hacían otro mal que el de tratar de redimirlos de la ignorancia. En pocos minutos, las dos víctimas eran una sanguinolenta masa que trataba de esquivar otro más de los golpes de aquella turba enloquecida.

En la confusión, el instinto de conservación hizo correr al profesor hacia el librero, donde por la tarde del mismo día había guardado una pistola que en “préstamo” había cambiado por la suya, en óptimas condiciones. Esta era casi inservible para una emergencia, pues para cortar el primer cartucho era necesaria la fuerza de un gladiador.

Cuando el profesor tomó del librero el arma, ya la sangre bañaba su cuerpo entero, de la cabeza a los pies. La punta de un machete que dio al mismo tiempo que un garrotazo en su cabeza,



“pajuelió” en ella y, de no ser por el palo, se la hubieran partido en dos. La sangre, a borbotones, le obstruía ojos, nariz y boca, dificultando ver y respirar.

Con aquella pistola casi inservible, el agredido apuntaba a la muchedumbre sabiendo que no podía disparar por falta de “cartucho cortado”, pero la “manada”, que ignoraba esto, temiendo el disparo, se replegaba atropelladamente. Unos sobre otros haciendo campo para que el herido avanzara unos cuantos pupitres, pues iba saltando sobre ellos rumbo a la única salida. Pero al llegar casi a la puerta, apareció una joven robusta y alta que, oponiéndose a la salida del profesor, gritaba: “No lo dejen salir, no lo dejen, mátenlo”.

El profesor, en plenitud de facultades (aunque en el momento un tanto mermadas por los acontecimientos), haciendo un esfuerzo más, se lanzó contra la intrusa y de tremendo par de patadas en el pecho la arrojó al suelo y cayó sobre ella, para luego levantarse e iniciar su carrera salvadora.

Al pasar frente a la puerta de la iglesia, que todavía vomitaba gente armada de palos y piedras, un ladrillazo alcanzó al fugitivo, haciéndolo caer de bruces para levantarse de inmediato y seguir su carrera hacia la vida.

La agilidad de la juventud, la condición física del maestro, el temor que le infundía la turba sedienta de sangre humana, hicieron que pronto los dejara muy atrás en la carrera; llegó hasta donde ya no podrían alcanzarlo y donde apenas se escuchaba el aullido de impotencia.

El perseguido se dirigió al campo de beisbol recién acondicionado para la sana recreación de la comunidad. Orientándose, se dijo: “Atrás de los filders central e izquierdo hay una cerca de alambre de púas, después un maizal ya seco, luego, la vía del ferrocarril México-Juárez. ¡Mi salvación!” Y allá encaminó sus inseguros pasos, faltos ya de la vitalidad necesaria, que se le escapaba minuto a minuto con cada una de sus gotas de sangre.

Traspuso las alambradas de púas y se internó en la milpa seca. En su precipitada carrera, cayó en una zanja, afortunadamente de poca profundidad y escasa agua, de la que salió para proseguir hacia la vía del ferrocarril, pero su deterioro físico ya no se lo permitió y cayó desmayado entre la hierba seca. En el último segundo de lucidez pensó: “Pronto me alcanzará la jauría azuzada y organizada en la esquina contigua a la escuela, aquí acabará todo. Mañana encontrarán mi cuerpo totalmente destrozado por estas fieras infrahumanas”, pensó en la última fracción de segundo que le quedaba de conciencia. Pero no fue así, aún le quedaban reservadas muchas sorpresas.

Al cabo de dos o tres horas, el "muerto" volvió a la vida. Reconstruyó los momentos pasados y se enteró de que fue víctima de un atentado, de un asesinato frustrado. "Los mismos de siempre", se dijo, identificando plenamente el lugar y las personas que se organizaron para perpetrar el crimen. Recordó que llevaba una pistola en la mano y que tal vez estaría en el sitio donde había caído. Hurgó en el suelo oscuro y la encontró. Sacando fuerzas de su necesidad y deseo, con manos y piernas, pudo cortar el primer cartucho, sintió un gran respaldo en el arma y pensó: "Ahora sí, individuo que se pare enfrente, se muere, lo mato."

Traía un suéter negro de cuello alto, empapado en sangre coagulada; se lo quitó y con él se "enredó" la cabeza, que le explotaba de dolor por las heridas. Se encaminó a buscar la vía creyendo, en su desesperación, que si pasaba el tren, lo recogería.

Comenzó a caminar por las paralelas interminables, cuando advirtió que, a mucha distancia, el tren venía hacia él, y se puso a hacer señales para hacerse notar y que el tren se parara. Pero el convoy pasó como bolido sin reparar en la figura humana del caminante.

Como a las cinco de la mañana llegó a las afueras de la estación Chicalote, unos 15 kilómetros antes de la ciudad de Aguascalientes. Observó una tenue y lejana lucecita y se encaminó a ella. Al llegar, se enteró de que era la linterna de un velador que, vencido por el sueño en hora tan avanzada y con el frío otoñal que azotaba calando hasta los huesos, se quedó dormido frente a su linterna envuelto en gruesa cobija.

—Señor, señor, tengo sed, tengo mucha sed. ¿En dónde puedo tomar agua? —le dijo el maestro.

El velador, que dormía profundamente, al levantar la cabeza abrió desorbitadamente los ojos, pues no sabía si aquella visión "era de este mundo o era del otro", según sus propias palabras, pues "tenía enfrente un bulto con una cabezota, todo el cuerpo lleno de sangre y, para colmo, con una pistola en la mano." El pobre hombre sacó una mano de entre sus cobijas, y dijo:

—Allí, allí, en aquel barril. Allí hay agua.

El herido se precipitó al barril y zambuyó la cabeza en el agua aceitosa, para tragar más y más pronto, tal era su deseo de beber.

Pero el velador, resarcido del susto, alcanzó al sediento y tomándolo de los cabellos, dijo:

—No tome, señor, viene muy herido y puede causarse la muerte.

—No importa —contestó el sediento y se entabló una pequeña discusión en la que venció el velador.



—Lo voy a llevar a la sala de espera, luego voy a mi casa para prepararle un jarro de café.

Lo llevó, lo acomodó en una banca de madera y le dijo:

—Voy por un jarro de café, no se vaya, aquí me espera.

La fatiga y la pérdida de sangre hicieron dormitar al profesor por un rato. Se recostó en su brazo izquierdo, que puso como almohada, mientras con la derecha empuñaba la pistola, ahora sí, con cartucho cortado.

—Arriba las manos, hijo de la... —lo despertó una voz desafiante. Dos individuos lo encañonaban, uno con un máuser y otro con una pistola. Junto a ellos estaba el velador, inmóvil, sin pronunciar palabra, con el jarro de café en la mano.

Como el herido no podía levantarse, el del rifle repitió:

—Que levantes las manos o te lleva la...

Al levantarse, el "delincuente" sacó de entre sus piernas la mano con la pistola y, de una sólida patada, lo hicieron arrojarla al suelo.

—Ah, y vienes armao, matón jijo de la...

Lo levantaron y a empujones lo condujeron a la casa del hombre del rifle. Dizque iban a hacer "el parte" para entregar al reo a la zona militar en Aguascalientes.

Garabateado el parte, ensillaron dos caballos y enlomillaron un asno; los caballos para ellos, el asno para el maestro.

Emprendieron el camino hacia la ciudad capital. El adelante, ellos un poco atrás; él especulaba sobre lo que le harían a su persona aquellos que tan mal lo trataban; ellos, sobre la identidad, procedencia y acciones del "asesino".

—Por favor, no me vayan a pegar por detrás —dijo el reo volteando la cabeza, obsesionado porque le aplicarían la ley fuga.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Ora si te humillas y pides favor. ¿No se lo *pedites* a tus *víctimas*, cobarde? —fue la contestación de los de a caballo.

Y siguieron caminado. El preso iba aguzando el oído para captar todo detalle de la plática de sus custodios. Poco después, sorprendió el siguiente diálogo:

—¿Quién será este jijo de la...?

—Pos sabe, ha de ser un ratero al que agarraron con las manos en la masa.

—Sabe si sería un pleito y éste mató'...

—Pue que sí, pos éste "trayía" pistola.

—A la mejor es un cristero jijo de la...

—Pos sabe, a la mejor.

Al detectar esta conversación, el profesor se dijo: "Si éstos se expresan así de los cristeros, entonces son enemigos de ellos; y si

son sus enemigos, son amigos del gobierno, si son amigos del gobierno, pues deben ser amigos míos."

Y haciendo de tripas el corazón, arriesgando el todo por el todo, volvió la cabeza atrás para intervenir en el diálogo.

—No soy cristero, señores, fueron los cristeros quienes me golpearon hasta dejarme casi muerto.

Pareció que a los de a caballo les interesó la intervención, pues espoleando a sus respectivas cabalgaduras, ambos se colocaron a los lados del "preso" para indagar mejor.

—¿Pos quién eres?

—¿De óndé vienes?

—¿Cómo te llamas?

—¿Qué hicites? ¿Matates o robates?

—Soy un maestro rural de San Francisco de los Romo. Anoche nos asaltó un grupo de individuos cuando dábamos la clase nocturna a los ejidatarios. Tal vez a mi compañero lo hayan matado. No pudo escapar como lo hice yo.

Posiblemente creyeron al pie de la letra la acusación, porque de inmediato uno de ellos exclamó:

—Hijos de la... jueron los cristeros de San Francisco, los que a nosotros tantos nos...

—¿Y cómo jue?

—¿Cuántos eran? Vamos a levantar la defensa de Chicalote y nos vamos a San Francisco a ver esos tales por cuales. Usté dice, profesor, ¿nos regresamos?

—No, no es el camino debido —dijo el profesor.

—Pos entonces, ¿qué hacemos, profesor?

—Llévenme a la Dirección de Educación Federal de Aguascalientes, creo que para cuando llegemos ya habrán abierto.

Y desde ese momento todo cambió para el profesor. Los viajeros hicieron un alto en el camino. Bajaron al "preso" del asno y lo montaron en un caballo, cubriéndolo con la mejor cobija y colocando en su maltrecha cabeza un sombrero para guarecerlo del intenso frío de la madrugada. Le pidieron mil disculpas por el trato indebido que le dieron. El vocabulario y tono de la voz de los "captore" cambió radicalmente, se hizo dulce y cariñosa. Sus ojos ya no quisieron encontrarse con la mirada del profesor. Lo aliñaron, sacudieron su ropa llena de polvo y basura, retiraron toda la sangre coagulada que pudieron y reiniciaron el camino hacia la ciudad.

El horizonte comenzaba a teñirse de rojo por la proximidad del sol, auyentando los negros nubarrones de una noche tormentosa e interminable. La pesadilla que se prolongó por ocho horas consecutivas había terminado definitivamente.



A las 11 de la mañana el profesor estaba atendido total y debidamente de sus múltiples heridas.

Casi a la misma hora, fuerzas del ejército y un buen contingente de policías de la ciudad tenían repleta la cárcel con una redada que hicieron de "medio" San Francisco, para las investigaciones del caso y las sanciones correspondientes.\*

### Ojo por ojo y diente por diente

*Falta de tino.* Recién había ingresado como maestro de la Misión Cultural número 26, procedente de la Dirección de la Escuela Primaria Licenciado Benito Juárez, de Estación Pabellón, Aguascalientes, hoy cabecera municipal de Pabellón de Arteaga, cuando llegó el inspector de Misiones Culturales para realizar visita de supervisión.

El señor inspector era el clásico capitalino de traje y corbata. Tal vez fuera un conocedor teórico de las ciencias de la educación, pero desconocía cómo aplicarlas en el medio rural; y más aún, poco sabía de las actividades de una Misión Cultural, que tiene sus objetivos y metodología muy propios.

Por su físico, era muy semejante al *caballero de la triste figura*: alto, delgado, casi diríamos que seco. Dejaba ver en su rostro enjuto, como máscara de fruta exprimida, la dureza de su carácter.

Llegó avanzada la tarde, y por la noche ya nos tenía reunidos en la jefatura de la Misión, porque "quería hablarnos". Pero resultó que la plática se convirtió en una soberana regañada cuyo motivo o razón ninguno de los presentes se explicaba, pues el funcionario aún no conocía el resultado de nuestro trabajo, no estaba informado aún de las actividades.

En nuestro concepto, el maestro era injusto, no le asistía ninguna razón para semejante baño de recriminaciones.

Al finalizar "tan amable plática", el señor dijo: "Estaré aquí los días que sean necesarios para visitar todas las comunidades de la zona y conocer detalladamente lo que hacen. Mañana a las ocho de la mañana nos reuniremos aquí mismo para iniciar el recorrido. Ustedes determinan por cuál comunidad comenzamos, a fin de recorrerlas todas, una cada día."

Dio por terminada la reunión y se despidió con un seco "Buenas noches".

\* En la Hemeroteca Nacional de la ciudad de México, en el periódico *La Prensa* del día 29 de octubre de 1935 puede encontrarse el testimonio del suceso narrado aquí.

Con 15 comunidades como zona de trabajo, la presencia del señor inspector se prolongaría demasiado, y para nosotros no era muy cómodo soportar un trato como el que inicialmente nos dio, por lo que cuando se retiró de la reunión, comentamos la "plática" y tomamos los acuerdos necesarios.

—Los que tienen bicicleta se van en ella, pero es necesario conseguir caballos para el señor inspector, para las maestras y para los que no tenemos otro medio de transporte —ordenó el jefe de la Misión, profesor Vicente Moreno Vázquez.

—Yo creo —intervine— que para que vayamos juntos es mejor que lo hagamos a pie.

Se deliberó un poco y al fin la proposición fue aceptada. A las ocho de la mañana del día siguiente, todo el personal de la Misión esperaba al inspector para emprender el camino.

Al llegar al funcionario, preguntó:

—¿Por dónde iniciamos?

—Por San Luis de Letras —respondimos casi en coro.

—¿En qué nos vamos?

—A pie, no hay otro medio.

Emprendimos el camino hacia San Luis de Letras, comunidad distante tres kilómetros y medio del centro de operaciones. Llegamos un tanto cansados, pero el señor inspector cayó totalmente rendido.

Pidió el funcionario que tratáramos de reunir algunas gentes porque quería hablarles. "Como no les hable como a nosotros", nos dijimos con la mirada y salimos en busca del auditorio para el inspector, casi desfallecido por la edad y por el camino que se vio obligado a recorrer.

Al cabo de una hora o poco más, reunimos en el salón de la escuela rural —cuyo único maestro era el actual embajador de México en Cuba, profesor Enrique Olivares Santana— a unas 30 personas.

El inspector disertó sobre lo que son y hacen las Misiones Culturales así como cuál era el objetivo de mandarlas al campo mexicano. Cuando terminó, agradeció a los asistentes su presencia, se despidió de ellos y dispuso el inmediato regreso al centro de operaciones.

Al llegar a Pabellón, antes de disolver la comitiva, citó a los misioneros para las ocho de la noche, para una segunda reunión en la Jefatura de la Misión.

En esta segunda "plática" en la que esperábamos la regañada elevada a la "enésima potencia", el inspector dijo secamente:

"Por instrucciones superiores, debo regresar inmediatamente a la ciudad de México. Tomaré el tren de esta misma noche. En



otra ocasión visitaremos las 14 comunidades que nos restan. Hasta luego.”

Y salió con la fatiga reflejada en sus pasos.

¡Oh, milagro! ¡Oh, resultó! Sentí remordimiento. Es que cuando propuse que todos fuéramos a pie a Letras, sin poder olvidar la regañada que nos dio sin motivo, repetía en mi interior: “Condenado viejito, hay que cansarlo para que pronto se regrese a México y nos deje en paz.”

## El bello durmiente

*Irresponsabilidad.* La Misión Cultural número 26, recientemente ubicada en Rincón de Romos, Aguascalientes, “estrenaba” jefe.

Este señor no era muy afecto a caminar, no era partidario de gastar mucho sus zapatos. No le gustaba recorrer la población donde estaba el centro de operaciones de la Misión, mucho menos la zona de trabajo. Ni siquiera le agradaba pasear por su propia casa. Sin estar enfermo de las piernas o de otra parte de su robusto cuerpo, no daba paso alguno ni por su cuarto de dormir. Le encantaba permanecer en la cama la mayor parte del día, porque de la noche ni hablar.

Diariamente nos presentábamos a recibir órdenes en su casa, formando círculo alrededor de su cama, donde permanecía acostado mientras distribuía sus equivocadas disposiciones. Al parecer, no tenía la más mínima idea de la existencia de un programa de trabajo. Sus disposiciones eran una continua aberración.

En cierta ocasión tuvo la peregrina idea de llevar a cabo una kermes con el propósito de recaudar algunos fondos con qué hacer frente a las necesidades del trabajo.

Todos los misioneros, alrededor de su cama, oíamos sus disposiciones sin interrumpirlo. Se proponía que cada misionero construyera un “puesto” de carrizo, forrado con papel periódico, pegado con engrudo, en donde se vendieran los menesteres de una kermes.

Era el tiempo de los fuertes ventarrones, y los que conocíamos las condiciones atmosféricas de la región, opinábamos que no era propicio el tiempo, que la furia de los vientos podría echarnos a perder el esfuerzo. Si el fenómeno se presentaba, fácilmente podía llevarse las construcciones, dado su poco peso y gran volumen. Si esto sucediera, nuestro prestigio (mínimo por cierto) se iría mucho más abajo del nivel en que se encontraba, pues era manifiesto el desprecio del pueblo hacia la Misión Cultural.

El jefe de la Misión no creyó acertados nuestros puntos de

vista e impuso su autoridad y criterio. Ordenó tajantemente que la kermes se planeara debidamente y así se hizo.

"Yo voy a hacer el cuerno de la abundancia", dijo un maestro. "Yo un nido de pájaros, por si volamos", agregó otro.

El día señalado llegó y, como por arte de magia, el temido ventarrón se presentó con toda oportunidad.

El micrófono a todo volumen anunciaba el acontecimiento. Los puestos estaban abiertos y con sus menurjes en exhibición, cuando comenzó el fuerte viento a penetrar en ellos con furia huracanada. En pocos minutos los "puestos" andaban no por las nubes, sino por las copas de los altos y frondosos árboles del jardín municipal.

El pueblo, reacio a la acción misionera, encontró la ocasión propicia para mofarse de la institución. Las carcajadas de los presentes no se hicieron esperar. Nuestra profecía se cumplió al pie de la letra: la Misión Cultural hizo el ridículo, como lo previmos algunos.

Al día siguiente, el jefe de la Misión nos reunió alrededor de su cama, pero no para distribuir las ganancias, como nos dijo la primera vez, sino para repartirnos las pérdidas, porque todo fue conseguido a crédito y había que pagarlo todo.

## Como ratones frente al gato

*Hostilidad.* Palo Alto es la comunidad más densamente poblada de la región de El Llano, en el Estado de Aguascalientes. Es el centro reactor adonde acuden todas las rancherías de la comarca para sus transacciones comerciales. Allí se instaló la Misión Cultural número 26 en el año de 1953.

El profesor Juan Jiménez Castellanos, inspector de Misiones, había ido personalmente a "entregar" la Misión al pueblo, a instalarla e iniciar las labores.

Por razones de la época y de la creciente reforma al artículo 3 constitucional, la población era reacia a nuestra presencia; así lo manifestaba minuto a minuto y lo ratificaba día con día.

Después de algún tiempo de estar hablando con todo tipo de autoridades, municipales, ejidales, eclesiásticas, educativas, etcétera, porque los líderes naturales encabezaban el repudio, el profesor Jiménez Castellanos determinó convocar a una reunión general de vecinos, con la esperanza de lograr que la gente de Palo Alto comprendiera el propósito de la superioridad y aceptara a la Misión en su seno.



Se llevó a cabo la reunión y a ella concurren más personas de las previstas, lo que causó desconcierto y temor entre nosotros por los antecedentes ya conocidos.

En un salón bastante espacioso de lo que fuera la casa grande de la hacienda, se congregó la población. Allí estábamos, en el fondo del salón, como *ratones frente al gato*, ante una multitud que nos insultaba y amenazaba con su sola mirada.

En un costado del salón, un grupo como de 20 mujeres, de edad madura y cabello entrecano, se habían acomodado juntas y su actitud contrastaba con la del resto de la concurrencia. Era significativo que aquellas señoras no participaban del nerviosismo de todos.

Cientos de ojos se clavaban en los misioneros como si quisieran así destruirlos. Odio, curiosidad, esperanza, lástima, había en ellos.

Aguascalientes tiene como característica distintiva su exagerado catolicismo, y todo lo que en aquella época "olía a gobierno" era comunista y había que destruirlo, deshacerse de él a como diera lugar.

Mucho se discutió y muchas razones se dieron, pero el pueblo no cedía en el empeño de rechazar a la Misión.

Después de innumerables intervenciones, con los ánimos caldeados por la intransigencia de unos (el pueblo) y la insistencia de otro (el inspector de Misiones), iracundo, se levantó de su asiento don Pancho Vázquez y, acompañando sus gritos con una exagerada mímica, le dijo al inspector: "Pos si usted se arma a dejarlos, profesor, déjelos, pero nosotros no respondemos por sus vidas."

Entonces entró en acción aquel grupo de mujeres de edad madura y cabello entrecano que habían permanecido calladas. Se levantó de su asiento doña Bocha (Ambrosia Belmares) y le contestó a don Pancho con toda energía: "Pos éntrenle si son tan machos; pos pa'que maten a los profesores, primero nos matan a todas nosotras, porque ellos son nuestros, se los pedimos al gobierno y nos los mandó."

Aquella respuesta tan viril, aunque procedía de una mujer, encendió los ánimos y comenzó a parecer que la reunión iba a terminar como el "rosario de Amozoc".

Por fin, se produjo una relativa calma y a la Misión se le dio una oportunidad atendiendo a la presión de las mujeres, pues era nada menos que la Liga Femenil de Palo Alto, organización apoyada por la Liga de Comunidades Agrarias de Aguascalientes, la que solicitó la presencia de la Misión en su pueblo.

El campesino de los años 50 aún no era dueño de su criterio, era muy susceptible de enajenación; no pensaba de por sí y la situación era propicia para que se convirtiera en mal intencionado, criminal en potencia, en líder negativo.

No estaba muy lejana la reforma educativa y persistía en las masas campesinas el temor a la escuela del gobierno, a la que, sin razón, acusaban de comunista, atea, antirreligiosa y come curas. Pero con el apoyo de las mujeres organizadas de Palo Alto, la Misión pudo iniciar sus labores y luego permanecer largo tiempo.

Los programas de trabajo eran formulados con la intervención directa del pueblo, congruentes con las necesidades de la comunidad. Las realizaciones que poco a poco fueron aflorando, la solución de los problemas comunales y particulares, la celebración de encuentros deportivos y actividades artísticas, en fin, la actitud siempre fina y mesurada de los misioneros y su cordialidad para con los habitantes de Palo Alto, terminaron por ganarse la confianza de la gente, su cariño y su estimación. Al finalizar las labores del primer año, solicitaron a la propia Misión que renunciara a sus vacaciones y continuara trabajando.

En el segundo año hubo mayor número de realizaciones, y en el tercero muchas más. Pero después del cuarto año abandonamos Palo Alto por "falta de entendimiento" con el gobierno del Estado, que no quiso escuchar nuestra solicitud de apoyo para resolver un problema secular que afectaba a la región de El Llano: el agua, no sólo para las sedientas tierras de labranza, sino para las necesidades domésticas más apremiantes.

Aquel grupo de mujeres desaliñadas, aporreadas por los años y por las vicisitudes de la vida, era una incipiente organización femenil que buscaba sus derechos dentro de la sociedad. Cuando supieron de la existencia de la Misión Cultural y de sus ideas avanzadas, se apresuraron a solicitarla al gobierno del Estado; éste, a su vez, a las autoridades correspondientes y, al fin, la consiguieron.

Por eso se creían con la responsabilidad no sólo de apoyarlos en el trabajo, sino de defender a los misioneros, incluso físicamente, de las agresiones de que fueran objeto. Por eso la actitud firme y valiente de doña Bocha en aquella reunión, cuando con orgullo y en son de reto, dijo a la asamblea: "Son de nosotros, el gobierno nos los mandó".

En 1982, 33 años después, me habría de tocar volver a Palo Alto, en funciones de supervisor de la XXX Zona de Misiones Culturales de la República.

El gobierno del Estado, el Banco Nacional de Crédito Rural de Occidente, las agencias del gobierno federal en la entidad, —SARH, SRA, SEP, IMSS, Conasupo, Coplamar— y el Ejido de Palo Alto pusieron en funcionamiento un complejo denominado Centro de Desarrollo Rural Ambrosia Belmares Briones, como justo reconocimiento a la lideresa, nuestro refugio y amparo en la



aciaga noche en que, frente a un pueblo que nos detestaba, cubrió nuestra impotencia.

El magnífico complejo cuenta con un programa muy bien estructurado y con instalaciones para cada una de las dependencias que participan. En representación de la SEP tuve el gusto y el honor de participar con las Misiones Culturales de mi zona.

### Por rezongón

*Incomprensión.* La Misión Cultural Número 26 laboraba en la región más árida del Estado de Aguascalientes: El Llano, pero concretamente se ubicaba en la comunidad de Palo Alto.

En esa vasta extensión pocas veces llueve aun en época de precipitaciones, por lo que la agricultura está sujeta sólo a la casualidad. No hay el agua suficiente para las sedientas tierras de labranza, y ni siquiera para los usos domésticos más indispensables.

Con la presencia de la Misión Cultural en Palo Alto, el pueblo creyó contar con un gran auxiliar para buscar la solución del grave problema.

La falta de agua no sólo afectaba las tierras de cultivo de Palo Alto, sino a todas las de la región oriental de la entidad, que eran de buena calidad, por lo que era importante y competía al gobierno tomar cartas en el asunto, pues sólo él podía emprender una obra de tal magnitud.

La Misión no solamente aceptó el reto, sino que tomó bajo su responsabilidad la asesoría en las gestiones necesarias que la comunidad emprendiera ante el gobierno del Estado. No era necesario concientizar a la población, porque ya la necesidad del agua lo había hecho, así es que se pasó directamente a buscar la solución. La Misión organizó al pueblo y lo preparó para la gran tarea.

Se hicieron gestiones escritas, comisiones de campesinos intentaron entrevistarse con el gobernador, hubo visitas personales a políticos de segundo y tercer orden, a falta del principal, etcétera. El resultado de todos los esfuerzos hechos fue la negativa gubernamental: "No hay agua en el subsuelo de El Llano. Si la hay, está muy profunda y es muy costoso extraerla. Agua para el Llano, imposible, no se puede."

Pero las comunidades de la región tenían la necesidad y no interrumpían sus gestiones para satisfacerla.

Un mes de noviembre, cuando la población de Estación Pabellón (hoy Pabellón de Arteaga) se aprestaba para celebrar rumbosamente un aniversario más de la Revolución Mexicana, el

comité organizador creyó conveniente invitar a la Misión Cultural de Palo Alto a participar en los eventos programados.

Entre los actos culturales, deportivos y escolares, se iba a montar una gran exposición agrícola, ganadera, industrial, artesanal y escolar, para la que se invitó a la Misión.

El jefe de la Misión dio las instrucciones necesarias y seleccionó los trabajos mejor acabados. Al suscrito lo comisionó para que confeccionara una manta de seis metros de longitud para colocarla arriba del "stand", anunciando la participación de la Misión Cultural y de El Llano.

Como no me surgió ninguna redacción, creí atinado hacer la manta con la siguiente leyenda:

La región de El Llano, olvidada de Dios y de los hombres en el poder, está presente en la conmemoración de la Revolución Mexicana.

Un día antes de inaugurarse la feria y con ella la exposición, acudimos a instalar nuestro "stand" en la Secadora (planta deshidratadora de chile), pero como fuimos de los últimos en presentarnos, nos dieron lugar casi en la entrada de la Secadora, donde colocamos los trabajos seleccionados y, arriba de ellos, la manta con la leyenda que causó tremendo problema posterior.

Al hacer su entrada el señor gobernador para declarar inaugurada la feria y la exposición, lo primero con que se toparon sus ojos fue con aquella manta, que, con letras rojas de gran tamaño, tenía una leyenda para él irrespetuosa, insultante.

Yo hacía referencia con la leyenda a que la región estaba *olvidada de Dios* porque nunca llueve, y *de los hombres en el poder*, porque nuestras peticiones al gobierno del Estado nunca fueron atendidas debidamente, no se escuchó el clamor de una vasta región que tenía sed de muchas cosas.

El gobernador de inmediato le ordenó a un agente de tránsito que caminaba junto a él que retirara la manta definitivamente.

Pasó el incidente y se inauguraron los actos aludidos. Hubo bullicio y el problema pareció olvidarse, pero en la mente del gobernador surgió la idea de deshacerse de la Misión, que le estaba ocasionando muchos dolores de cabeza con sus promociones de mejoramiento rural.

Cuando se reanudaron las labores para el siguiente ciclo de trabajo, el jefe de la Misión no regresó a tiempo. Cuando lo hizo, después de 15 días, llegó a las diez de la noche y de inmediato se dio a la tarea de reunirnos para comunicarnos instrucciones de suma importancia. Algunos ya dormían y hubo que despertarlos para que asistieran a la cita.

"Traigo órdenes de México para cargar en este preciso mo-



mento las pertenencias de la Misión y de los misioneros. Afuera está un tráiler que nos conducirá a San Luis Potosí, en donde tomaremos el tren para Estación Venegas. El tráiler continuará hasta el lugar donde nos vamos a instalar. A nosotros, en Venegas, nos espera otro camión para llevarnos a la nueva zona de trabajo", dijo y entregó a cada uno de nosotros un boleto de ferrocarril de San Luis Potosí a Venegas.

Hubo asombro y desconcierto entre los misioneros. Lo avanzado de la hora y el hermetismo del jefe para indicarnos a dónde íbamos, nos sorprendió a todos. El gigantesco transporte arrancó a las tres de la mañana con los misioneros trepados sobre la carga.

En la tarde del día siguiente, estábamos descargando en la estación del ferrocarril de San Luis Potosí. El tren había salido, y no hubo más remedio que permanecer allí durante 24 horas para poder abordarlo.

Al otro día viajamos hasta Venegas, donde, efectivamente, nos esperaba un camión, pero no de pasajeros, sino de carga, que nos condujo a una comunidad del sur de Nuevo León, más reseca y árida que Palo Alto, de donde tan atentamente nos invitaron "a salir". Era la Cruz de Elorza, del Municipio de Doctor Arroyo.

El camión de redilas "nos descargó" a la sombra de un mezquite, de los pocos que tenía la comunidad. El tráiler, con los equipos de la Misión y los particulares, ya había descargado en el mismo lugar y regresado a la ciudad de México.

La petición del señor gobernador de Aguascalientes estaba satisfecha; la orden de la superioridad, cumplida.

Han pasado los años, poco más de 30, y con ellos sucedieron muchos cambios de gobierno. Llegaron funcionarios con otra mentalidad y tal vez ahora haya más recursos económicos para buscar los satisfactores necesarios para el pueblo. La región de El Llano cuenta ahora con los pozos profundos que le dan agua suficiente para las tierras y los hombres. La agricultura y las actividades pecuarias florecen; los habitantes de El Llano ya no tienen sed.

La obsesión de los misioneros de 1955 es ahora una realidad. Se nos desterró, pero teníamos toda la razón.

Así por la buena, sí

*Drasticida.* El camión "descargó" a la Misión Cultural bajo un mezquite en las afueras de Cruz de Elorza, Doctor Arroyo, Nuevo León, aproximadamente a las seis de la mañana. Veníamos proce-

dentes de Aguascalientes con escala en San Luis Potosí. Salimos por petición del señor gobernador, a quien le molestaba mucho que quisiéramos resolver problemas demasiado añejos en la entidad.

Sólo el comisario municipal de la Cruz de Elorza sabía de nuestra llegada y el jefe de la Misión, que "fue tan hombre" que guardó el secreto de nuestro destino. Por tal razón, este último personaje, salió inmediatamente en busca del primero, para ver la posibilidad de que se nos instalara debidamente.

Por la tarde de ese día tuvimos un techo que nos cobijó, o mejor dicho, un medio techo, porque el salón de la vieja escuela en donde nos alojaron sólo tenía eso, medio techo.

Con el paso de los días y los meses, uno que otro de los misioneros, hicimos una incipiente amistad con muy contadas personas de Cruz de Elorza: el comisario municipal, que obligadamente tenía que tratar con nosotros, el doctor Rocha, que, recientemente egresado de la Universidad de Nuevo León, hacía su servicio social, y algunas personas que se acercaban por conocernos mejor. Pero el grueso de la población permanecía indiferente y hasta hostil.

Un día, procedente de la capital del Estado y de la cabecera municipal, llegó a Cruz de Elorza una comisión de militares de alta jerarquía, con el fin de reglamentar el Servicio Militar Nacional, que en la región estaba en total abandono, actitud considerada como rebeldía por la zona militar. Un teniente coronel, un mayor, dos capitanes y otros oficiales integraban la comisión.

Concentraron a todas las autoridades de la región, 15 o 20 rancherías. La reunión la manejó el teniente coronel, que, con la energía que el caso reclamaba, comunicó a los presentes que en vista de que el Servicio Militar Nacional no se cumplía hasta la fecha, se les prevenía, a ellos y a los jóvenes en edad militar, así como a los remisos, que deberían estar presentes el siguiente domingo, so pena de incurrir en un delito contra la patria.

Antes de que los militares se retiraran de la comunidad, al jefe de la Misión y al suscrito se les ocurrió un acto de audacia ante el fracaso que estaban teniendo en un pueblo que no aceptaba a la misión cultural. Fueron a ver a la comisión de militares para proponerle que si para ellos era un problema mandar un instructor cada domingo desde Monterrey o Doctor Arroyo, por las enormes distancias, la Misión estaba en posibilidades de prestar ese servicio porque tenía un elemento con la capacidad necesaria, que era el maestro de educación física (en realidad, de actividades recreativas).

Al domingo siguiente volvieron los señores militares para di-



rigir la concentración de personas, que esa vez deberían ser muchas más, dadas las órdenes tajantes de los altos jefes militares.

Concurrieron autoridades, jóvenes en edad militar y los remisos de "clases" ya pasadas. El teniente coronel, con la habitual energía de la disciplina militar, dio instrucciones demasiado estrictas, reconviniendo a todos que se cumpliera con la ley. Dijo que se había nombrado un "instructor" para que se hiciera cargo de las prácticas; que era un maestro de la Misión Cultural; que la instrucción sería invariablemente todos los domingos y sin permisos para faltar, porque los arrestos vendrían de inmediato.

Luego me presentaron como el "instructor" habilitado con "grado militar", al que se debía total obediencia durante el servicio, y me entregaron un grupo heterogéneo de jóvenes y hombres maduros, muchos casados y con numerosa familia.

Con el tiempo, el contacto semanal fue limando las asperezas de aquella juventud antes huraña, hasta cambiar casi totalmente sus actitudes y conducta. Ya no era sólo obligación asistir, lo hacían con gusto, voluntariamente. Su aspecto social cambió radicalmente y superaron muchos complejos.

Los jóvenes, organizados "militarmente", prestaron infinidad de servicios sociales a Cruz de Elorza. En todo tipo de festejo público tuvieron funciones de cuerpo de seguridad, tomando muy en serio su papel. Aun en bodas, bautizos o simples bailes, las "secciones" se disputaban los servicios. Habían alcanzado "un grado militar" y lo ostentaban orgullosamente.

Con ellos se hicieron muchas obras materiales en edificios y sitios públicos.

Un batallón, tres compañías, nueve secciones, 27 pelotones y cerca de 300 conscriptos, eran demasiada gente como para emprender una gran obra. Esta más que nada fue la culturización de la juventud otrora montaraz.

Todos los domingos, después de la instrucción militar, se realizaban encuentros atléticos y deportivos entre los conscriptos. Había diversión, alegría, casi fiesta dominical.

Los "foráneos" encontraban novia en Cruz de Elorza, y muchos hasta legítima esposa. Las relaciones de amistad entre los pueblos se incrementaron, borrando las diferencias. El comercio cada domingo "hacia su agosto" y el aspecto social de la región entera mejoró en mucho.

Estas acciones propiciaron el contacto de los maestros misioneros con los habitantes del pueblo, permitiendo que las actividades específicas de cada maestro se desarrollaran normalmente a partir de entonces.

La Misión Cultural número 26, por conducto de su maestro

de actividades recreativas convertido en "militar habilitado", instructor de los conscriptos y con dominio sobre una parte de la población, facilitó y propició los trabajos de la Misión en su conjunto.

### Hay que buscarle

*Estrategia contra el estrategia.* Gobernaba el Estado de Sinaloa un ameritado militar, el general de división Gabriel Leyva Velázquez, participante activo del movimiento armado e hijo del señor Gabriel Leyva Solano, mártir de la Revolución Mexicana.

Tal vez por sus múltiples ocupaciones o porque la muralla de "segundones" nunca dejó llegar a sus oídos las reiteradas peticiones que le hiciera la Misión Cultural número 14, con insistencia, el caso es que jamás encontramos apoyo en el señor gobernador para las promociones de mejoramiento general de las comunidades de la zona cuyo centro de trabajo habíamos establecido en Cruz de Elota.

En una ocasión, la presidencia municipal pidió ayuda a la Misión para organizar debidamente la recepción al señor gobernador, que venía a inaugurar unas obras realizadas por su administración.

Conocida la fecha de la visita y con la invitación de la Presidencia Municipal para recibir al funcionario estatal, creímos llegada la oportunidad para hacernos oír. Urdimos una estrategia que al final nos dio el resultado deseado.

Sabíamos de la afición del señor general por verse siempre acompañado de damas hermosas. Las mujeres de Sinaloa son por naturaleza bellas y "bien plantadas físicamente", así que seleccionamos entre nuestras alumnas a 15 ejemplares de los más sobresalientes en hermosura, para que, junto con las autoridades de Cruz de Elota formaran la comisión de recepción para el "huidizo" señor gobernador, en cuyo "nido" no podíamos ver, a pesar de tantos intentos y costosos viajes a la capital del Estado.

A las 15 muchachas les encomendamos que, desde la llegada de los señores, descubrieran quiénes eran los integrantes de la comitiva oficial para que los "pescaran" del brazo y no los soltaran hasta conducirlos al recinto oficial. A dos monumentos de muchachas, desde luego las más impactantes, se las designamos al señor gobernador, para que lo tomaran del brazo con la consigna de no abandonarlo en tanto permaneciera en la población, y lo invitaran para que, al término de los actos oficiales, aceptara asistir



a un pequeño pero selecto programa artístico que las alumnas de la Misión Cultural número 14 le ofrecían, preparado exclusivamente para él.

Estábamos seguros de que con esas "invitadoras" el señor general no se rehusaría a presidirlo.

El día de la visita, el enjambre de bellezas se posesionó de los visitantes y, desde luego, el par de "monumentos" escogidos para recibir al general lo tomaron por sorpresa de los brazos y permanecieron como "sanguijuelas" hasta su regreso a Culiacán.

Pasadas las actividades oficiales motivo de la vista, el par de muchachotas, casi en vilo, condujeron al gobernador y general de división hasta el centro social donde se tenía todo listo para la presentación del programa.

Como número central se preparó lo que en la jerga militar se denomina un *vivac*, un descanso de la tropa entre combate y combate.

Llegó el momento de presentar éste y la dedicatoria fue más o menos en los siguientes términos:

En seguida, el grupo de Actividades Recreativas de la Misión Cultural número 14, que tiene centro de operaciones en este lugar, ofrece a usted, con todo respeto, señor general, la idealización de un vivac. Seguramente un episodio de su azarosa vida de soldado de la Revolución, cuando junto con otros denodados mexicanos, la hizo para disfrute de todos nosotros. Seguramente una página de su propia historia, grabada con fuego de metralla en su memoria. Quizá un descanso nocturno de la tropa de que usted formó parte. Para usted, señor general, un vivac.

Y se presentó la "estampa" con soldados, adelitas, valentinas, coquetas; con canciones como *Soldado raso*, *Arrieros somos*, *Corrido del Norte*, etcétera, y los bailables con los grupos descritos.

Conmovido quizá por el recuerdo del fragor de la batalla, el viejo revolucionario, máximo dirigente político de la entidad, se levantó de su asiento en el centro del presidium y, con la emoción anudada en la garganta, olvidando su alta investidura oficial, con el recuerdo del soldado bisoño, lanzó vivas a México y a la Revolución Mexicana.

Terminado el pequeño festival "gancho", el señor general me mandó llamar y me dijo:

"Lo felicito, profesor, muy cordialmente, y lo invito a que me visite mañana mismo en la ciudad de Culiacán. Lo espero en el Palacio de Gobierno. Lleve en qué traer algunos materiales de trabajo."

Al día siguiente, la Presidencia Municipal de Cruz de Eleta nos facilitó un camión de carga y en él trajimos el donativo del go-

bierno del Estado, consistente en herramientas de carpintería, albañilería y aperos agrícolas, así como una fuerte cantidad de madera, cal, cemento, etcétera.

A partir de esa fecha las realizaciones se multiplicaron y muchos problemas se resolvieron.

### Como burro que tocó la flauta

*Potencialidad innata.* Se habían dado por concluidas las actividades de un periodo de trabajo en la población de Elota, Sinaloa, cuando intempestivamente hizo su aparición el profesor Pedro del Angel Lavastida, inspector de Misiones Culturales, con instrucciones para que de inmediato se procediera al traslado de la Misión Cultural número 14 a la comunidad de Isla del Bosque, Municipio de Escuinapa, para el siguiente periodo de labores.

Cuando se instaló la Misión en Isla del Bosque, nos percatamos de que se trataba de una comunidad de nueva creación, bastante grande, ubicada realmente en una isla, bañada por el Océano Pacífico y por una serie de marismas. Efectivamente, estaba rodeada de agua y sólo la unía a tierra firme un endeble puente formado por dos vigas de madera.

Su población la formaban grupos de campesinos procedentes de varios Estados de la República, que en su lugar de origen no tuvieron posibilidades de obtener un pedazo de tierra para cultivarlo. Grupos de Sinaloa, Nayarit, Durango, Zacatecas, Jalisco, Michoacán, Aguascalientes, etcétera, compuestos cada uno por 200 ó 300 familias que hacían un censo general de varios miles de personas.

Las ideas políticas y religiosas, las costumbres, las distintas tonalidades de la voz, las actitudes cotidianas en su gran diversidad, eran motivo de burla mutua e impedían el entendimiento en aquella abigarrada población. El catolicismo exagerado de los jaliscienses, contrastaba demasiado con el liberalismo del sinaloense. La "lengua mocha" de los nayaritas, causaba risa a los zacatecanos, la joven sinaloense, tan influida por la cercanía de la frontera con los Estados Unidos, con el pantalón ajustado o la falda "una cuarta" arriba de la rodilla o "una cuarta" abajo de la cintura, se mofaba de la michoacana por la "falda corrida hasta el huesito", como dijera López Velarde.

El resultado era trágico. Con mucha frecuencia amanecían tres o cuatro campesinos "venadeados", casi deshechos a machetazos y balazos, y las autoridades de Escuinapa nunca daban con los responsables.



El asunto se olvidaba y pocos días después aparecían otros tantos asesinados, pero ahora de otro grupo de campesinos. Decían los nayaritas refiriéndose a la indumentaria de los michoacanos: "Esos, debajo de cada parche, traen una 45".

Cuando la Misión Cultural número 14 se instaló en Isla del Bosque para iniciar sus actividades, invitó, por medio de su equipo de sonido a los habitantes de la isla. Lo hizo en términos generales, no discriminó a ninguno de los grupos étnicos que formaban la población. La invitación se hizo masiva, grupal y personal. Después de la invitación hecha por micrófono, se fue a todos los hogares y se repitió verbalmente a cada persona.

En el desarrollo del programa de trabajo, los hombres y las mujeres, los jóvenes y las señoritas, formaron los grupos de adiestramiento, integrados por personas de todos los Estados, religiones y costumbres. La constante interacción y el trato igual para todos y entre todos, fueron limando las asperezas y superando las dificultades, primero entre los alumnos, luego entre sus familiares y, por último, entre hombres y mujeres maduros.

Como consecuencia lógica de la interacción, las rivalidades fueron desapareciendo, las riñas se hicieron menos frecuentes y los asesinatos a más largo plazo, hasta desaparecer por completo.

Al terminar el primer año lectivo, fui llamado por el gobierno a través de la Dirección General de Educación del Estado, que en esa entidad es más importante que la Federal, y en nombre del Ejecutivo se me felicitó "por haber liquidado un grave problema social, que ninguna otra medida pudo resolver".

Naturalmente, la felicitación me sorprendió sobremanera, pues jamás supimos que la Misión se hubiera enviado a Isla del Bosque con ese objetivo, solucionar un problema de tal magnitud, que dio muchos dolores de cabeza al gobierno del Estado y al del Municipio de Escuinapa.

De este lugar ya no se reportaron masacres periódicas a la capital del Estado.

¿Cuál fue el "remedio maravilloso, casi milagroso" que puso fin a tan molesta situación si los misioneros no sabíamos que los estábamos resolviendo?

Simplemente la convivencia, las relaciones mutuas, la interacción constante, el trato dado por los misioneros a todos por igual, la prédica con el ejemplo; las tareas y comisiones encomendadas a grupos mixtos de nayaritas y michoacanos, jaliscienses y zacatecanos; las grandes concentraciones para presenciar encuentros deportivos, artísticos o literarios; las campañas emprendidas en donde participaban todos sin distinción alguna.

Sigo creyendo que a mí, como jefe de la Misión Cultural se

me debió haber comunicado el objetivo y los posibles medios para alcanzarlo, pues posteriormente supimos que el gobierno estatal, conociendo la eficiencia de las Misiones en estos asuntos sociales, solicitó el cambio de Elota a Isla del Bosque.

El problema "lo resolvimos" sin una acción determinada, sólo con la presencia de una institución "creada para servir". Lo resolvimos como el burro que tocó la flauta.

### **Métale, profe, al cabo es Misión**

*Concepto popular.* Por iniciativa, promoción y dirección propias, construimos la sala de lectura *Calmecac* en Presa Calles, Aguascalientes.

Sensibilizamos a la población, primero, para que sintiera como una necesidad la creación de la sala, ya que estaba por inaugurarse la escuela secundaria técnica de la población y, además, para que la gente aportara su mano de obra y los materiales de la región que fueran necesarios. Con el gobierno del Estado se había conseguido cierta aportación económica para comprar los materiales industrializados.

Una ocasión en que hacía falta la grava necesaria para cierto trabajo y no estaba presente ninguno de los dos choferes operadores con que contaba la Misión Cultural motorizada número 110, que estaba a mis órdenes, subí y tomé el volante del camión de retilas con capacidad para ocho toneladas y me dirigí a Río Blanco, en cuyo cauce había grava en abundancia.

No llevé trabajadores para cargar el material porque tenía seguridad de conseguir voluntarios en San Antonio de los Ríos, pues nuestras relaciones con todos los pueblos circunvecinos siempre fueron magníficas. Efectivamente, en ese lugar encontré personas que desinteresadamente me ayudaron a cargar el camión.

En el fondo del arroyo, con el camión cargado a su máxima capacidad y mi impericia para manejar ese tipo de vehículos, se me estaba dificultando salir debido a que el piso era muy inestable y las llantas patinaban y no avanzaban.

Después de un rato de lucha contra las circunstancias, un niño que gozaba viendo nuestras maniobras, me gritó con la seguridad de que su consejo sería oído y el problema resuelto: "Métale, profe, al cabo es Misión". Y su consejo espontáneo me hizo reflexionar en algo que como jefe de la Misión me inquietó demasiado y me dije: ¿Por qué me dice este niño de 10 años, que "al cabo es Misión"?



¿Hemos impactado al pueblo a tal grado que existe en la conciencia de los adultos el concepto de que para la Misión Cultural no hay imposibles? ¿Hay en el pueblo la creencia de que la Misión todo lo puede? ¿Se cree que el vehículo, por ser de la Misión, es más potente que otros, que no se atasca, que sale con facilidad?

Para mí, en el niño se reflejaba el comentario de los adultos, pero un comentario no gratuito, sino seguramente sustentado en algo para ellos tangible, sucedido, real. Quizá lo asociaban con lo que veían en los maestros misioneros, que si promovían una acción, la realizaban y el resultado era satisfactorio. Esto, si no es lo único, puede ser el mejor argumento para propiciar la credibilidad que han perdido en los servidores públicos.

¡Qué satisfacción me produjo este niño con su grito de aliento! Dentro de su inocencia, ponderaba la capacidad de trabajo de una Misión Cultural.

“¿Y cómo diablos le hacen ustedes, que con las puras uñas son capaces de sacar sangre de las piedras?”, me preguntó un inspector de primarias cuando escuchaba un informe verbal que me rendía un jefe de Misión en León, Guanajuato.

### Increíble, pero cierto

*Alfabetización.* Ya entrada la noche llegué a supervisar la Misión Cultural número 11 ubicada en San Salvador, Hidalgo, relativamente cerca de la ciudad de Pachuca, capital del Estado. Encontré al jefe elaborando uno de los informes periódicos que se rinden a la superioridad. Después de saludarlo y conversar algunos minutos, considerando que ya no era tiempo adecuado para verificar trabajos, pregunté al maestro:

—¿Y cómo anda la alfabetización por aquí?

—Bien, maestro, bien —contestó el interrogado.

—¿Podríamos ver algunos centros mañana? —inquirí.

—Desde luego que sí —dijo en respuesta el jefe de la Misión.

Continuamos platicando por unos minutos más y antes de retirarnos a descansar, me dijo el profesor:

—Si gusta, yo paso mañana temprano por usted y vamos a visitar algunos centros de alfabetización.

—Bien —le dije—. Lo espero.

Sería la una o dos de la mañana del día siguiente cuando me pareció escuchar, en la puerta del local que se me facilitó para dormir, unos golpecitos tan tenues, que parecía que no me querí-

an despertar. Pero como los escuché, me levanté y abrí. Era el jefe de la Misión, al que dije:

—Buenos días. ¿Qué hora es?

—Las dos y media de la mañana—me respondió.

—Pero, ¿qué, nos vamos desde ahorita?

—Sí, maestro, como todos los alumnos son trabajadores agrícolas, peones de grandes propietarios y sus patrones no les conceden ni un solo minuto de su tiempo de trabajo para asistir a la escuela, pues ellos se lo dan así, entre esta hora y las seis de la mañana en que deben iniciar sus labores agrícolas, so pena de perder el trabajo.

Confieso que hasta esa hora, todo lo dudaba; creía que era una mentira, con la esperanza de que yo, arrepentido, desistiera de ir. Más sorprendido que entusiasmado, subí al vehículo que nos conduciría a algunas comunidades donde la Misión organizó centros de alfabetización.

Después de un rato de caminar por brechas, llegamos a la primera ranchería, en la que a lo lejos descubrí un lugar del que salían tenues rayos de luz. Al acercarnos, me di cuenta de que era la escuela primaria, facilitada a la Misión para dar allí sus clases. Adentro, ocupando varios pupitres había unos 25 trabajadores con sus herramientas de labranza a un lado; dos hombres en cada pupitre con sus libros, cuadernos, lápices y una vela de cera que los alumbraba. Eran las tres de la mañana.

Constatamos el avance logrado, conversamos con los alumnos y los felicitamos por su esfuerzo. Nos despedimos para ir a otra comunidad y a otro centro de alfabetización.

Llegamos al segundo poblado. En la escuela los alumnos se alumbraban con velas y el mobiliario era inadecuado para su edad. Vimos los avances de los alumnos, platicamos y nos despedimos para visitar otra población.

Antes de que amaneciera, visitamos en total cuatro rancherías y cuatro centros de alfabetización. En todos, el mismo espectáculo, campesinos empeñados en aprender a leer y escribir en condiciones inadecuadas.

¿Acaso estaban conscientes de que su esfuerzo los llevaría a una vida más humana? Despertar a las dos de la mañana, estudiar tres o cuatro horas, trabajar cerca de 14, volver al hogar, dormir unas cuantas horas y repetir el ciclo. ¿Y el tiempo para el necesario descanso? ¿Y la alimentación? ¿Y la justa recreación del individuo?

No solamente me convencí de lo informado por el jefe de la Misión sino que quedé realmente sorprendido de la voluntad de los hombres para superar una situación ya intolerable. Peones



acasillados, explotados, que lo sacrifican todo con la esperanza de saber algo para escapar de su situación.

Cuando regresaba a la ciudad de México para rendir el informe correspondiente a la visita de supervisión, cavilaba sobre las condiciones de vida de muchos mexicanos que no han tenido la oportunidad de superarse, que siguen sumidos en la ignorancia, en la pobreza, en la insalubridad y en la injusticia social. Y reafirmaba mi concepto sobre la grandeza de las Misiones Culturales rurales, en su entrega al trabajo, su amor a los semejantes.

### Miseria altiva

*Guirnaldas.* Estaba en visita de trabajo en la Misión Cultural número 11, que se encontraba laborando ahora en el corazón mismo de la Huasteca hidalguense, la bella pero calurosa Huejutla de Reyes.

Llegué en el preciso momento en que el jefe de la Misión atendía a un individuo que "mal mascullaba" el castellano, pues su lengua materna era el náhuatl.

Aquella persona, de vestimenta humilde, pero impecablemente blanca y limpia, era el "maestro alfabetizante" de su comunidad, 100 por ciento indígena, cuyo nombre, precisamente por serlo en esa lengua, no recuerdo. Había ido a solicitar a la jefatura de la Misión cartillas de alfabetización para su trabajo.

Cuando el personaje se retiró de la oficina, pregunté al jefe de la Misión dónde se encontraba la comunidad que contaba con un "instructor" tan activo y voluntarioso.

—Está en la cima de aquel cerro —dijo señalándolo—. Si usted gusta, vamos a visitarlo mañana.

—Me gustaría —dije indeciso.

El jefe, sin pronunciar palabra, salió precipitadamente para alcanzar al "maestro" y anunciarle la visita del día siguiente. Lo alcanzó y la visita quedó concertada.

Al día siguiente se consiguieron algunas bestias para trasladarnos al poblado el jefe de Misión, tres maestros y yo, en mi calidad de supervisor, pues el caserío indígena estaba ciertamente en lo más alto de la montaña y su acceso a él, sólo era posible a lomo de bestia.

Al llegar a la comunidad, pequeñísima y paupérrima, nos sorprendió verdaderamente la recepción que nos tenía preparada aquella gente de la más baja escala social, sin recursos para vivir porque todo era de "los blancos", (así distinguían a todos los que no eran como ellos).

En un patio, frente a un miserable jacal, hecho de troncos y ramas de árbol, determinaron que fuera "el sitio de honor" para recibirnos. Perpendiculares a la puerta de la casita, estaban cuatro filas de personas en perfecta formación. A nuestra derecha, los niños, y tras ellos, las señoritas y señoras. Todos, absolutamente todos, tenían en las manos flores: un ramo los pequeños; cadenas o guirnaldas los jóvenes y las señoritas; y coronas los adultos, hombres y mujeres.

En el fondo de la doble valla, había una mesita y tres sillas; a un lado había otra mesa un poco más grande. Todos los muebles eran de manufactura indígena.

Tomamos asiento frente a las cuatro filas de niños y adultos, y el "maestro alfabetizante" anunció en náhuatl "el saludo" de la ceremonia, que consistía en un desfile ante nosotros para dejar en nuestras manos los ramos de flores, en nuestro cuello las guirnaldas y en nuestra cabeza las coronas, todo hecho de las más hermosas y fragantes flores de la sierra mexicana.

Después del "saludo", observamos los trabajos de alfabetización, que más que esto eran de castellanización, tanto de los niños como de los adultos.

Después, la comida: sopa de arroz, guajolote en mole y refrescos.

¿Cómo era posible que aquellas gentes, de aspecto tan miserable, que no eran dueñas de la tierra que pisaban, hubieran sacrificado su exigua economía para darle un "banquete" a personas pagadas por el gobierno federal? Era criminal sentarse a tomar aquello que seguramente la mayoría de los presentes no saboreaba nunca.

Hablando en mi lengua, quise convencer a mis conciudadanos de que no aceptáramos la comida porque teníamos sueldo del gobierno. Que fueran ellos los que la tomaran y nosotros los acompañáramos con nuestra presencia y "un taquito".

Mis palabras las tradujo el "alfabetizante", y entre hombres y mujeres hubo rumores de protesta. Tal vez sentimiento de ofendidos, desairados por nosotros.

En el dulce náhuatl respondió una "indita" y, por la traducción que luego me hizo el "intérprete", me hizo saber que la comunidad estaba ofendida por nuestro rechazo a su comida. No querían volver a ser visitados por nosotros.

Las circunstancias nos obligaron a comer, con lo que recuperamos el cariño de los habitantes del lugar. Acto seguido, hubo "huapango": un par de ancianitos, sentados en el suelo, haciendo chillar algo parecido al violín y rasguñando otra cosa como guitarra, ambos instrumentos de fabricación casera, tocaron algo inini-



teligible para nosotros, pero eran sus más dulces melodías a los visitantes.

Antes de retirarnos volví a hablar en castellano, agradeciendo todas las atenciones de que nos colmaron, y... otra vez el problema: comenzaron a aparecer los regalos, huevos de gallina y guajolote, pollitos, aves, frutas silvestres, más flores y hasta puerquitos recién nacidos.

Con el crepúsculo vespertino regresamos al centro de operaciones con el cargamento de obsequios. A quien debimos dar, nos dio. ¡Qué vergüenza! Llegamos a nuestro destino, visiblemente conmovidos.

¡Qué gigantes me parecieron dentro de su pequeñez, qué activos ante su pobreza, aquellos mexicanos sin México, aquellos ciudadanos sin constitución política, aquellos seres sin derechos y sólo con obligaciones! Qué *miseria tan altiva*, qué orgullo de su mexicanidad.

### Grave irreverencia

*Estoicismo.* Se había designado a la Misión Cultural número 86 para prestar sus servicios en la población de Juventino Rosas, Estado de Guanajuato. El profesor J. Jesús Barreto y Molina, su jefe, había logrado iniciar importantes actividades y relaciones muy íntimas con el gobierno municipal. El señor Barreto era una excepción como trabajador de Misiones: bien preparado, excesivamente exigente en el cumplimiento del deber sin dejar de ser un gran amigo y excelente compañero, con un gran amor, don de mando, humanitario a toda prueba y de patriotismo muy profundo.

El señor presidente municipal, un joven de la clase acomodada, había delegado en el profesor muchas de sus funciones, por lo que las murmuraciones en el pueblo aseguraban que el presidente municipal era el jefe de la Misión. Y qué bueno, se comentaba.

En Guanajuato, a pesar de la Revolución Mexicana, de la Reforma Agraria y de muchos discursos, siguen existiendo grandes extensiones de tierra en manos de pocas personas. El señor presidente era una de ellas y tenía a su servicio a cientos de campesinos asalariados que lo obedecían, pero a la vez lo detestaban.

Se acercaba la fecha para conmemorar la Independencia nacional y, como en todos los rincones del país, es costumbre que las autoridades máximas del lugar "den el grito de Independencia" enarbolando la enseña nacional y vitoreando a los héroes de la patria y a México.

El profesor Berreto, con la finura necesaria, había invitado al señor presidente a presidir el acto tan significativo para los mexicanos. El presidente siempre se negó argumentando ocupaciones muy importantes; pero el motivo era otro: su persona no era grata.

El 15 de septiembre de cada año el pueblo convierte la libertad en libertinaje y, tomándola como pretexto, da libertad a sus impulsos de venganza, a sus ansias de justicia social. Insulta a voz en cuello a las autoridades de todo rango, destruye casas y cosas, automóviles, ventanales e injuria a grito abierto a todo funcionario indeseable.

No supe con qué argumento el profesor Barreto pudo vencer al presidente municipal para que concurriera al acto y diera el grito de Independencia.

En el kiosco de la plaza se había colocado una estatua tamaño natural del cura don Miguel Hidalgo y Costilla, que estaba en la presidencia y se utilizaba en todos los actos cívicos de la población.

Apenas apareció la comitiva oficial en aquella enorme plaza municipal, las miles de gargantas de peones explotados que se habían congregado lanzaron el rugido de un león enjaulado. Era la protesta de miles y miles de campesinos siempre maltratados, vejados por el amo.

Estremecía el ambiente el alarido continuo contra todo tipo de injusticia, así se llamara autoridad, porque la "peonada" el 15 de septiembre puede insultar, agredir y hasta destruir la propiedad malhabida del poderoso.

Al ascender las autoridades al kiosco de la plaza, el rugido de la multitud, la rechifla y los insultos se multiplicaron.

Entonces aparecieron los funcionarios municipales encabezados por el jefe de la Misión, alto, delgado, erguido, moreno y vestido de riguroso negro. Su presencia incitó a mayores y más frecuentes anatemas en su contra. El profesor Barreto se adelantó, tomó el micrófono y, con la frente levantada, se dirigió a la multitud desenfadada que gozaba lanzando improperios al reducido grupo de funcionarios municipales.

"Mexicanos... compatriotas... ciudadanos de Juventino Rosas... Herederos de Hidalgo... Hijos del pueblo que nos diera patria... Habitantes de la cuna de la Independencia... Compañeros... Señores...", decía, pero sus palabras se perdían en aquel aquel murmullo infernal.

En un intermedio inesperado de la gritería, se escuchó claro una voz: "¡Que bailen los pelones! ¡Que bailen los pelones!", y una carcajada generalizada rubricó la irreverente petición.

"¡Que bailen los pelones, que bailen!", repetía la multitud



en un grito de burla, pues hacía referencia a la similitud de dos figuras que permanecían sobre el kiosco: la estatua de tamaño natural del cura Hidalgo y el profesor Barreto, ambos vestidos de negro; ambos con una gran frente, uno por los años, otro por la prematura caída del cabello; ambos inmóviles, impertérritos.

Después de mucho soportar aquel torbellino de imprecaciones, la figura humana de Barreto no se inmutaba, ni siquiera se amedrentaba. Las miles de gargantas enronquecidas cedieron poco a poco hasta que la del orador pudo escucharse en un conceptuoso y patriótico discurso.

Habló el jefe de la Misión del significado del 15 de septiembre y de la libertad, que no es libertinaje. De los prohombres que con su ejemplo y heroísmo forjaron la patria de que disfrutamos. Se refirió a la conducta que deben adoptar los mexicanos ante la memoria de los héroes de todos los tiempos.

No soslayó hablar de la Constitución Política de México y de las libertades que nos otorga. Tampoco omitió referirse a la conducta de los hombres, sea cual fuere su situación política, social o económica, al respeto mutuo entre gobernante y gobernados y, sobre todo, exaltó las figuras de los héroes de la Independencia y los símbolos patrios.

Y cabe una reflexión: advertir que la insignificante figura humana de Barreto, estoica ante la avalancha de injurias que no merecía, soportó hasta no vencer, sólo con la palabra, a la fiera que quiso devorarlo.

La estridencia con que se inició el acto se convirtió casi en un silencio sepulcral para escuchar la palabra de un maestro rural, un maestro misionero.

## **Bien amarraditos**

*Matrimonio colectivo.* Estaba en acción la campaña nacional para legalizar la situación de muchos mexicanos que, por ser hijos de parejas no casadas por la ley civil, en muchos casos no fueron registrados y, por lo tanto, para las leyes nacionales no eran mexicanos, no tenían los derechos y obligaciones que las leyes otorgan.

La Misión Cultural número 86, que en ese tiempo se encontraba establecida en la población de Juventino Rosas, Guanajuato, jefaturada por el dinámico profesor J. Jesús Barreto y Molina, paladín de las mejores causas de México, tomó como suya y de la misión la tarea de coadyuvar en la medida de sus posibilidades a tan noble causa.

En Juventino Rosas, quizá como en otros muchos lugares de la República, se rumoraba de la existencia de varias parejas que vivían en unión libre. Algunas de tal antigüedad, que su descendencia alcanzaba la tercera generación.

El profesor Barreto decidió atacar el problema con su equipo de colaboradores. Realizó una intensa campaña de concientización utilizando equipos de sonido, carteles, volantes, conferencias, pláticas, e incluso los grupos de adiestramiento de cada uno de los maestros misioneros, muy numerosos por cierto.

Al personal de la Misión lo adiestró debidamente para emprender la tarea y luego lo lanzó a recorrer una población de varios miles de habitantes. Los enseñó a ir calle por calle, casa por casa, investigando minuciosamente para detectar las uniones libres y procurar su legalización.

El resultado fue el encuentro de un elevado número de uniones ilegales, sobre las que se hizo conciencia para que legalizaran su situación y prestaran su anuencia para los engorrosos trámites, algo molestos, pero que al fin traerían un beneficio para la pareja y sus hijos. Afortunadamente, se encontró comprensión en todos y el trabajo fue menos difícil.

El profesor Barreto, jefe de la Misión, se convirtió en el motor que dio vida al movimiento y, en el tiempo programado, a la tramitación de los documentos necesarios de las parejas controladas.

Llegada la fecha que se fijó para la consumación del proyecto, el profesor Barreto hizo una invitación muy especial a las altas autoridades de la Dirección General y del Departamento de Misiones Culturales para que hicieran entrega, personalmente, de las actas matrimoniales a las parejas contrayentes.

En una noche invernal, con un frío que calaba hasta los huesos, el profesor Lucas Ortiz Benítez, director general de Educación para Adultos, y el profesor José Sánchez Paredes, jefe del Departamento de Misiones Culturales, junto con el presidente municipal de Juventino Rosas, pusieron en la mano de cada una de las parejas reunidas, su acta de matrimonio civil.

La gran plaza municipal, escenario del acto, se vistió de gala, pues a las 722 parejas de recién casados se sumaron sus descendientes, y la boda alcanzó una cifra de varios miles de personas.

**No, pos ora sí**

*Cambio radical.* Era un grupo de 21 campesinos del ejido de San Rafael, Municipio de Tepezalá, Aguascalientes, que por dar ma-



yor atención a sus parcelas, se segregó de la comunidad para ubicarse cada uno en su pedazo de tierra de labranza.

Arrimados a la sombra de los árboles, improvisadas sus "casas" de la manera más rústica: con techos de láminas viejas, ramas de árbol, pedazos de hule, etcétera, levantaron chozas para guardarse del sol y de la lluvia. Otros, hicieron "cuevas" en un barranco cercano y en ellas instalaron su "hogar". Así vivían cuando los descubrió la Misión Cultural número 95, que, establecida en la cabecera municipal, abarcaba dentro de su jurisdicción a esa población dispersa.

El profesor Efraín Soto Vega, entonces jefe de la Misión, incansable trabajador social, se propuso dar atención al grupo de campesinos de El Carmen, nombre que ellos le pusieron a su comunidad desde que salieron de San Rafael.

Se llevó a cabo una intensa labor de convencimiento en las 21 familias para que se interesaran en vivir mejor, con su propio esfuerzo. Se organizaban reuniones frecuentes con hombres y mujeres, jóvenes y niños, para que todos participaran en la medida de sus posibilidades.

Se facilitaron los trabajos, se acordó que los vecinos se concentraran en un lugar adecuado para dejar de ser un pueblo disperso. Se buscó un modelo de vivienda que reuniera las condiciones necesarias para que sirviera de habitación al campesino. Conocido el modelo por los interesados, se aceptó y decidieron emprender la obra.

Entusiasmados, los ejidatarios desde ese momento se pusieron a disposición de la Misión para lo que fuera necesario, ofreciendo sin reservas su mano de obra y el acarreo de los materiales de la región. La jefatura de la Misión buscaría con las autoridades municipales alguna ayuda económica que los propios campesinos no podían aportar en efectivo. La supervisión de la zona, por su parte, trataría de conseguir la ayuda económica del gobierno del Estado.

"Don Chuy", dinámico presidente municipal de Tepezalá, ofreció todo lo que sus posibilidades le permitieron. El profesor J. Refugio Espaza Reyes, gobernador del Estado, compañero y amigo del suscrito, ofreció apoyar el proyecto con los materiales necesarios: cal, cemento, varilla, alambro, alambre cocido; además, daría raciones alimenticias para toda persona que trabajara en la obra.

Se hizo el recuento de los recursos materiales, humanos, técnicos y financieros con que se contaba. El recuento fue favorable y la obra se emprendió.

Las tareas colectivas se alternaban con los trabajos propios

del agricultor al ritmo adecuado. Al cabo del tiempo programado el esfuerzo se vio coronado por la construcción de 19 de las 21 casas proyectadas. Todas habían sido construidas con el mismo plano. Eran de tabique y techo de bóveda, tenían agua potable, drenaje, luz eléctrica, pública y privada, y un camino vecinal que conecta con la carretera Rincón de Romos-Tepezalá. En una sola calle quedaron nueve casas de cada lado en perfecta armonía.

El entonces delegado general de la SEP en el Estado, profesor Mario Aguilera Dorantes —antiguo misionero—, impresionado por esta pequeña promoción —y que sin ser de gran magnitud resolvió un problema vital de 19 familias y transformó radicalmente una comunidad—, invitó al subsecretario de Cultura, el doctor Roger, para que visitara El Carmen.

En la fecha señalada se realizó la visita del señor subsecretario. El Carmen recibió a los dos altos funcionarios conforme su jerarquía lo demandaba. El pueblo en masa estaba presente, las casas y los árboles contiguos adornados con papeles multicolores; había música y, desde luego, una “elotada” que todo poblado rural obsequia a los visitantes distinguidos.

El sueño dorado de 19 familias campesinas era una realidad. Un hogar propio, moderno y confortable, con lo indispensable y necesario para el agricultor mexicano.

El subsecretario de Cultura y el delegado general de la SEP recorrieron el pueblo casa por casa, constatando que en su construcción todas eran idénticas, tenían los mismos materiales y distribución. Varias contaban con estufa de gas, radio, televisor, plancha eléctrica, lavadero, excusado inglés, etcétera.

Los dos funcionarios y el suscrito caminábamos juntos y en determinado momento, bajando la voz, el señor delegado le dijo al subsecretario:

“Mira, esto son y esto hacen las Misiones Culturales que ustedes, tras de un escritorio, quieren borrar de un plumazo.”

Cuando escuché esta expresión, producto de la confianza que existía entre los dos altos funcionarios, con amistad seguramente de muchos años, creí necesario quedarme atrás de ellos y así lo hice. Ya no escuché más los comentarios.

Caminaba junto a mí uno de los campesinos beneficiados con las casas, cuya satisfacción se le dibujaba en el rostro. Le pregunté:

—¿Y cómo se sienten ahora en sus nuevas casas?

—No, pos ora sí —me contestó con cuatro palabras, más que el mejor discurso.



## Auténtica abeja obrera

*Laboriosidad acrisolada.* La maestra Rosa López Aguilera (Rosita, como cariñosamente la llamábamos los misioneros y la gente de los pueblos donde trabajó) se entregaba en forma total al trabajo. Su responsabilidad profesional era a toda prueba y su capacidad estaba plenamente reconocida. Para ella no existían los imposibles, a todo le encontraba solución. Zona que Rosita tomaba en sus manos, región que florecía, que prosperaba. Hizo de su equipo humano, de sus misioneros, verdaderos agentes del cambio social. Les formó un espíritu misionero de "los que ya no se encuentran ni con lupa".

En varias ocasiones perteneció a la zona de mi cuidado, por lo que tuve la oportunidad de conocerla como "misionera". La última vez que estuvo en mi zona fue en Jalpa, Zacatecas, donde realizó un trabajo por demás satisfactorio. Uno de ellos fue la electrificación de gran parte del municipio. En camioneta, a caballo, a pie o como fuera necesario, Rosita personalmente recorrió la región concientizando a los pueblos de "más allá de su zona de trabajo" hasta ver coronado su esfuerzo.

En cierta ocasión fuimos a supervisar los trabajos en una comunidad bastante retirada de nuestro centro de operaciones. Para llegar había que cruzar un arroyo (casi un río) demasiado ancho y pedregoso.

Mientras constatábamos los trabajos (obras materiales de albañilería, carpintería y actividades agropecuarias, realizadās en hogares, sitios públicos y campos de labranza), a "San Pedro" se le ocurrió abrir sus compuertas de par en par y un torrencial aguacero cayó sobre la región. El volumen del río aumentó y ofreció un bellissimo espectáculo pocas veces visto por la población. Pero cuando tratamos de regresar a bordo de la "39" (número de la camioneta y de la Misión de Rosita), la creciente del río se nos interpuso. La ignorancia nos hizo aventurarnos y, a medio cauce, la camioneta se atascó y no fue posible avanzar. El agua penetraba en la cabina, en el motor y hasta en el compartimento de pasajeros.

Permanecimos un largo rato tratando de encontrar la mejor manera de salir de la situación, que nos tenía con el agua no hasta el cuello, pero sí hasta los pies.

—Pues ni modo —dijo Rosita—, todos al agua. Fuera zapatos y pantalones de los hombres; arriba "naguas" de las mujeres, y a empujar o quitar piedras que estorben a la camioneta.

Con el agua casi a la cintura, todo el personal trabajaba sin

mayores resultados. Entonces, Rosita, a quien nunca le faltaban ideas brillantes, dijo:

—Maestro Rafa, vea si puede llegar a la otra orilla; si lo logra, entreviste a aquel señor que anda sobre un tractor y pídale de favor que nos ayude a salir, que lo gratificaremos.

Como un auténtico "charro", es decir, sin pantalones, se fue el maestro de carpintería y al poco tiempo regresó con el señor del tractor. Con relativa facilidad "nos sacó del atolladero", pero después la lucha fue con el motor, que no quería quemar la gasolina, por el agua que "bebió".

Tuvimos que esperar la noche para llegar a la jefatura de la Misión con la ropa en la mano porque estábamos como sopa para gatos, bien remojados.

## Las medias viejas

*Menos hambre.* Por influencias políticas, se ubicó en el barrio La Ladrillera de la colonia Ojo de Agua, en la ciudad de Aguascalientes, la Misión Cultural número 86.

La Ladrillera se localiza en un barranco profundo donde descargan las aguas negras de la colonia residencial de Ojo de Agua, por lo que el ambiente del barrio es de terrible fetidez durante las 24 horas del día.

El universo para el trabajo de la Misión era un territorio de 100 por 50 metros, aproximadamente, es decir, sólo el barrio de La Ladrillera, constituido por 18 familias y un censo general de población de 172 habitantes.

Los 18 jefes de familia y sus hijos mayores eran ladrilleros al servicio de un "pudiente", amigo de políticos de tercera categoría. Se les pagaba a 1.10 pesos el ladrillo y su trabajo consistía en revolver la tierra con estiércol y agua, batir la mezcla, moldear los ladrillos, ponerlos a secar, voltearlos y atrincherarlos; cargar los hornos, cocerlos, descargar otra vez el horno y volver a cargar los transportes para la comercialización. Después de estas operaciones se hacía el conteo para el pago.

El más trabajador hacía un promedio de 600 ladrillos diarios y, en esas condiciones, las circunstancias los obligaban a llevar una vida de extrema pobreza, que se reflejaba en todos los actos de su mísera existencia.

Existía el proyecto gubernamental de reubicarlos fuera de la ciudad y por eso sus improvisadas casas eran de ladrillo sobrepuesto, sin pegar, con techos de lámina o materiales de desperdicio.



Un solo cuarto era a la vez cocina, sala y dormitorio. La alimentación, dos veces por día, tortilla, chile y algunas veces frijoles. Vestían lo que vecinos caritativos podían obsequiarles. No contaban con ninguna otra fuente de ingresos familiar.

Al ubicar allí a la Misión se estaba desperdiciando un servicio que en otras condiciones rendiría mucho más, pero era preciso acatar disposiciones.

No había por dónde empezar, ni qué hacer. Con los hombres no se contaba porque todos eran trabajadores del "amo", las mujeres siempre estaban en sus miserables quehaceres. Los niños, sin escuela, todo el día andaban entre la tierra, en muchas ocasiones totalmente desnudos.

Pasaban las semanas y la maestra de educación familiar, desesperada por no poder hacer algo digno, casi forzó a tres o cuatro señoras a asistir con ella. Estas, incrédulas de su propio mejoramiento, fueron sólo "por no decir que no". No tenían un solo centavo para adquirir materiales para enseñanza. El jornal de su marido no alcanzaba ni siquiera para mal comer, menos para cosas consideradas superfluas.

Meditando sobre qué hacer en favor de gentes tan miserables, la maestra concibió una idea. Un día se presentó a la "clase", con las tres o cuatro mujeres y les dijo secamente:

—Hoy vamos a confeccionar un hermoso arreglo floral.

—Mmmh, maestra, pero ¿con qué? —dijeron incrédulas.

—Con estas medias viejas que ya no uso —les respondió la maestra mostrando un par de medias usadas.

Incrédulas, las mujeres, dirigidas por la maestra, pusieron manos a la obra. Entre las cuatro dieron forma a un vistoso ramillete de flores artificiales que, arregladas en forma conveniente, se convirtieron en un cuadro, un arreglo floral. Las mujeres se maravillaron de haber creado con sus ásperas manos obra de tal belleza.

Luego, aprovechando la euforia del grupo, la maestra agregó:

—Esto puede venderse a buen precio, sólo hay que buscarle cliente. Cualquiera de ustedes lo puede hacer. Si ustedes van al centro de Aguascalientes y observan los aparadores, encontrarán que hay arreglos florales como el que hicieron y tienen un valor de dos, tres y hasta cuatro mil pesos. Así es que nosotras podemos venderlos un poco más baratos. ¿Quién quiere buscarle cliente a éste? ¿Usted señora?

—No, yo no, me da vergüenza —dijo la aludida.

—Yo le hago la lucha —dijo otra más arriesgada.

—Pida dos mil pesos por él —recomendó la maestra, y dio por terminada la clase.

Al día siguiente llegó la "vendedora" con una sonrisa de oreja a oreja y mil 750 pesos en la mano. El aplauso de las presentes festejó el inicio del "negocio".

—Pues ahora —dijo la maestra— entre todas vamos a confeccionar muchos y más bonitos, y los vamos a vender. El producto será para ustedes. ¿Quieren?

—Pero, ¿de dónde agarramos las medias? —preguntó una.

—Pues vamos a pedirles a las señoras de la colonia.

Mejor vamos a pedirles a "las viejas de la zona".

—Ah, pos de veras. Ellas tienen muchas. Hoy estrenan dos o tres pares y mañana las tiran por viejas. No les cuesta mucho trabajo juntar dinero.

Las "viejas de la zona" estaban aproximadamente a 300 metros de La Ladrillera, sólo había que cruzar la vía del ferrocarril y se llegaba a ellas. Allí, las damiselas de la "industria del placer" hacían su agosto cada noche, por lo que tenían muchas medias viejas.

Y las señoras de La Ladrillera, ya no tres o cuatro, sino 10 ó 12, casi el 100 por ciento, se dedicaron a confeccionar arreglos florales con medias viejas.

Iban a la "zona de tolerancia", entrevistaban a las damiselas, les pedían las medias que no usaban y con ellas volvían a su barrio para transformarlas en flores multicolores. Dos o tres días después, volvían a la "zona" con las mismas "señoritas", a las que vendían las medias que dos días antes les regalaron, transformadas en vistosos arreglos florales para sus habitaciones, tan frecuentadas, por los que pagaban varios miles de pesos.

Pero, se dirá: "¿En dónde está el valor de acciones tan insignificantes?" Indudablemente, las familias de La Ladrillera encontraron una fuente de ingresos, insignificante quizá, pero que les permitió llevar al hogar unos pesos más para ayudar a sus esposos a sufragar los gastos familiares. Por lo tanto, en el hogar hubo un poco más qué comer, una poca de felicidad en los cónyuges y en los niños una sonrisa.



## Relatos de una maestra rural

*Catalina Ortiz Silva*

Salí de la Escuela Normal de Colima en 1929, a los 18 años, siendo presidente de la República el general Abelardo Rodríguez. Iba llena de conocimientos, pero sin experiencia. Afortunadamente, la primaria en la que empecé a trabajar, la escuela Enrique Rodó de la ciudad de Colima, contaba con una directora eficiente que me impulsó a cumplir e imbuir en la mentalidad de la niñez el cariño al progreso, a la investigación, cosa muy bonita que a mí se me grabó para siempre. En esa escuela empecé a trabajar con el sexto año, con muchachos muy grandes, algunos mayores que yo.

Me fui a trabajar a Querétaro en 1932, porque en mi casa veía la necesidad de cooperar económicamente. Mi papá había fallecido en 1922 y éramos muchos, fuimos 11 hermanos. En Colima ganaba 15 pesos mensuales, que era poco, aunque la vida era barata: el litro de aceite costaba cuatro centavos; las piezas de pan, a dos por un centavo; el queso añejo costaba dos centavos. 15 pesos alcanzaban para mantener mis gastos personales. Pero aún así era poco, porque durante el gobierno de Laureano Cervantes se pagaba por decenas, habiendo ocasiones que sólo nos pagaban una sola decena al mes. Así fue que el primero de septiembre del mismo año empecé a trabajar como maestra federal en el Estado de Querétaro.

El primer lugar que me asignaron fue en un poblado otomí, en las cercanías de la ciudad de Querétaro, llamado Santa Ursula, un medio completamente indígena. Al llegar noté las diferencias que había entre mi vida anterior y la nueva. En principio, la alimentación, ya que en la ciudad de Colima era esmerada. Mi mamá fue una mujer que se dedicó mucho a sus hijos, y en Querétaro, yo tenía que preparar mis propios alimentos, o pedirle a alguna de las madres de los niños que me ayudara. Así

que fue un cambio radical en la manera de vivir, pues sola tuve que resolver mis propios problemas.

También mi forma de preparar las clases sufrió un cambio del medio urbano, al que estaba acostumbrada, al medio indígena. En la escuela del Estado de Colima no había inspector, había solamente un director que nos decía: "Aquí está el programa y sujétese a él". En Querétaro, en cambio, teníamos una autoridad, el inspector. Hacíamos pruebas periódicas para ver la asimilación de los conocimientos de los niños.

En las escuelas federales se iniciaba la educación socialista, que estuvo basada en el respeto a las cuestiones religiosas. Era una educación activa, laica, sin meternos en aspectos ideológicos particulares de ninguna naturaleza. Teníamos libros, entre ellos uno notable titulado *El sembrador*, que funcionaba para todos los grados, muy adecuado al medio campesino, daba gusto trabajar con él. Trataba temas agrarios, sobre las estaciones del año, orientaciones para el ahorro de agua, el tipo de siembras en suelos determinados, y todas las ilustraciones eran alusivas a los tópicos campesinos. Este libro era gratuito. También me servía para temas que se trataban con los padres de familia durante las tardes en pláticas de orientación social, tocando temas como el alcoholismo, los derechos de los campesinos. Con ello se proponía mejorar las condiciones de la comunidad en general. A mí me gustaba mucho la metodología de la educación socialista porque los maestros teníamos libertad de enseñanza. Mediante juegos, cantos y rondas, el niño enriquecía su lenguaje y mejoraba su convivencia con los demás. Se trabajaba muy bonito con ese tipo de enseñanza. Se trataba de exaltar el valor de los héroes de la Independencia de 1810, de la Reforma de 1857 y de la Revolución de 1910, en anécdotas que hacían la personalidad y la importancia de estos seres accesibles a la mentalidad del campesino.

Por ejemplo, un 21 de marzo, cuando entraba la primavera, llevamos a los niños a visitar el Cerro de las Campanas, explicándoles de antemano que allí había sido el fin del imperio de Maximiliano. Los niños me decían: "Maestra, ¿cómo es posible que haya habido gente traidora que trajera desde Europa personas extranjeras a gobernar nuestra patria? Qué bueno que fue en Querétaro el lugar donde se terminaron". Con estas explicaciones y anécdotas se lograba el conocimiento de todos y cada uno de los personajes que dieron su vida por México.

Con la educación socialista empezamos a celebrar fiestas que antes no se tomaban en cuenta, como el primero de mayo. Día del Trabajo. Ese día, se realizaba un desfile en grande y platicábamos con los niños sobre el porqué de esta celebración. La fi-



gura de los Mártires de Chicago daba como efecto discusiones ávidas con los niños.

Fue una época de transición y los maestros que no supieron asumirla y se extralimitaron no respetando la ideología de las comunidades sufrieron vejaciones, desorejamientos y algunos hasta perdieron la vida.

En casi todos los poblados que trabajamos no nos dejaron sacar las cosas que teníamos en la casa ni en la escuela. Los habitantes de los pueblos en que trabajamos nos estimaban mucho y no querían que nos fuéramos, pero nosotros teníamos que acatar las órdenes que nos daba la Secretaría, y trasladarnos a otros pueblos. Hasta ahora me explico por qué: como se había implantado pacientemente la educación socialista había maestros que no la entendieron y se extralimitaban en sus ideas; no supieron comprender la verdadera ideología de la educación socialista, creían que esa orientación consistía en hablar de Rusia, del comunismo. Pero no se trataba de eso, sino de cultivar en la mentalidad del campesino su igualdad con toda la gente del mundo.

Yo llegué a Santa Ursula con el nombramiento de directora porque en 1932 había pocos maestros titulados. Al principio fui la única. Tenía primero y segundo, tercero y cuarto ciclos. Se clasificaba a los alumnos para saber en qué grado les correspondía estar. En ese tiempo la Secretaría de Educación, no sé por qué motivo, les daba trabajo a gentes que supieran leer y escribir, o que hubieran terminado cuarto o sexto año, pues había dos tipos de escuela primaria, la elemental y la superior. En la primera sólo se impartía de primero a cuarto año, y en la segunda de primero a sexto. Así, a los que habían cursado en cualquiera de las dos escuelas, y solicitaban trabajo, se les daba sin mayores requisitos. Como maestra titulada llegué como directora. Al principio del curso estaba sola, pero después llegó una compañera, Susana Ortiz, mi hermana, y trabajamos las dos con un solo grupo el primer año. Era prácticamente una alfabetización, ya que les enseñábamos a leer y escribir.

Trabajamos tres turnos con todos los alumnos que se inscribieran, llegando a tener de 80 a 90 alumnos en primer año. En ese poblado me di cuenta que la comunicación era la base del éxito en todos los sentidos. Algunas de las madres de los alumnos me veían de reojo, pero al final veían en mí interés en el progreso de sus hijos. Tuvimos muchos alumnos, debido a las pláticas y a mi interés por el mejoramiento de los niños. Por la mañana realizábamos actividades académicas para ilustrar mejor el intelecto del grupo. En la tarde nos reuníamos con las madres de familia o con la niñas que iban a la escuela para aprender a coser. Mi hermana

Susana era muy hábil para los tejidos, los hilvanes, los deshilados y todo eso que les enseñaba a hacer. Por la noche no había mucho trabajo porque los adultos asistían poco.

En aquel poblado teníamos lo que se llamaba "parcela escolar", y sembrábamos cosas sencillas que tardaban poco tiempo en cosecharse, como rábanos, cilantro, lechugas y perejil, entre otros. Algunos niños se los llevaban a sus casas y otros me decían que sus padres querían comprar algunas verduras. Con ese dinero comprábamos escobas y todo lo que nos hacía falta para el aseo escolar, pues la Secretaría no nos surtía ese material.

De Santa Ursula pasé a trabajar, en 1933, a Ezequiel Montes, en un medio semiurbano. Lo que hacía a ese pueblo "importante" era que ahí vivían un senador y un diputado apellidados ambos Montes. El senador de la República se llamaba Severiano Montes, y el diputado, Enrique Montes. Al llegar me dediqué a observar lo que hacía falta: no había agua potable, solo existían aljibes que recogían el agua de lluvia, así que tenían bichos. Entre las cosas que hacían falta estaban los salones de clase, pues trabajábamos en un galerón mal acondicionado. Me vi en la necesidad de solicitar un préstamo al oficial mayor de la Secretaría, Rafael Molina Betancourt, por la cantidad de cinco mil pesos, con los cuales construí dos salones.

A Ezequiel Montes llegué a ocupar el puesto de directora, y al principio tuve a mi cargo tres maestros. Era yo una mujer que no se metía para nada en cuestiones ideológicas. Me fueron tomando cariño, y cuando llegaron los alumnos para iniciar el año escolar de 1934 ya tenía la escuela cinco maestros. Para mí, la etapa de la educación socialista en ese pueblo fue también sin problemas y bonita, de armonía completa, de relación intensa con el pueblo en el que trabajábamos. La orientación brindada a través de la educación socialista tonificó en los medios campesinos su condición de vida espiritual, proponiéndoles eliminar sus complejos de inferioridad. A mí me parece que ésa fue el alma de la educación socialista: levantar al campesino, al agrarista, para que no se sintiera ajeno a nada. Cada mes nos reuníamos en diferentes poblados para compartir experiencias e intercambiar impresiones, y ver la unión que existía en el magisterio. Primero teníamos una sesión de orientación pedagógica acerca del resultado en las pruebas periódicas: cómo iba el aprovechamiento, qué necesitaba cada escuela, etcétera. En esas mismas reuniones nos enseñaban coros como *El sol redondo y colorado*, *La Internacional Socialista*, *El Himno Agrarista* y otros coros que hablaban de la explotación del campesino, de la lucha de los obreros. Nosotros los enseñábamos en la escuela y los niños los cantaban con el puño en alto. En esas



mismas reuniones organizábamos brigadas para ir a otros poblados del Estado y ayudar al maestro a mejorar sus relaciones con la comunidad. Al final, el maestro preparaba un entarimado donde montábamos espectáculos con bailes, canciones y diálogos; (a mí me gustaba salir en los diálogos y siempre participaba con entusiasmo).

En Ezequiel Montes el agua era escasa, así que lo primero que vi fue el desaseo de la población. Las señoras que amamantaban se veían sucias, el frío y la falta de agua, hacían que se bañaran poco. Después de las cinco de la tarde me reunía con las mamás y les enseñaba a coser; dos días a la semana les enseñaba a hacer varios tipos de arroz, de frijoles, pues sólo se comía tortilla, chile, pulque y aguamiel —habiendo tantas cosas, tenían hermosos trigales, gran cantidad de cactus, nopales, garambullos. Cuando íbamos a Querétaro o a Cadereita, mi esposo y yo comprábamos semillas de ornato, de rábanos, largos y cortos, espinacas, acelgas... Los propios niños las cosechaban y se daban cuenta que no sólo se podía sembrar maíz y frijol, sino otras verduras para mejorar su alimentación. Siempre me ha gustado la comida sana, les enseñé hasta a hacer atole de aguamiel; tamales no les enseñé porque ya los sabían hacer, y muy buenos.

Como a los tres meses de estar allí, ya asistían a las orientaciones vespertinas como 70 madres de familia. Yo aprovechaba para hablarles de higiene, pues por la falta de aseo los niños tenían muchos piojos, y a sus madres les bailaban en los hombros. Les di de plazo tres meses para que espulgaran a sus hijos y cuidaran su aseo personal; algunas captaron, pero otras me tiraron "de a lucas".

Ya para finalizar el año estábamos trabajando, cuando llegó un borracho con un machete y empezó a tallarlo en las gradas de la escuela; salí al oír el ruido, y le dije:

—¿Qué desea señor?

—Vengo a buscar a la profesora Catalina —a mí me temblaban las piernas— porque la vengo a matar, hizo que mi mujer se bañara para quedar bien con el compadre.

Entonces, yo sentí que un niño salió corriendo; pero de la mortificación no me di cuenta de que era el hijo del presidente municipal que iba por su padre. Llegó jadeante, con dos gendarmes que se llevaron a la cárcel al borracho, lo soltaron al día siguiente para que me pidiera perdón.

Gracias a la confianza que nos tenían por dos años de trabajar con cariño y entusiasmo, teníamos mucho éxito en la escuela y no teníamos problemas con el cura. Como sí los tuvo en 1934 una comisión de maestros de la nacional, entre ellos uno muy co-

nocido, *Ciro González Blackaller*, que junto con otros cinco maestros iban a su labor social en *Bernal*, un pueblo cercano a *Ezequiel Montes*. Tengo muy presente que llegaron temprano en la mañana y el cura de ese lugar asesoró a las personas del pueblo diciéndoles que unos maestros comunistas acaban de llegar. Los pobladores amenazaron a los maestros dándoles una hora para retirarse. Un maestro de *Ezequiel Montes* fue por ellos y estuvieron en mi casa hasta que les ordenaron concentrarse en *México*.

Yo me había casado con un compañero de trabajo, *Albino Córdoba*. Cada año mi esposo y yo, durante las vacaciones de noviembre y diciembre, veníamos a *México* a tomar un curso en la *Escuela Nacional de Maestros* o en la *Normal Superior*, donde recibíamos orientación actualizada de maestros excelentes, entre ellos *Rafael Ramírez* y el profesor *Blancas*, que para mí fueron inolvidables ya que nutrían y enriquecían nuestra ética profesional. Decían que trabajábamos con el corazón de *México* y en nuestras manos estaba forjar en el niño campesino el futuro hombre de *México*, los representantes de nuestra patria.

En 1935 pasamos a trabajar a *San Joaquín Ranas*, al norte de *Querétaro*, centro marmolero ubicado en la sierra del Estado. Aquí fui muy bien recibida por los habitantes y el cura, que nos dio todo su apoyo. Al poco tiempo me visitó la autoridad local y me dijo: "Usted y el cura tienen que pedir a las muchachas que deseen contraer nupcias." Yo tenía 23 años y poca experiencia en ese sentido, así que cada caso era una odisea. El trabajo que realizábamos, ya con más experiencia, fue muy satisfactorio.

En *San Joaquín Ranas* nos tocó conocer la mina marmolera que producía un mármol mejor que el de *Carrara*, y los habitantes se sentían orgullosos de su mina pues decían que el mármol que no se encontró en *Carrara* para terminar de construir *Bellas Artes* se completó con el mármol que se llevaron de *San Joaquín Ranas*, dada la variedad de colores que se extraían de la mina. El pueblo era muy lindo, estábamos en plena sierra de *Querétaro*, casi en los límites con *San Luis Potosí*. Había bastante agua ya que el clima era frío. Nuestros alumnos eran los hijos de los obreros de las minas y conocían mucho de piedras y de mármoles.

En *Tequisquiapan* éramos 18 maestros para una escuela muy grande. Allí mismo vivían el inspector y la directora, así que estábamos vigilados por ellos. Era una escuela muy bonita y en el pueblo existía un ambiente de mucho turismo por los balnearios, entre ellos uno muy famoso donde se bañó *Porfirio Díaz*, un baño especial llamado el *Baño del Reloj*. Era un pueblo próspero, había mucho ganado muchos trabajos de mimbre y en raíz de sacatón, que hasta la fecha existen. En ese lugar no teníamos tanta relación



con todo el pueblo y nos concretábamos a nuestra labor académica en la mañana y en la tarde a los talleres.

Más tarde (1939), en Pátzcuaro trabajé en una escuela hecha para los hijos de los soldados allegados al general Cárdenas, con el nombre de Escuela Primaria Revolución, situada frente a la estación de Pátzcuaro y La Eréndira, propiedad del general Cárdenas. Aquí el trabajo, además de social y académico fue de artes y oficios, pues fue tanta la cooperación de los soldados, que se tenían talleres de carpintería, cocina, costura, música. Estuvimos en ese lugar dos años con un éxito fabuloso. Cuando trabajé en la estación de Pátzcuaro, no tenía que guisar, porque el general Cárdenas ordenó a Luis Camacho, quien cuidaba La Eréndira, que nos llevara diariamente los alimentos, cosa hermosa, ya que me permitía dedicar más tiempo a mi labor.

La Secretaría de Educación mandó a mi esposo Albino Córdoba de director a Pátzcuaro y él pidió que me mandaran a mí. La labor fue la misma que en otros poblados. La colonia donde trabajábamos la había mandado a hacer don Lázaro, obsequiándola a los soldados de su regimiento. Dábamos clases en las tardes a las hijas y a las mujeres de los soldados.

En 1940 salimos para México y trabajé en un medio también indígena, pues fue en San Miguel Xicalco por la carretera a Cuernavaca, en el kilómetro 25 y subíamos a pie hasta el pueblo, así que aún siendo el Distrito Federal, la zona era totalmente rural.

En 1942 estuve en Chilmacoyoc y en 1943 en Santa Ursula en Tlalpan. En 1943, 1944 y 1945 trabajé en la escuela Carlos A. Carrillo, cuyo director era el profesor Enrique Coca Pérez. En 1945, al iniciar el año escolar fui como directora a Santa Rosa Xochiac de la Delegación Alvaro Obregón. Cuando llegué, Santa Rosa Xochiac era un pueblo oscuro y triste. Seguido había quejas de jovencitas que se marchaban con el novio. A partir de este tipo de sucesos, llegamos —los padres de familia y yo—, durante una asamblea, a la decisión de pedir a las autoridades la electricidad para el pueblo. Se nombró una comisión para ir al Departamento Central, siendo regente de la ciudad Rojo Gómez. Nos recibieron y aceptaron, pero cooperando económicamente los vecinos. Los postes había que instalarlos de la Universidad Latinoamericana a Santa Rosa, así que se nombró una comisión, se reunió el dinero y se puso la luz. Se oía la alegría de los radios, las planchas eléctricas, en fin un adelanto más.

Después de este lugar, mis adscripciones siguientes fueron todas en el medio urbano del Distrito Federal.

Dada mi experiencia docente en la mayoría de los medios, indígena —los otomíes, tarascos, mexicas—, obrero, y de gente

acomodada, puedo decir que el magisterio es una labor preciosa porque cuando se desempeña con cariño, alumnos, padres de familia, compañeros de labor, responden satisfactoriamente. Todos los maestros dejamos en nuestra vida docente cosas inolvidables. Desde la normal se va elaborando eso que se llama la ética profesional. Yo en 1929 aprendí y asumí el compromiso que dice: "El maestro debe ser ejemplo en puntualidad en organización y en comportamiento en todos los sentidos, para educar al niño y no molestar al hombre."



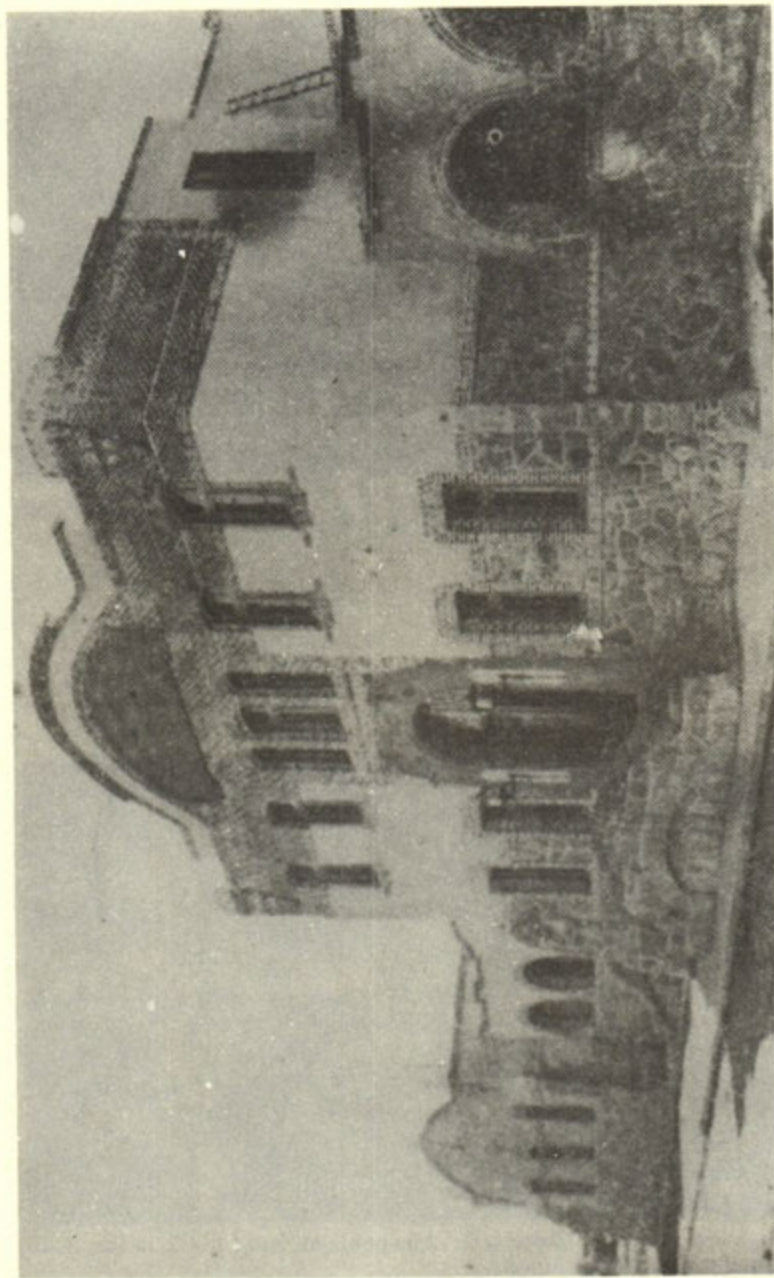


Ceremonia de inauguración de la Escuela Central Agrícola Hidalgo. En el presidium el general Obregón y el presidente Calles, 15 de noviembre de 1926. *Donaciano Serna Leal.*



Después de la ceremonia de inauguración de la escuela de la escuela de El Mexe, el presidente Calles y el general Obregón conversan animadamente. Les acompaña el licenciado Riva Palacio, gobernador del Estado de México. *Donatiano Serna Leal.*





Edificio principal de El Mexe construido en 1926. Donactano Serna Leal.



Capacitación a compañeros maestros. Centro de Cooperación Pedagógica, Guanajuato. *Jesús Frías Morales.*



Prácticas agrícolas. Cosecha de chile poblano. San Luis de la Paz, Guanajuato. *Jesús Frías Morales.*





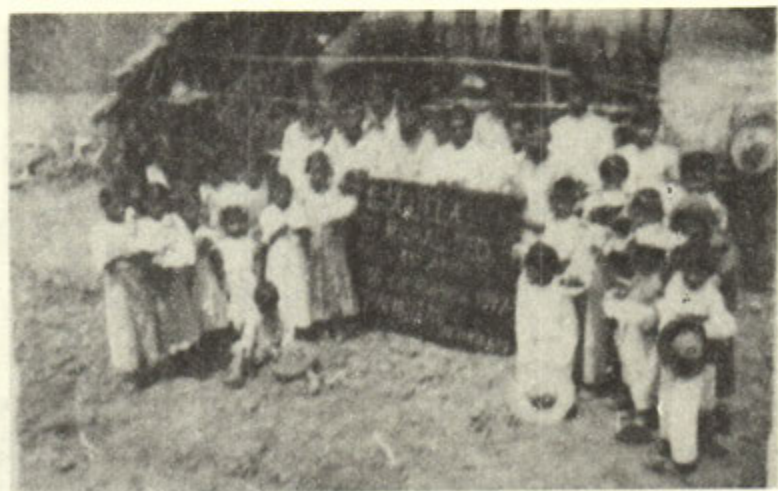
Niños recibiendo del vigilante municipal, señor Juan Hernández, sus libros de texto. San Luis de la Paz, Guanajuato. *Jesús Frías Morales.*



Festival del Día de las Madres. San Luis de la Paz, Guanajuato. *Jesús Frías Morales.*



Día de aseo general. San Luis de la Paz, Guanajuato. *Jesús Frías Morales.*



Escuela Rural Federal en Palmillas, Municipio de Victoria, Guanajuato.  
*Jesús Frías Morales.*





Niños y niñas construyendo sillas para sus hogares. Escuela Rural Vicente Guerrero, Guanajuato. *Jesús Frías Morales.*

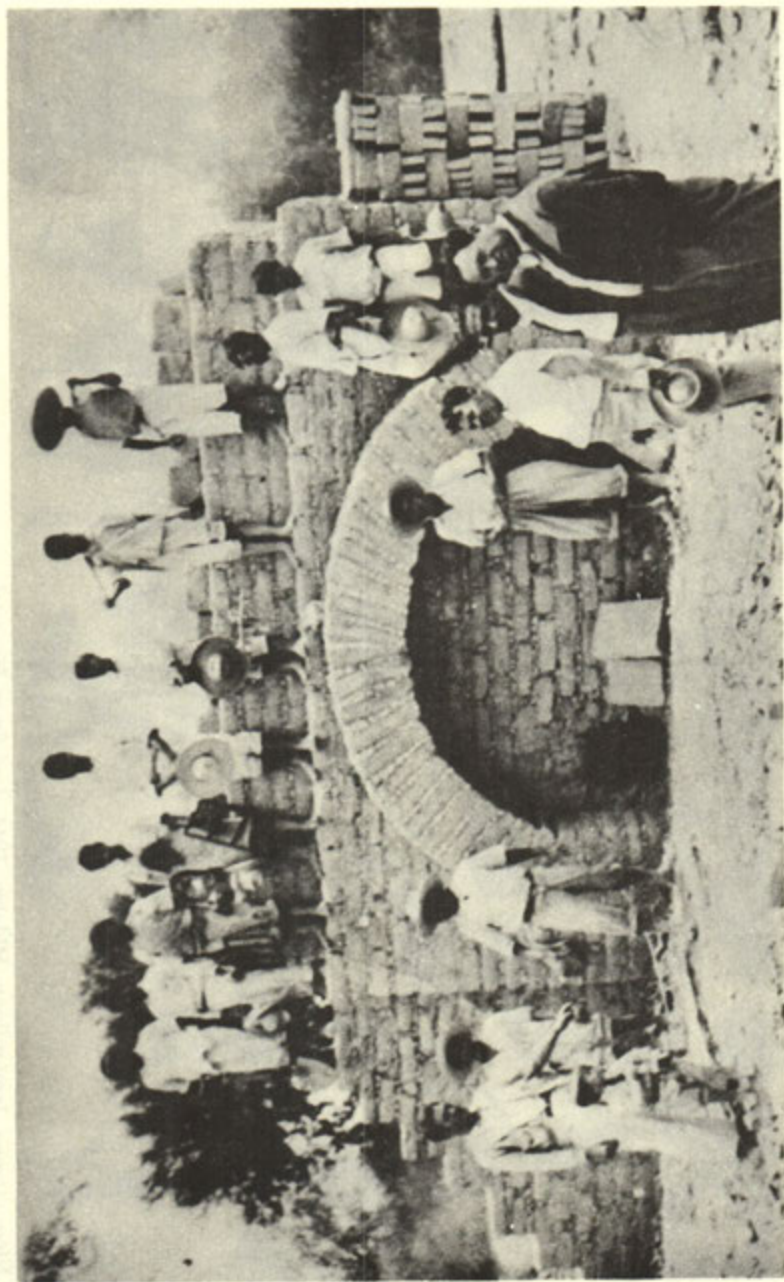


Las maestras Carmen Durán y Elvia Farías montando a caballo. *Jesús Frías Morales.*



Subcomité local pro-damnificados del sur del Estado de Guanajuato. Jesús Frías Morales.





Horno ladrillero para ejidatarios en Ixmiquilpan, Hidalgo. Mayo de 1944. José Reyes Pimentel.



Niños otomíes. Ixmiquilpan, Hidalgo, 1944. José Reyes Pimentel.





El profesor Pimentel con indígenas otomíes. *José Reyes Pimentel.*

*Los Maestros y la Cultura Nacional, 1920-1952* (volumen 2). Se terminó de imprimir en abril de 1987. La composición tipográfica la realizó Robles Hnos. y Asoc., S.A. la impresión Lito Ediciones Olimpia, S.A., y se encuadernó en Encuadernación Progreso, S.A. El tiraje fue de 10,000 ejemplares





Centro de  
Información y  
Documentación

**Alberto Beltrán**



010452

**SEP**

Subsecretaría de Cultura

---

Dirección General de  
Culturas Populares


Dirección General de  
Publicaciones y Medios

---

Dirección General  
de Bibliotecas

Dirección General de  
Promoción Cultural

---

 Museo Nacional de  
Culturas Populares

**CONAFE**



Programa  
cultural de  
las fronteras